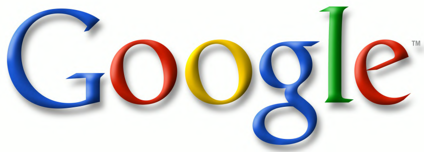


JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA

ROSAS Y SU TIEMPO

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA

TOMO I

INTRODUCCIÓN. - LOS HISTORIADORES DE ROSAS
DE DÓNDE PROCEDE EL TIRANO. — CÓMO SE FORMA EL TIRANO
LA TENDENCIA DEL AMBIENTE PROVINCIANO
CÓMO SE FORMA EN BUENOS-AIRES EL AMBIENTE DE LA TIRANÍA
CUÁLES SON SUS INSTRUMENTOS DE OPRESIÓN
CÓMO SE ORGANIZA Y FUNCIONA LA PLEBE ROSINA



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE Y C.ª, EDITORES

1907

ROSAS Y SU TIEMPO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LAS NEUROSIS DE LOS HOMBRES CÉLEBRES EN LA HISTORIA ARGENTINA (1.ª y 2.ª parte). 2 volúmenes.

ESTUDIOS CLÍNICOS SOBRE LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES. 1 vol.

TRATAMIENTO DE LA JAQUECA. *(Anales del Círculo Médico Argentino).*

SOBRE EL ESTADO MENTAL DE JACINTA RODRÍGUEZ. *(Anales del Círculo Médico Argentino).*

LA FAMILIA LOBATO. Un caso de locura simultánea. *(Anales de la Asistencia Pública).*

LA LOCURA EN LA HISTORIA. Ensayo de psicología mórbida. 1 volumen.

LAS MULTITUDES ARGENTINAS. Estudio de psicología colectiva para servir de introducción al libro «Rosas y su tiempo». 1 volumen.

LOS SIMULADORES DEL TALENTO EN LAS LUCHAS POR LA PERSONALIDAD Y LA VIDA. 1 volumen.

EN PREPARACION

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA desde 1852 á 1906.

JOSE MARÍA RAMOS MEJÍA

ROSAS Y SU TIEMPO

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA

TOMO I



BUENOS AIRES
FELIX LAJOUANE Y C.ª, EDITORES
1907

A LA MEMORIA DE MI PADRE

D. MATÍAS RAMOS MEJÍA

Uno de los iniciadores de la Revolución del Sud de la Provincia de Buenos Aires, el año 1839. Ayudante de campo del general don Juan Lavalle durante la campaña contra los ejércitos de Rosas en las provincias de la Rioja, Tucumán y Córdoba, en 1840 y 1841.

INTRODUCCIÓN

No desconozco las grandes dificultades del sujeto. La profunda disección moral que me propongo hacer en este libro, impone mil precauciones para conservar sereno el espíritu; porque tenía el general Rosas peculiaridades que le hacen dignísimo de un estudio prolijo y había gravitado demasiado violentamente sobre dos generaciones para que su estudio pueda limitarse á las humildes proporciones de la biografía vulgar. Era, pues, menester nar indispensables medidas de defensa tra las preocupaciones y contra la pa- a política, que tantos juicios precipita- habían sugerido á los contemporá-

neos. Medidas y precauciones tanto más necesarias cuanto que los que directa ó indirectamente creíamos haber sido damnificados por sus excesos, llevamos en la tradición de familia y en la misma condición de hombres, la causa de esa posible ofuscación de juicio que ha de haber contribuído, sin duda, á desfigurar su personalidad indudablemente excepcional.

Al abordar este estudio, difícil para alguno, tal vez imprudente para muchos meticulosos, hube de resolverme leal y sinceramente á dejar, como quien dice, en la puerta del anfiteatro las nobles pasiones que el *salvaje unitario* me inoculara en el espíritu, como elemento de inmunización contra las tiranías posibles y futuras. Casi desde los primeros años de la vida, su palabra calurosa é implacable, como que provenía de una de sus más altivas víctimas, había hecho del odio tirano el culto más ferviente del alm Y como en este libro quiero hacer ob de probidad y de honradez intelectual, s

lo dedico á su memoria, ya que fué él quien, con su ejemplo y su palabra, me enseñó á amar y á sobreponer esas virtudes á todos los egoísmos del amor propio y de la vanidad.

Yo sólo conocía tan confusa figura de tirano, al través de esa fervorosa pasión partidaria, y todavía, cuando principié esta obra, la vaga y remota impresión que en el recuerdo afectivo habían dejado los relatos familiares, pugnaban por sobreponerse á la verdad. Cantaban en la mente los himnos de protesta; y me parecía una falta de respeto arrebatar á la pasión un solo rayo de aquel calor capaz de templar una hoja de sable, con que el noble sectario habría escrito su protesta fulgurante contra la tentativa de desfigurar el credo partidista que él creía honradamente ser «la pura verdad». Las anécdotas dramát[illegible]as y los cuadros vivaces de aquella g[illegible]n epopeya de la *Emigración*, estaban f[illegible]cas para mí; y la voz vibrante pero, [illegible] todo, serena de los viejos unitarios,

resonaba en el alma con rumores de batalla, llamándome al culto de los venerandos recuerdos, cuando alguna veleidad de juicio imparcial quería buscar otro camino á la investigación. Pasada la edad de los ciegos entusiasmos, y restablecida la calma, todo vuelve á su quicio: la razón manda guardar silencio y la obediencia es fácil cuando el espíritu posee cierta predisposición honrada. No era posible escribir de otro modo la historia, cualesquiera que fueran las exigencias de la veneración filial. La conciencia histórica, decía Melchor de Vogüé, es un terreno de fondo inmutable que al fin triunfa con el progreso de las ideas, de aspectos eternamente variables pero honrados y que, como el resto de las cosas, no ha escapado al trabajo incesante de los siglos. De no comprender esta verdad, todo nos sería misterio y escándalo en los anal de ese pasado aún turbio y confuso, y advertiríamos la ley radiante del progre que eleva sin cesar la conciencia culta

la humanidad. Escrita la historia sin tener presente estos y otros sanos preceptos que le han dado seriedad y valer en los tiempos modernos, quedaría justificado el olímpico desprecio que Descartes tenía por ella, dando suficiente verosimilitud á la conocida anécdota, según la cual, habiendo Malebranche sorprendido al joven d'Aguesseau leyendo á Tucidides, le retiró toda su estimación, escandalizado por la frivolidad de sus lecturas.

Para escribir tranquilamente acerca de Rosas, no hay que descuidar un momento las *defensas* contra el influjo de esta tradición alternativamente hostil y admirativa que, avalorada, algunas veces, con la amable simplicidad de las antiguas crónicas ó con los cromos subidos de las literaturas *demonológicas*, nos ha forjado, ya una historia dantesca de la tiranía, ya un ilio político, con los que no todos los iterios se avienen de buen grado. Prodiendo así, la tarea se hace fácil. La oducción de la verdad debe ser un fenó-

meno objetivo, extraño al ojo, que se opera en nosotros sin nuestra intervención, «una especie de precipitado químico» que, según la feliz expresión de Renan, debemos reducirnos á mirar con curiosidad respetuosa. Por esto, toda precaución científica ha de ser siempre oportuna, y al estudiar sujeto tan escabroso, será necesario aplicarle aquel criterio de circunspección y de sincera certidumbre, de instinto benéfico de la verdad, que, para Taine, forman el sentido práctico, y que desde Bacon acá constituyen el mérito predominante y el poder moral de la nación inglesa.

El calor que alimentó veinte años los bríos de la pasión, manteniendo inquebrantable la resistencia contra la dictadura, se ha enfriado, substituído por sentimientos de tolerancia que hoy clasificamos de *mayor utilidad;* y las nobilísimas vestales encargadas en uno y otro lado de mantener ardiente el fuego de la simpática intransigencia, han ido ¡oh nobles figuras

de caballeros sin tacha! desapareciendo poco á poco de la vida. El espíritu más libre y con mayor lastre de cultura; la inteligencia más serena y con mejor instrumental de disección, diremos así, de mayor eficacia, puede llegar sin temor de grandes ó inútiles desgarramientos hasta analizar el más delicado filamento en esos organismos al parecer tan complicados. Con el odio han desaparecido los peligros. Y á esa distancia, y en tal perspectiva histórica, yo no veo en aquél más que una máquina espiritual, como decía Macaulay, hablando de Carlos II, provista de determinados resortes puestos en acción por un impulso primitivo y contrarrestados por circunstancias diversas. Calculo el juego de sus motores, siento con ella el embate de los obstáculos y veo de antemano la curva que van á describir sus movimientos [1].

No me inspirará este trabajo ni odios ni cariño; para eso he disciplinado veinte

(1) MACAULAY, History of England.

años mi sensibilidad, limándole las puntas que le habían dejado la preocupación y el entusiasmo de mi ambiente doméstico. De ese modo he logrado ponerla en las condiciones de serena indiferencia en la cual se coloca un entomólogo cuando estudia un insecto nuevo ó el microbiologista que vislumbra un desconocido ser. Al encontrarse en presencia de un descubrimiento, embárgalo tanto al uno como al otro, únicamente la fría curiosidad, y el espíritu, absorbido, no admite otra preocupación. La misma repugnancia que le inspiraría en otro momento la deformidad del sujeto, transfórmase aquí en el sereno entusiasmo científico que hiela las pasiones de otro género, por más avasalladoras que sean. No importa la descomposición cuando se persiguen ideales en la mesa del investigador, ni la belleza, si puede existir, ó el placer de baja estirpe del men tiroso, cuando triunfa con el engaño. Un se siente dominado por el ideal suprem de buscar una verdad que todo el munc

ha perseguido sin hallarla todavía; acaricia con fruición la superioridad de ser el portador de un primer rayo de luz, por modesto que sea. Hasta las mismas cosas mal olientes tienen su sabor moral cuando el espíritu, arrojado en la prosecución de una idea, va por el procedimiento científico viéndola surgir poco á poco, embargado por la beatífica alegría que le va á brindar el triunfo ideal. Y si persiguiendo un propósito de tan elevada índole, hiere la noble fibra en que aún palpita vida sana, la protesta resulta indiferente, obstruídos como están todos los caminos accesibles al sentimiento.

Como el maestro, he dejado á la puerta de la historia todos esos sentires del cariño y la ternura, y saboreo el placer profundo de ver obrar un alma según una ley definida, en un medio determinado, con toda la variedad de las pasiones humanas n[illegible]nales y morbosas, con todo el orden r[illegible]tivo y el encadenamiento que la constit[illegible]ción interior del hombre impone al

desarrollo y exteriorización de la sensibilidad moral [1]. Declaro con franqueza, que el tipo psicológico de Rosas me ha seducido de una manera soberana, y que si alguna inclinación sacrílega contra la verdad hubiera experimentado, no ha de haber sido seguramente en contra suya. Es el tipo más original de la historia de América, y el león grandioso, porque devora y mata, no es menos grande para la admiración del artista y del filósofo que lo examinan dentro de su ubicación natural.

En efecto, hace ya tiempo que estudio con verdadero amor este interesante personaje que cautivó desde el principio mi admiración desinteresada. Me seducía de tal manera *el caso*, que mentiría si dijese que alguna vez el grito de la indignación política ha apagado en mi espíritu el entusiasmo del investigador. ¡Y vaya si había motivo sobrado! No tendría sino cerrar los ojos y dejar vagar la imaginación sobre aquellos cuadros tristes de la emi-

(1) Taine, *Literatura Inglesa*, tomo único, pág. 134.

gración, sentir por la alucinación retrospectiva el olor á la sangre propia y recordar la miseria del hogar unitario. A no haber sido la circunstancia mencionada y la de haber encarado el asunto en otra forma que la puramente filosófica, estoy seguro de que á la primera tentativa de imparcial análisis, el *salvaje unitario* habría ahogado al fisiólogo sobre la mesa misma del anfiteatro. No me hubiera animado, en otro tiempo, á llamar las cosas por sus nombres, á decir en alta voz que en el manejo de los dineros públicos y á la luz de la documentación, Rosas no fué un ladrón vulgar como afirmaran sus enemigos. Pesaba sobre mi juicio el concepto popular, hecho carne en la mente de dos generaciones por la pluma fulgurante de Rivera Indarte y por el procedimiento administrativo sin intervención efectiva con que operaba la Dictadura. Aún después, buscaba frases tortuosas, en los mil recursos del lenguaje, para ocultar mi verdadero sentir y no cumplir con el deber

de expresarlo, aunque fuese tímidamente. Recuerdo que mis escrúpulos estrujaban al lenguaje para sacar una forma satisfactoria á la pasión política, hasta que por fin triunfó la probidad histórica y estampé el pensamiento con franqueza: «en el manejo de los dineros públicos, Rosas no tocó jamás un peso en provecho propio, vivió sobrio y modesto y murió en la miseria; la raza argentina de antiguo cuño fué así, hasta en sus tiranos».

Así he procedido en todo. No faltarán, sin embargo, espíritus que piensen que en este caso la imparcialidad estaría en sacarle á Rosas toda la ignominia que con más ó menos razón le han echado encima los unitarios para rociarles á ellos la cabeza. Eso sería sencillamente una majadería, con la que el primer engañado resultaría el mismo autor. Donde ha habido que cargar el color, se lo he cargado sin vacilar, documento en mano. Si Rosas resulta bárbaro y sangriento solamente no es culpa mía; si no lo fué tanto, y s

volumen aparece grande en otro orden que en el político, tampoco es mía la obra. Es posible que me haya extraviado en uno ú otro sentido, pero protesto de mi sinceridad y afirmo que sólo he buscado la verdad por los medios que son humanos y á mi alcance. Yo no escribo una historia de los *Unitarios,* ni fallo un pleito; por consiguiente, no me toca á mí decir cuál de los dos tenía razón, cuál hizo mayores barbaridades; sino quién fué Rosas, cómo vino al mundo, de qué medios dispuso para mantenerse y cuál fué su instrumento de opresión.

Interpuesta entre aquella época y nosotros, existe una gruesa capa de elemento extranjero que ha incorporado, á la nuestra, su sangre fría y la indiferencia de sus hijos para el sereno estudio de los problemas históricos que apasionaron á nuestros ·s. El rojo y el celeste de las divisas ·erdido su viveza; y, encalmadas las ·es, tal vez en demasía, puesto que ·encia de estas generaciones todavía

sin tradición quitan calor de patriotismo á la investigación y al amor del sujeto, se pueden, sin irse á las manos, dilucidar tranquilamente tan difíciles asuntos, facilitando el intercambio de papeles, ideas é impresiones entre personas cuyos antecesores sólo cambiaron odios y agresiones sangrientas. Existe en todos los que estudian esta época, un verdadero anhelo hacia la luz, y los que esconden papeles ó hacen conocer sólo aquellos que favorecen su pasión inferior, tienen, ante el buen sentido, sus *casillas* determinadas por las clasificaciones psiquiátricas.

En cuanto á detalles de su vida pública y privada, me parece imposible ir más lejos de donde voy yo en el estudio de un hombre; y se me ocurre que Suetonio con todas sus proverbiales curiosidades femeniles, no hubiera agotado el asunto con tan fibrilar escrupulosidad. Cuando se hac estudios de este género, no hay detalle 1 nimio que sea, que no tenga una colo ción y que no preste su concurso par

visión del conjunto. El más humilde rasgo de la vida doméstica suele ser, psicológicamente, acaso más revelador que el ampuloso dato biográfico consagrado por el documento falaz ó la pedantería del historiógrafo, ufano por descubrir fechas tan precisas como inútiles muchas veces. Un rasgo de pluma, un *recibo* ó la carta pueril de familia, la cuarteta juguetona ú obscena hecha por él, pues también solía tener sus momentos *de poética* alegría, estampan sin quererlo un rasgo de su temperamento; tienen, para mi punto de vista, mayor importancia que toda la copiosa documentación de su cancillería, en la que el Ilustre Restaurador de las Leyes y gran Americano «hace prosa» á sabiendas que es lo suculento y sugestivo. En efecto, el hecho de tener tiempo y *humor* para con-
-rarle un cuarto de hora á las décimas
.eguidillas, ¿no es un rasgo que vale un
-*o?* Las pequeñas tirillas de papel en
Rosas dirigía, en breves y fulgurantes

palabras la pluma de De Angelis, ¿no valen una biografía?

Todas esas pequeñas cosas de la vida nos interesan pues, y son, como digo, trascendentales en su momento, como interesan á la crítica las insignificantes peripecias de las pequeñas Municipalidades de la antigüedad y de la edad media, cuyas revoluciones interiores, atraen tanto, porque nos muestran en la escena á Milciades ó Arístides, á Savonarola y al Dante; como Port-Royal ha tenido según Renan, el privilegio de dar á las crónicas de los devotos y á las anécdotas de los conventos las proporciones de la historia. No por ser sencillo el argumento es menos valedero, en algunas ocasiones. La grandiosa teoría de Laplace ha tenido una demostración elocuente en la sencillísima experiencia de un geólogo de la Universidad de Gand, que introducía una cantidad aceite de oliva en una mezcla ingeni mente combinada con alcohol para dem trar la atracción mútua de las molécu

¿Qué consecuencias fundamentales para la historia del mundo, en los tiempos remotísimos de las primeras evoluciones de la vida, no ha sacado Gaudry del exámen de los *coprolitos* peculiares del Ictiosaurus de Lias, que indican hasta las formas de un intestino provisto de válvulas, así como mil otras particularidades del tubo digestivo, su alimentación y el grado de voracidad del curioso reptil desaparecido? La cuestión está en comunicar vida á esos pequeños objetos inanimados, para que hablen y den su nota en el concierto á que se les obliga á concurrir. ¡Cuán elocuentes son y qué enseñanza encierran, el recibo del juez de paz enviando á la *Caja de Depósitos* sus *ventas* realizadas, la « partida de cueros » confiscados, ó la prohibición de usar la divisa, despreciadas por un conocido *papelista* y encontradas en su des-
n envolviendo objetos pasados de moda!

Desgraciadamente todavía hay archi-
secretos en poder de algunas familias
os miembros actuaron en aquella

época. Multitud de documentos están aún escondidos á la curiosidad de los investigadores y para mostrarlos, ¡cuando los muestran!, los celosos guardianes clasifican á los solicitantes á la antigua usanza: unitarios y federales. He hecho trabajos inútiles á fin de obtener el permiso tan siquiera de revisarlos. Los que la familia de alguna personalidad culminante de ese período histórico guardaba, avara y prudentemente en sus gavetas, fueron objeto de una verdadera prestidigitación. Abusando de mi curiosidad, hubieron de hacerme el cuento del *gran bonete,* sin que en las muchas idas y venidas practicadas tan infructuosamente, pudiera averiguar *quién los tenía.* Tal ha sucedido con otros muchos archivos familiares, y sin duda alguna poseedores de riquezas. ¿Cómo es posible de este modo no hacer historia unitaria, si los que se creen damnific dos por la parcialidad ocultan las prueb que presumen reivindicatorias? Lo pe no era eso, sino que esta ocultación pr

cedía de simples repugnancias supersticiosas y del temor que el juicio histórico les inspiraba. Todavía el terror parecía tener en ellos cierta continuidad que el atavismo mantenía incólume. La viuda de un ex alto empleado nacional, conservaba como herencia de su marido una abundante colección de papeles, hechos invisibles por el mismo procedimiento á la primera tentativa de compulsa. A fuerza de ocultarlos, cada mudanza tomaba su parte de desastre, como sucede á menudo con estas traslaciones confiadas á la competencia del changador ó del portero; y en 1879 ya había desaparecido devorados por la humedad y el descuido todo lo que poseía del archivo de la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, relativo á los años de 1840 y 1841! Otra distinguida dama argentina, dueña de dos ó tres baúles de cumentos, ha sido también inaccesible á súplicas, que por intermedio de dos igos, hice repetidas veces, para revi- los. Igual resultado con otras análogas

tentativas cerca de muchos de aquellos depositarios torpemente *celosos* y que tan desgraciadamente realizan al pie de la letra lo del «perro del hortelano».

Los conocimientos sobre la residencia de Rosas en Southampton están basados sobre una regular colección de cartas íntimas que obtuve de un miembro de la familia de don José María Rojas. Como este señor fué siempre un sincero y desinteresado servidor, nada tenía que ocultar; y antes al contrario, su familia deseaba mostrar que no había habido nada entre las manos, «nada en los bolsillos», según decía él mismo allá por los años de 1871, cuando todavía sus «causeries» conservaban toda su viveza é interés. Sin embargo, no está en esas pocas cartas toda la correspondencia tan activamente mantenida con Rosas durante muchos años. Ha de haber más, muchas más, que algún recalcitra reserva para entregarlas á la voracidad la polilla dominado por la misma preo pación. Los «*Papeles de Rosas*», publica

bajo la dirección del doctor don Adolfo Saldías, aunque muchos de ellos de gran importancia histórica, eran ya conocidos. Traen, sin embargo, muchos inéditos y otros que, sólo lo eran parcialmente y allí se publican íntegros. En la sensación del conjunto, y aun en los rasgos de la letra, algunos dan todo el amargo sentimiento del momento supremo en que fueron escritos. La carta, la terrible carta al Ministro Mandeville con motivo de los desórdenes producidos por la mazorca frente á su casa, está allí hasta incitando la curiosidad de la grafología, para los que creen en ella, porque, en efecto, algunas veces la letra de Rosas parece traducir ciertos estados alarmantes del ánimo. El perfil y el nervosismo del trazo traicionan vivamente movimientos ambiguos de la sensibilidad. Y sin embargo, la mano que los trazaba no ı de las que temblaban por el miedo ó el rror. Estos documentos, antes de pu-arse como otros muchos que encierra archivo del doctor Saldías, han sido

puestos á disposición de los estudiosos, generosamente ilustrados y ampliados con sus comentarios, muchas veces provechosos. Todo el caudal de papeles que poseía la familia del Restaurador fué, como se sabe, puesto en sus manos por la misma señora de Terrero, y el erudito autor de la *Historia de la Confederación Argentina*, sin las mezquinas pasiones del papelista, á menudo entregado á los placeres solitarios de la contemplación esteril, se complace en ofrecer á los investigadores el concurso de su archivo y de sus indicaciones valiosas. Pueden revisarse allí todos ó casi todos los documentos á que alude en su libro, y otros muchos inéditos, relativos á la residencia de Rosas en Europa, á las cuestiones diplomáticas durante la dictadura y á la biografía de muchos de sus más activos colaboradores. El doctor Estanislao S. Zeballos también ha permitic curiosear los suyos. Sin la importancia las colecciones del señor Saldías, pose sin embargo, algunos documentos que

cilitan, por sus peculiaridades, el estudio de esta difícil psicología. Rasgos de la vida íntima y doméstica asaz característicos encierran sus colecciones tan bien ordenadas.

En cuanto al Archivo Nacional, su importancia es inmensa como debe suponerse. La vida de un hombre se agotaría en el estudio siquiera superficial de los documentos relativos á esta época. Aún no están del todo arreglados y coordinados, porque ha faltado tiempo material al distinguido director actual para dar cima á la inmensa tarea. A una de las colecciones que he consagrado mayor atención ha sido á la del famoso *Archivo de Policía,* algunos de cuyos «*partes*» fueron publicados en dos gruesos volúmenes del *Indice,* tan conocido de los estudiosos. Igual predilección he tenido por los libros de *Contribución Di-*...*ta,* para darme cuenta del movimiento la propiedad en la ciudad y conocer el ...nero y la amplitud de las pequeñas ...istrias á que me refiero en el Capí-

tulo IV, lo mismo que por los libros del movimiento de la *Contaduria, Caja de Depósitos, Tesorería* y reparticiones conexas, cuyos estados complementan los de la repartición ya mencionada.

Juntamente con esas colecciones, he recorrido, ó por mejor decir, he absorbido el abundantísimo material que contiene la larga y minuciosa *Correspondencia de Rosas con las autoridades de campaña.* Nada más sugerente y nada más personal, sin duda, que esta sección del Archivo. Pero no es sólo á él al que hay que pedir datos documentados. El movimiento de la tierra pública, de la ganadería y demás industrias rurales, la vida económica y social de la campaña, la exhiben los abandonados archivos de los pueblos de campo, algunos de los cuales encierran tesoros que nadie sospecha. De igual manera pueden ser allí estudiados, lo mismo que en las publica ciones oficiales de análoga índole, mucho de los puntos históricos más importante de las pequeñas comunas cuya modest

paleontología ya pertenece á la curiosidad de los coleccionistas. *Registros* y *Estadísticas* abundan, aún á pesar de la gran repugnancia que aquella gente tenía por las cifras, como podrá verse en el Capítulo V. En algunos pueblos rurales el Archivo Municipal puede ser explotado provechosamente. He tenido en mi poder muchos documentos pertenecientes á alguno de ellos, de donde surge animadamente la sensación de aquella vida, por cierto muy activa y palpitante bajo la aparente monotonía que entraña el automatismo de la tiranía. Entre ellos elegí los que tenía más á mano, tales como los de Quilmes, Dolores, Chascomús, y el del antiguo juzgado del Monsalvo, residencia del cardumen unitario y que hoy está en el archivo de la Municipalidad de Maipú. Con registrar uno ó dos basta para darse cuenta del mecanismo administrativo y
co que Rosas presidió. Todos y cada
ran simples órganos de una sencilla
natización mantenida por él intacta

desde el principio hasta el fin. La circular que iba á uno de los juzgados más próximos de la ciudad, llegaba al más lejano y fronterizo en el mismo papel, con la misma letra y la misma forma. Salvo los grandes centros y reservorios máximos como Dolores, San Nicolás y el Monte, residencia ésta del famoso *Carancho*, todos los demás, y fueron muchos, figuraban en la misma categoría. Por otra parte, ninguna comunicación salía de la secretaría de Rosas sin dejar el borrador en su archivo, bien catalogado y guardado. De manera que, en muchos casos, basta revisar en el Archivo Nacional la sección *Correspondencia de Rosas con las autoridades de campaña* para darse cuenta de todo fácilmente.

Los curiosos y coleccionistas de papeles viejos, cuando tienen un poco de buena voluntad, suelen prestar grandes servicios á la investigación histórica. Algunos de ellos me han facilitado en consulta, c una generosa espontaneidad que obliga 1 gratitud, documentos importantes y has

cierto punto reveladores de hechos que hasta hoy no habían sido comprobados. No quiero dejar de mencionar entre ellos á mi distinguido amigo el señor don José J. Biedma, que aunque no es coleccionista, ha tenido en sus manos multitud de ellos tan inteligentemente estudiados como galantemente facilitados; al señor coronel de la Serna, al señor don Juan Ignacio Ezcurra, á la señora de Rojas, hija del conocido Ministro de Hacienda del año 1833, al doctor J. Fernández, al señor don Arturo Scotto y algunos otros cuyos nombres me escapan pero que, como aquellos, han traído á la investigación el precioso concurso de papeles de variable importancia.

Hay muchos hechos cuya documentación no existe ni puede existir por razones que no se ocultarán á la observación del menos perspicaz. Todos esos detalles de l- -ida pública y privada, el mecanismo de ida doméstica y popular, debemos recolos de los labios de alguien que la haya do con todas sus emociones y peripe-

cias. De otro modo sería difícil, y aun imposible, sentirla. Al tendero, al pulpero y al soldado, tres de los principales personajes del peculiar Buenos-Aires *rosín,* hay que hacerles hablar y obligarles á que nos cuenten cómo actuaron y cómo vivieron, lo mismo que al escribiente y al copista, que fueron agentes *literarios* de la tiranía. Todas esas cosas no se toman del documento escrito sino del documento verbal, de sus referencias confidenciales, de la anécdota ó la crónica casera, en cuyo recuerdo están depositados. Hay pues que destilar de todas esas impresiones elementales, la verdadera sensación final. Es por eso, que en este libro, la persona de Rosas ha de resultar, para algunos, un poco intanjible, tal vez; porque trato de pintarla por otro procedimiento que el usual. El lector *sensorial* hubiera querido tener con él un contacto material y efectivo: verle en persona más frecuentemente o en espíritu, que era como sólo se le v. en aquellos tiempos borrascosos. Perc

presentarle así, hubiera incurrrido en el delito de inexactitud histórica, porque, en efecto, durante toda su dictadura vivió, puede decirse, tras el escondite de esa inaccesibilidad sistemática, estratégica ó caprichosa. Creo que sólo dos ó tres veces se mostró en público y cuentan verídicos testigos que hubo indivíduos residentes en Buenos-Aires, á la sazón, que no le vieron jamás, aún cuando frecuentaron la sociedad y la milicia, actuando en los negocios públicos y hasta yendo y viniendo en la misma casa de gobierno. Y se sabe que durante muchos días y tal vez meses gobernó á este país sin que persona alguna, inclusive su misma hija, supiera donde se hallaba, pues fechaba sus órdenes y comunicaciones diversas, desde aquel misterioso *Alto Redondo,* cuya situación geográfica nadie conocía. Todo el mundo obedecía, ›mbargo; y las *terribles carpetas* escri- ›n tirillas de papel y con nítida letra, laban como caídas del cielo ó más lel infierno para muchos que lo sen-

tían con harta dureza pero sin verlo. Esa era la sensación pavorosa de la época; cumplo pues con un deber trasmitiéndola tal cual la experimentó el paciente pueblo.

El *Registro Oficial* de todo ese período, es otra fuente, la más preciosa, de documentos y sensaciones. Existen dos ó tres ediciones de él, pero la legítima y más rica, fué la que hizo la *Imprenta del Estado* con su peculiar forma y distribución. No tan sólo fué recopilación de leyes y decretos, sino también censo, anales de estadística comercial, colección de mensajes y hasta crónica, porque los considerandos de los decretos encierran referencias y descripciones que le dan caracteres de tal. Puede decirse que toda la vida de Buenos-Aires está allí: la vida municipal, la vida económica y la vida social; lo que comían, en la estadística de los mercados; lo que vestían, en las entradas de Aduana; lo q pensaban, en el movimiento de librería en la prensa. El mecanismo de la Con duría, la publicidad de las operaciones

Tesorería, de la *Caja de Amortización,* minuciosamente llevado, expresan con fidelidad la circulación y el empleo de los dineros públicos y hasta reflejan para determinadas épocas, las graves convulsiones de la pasión política enardecida por la lucha.

¡Cómo se traduce tan complejo fenómeno moral en aquellos números secos y aparentemente mudos, en la enumeración monótona de las partidas en que los jueces de paz «enteraban de salvajes unitarios» gordas sumas, cien veces repetidas en los *Estados de las Entradas y Salidas de la Caja de Depósitos!* El Registro Oficial, desde 1829 hasta 1852, narra la historia de Rosas en su forma menos literaria, si se quiere, pero más verídica y elocuente. La peculiaridad del estilo empleado en los decretos, notas y mensajes, muchos de cuyos originales de puño y letra del Dicta- [illegible] se conservan en el Archivo Nacional, [illegible]uce frecuentemente sus estados de [illegible]no; los neologismos y «frases defen[illegible]s» dan con vigorosa viveza la sensa-

ción del peligro, y hasta las crisis equívocas de su valor personal en las veces escasas en que las experimentó. En los *Estados Generales del movimiento de Exportación é Importación* se hallan expresados en detalle « los buques que han entrado al puerto de Buenos Aires y los que han salido, con expresión de su número, artículos importados y exportados, su valor, tonelaje y derechos de entrada, salida y de puerto, que han satisfecho » ; en las insuficientes estadísticas de Policía, en los partes de los comisarios y jueces de paz, la delincuencia ; la situación del Banco en los *Recuentos practicados en presencia del señor Ministro,* en los *Estados de la circulación* de billetes, balance de Receptoría de los billetes para renovación, de los billetes quemados, emitidos, perdidos y en circulación. Cada volúmen, resume, pues, una faz económica ó moral de la Provincia, sintetizada en las polvorientas páginas de ese libro tan seri y aburrido, al parecer. Parecíale á uno la sombra del tirano pasearse á través

sus páginas avivada la mente por el olor á libro viejo que aún guardaban, y hasta por la singular circunstancia de haber pertenecido á De Angelis los volúmenes de 1839 y 41.

Mucho he podido recoger así, *de visu,* en el teatro mismo del famoso drama, interrogando á los actores. He conocido á la ciudad de Buenos Aires toda vestida de colorado todavía, cuando acababa de salir de manos de Rosas. Para encontrar un rayo azul era menester mirar al cielo en buen tiempo de primavera, porque hasta los colores de la bandera habían desaparecido. Allá por el año de 1860 los *candombes* guardaban un discreto silencio pero conservaban, sin embargo, la oculta devoción íntima por el «grande hombre», y su composición y sus ritos originales seguían inalterables su curso saturnal. El domingo, ... rumor sordo solía levantarse en el si-...cio de la tarde; la negrada federal, ya ... no por las calles de la ciudad como ...es, hacía sus desfiles, bajo el parral y

en la huerta del antiguo *sitio,* gesticulando su admiración por el amo viejo, ausente de cuerpo pero viviente dentro del espíritu fanatizado, que no lo olvidó jamás.

El suburbio no perdió su carácter hasta 1870 ó 72 en que la población de los centros comenzó á apoderarse de los *sitios y solares* llenos del fragante floripondio, del aromo y del retamo de los cercos, contra los cuales nadie había atentado todavía. El viejo jardín criollo luchaba valientemente contra la inmigración extranjera, cuando ésta empezó á desformarlo con el *conventillo* y á transformar los árboles amigos en leña y tirantillos económicos. Recuerdo que dos sargentos del ejército de Rosas, José Perillezo y Manuel Ramos, antiguos esclavos de mi casa, me llevaban al reñidero como al mejor punto de diversión, para los niños, y en donde ellos se reconocían con los suyos. Lueg visitábamos «las orillas» y comíamos la uvas y las brevas hermosísimas con que s hacían obsequiar por las viejas negras am

gas. Allí, recuerdo haber visto los briosos ejemplares del genuino «soldado de Rosas», que en otra parte describo. La imaginación de la niñez guarda hasta ahora, que soy ya viejo, aquellos perfiles, aquellos cuadros llenos de vida, con el prestigio terrorífico de la crónica de sobremesa y del cuento de la hora de dormir, referido por la criada verbosa. El *Cuartel de Cuitiño,* en la calle de Chacabuco, el famoso de ***Restauradores,*** en la esquina de Defensa y Méjico, estaban abandonados pero llenos de sombras y de recuerdos que restablecían la vida y hasta los rumores de la violenta lucha. Los hermanos y los amigos de la infancia, cuando jugábamos «á los batallones», hemos marchado á la voz del sargento Perillezo, de la brava compañía de «granaderos de Restauradores», cargando á la bayoneta los tunales del suburbio y 'o sus voces de mando vibrantes, como o había hecho frente al enemigo y á la eza de sus gigantes de bronce. Todo ayuda, sin duda alguna, á la imagi-

nación un poco dispuesta, para despertar la sensación de las cosas y aguzar la visión retrospectiva. La «restauración» se hace relativamente fácil, y uno acaba por ver los hechos como los podría dar la placa de gelatina al imprimirse en el papel.

Muchos años después del 52, sobrevivían todavía sus principales hombres, el personal estaba íntegro tolerado y hasta amado por la profunda distinción con que algunos de ellos se impusieron. Vivían en una discreta penumbra, que no era, con todo, inaccesible á una prudente curiosidad. Abrían con facilidad su espíritu y dejábanse interrogar cuando uno se introducía por el conducto de las amistades de familia, á las que fueron tan sensibles. Alcaldes y comisarios, miembros conspícuos del clero, del parlamento y de la magistratura, viven hoy mismo respetados y bien queridos por su ambiente socia[1] porque realmente lo merecen. Y hasta mismo don Eusebio de la Santa Feder ción, muerto en 1873, en la sala del vi

Hospital de Hombres, de donde yo fuí practicante de primer año de medicina, ha podido ser interrogado, y estimulada su verbosidad informativa por los medios vulgares de la propina. Ella mediante, el bufón reproducía las clásicas escenas en que fué actor, bien á su pesar algunas veces: la *monta* del potro bravío con espuelas nazarenas; los llantos y oraciones en el velorio de la «ilustre heroína»; versadas y discursos cuyos detalles la fiel memoria conservaba respetuosamente. Quien haya querido recoger la sensación de la época en el mismo teatro, todavía con las luces medio encendidas, sorprendiendo á los actores con la máscara trágica en la mano, ha podido entonces hacerlo fácilmente.

Los hechos psicológicos dentros de los cuales están incluídos necesariamente las pasiones y los sentimientos humanos, vi--n indisolublemente ligados á una clase fenómenos físicos que la ciencia estudia los los días: los cambios moleculares los centros cerebrales, que nadie está

en aptitud de conocer mejor que el que los ha estudiado en el sano, por medio de la fisiología cerebral, y en el enfermo, en las interesantes evoluciones de la enagenación mental. En asuntos de psicología, es decir, en los que intervienen pasiones y sentimientos de todo género, es menester conducirse con cautela, pesar y criticar los testimonios en que puedan intervenir, estudiar las causas de error procedentes de la edad, el miedo ó la enfermedad, ajustando los hechos recogidos á este criterio indispensable. Digo esto, y lo que voy á agregar, para demostrar las precauciones que he tomado al interrogar á estas personas á que me refería hace un momento.

Hacen observar dos jóvenes pensadores ingleses, que como la ciencia del espíritu, dentro de la cual debe estar el estudio de la personalidad de Rosas, tal cual yo la encaro, es, en proporciones bastante grandes, una ciencia hipotética; los que no son hombres científicos tienen menos audaci-

pero más sinceridad en sus afirmaciones é informes, lo que facilita la aproximación á la verdad. Los profanos, poco sujetos á los métodos científicos y al imperio de ideas preconcebidas, afirman con mayor ingenuidad cosas y detalles cuyo valor científico escapa á su burdo sentido común, inaccesible á teorías y preconceptos. El carácter de los testimonios sobre los cuales tengo que apoyar algunos de mis asertos, están, más ó menos, regidos por iguales principios: los hay de personas apasionadas en un sentido ó en otro y los hay de indiferentes, que han observado los hechos apreciándolos con criterio más tranquilo. *Ni les va ni les viene*, como vulgarmente se dice; son simples reproductores pasivos, reflectores mejor dicho. La crítica, en lo que se refiere al testigo ocular, decían aquellos dos jóvenes y malogrados ›nsadores, debe establecer el valor histó-:o y psicológico de cada uno de ellos, ıra evitar el error en que fácilmente po-'ía caerse en asuntos que á muchos de

ellos atañe tan de cerca. Necesario es, pues, hacerlo y con el mayor rigor posible, evitando los peligros de una información interesada, el afán de la interpretación ó el prurito del comentario personal con el que el ingénuo testigo cree ilustrar el dato.

En su mayor parte, los testigos ignoraban el propósito, plan ó punto de vista desde los cuales yo iba á estudiar á Rosas; por consecuencia el acuerdo de muchos de ellos para coincidir en un dato ó rasgo deformativo ó característico de la personalidad en estudio no puede autorizar la sospecha de un convenio. Si en mis *cuestionarios* se ve, con cierta persistencia, algún prejuicio de orden moral ó físico, es claro que su presencia debe haber sido notoria para que haya impresionado á un número relativamente considerable de observadores entre los que no es posible sospechar ni siquier remota relación. Si esto hubiera pasadc « nos encontraríamos en esta alternativa ó admitir que los hechos habían sucedid

tal cual lo referían, ó que los testigos incurrían á sabiendas é inútilmente en falso testimonio. Esta última hipótesis, que podría aplicarse á algunos de ellos, si se quiere, á tal ó cual caso particular, no podría hacerse seguramente con todos; y si uno excluye el fraude, que tampoco es posible atribuir por la calidad de las personas y la falta absoluta de móvil, el partido adoptado sería, sin duda, el de creer en la veracidad de los hechos referidos».

El testimonio más digno de fe, sobre todo para algunos hechos de cierta índole, decía Taine, debe ser siempre el del testigo ocular, particularmente cuando este testigo es una persona honorable de cierta reflexión é inteligencia, y en quien «le désir d'édifier» no es un motivo que pueda conducir un hombre sincero ó instruído á no contar los hechos exactamente como ı pasado; «más aún, si ese hombre no ıe otro objeto que conversar ó hacer ı reseña cuyo fin no conoce; cuando su

obra no es una pieza de polémica concertada para las necesidades de una causa que pueda interesarle personalmente, ó un fragmento de elocuencia preparado con un propósito público, sino una deposición judicial ó una conversación íntima y afectuosa, en la que los datos sinceros se entregan á la discreta curiosidad del interlocutor, naturalmente, y casi con placer». Tal cual pasa con las relaciones secretas, la carta confidencial ó el memento personal, escritos sin más propósito que depositar impresiones y nunca con un fin histórico ó de polémica.

Con motivo de la publicación de la obra del doctor don V. F. López, se ha querido desacreditar este medio de información, y, sin embargo, pensaba Taine, que cuanto más se acercaba á este tipo un *documento,* mayor era la confianza que merecía y más apreciables los materiales que suministraba. Porque el así llamado document público, decía él, la nota pretenciosa, e mensaje, las memorias intencionadas sien

pre, las proclamas y documentos reservados, pero escritos en el concepto de ser leídos por el público, con todo su innegable valor comprobatorio, aunque bastante relativo á las veces, no tienen para el conocimiento de una personalidad moral, el inmenso valor de aquellos en que el sujeto histórico no se siente observado, que están escritos en la intimidad por el individuo despojado de la máscara del comediante, ya sea como padre, herido en su desgracia, hermano, amigo ó hijo dolorido por la ingratitud de los suyos, del hombre, en fin, que ya no tiene un propósito público como sucedía con Rosas después de su destierro. Multitud de cartas de este género han venido á mis manos escritas por el dictador en distintas circunstancias de la vida, y como elemento de estudio se parecen mucho al objetivo de un microsio, en cuanto aumentan los diámetros las cosas y aclara sus contornos, facindo un interesante estudio.

Entre las personas que he interrogado,

ó cuyos documentos privados he utilizado, los hay de todos los índices intelectuales, de los más variados rangos y profesiones, desde el mismo general Rosas hasta la modesta tía vieja suya, que deja candorosamente discurrir la pluma ingénua á través de sus garabatos poligráficos. Un poco á lo Suetonio y otro poco á lo Taine, si me es permitida la osadía, diré que algunas veces los caricaturo en el procedimiento.

Para dar la verdadera sensación, es menester tratar de hacer revivir los personajes con su ropa y hasta con sus sombreros, con sus gestos y pueriles costumbres tan instructivas; practicar un poco « *l'art du romancier* », no para mentir y exagerar, sino para penetrar, por medio del análisis moral tan hondo como sea posible y lo admitan mis fuerzas, las personalidades que el tiempo ha borrado ya y que la publicación á secas del documento no resuscita. En una palabra, mirar la historia co ojos de pintor también, dando la importar cia que tiene en ella al colorido, las mod

y, como digo, hasta la ropa exterior en la que aquel « *logicien pressant, doux et obstiné* » como lo llama Monod, veía la transmisión sensible de la vida interior. ¡Qué admirables son en él los procedimientos descriptivos que hacen recordar los de los grandes pintores, las acumulaciones de toques sucesivos, las oposiciones inesperadas de luces y sombras! Y, sin embargo, la imaginación de este historiador constantemente preocupado de ver vivientes y palpitantes á los hombres y sucesos, « no tenía nada de soñadora, era sencillamente concreta y coloreada, una imaginación descriptiva y explicativa que nos ha hecho ver la historia con todo su relieve y su intensidad pictórica », y que, por medio de comparaciones ampliamente desarrolladas, en que campea todo el poder de análisis de la más severa lógica, nos ayuda á c ificar los hechos y las ideas. Su imagi-r ón, sigue diciendo Monod, no es sino e oaje suntuoso de su dialéctica. Ni él, r ichelet han tenido necesidad de ser

secos y grises para ser verídicos. A pesar de la pasión que anima á menudo sus retratos y narraciones, han servido á la verdad y á la ciencia con honradez. Para ambos la historia « no es ni una narración ni un análisis filosófico, es una *resurrección;* tienen esa mezcla de erudición y de espíritu adivinatorio que admiramos en los maestros de la ciencia alemana », en Niebuhr y en Mommsen, sobre todo.

Mi condición de médico me ha permitido insinuarme con cierta facilidad y confianza en algunas conciencias meticulosas, y muchas cosas me han sido referidas así, en la calurosa y amigable conversación después de calmado un dolor ó ahuyentado un insomnio : toda esa trama de pequeños episodios que no ve el público, pero que mueven pasiones y sentimientos, puede uno y de ese modo, irlos á buscar en el fondo de esos pequeños cajones secre que el temor de complicidades ilusor cierra herméticamente.

Sin embargo, como Rosas y su ép

es la faz más dramática y sensacional de la historia patria, la que más hondamente ha conmovido los espíritus, no es extraño que el prolongado estado emocional que ella ha mantenido en la sensibilidad argentina, constituya una causa de error en los que narran sus hechos como actores, testigos oculares ó víctimas. Su imaginación ha de sentirse naturalmente arrastrada á los relatos apasionados y pintorescos, y á menudo fuera de la realidad. Así los que cuentan esas historias, como los que refieren episodios de *ánimas en pena* y de apariciones de ultratumba, sienten, como indican Gurney y Myers, el vivo deseo de interesar á su auditorio, cargando la mano en los colores más vivos y poniendo en evidencia el papel desempeñado para llamar la atención de los otros. Por eso, ciertos relatos tienen un subido gusto á lo maravilloso y hay que descartarlos, porque ...mbres sinceros y bondadosos, con todo, ... han podido resistir la tentación de ...ernos abrir los ojos bien grandes ante

el relato de sus vivísimas historias. Causa de error, que al observador se le ocurre inmediatamente y que con facilidad aleja por medio de una severa crítica.

Las referencias que me han parecido más dignas de figurar como válidas, no tienen todas el mismo valor, pues las hay de personas que han visto cuanto afirman, y de otras que han sido actores ó ejecutores ó tienen el dato de segunda mano, por haberlo oído ó leído en papel público ó privado. El carácter común, la índole de todas las informaciones, después de seleccionadas por la crítica, es siempre el mismo; tienen todas una misma inclinación psicológica y una por una se van alineando con cierta tendencia espontánea, hasta producir un conjunto que revela no obedecer á un *parti pris*, sino que una misma impresión, más ó menos intensa, ha sugerido al final la misma idea ó sentimiento. ¿Cómo pe sar entonces que todas las causas de err más arriba apuntadas, faltas de exactit y de lealtad en las informaciones, exa

raciones y alteraciones, á no ser intencionadas y metódicas, lo que no es posible, hayan podido crear un tipo mental definido tan lógico y coherente? Si para otras cosas más delicadas y diremos así, intangibles, en las cuales el fraude y el error de percepción es posible, el criterio apuntado y en manos hábiles, ha producido resultados tan eficaces, ¿cómo no lo ha de dar en nuestro caso en que la crítica es fácil y el fraude difícil y sin objeto?

Es indudable que testigos como el señor don Antonino Reyes pueden ser sospechosos para algunos, especialmente en cierto género de informaciones políticas, porque su actuación notoria al lado de Rosas los unía estrechamente á la situación discutida y al personaje estudiado. Por otra parte, es lógico que ciertas vinculaciones de cariño y gratitud les some- eran, más que á otros, á influencias per- rbadoras. Pero á distancia tan grande los sucesos y á la edad en que interro- é al citado, había ya cierto enfriamiento

que permitía á su notoria sagacidad, hasta ratificar con loable independencia ciertos hechos que, si bien daban carácter á la personalidad moral del tirano y pintaban la época, no afectaban en lo más mínimo las condiciones de inquebrantable lealtad que se había impuesto. En la parte de análisis moral, donde la preocupación política no puede alcanzar, su testimonio, como se comprede, es de un valor indiscutible y me ha de servir repetidas veces en el curso de este libro.

Como lo que había que averiguar, más que á otra cosa, se refería á la persona, costumbres y tendencias personales de Rosas, el señor Reyes tenía que ser sincero porque, por razones que fácilmente trascienden, no penetraba la intención de mis preguntas, aparentemente incoherentes, el propósito y plan de estudio que las guiaba y del que parecía completament alejado, toda vez que iba por otro camin que el de la política y la vida pública d sujeto. Si, lo que no creo, ha habido c

su parte intención de desfigurarme los hechos, seguramente que no ha de haber sido en esas cosas, donde, como dejo dicho, el alcance de las preguntas tenían que escaparle. En sus largas y por cierto interesantes pláticas, había un verdadero despliegue de impresiones que exteriorizaba espontáneamente, estimulada la memoria por el amistoso ambiente, de detalles y rasgos curiosísimos que los circunstantes, y yo especialmente interesado, íbamos registrando con paciente detalle. Si el calor de la sincera cordialidad estimula agradablemente al corazón, el espíritu se siente predispuesto á la confidencia; y la memoria, acariciada así, suele traicionar los más secretos detalles que en otras circunstancias hubieran permanecido encerrados bajo las siete famosas llaves del poeta. Palermo conservaba todavía y apesar de sus reju-
ıecimientos forzados, mucho del sello
mitivo, y cuando una feliz casualidad nos
ró allí en compañía de Reyes y recorri-
ıs sus corredores, las habitaciones soli-

tarias, los patios apenas desfigurados por algún tabique exótico ó alguna puerta cegada, cuando nos sentamos alrededor de una mesa en el mismo dormitorio de don Juan Manuel y paseamos por el viejo corredor, tranqueado por sus piernas, parecíanos que se operaban extrañas reincarnaciones. Ante aquel vivo relato, en el lugar mismo del drama, la imaginación predispuesta de un espiritista hubiera producido maravillosas materializaciones, haciendo surgir de entre las brumas de la soledad, y de todas las piezas, la interesante figura del hermoso macho bravío que llegó á dominar al Río de la Plata desde aquella habitación de modesto *capataz*. ¡Tan hombre se nos aparecía allí, en efecto!

Circunstancias especiales me permitieron, del mismo modo, interrogar hondamente á la mayoría de los escribientes de Rosas, no ya sólo á don Antonino Re yes, el señor de Santos Lugares, sir también á Argüelles, Alberú, Gallard Benito González, Beascoechea, y tant

otros, que todos ellos han hecho sus deposiciones amistosamente interesados. Largas horas de plática, lápiz y papel en la mano, me han permitido extraer de la maravillosa memoria de Argüelles, todo el depósito de datos, que todavía á los setenta y tantos años tenían tan singular viveza. La blanca cabeza era realmente un prodigio de retentiva y no escapó á su percepción ni el lunar ó la mácula imperceptible en la piel, la emoción del soldado cuando vendó los ojos de Gutiérrez. El hombre ó el acontecimiento, si pasó por su objetivo, *mordió* sobre el cobre del cerebro con el profundo vigor de una de esas incisiones indelebles del antiguo aguafortista, quedando «calcados» más que simplemente reproducidos. Y el grano de imaginativa española que frecuentemente animaba sus informes, dió á muchos de ellos el carácter de verdaderas restauraciones artísticas é históricas. En cuanto á hombres, se me antojaba un eximio miniaturista del siglo XV con una

plenitud de detalle que hubiera envidiado el mismo Jacquemart de Hesdin, para sus detalladísimas «*Très Belles Heures*», tan luminosas.

Don Pedro Regalao Rodríguez, tenía fama de ser otra de las fuentes importantes de información. Era una amable figura de anciano, lleno de modestia y de exquisita cortesía para todos, con el alma sin hiel, á pesar de la cruel enfermedad que lo privaba de la vista, animado constantemente por un bondadoso deseo de satisfacer sinceramente las preguntas que la curiosidad de imprudentes visitantes le dirigían desde tiempo inmemorial. Pero tal vez la misma bondad de su carácter lo presentaba un poco tímido y reticente; sin duda temía avanzar datos y opiniones que pudieran perjudicar la verdad ó comprometer personas. Así es que, fuera de fechas y algún detalle puramente narrativo era en ciertos casos poco categórico. Se que el estado de sus ojos no le permitier conocer integralmente á los curiosos qu

lo solicitaban, suscitándole la natural desconfianza que así acompaña al sordo como al ciego, ó que realmente fuera este su carácter, lo cierto es que nunca era comunicativo, y se limitaba al dato preciso, desnudo de todo comentario. ¡Cómo habrían abusado de su inagotable bondad, solicitada por la imprudente curiosidad, y á diario, desde que cayó Rosas hasta que él murió!

Los escribientes de Rosas han sido numerosos, pero los que vivieron á su lado muchísimos años y en la intimidad de su carácter, son pocos. Los que podían ilustrarnos, ya los he mencionado, porque los otros habían muerto ó fueron mudos y aterrorizados espectadores, transeuntes de un sueño agitado cuyos recuerdos se borraron al despertar á la vida normal. Recuerdo á uno de ellos que cuando se le interrogaba tapábase con horror los oídos abriendo anchamente los ojos, exclaaba: *¡no quiero hablar de eso, señor, no iero hablar de eso!* Y todo esfuerzo era itil para arrancarle algún dato. A la

edad que tenía, y diez años después, aun conservaba vírgenes las impresiones de aquella vida.

Los informes de los unos se confirman ó rectifican por los de los otros; lo que en la memoria del uno aparece apenas esbozado adquiere por el dato de otro, vida y movimiento. Es un trabajo análogo al del arqueólogo, suerte de paleontología histórica ó psicológica, porque hay que excavar en los ancianos las capas ya sepultadas de la memoria é ir reconstruyendo con el espíritu sintético con que Gaudry diera vida á las *trouvailles* de Pikermí: todo un mundo que el tiempo y la natural decadencia del instrumento mental iba borrando.

Al lado de ellos, y todavía más abajo, hay otro género de testigos é informantes que, sino cerca de Rosas, vivieron dentro del sagrado recinto urbano y conocieron de cerca ó de lejos al personaje. Sus datos son preciosos de igual modo. Fueron los directores de muchas de aquellas institu-

ciones *sui géneris,* que constituyeron ruedas importantes en el mecanismo político que organizó *la plebe.* Comisarios, alcaldes, jueces de paz, y sobre todo aquel teniente alcalde, por lo peculiar y característico, importantísimo; vegetación del *barrio del alto,* que al mismo tiempo que agente judicial era abastecedor y *entraîneur* de gallos y parejeros cuidados en la puerta de la calle, director de grupo y pacífico interventor en las contiendas de la parroquia. Muchos han sobrevivido hasta ayer, y como sus manos estaban sin sangre y su actuación había sido dilatada, llegaron á constituir un tipo de cronista de fácil acceso, cuentistas verídicos aun cuando para dar sabor al *caso* tuvieran que exagerar los peligros de mil salvamentos generosamente hechos á encopetados unitarios.

¿No habrá en la natural decadencia ...l cerebro una razón fisiológica que in-...ide todas estas informaciones? El viejo, ...rque en su mayoría lo eran cuando yo ... interrogué, tomando como tal á todo

aquel que se halla en el proceso de disolución que comenzando ordinariamente en los sesenta años, se continúa hasta la terminación de la vejez, de una manera lenta y progresiva; el viejo, iba diciendo, como testigo ocular de hechos actuales, no es seguramente el mejor, pero para el pasado, y el pasado un poco remoto. grabado en su memoria en los buenos tiempos de su juventud y edad viril, es indudablemente muy bueno. Sucede con ellos algo que parecía extraordinario antes que la fisiología lo explicara. Cuando la mente y las demás facultades empiezan á decaer por la usura, el espíritu no recibe ya con la misma firmeza las habituales impresiones de la vida, y la memoria, casi inerte, apenas si guarda el recuerdo de sus más comunes sensaciones. Las cosas pasan sin dejar huella, y el viejo vive con su antiguo cerebro. Opérase entonces ur verdadero desdoblamiento, y parece qu surgieran dos personalidades: el hombr retrospectivo, con los recuerdos siempr

vivaces y actuantes de la vida pasada, y el hombre actual. El primero, casi juvenil bajo las canas y las arrugas, fresco y hasta brillante; el otro inerte, pasivo é indiferente, con ciertas incoherencias que esbozan pequeñas lagunas. Están tan bien grabados, escritos con manos tan firmes, los ha repetido tantas veces en la vida, ese viejo é interesante *conversador*, crónica viva de la época, que ya no hay sino apretar el resorte consabido para que el misterioso cinematógrafo imprima vida y movimiento á tanto cuadro sorprendente de color.

Tal es la sensación de involuntario orden que uno recibe de aquella mecánica nemónica, que aunque quisiera alterar la sucesión de los hechos, desfigurándolos en alguna forma, no podría verificarlo. Más aún, si se tiene presente que, como ~~ nuestro caso, esas cosas y esos hom-s han sido grabados en el corazón y en ntendimiento, empleando los caracteres .os *instrumentos de grabado* que nos-

otros conocemos. El recuerdo como la cicatriz de la herida largo tiempo abierta, se irrita apenas la roza uno con el estímulo más débil.

Circunstancias de familia me pusieron en contacto con otro de los más interesantes actores del drama, viejo también, pero todavía con la inteligencia fresca y el recuerdo vívido y tenaz: el señor don José María Rojas, cuyas interesantísimas pláticas ocuparon muchas horas de mi juventud. Era uno de los más amables *causeurs* que he conocido, y demostraba vivísimo placer en informar á los jóvenes sobre las cosas de Rosas. Le había conocido mucho, actuado como uno de sus más ilustrados colaboradores y tenía un juicio muy favorable de sus talentos políticos, que había visto funcionar durante veinte años de gobierno. Su sincera admiración por él obligó su lealtad en una forma generosa, pues mientras vivió, no le faltó jamás al desterrado el abundante subsidio con que tan venerable ancia

concurría á calmar las amarguras de su miseria. Su tranquilo fanatismo cerraba á la curiosidad todo acceso por el lado político. A pesar de ser un hombre de espíritu liberal y cultísimo, raciocinaba como cualquier teólogo de aquella época, para dar la razón de las más irritantes transgresiones constitucionales. Tenía en su memoria intencionadas lagunas, cuando las más sútiles explicaciones no bastaban para justificar puntos escabrosos y con un « *no estuve presente* », « *no tuve conocimiento* », ó « *mi recuerdo es confuso* », quedaba zanjada la dificultad y detenido el interlocutor en su imprudente avance. Era por eso una de las personas más difíciles de interrogar; naturalmente difícil, porque no había propiamente artificio en su parcial impenetrabilidad, sino completa sinceridad, fe católica en el concepto que de la personalidad ..ica de Rosas se había formado.

..in embargo, para el conocimiento de ..os rasgos y peculiaridades mentales ..*eneral*, sus hábitos domésticos, apti-

tudes psicológicas y anecdóticas en el conocimiento de los hombres, don José María era de una claridad y abundancia de detalles extraordinarias. Si le sacais la parte de propia cosecha que el entusiasmo le agregaba á las teorías económicas y sociales atribuidas á Rosas, obteníais datos y rasgos trascendentales para conocer la filosofía social y la peculiarísima ciencia de las finanzas del famoso *Restaurador de las Leyes*. Como el señor Rojas había sido su Ministro de Hacienda, pudo conocerlas á fondo, y era de oir los recursos con que su genial sagacidad penetraba los casos difíciles, así como la rapidez con que se orientaba dentro de los *intrincados* problemas rentísticos é impositivos locales. Sin duda que en la pintura había, como digo, mucha vegetación que podar, pero de todo eso reunido, uno sacaba el *granito* de oro del dato fecundo y verídico, para agregarlo ' resto de la cosecha. En lo demás, el m canismo social que constituía el ambien de la dictadura, los hombres y los partidc

el medio doméstico, y, en suma, la impresión de la época, surgían fácilmente de sus encantadoras conversaciones.

Anciano como él y como él rebosante de viveza y talento narrativo, era un exjuez de aquellos tiempos, dispuesto siempre á abrir su memoria á la justísima curiosidad de todos. El doctor Mansilla, que es á quien me refiero, era por lo franco y abierto el reverso de la medalla. Como magistrado y hombre de mundo, ampliamente relacionado en Buenos-Aires, poseía un caudal de datos de inapreciable valor. A esto se agregaba cierta viveza locuaz para dar color á los cuadros y escenas que refería. Gracias á él he conocido, un poco de bulto, el mecanismo judicial de su época, en detalles é incidentes que tampoco están consignados en libros ni documentos, los roces de la justicia, no raros, por cierto, ··mo se supone con el temido Dictador. silueta de los jueces y pleitistas carac-sticos, el procedimiento y la teología ídica, podían alcanzarse fácilmente á

través de estas informaciones abundantes. A no haber podido penetrar por medio de estos procedimientos de escrutación amistosa, faz tan trascendental de aquella vida, tal vez no podría uno darse cuenta de ciertos fenómenos políticos que no tienen llave conocida sino es por esta insinuación de la curiosidad en las intimidades de la vida curialesca. Conociendo por este procedimiento informativo, que tan hondo entraba en el teatro donde se desenvolvían los incidentes de muchos procesos, en que el funcionamiento de la judicatura estaba trabada en su acción por la misteriosa influencia de agentes aparentemente intangibles, era posible llegar hasta ellos. La «llave mágica» de la ley de 1830 confiriendo á Rosas «las facultades extraordinarias» y la «suma del poder», permitía estas intromisiones, y aún cuando después fué suprimida, su imagen y la vibración del látigo que ella ponía en las man implacables del gobernante, quedaron s nando en el oído y oprimiendo el coraz

y la mente del candoroso litigante que aún creía en el cuento de los *Juèces de Berlín.*

Tales han sido pues, mis medios de información, tales mis procedimientos y criterio para escribir este libro.

CAPÍTULO I

LOS HISTORIADORES DE ROSAS

SUMARIO.—Con qué criterio histórico los autores han estudiado á Rosas. — Razones de su error.—El historiador, el psicólogo y el *papelista*.—El criterio *federal* y el criterio *unitario*.—Rivera Indarte es el primero que escribe la historia de Rosas. — Su criterio pasional.—Sus afirmaciones. — Cual es el valor de sus datos históricos. — Las *Memorias* del General La Madrid; sus méritos históricos.—La figura intelectual del vencedor de *Tambo Nuevo*. — Su ingenuidad de juicio.—El General Paz y sus célebres *Memorias Póstumas*. — Parangón entre ambos libros como fuente de información. — El libro del doctor Saldías. — Su fundamento histórico.—Su juicio sobre Rosas y su época.—Riqueza de la documentación.—El libro del doctor Pelliza. —El doctor Bilbao y su *Historia de Rosas*. — El *Facundo* y la *Historia de la República Argentina*.—El doctor Ernesto Quesada y sus monografías.—El *Caudillismo* del doctor Ayarragaray.— El criterio económico en la historia.—Sus aplicaciones.—La correspondencia íntima de Rosas y don J. de Rojas y Patrón.—El libro que pensó escribir Rosas.

LA época de Rosas es relativamente fácil de historiar si tomamos las precauciones apuntadas. Puede decirse que sus dramáti-
escenas se han desarrollado ayer. Tratán-

dose de penetrar en la obscuridad de ciertas épocas de la Edad Media ó del mundo antiguo, se comprenden las dificultades, á veces insuperables, con que se tropieza, por la falta del documento escrito ó la relación del testigo ocular, pero... ¡lo que ha pasado casi bajo la vigilancia y observación de nuestros propios ojos!..... La incertidumbre podrá asaltar al espíritu, cuando se pregunte por qué medios y procedimientos la religión nueva ha elaborado su constitución eclesiástica ó como la enseñanza de algunos pobres judíos ha podido destronar la filosofía y las mitologías paganas; ó, en fin, porque en solo cien años se ha desarrollado la potencia moral más grande que haya visto el universo, conmoviendo el más poderoso imperio de la tierra. Pero que una tiranía de barrio, diremos así, cualesquiera que hayan sido para nosotros sus consecuencias y su importancia política, nos arroje en la duda impotente como si se tratara de una de esas graves cuestiones históricas sin respuesta á que se refiere Edmond Scherer [1], es lo que no podría admitir la crítica histórica ya que como dije, el arte pued reproducir el drama dentro del teatro mism

[1] SCHERER, *Études sur la littérature contemporaine*, to IV, pág. 186.

y casi con sus propios actores, por un sencillo procedimiento de restauración.

Rosas, puede decirse sin exageración, es nuestro contemporáneo; nos hemos codeado con él, puesto que nuestra generación ha podido verle, tocarle, hablarle y hasta hubiera llegado á penetrar los secretos de su alma escabrosa, en las conversaciones íntimas de su retiro, si su misantropía, más estratégica que morbosa, no lo hubiera impedido prudentemente. Es preciso, pues, no exagerar las dificultades. Si hasta cierto punto es exacto el cargo de faltarnos la frialdad de juicio de que habrá menester la posterioridad más remota para juzgarlo, según lo pretende la admirativa devoción interesada de los que por grande lo creen imposible, tenemos en cambio otros elementos que pueden contribuir al buen éxito. Manejados con discreción, encauzan la pasión dentro de reglas provechosas de estudio y de procedimiento, sin tener que recurrir jamás al método conjetural y á los ornamentos descriptivos mencionados por Renan, con motivo de ... lagunas que en su documentación encontra-
... los críticos.

Salvo las páginas de Sarmiento, llenas de ...orido y de pasión á la vez, y los bellos ca-

pítulos que el doctor don Vicente Fidel López le consagra en su *Historia de la Revolución Argentina,* puede afirmarse que Rosas no ha tenido aún el historiador filósofo, el psicólogo anatomista—por ser tal vez caso de *anfiteatro*—que, libertándose de la tiranía del documento y del molde oficial conocido, nos de el sentimiento de esa estructura singular, la sensación verdadera de su personalidad intelectual y sensitiva, tan compleja. No es sólo la fría relación documentada de su largo gobierno lo que necesitamos, ni los cuadros cargados de ocre de sus frecuentes degollaciones, ó las anécdotas, harto picantes para paladares discretos, con que los biógrafos de uno y de otro lado, con sobrada afición á la *aleluya* pero con escaso criterio histórico, han inundado la literatura y la iconografía de esos tiempos. Todo podrá ser, en su lugar, de una real importancia, pero necesitamos la ayuda del rayo invisible que penetra ahora los cuerpos opacos, para descifrar aquella psicología, tan complicada y abrupta, por otros procedimientos de los empleados por la historia convencional.

Si se estudian detenidamente la mayor parte de los libros publicados hasta hoy, sea cualquiera la serena voluntad de comprenderlos,

no se verá en ninguno al Rosas concebido por la moderna crítica. Casi todos se parecen, sino en el estilo, cuando menos en el procedimiento, y más que todo, en esas tendencias tan poco científicas de juzgar al gobernante exclusivamente, sin llegar hasta el hombre. Y esa falta de aprovechamiento de los hechos pueriles del hombre, que todos ellos desprecian y que la ciencia utiliza tan admirablemente para sus restauraciones y mágicas revivicencias en otro sentido, imprime á sus personajes históricos el aspecto exangüe de las apariciones de teatro. Un diente fósil, para recurrir á los hechos más conocidos, es un documento mudo y sin importancia si la mano y la inteligencia de quien lo descubre no están animadas por aquella *imaginación serena* de que es menester armarse, según Tyndall, ó por esa noble facultad de generalización, cuando aguzado el ojo interno le permite reconstruir, como por obra de sortilegio, todo un mundo perdido, donde él tiene su ubicación inesperada. Buckland con simples troncos silicicados de coníferos, descubiertos en evas arenas rojas de los terrenos primitivos, demostrado, por análogos procedimientos escrutación, que esos árboles vegetaron en mas desiguales, permitiéndole resucitar las

estaciones del año en la cual los nobles pobladores de las remotas edades se mecieron al soplo de sus auras violentas. Me parece ver al papelista argentino que ignora ó desprecia esos medios, inclinado con devoción apasionada sobre el mensage de *tapas coloradas* ó sobre el texto de las *renuncias famosas,* tratando de *extraer* de esa única fuente de información al tirano Rosas, del fárrago de su literatura juglaresca, como el nigromántico, al hombre del misterioso homúnculos. ¡Pero en vano! No saldrá el oro de *alcaez* tan inerte, mientras no leamos, entre líneas, la filosofía que no se deja interrogar tan fácilmente como la letra; porque una cosa es la gramática, tan seductora para el *papelófilo,* que todo lo espera del garabato informe, y otra el alma discreta y púdicamente oculta para la miopía de los que confunden el olfato con la visión, ó no tienen el espíritu suficientemente inspirado para insuflar la vida en la carne y en los huesos de esos muertos ilustres [1].

Entre nosotros la *afición al papel viejo,* nada más que por su vejez, ha primado sobre la ten dencia sana de Motley y de Taine; el ropave

(1) Véase P. GROUSSAC, Anales de la Biblioteca, n.° 1 *Santiago Liniers.*

jero ha matado al historiador y éste no será nunca tal, si le falta el espíritu que anima las páginas de Carlyle y las del inimitable autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Todos han estudiado curiosamente nuestras leyes, los actos públicos y las cosas privadas, analizado los documentos y hecho en ellos el reparto de lo verdadero y de lo falso, tal vez con sorprendente sagacidad; pero el sentido político, el concepto trascendental de un hecho, de todo lo que hay de vital bajo esa escritura muerta, tras ese detalle social nimio, y en fin, la visión de aquella sociedad y de sus elementos diversos, ya nuevos ó viejos, ya bárbaros ó civilizados, parece haberles escapado completamente; de donde procede el vacío y la insuficiencia de sus trabajos. La narración dramática de la batalla ó del tumulto callejero los ha seducido más que la estructura de la sociedad, el mecanismo del comercio ó la razón de la herencia como explicación de un hecho político, por trascendental que fuera. Tal así como les había ...ntecido, según Amadeo Thierry, á los pa...ntes benedictinos y autores curiosos de las ...icas del siglo XVI y XVII, *qui ont posé conditions de l'histoire mais ne l'ont pas*

faite... [1] Se habían olvidado de dar á sus relatos el soplo vivificante, la luz del alma, tan necesaria como en un poema ó en cualquier obra de arte; que al fin y al cabo, una obra histórica no es otra cosa.

El primero que aparece en la bibliografía tratando de escribir la historia de Rosas, una historia *sui géneris*, es nada menos que Rivera Indarte. Me lo imagino á ese *beato* de voz melíflua, preparando en la trastienda de su diario los filtros corrosivos con que, á manera de lluvia, rociaba la diatriba violenta en que hacía consistir su propaganda y su historia. Algunas veces ese hombre indudablemente procaz, embargado por la pasión vibrante de su entusiasmo y del despecho que, al parecer, lo había alejado de Rosas, produce en sus artículos peculiarísimos párrafos de verdadera elocuencia. La frase, á las veces corta y tronadora, suena en el oído con la vibración fulgurante de un látigo de acero. El apóstrofe brutal, el calificativo infamante y pintoresco, la palabra reveladora ó el concepto calumnioso, pero no menos cruel, por el efecto urente del primer instante, salpica á cada momento su prosa descosida y pedestre

(1) Véase Amadeo Thierry, op. cit.

pero que fluye copiosa y rápida como la lava, calurosa y precipitada cual si tuviera apuro en su desolación implacable. Aquel apóstol de manso aspecto, de una simplicidad virgiliana de corteza, parecía transformarse cuando el paroxismo del odio le hincaba el alma. Con la pluma convulsiva en la manó, sacaba de no sé qué escondites cerebrales, que no eran por cierto visibles en sus malos versos ó en su conversación casi zurda, el vigor jugoso de su propaganda, que fué, el primer día como el último, de igual quilate en lo que respecta á su temibilidad.

Jamás le faltó, así en la primera como en la última página de su hoja, el argumento inesperado ó el vocablo bochornoso con que, en medio de la risa de sus juglares y del llanto que algunas veces llenaba la atmósfera de la ciudad oprimida, coronaba, como con un trapo sucio, la frente de los defensores de Rosas. Del embrollado fárrago de su literatura tan poco cuidada, ve uno surgir entre los acordes de una *media caña* ó dentro del cuadro demasiado car-
do de los *candombes* federales, la figura de
erpo entero de Mariño, de Angelis, de los
iles rosines y de toda la turba de esbirros á
enes Rivera Indarte insultaba en una forma

que hubiera parecido enorme al mismo Bocacio. Tales eran las pudrideces con que el redactor del *Nacional* los llenaba á todos de los pies á la cabeza. Mariño le pagaba con la misma moneda abriendo con mano más generosa, sin embargo, la compuerta de la cloaca federal, de lo que resultaba un ir y venir de trapos infectados cuyo mefitismo todavía trasciende de entre las páginas polvorientas de la *Gaceta* y del *Nacional*. Pero como fuente de información histórica es como se comprende, de valor muy relativo, sin embargo de que muchas de sus afirmaciones han sido después corroboradas por la exhumación de documentos que desconocíamos y que los mismos encargados de hacer su defensa descubrían.

Descosidas é iliterarias como son las *tiradas* en que el melancólico polemista se ocupa de don Pedro de Angelis, el peritísimo colaborador de la cancillería dictatorial, no por eso deja menos de surgir con relieve la endeblez moral y la estructura canallesca, aunque luminosa. del famoso redactor del *Archivo Americano*. El retrato tiene rasgos de fuego y es todo — documento histórico. Toda su carrera de d vergüenza homérica, desde su asociación c don José Joaquín de Mora hasta su ubicaci

definitiva bajo la tutela incondicional de don Juan Manuel, está allí pintada con las pinceladas grotescas, pero llenas de sabor criollo, con que la prensa apasionada de ambas orillas hacía sus grandes telones. Podía decirse, parodiando el título de la comedia de Rojas, que «*Entre bobos anda el juego*»; porque si como parece deducirse de las informaciones de uno y otro campo, el señor Rivera Indarte no fué, con todos sus *humos* de unitario y su poco regocijada pluma, sino un hombre desconceptuado por turbios antecedentes, el tal de Angelis, que tenía un hermosísimo talento, era en cambio tan grande de estatura como pequeño de sentido moral. De estas polémicas para las que, á imitación de Mariño, ambos mojaban sus plumas en las bilis de un hígado enfermo, resultaba una indecente exhibición de papeles, ropa sucia y pestíferas máculas, que no ha dejado de ser provechosa para el estudio de la época, dada la sutileza de la micrografía doméstica á que sometían las vidas de todos, inclusive la de don Juan Manuel. Hay que leer esos copiosos derra- que satisfarían la más aguda *coprolatia*, jados por cada *paquete* y devueltos por du- ıdo por el arguyente de la otra orilla, que ·l ínterin afilaba su ingenio para la secreta

invención de la calumnia. Rivera Indarte tenía en su jerga plebeya algo así como la procacidad pintoresca de la prostituta criolla burlada, cuando Angelis ó Mariño le enrostraban sus aventuras juveniles, ó cuando se enardecía atacando á Rosas; vocablos y designaciones que recuerdan la terminología cruel del Aretino, ó los apóstrofes implacables de Juvenal. Llamaba *hedionda* la discusión entre de Angelis y don Pedro Feliciano Cavia; «pandilla compaginada con gacetas viejas y papeles de letrina», al partido que llevó á Rosas al poder; «bajas y nauseabundas insinuaciones» á las que un periodista venal hacía á la administración del general Balcarce; y hablando siempre de Angelis, agregaba con un realismo excesivo que, como una generosa dádiva y como prenda de reconciliación, había obtenido que el *tirano no lo pateara en el traste* [1].

Las *«Tablas de sangre»*, y *«Rosas y sus opositores»*, que son la expresión de sus talentos de escritor político y polemista iracundo, revelan, más que nada, de lo que es capaz una pasión cuando así se apodera de todos los (- cios del pensamiento. Puede uno formarse ; -

(1) Véase el Cap. *Cuales son sus instrumentos de pr :- ganda.*

cio del valor histórico de tales obras, haciendo un estudio crítico del texto y de las refutaciones de Mariño en la *Gaceta*. Sus libros y panfletos adolecen de las exageraciones de su propaganda fogosa, y nobilísima sin duda, pero como digo, hay en todas algún fondo de verdad, que se impone. Va recto á su propósito político con la impulsión de un ariete, llevándose por delante todo cuanto se opone á su consecución, incluso su *credo* que, á las veces, maltrata cruelmente. Cuando le falta un argumento, inventa un dato, y si no lo inventa, cosa que en honor de la verdad, hace con poca frecuencia, lo desfigura para sacar de su transmutación toda la ventaja estratégica necesaria. Teniendo presente este dato, que surge del estudio comparativo, ya hecho, por algún curioso bibliófilo, entre sus afirmaciones y las rectificaciones de la prensa de Rosas, del libro de Saldías que se ocupa especialmente de *El Nacional* y del resto de las publicaciones posteriores, puede y debe darse, en cuanto á muchos de los hechos que afirma, algún valor á sus testimonios, no obstante los ıestos propósitos que guardan sus plumas ta hacer á las unas antagónicas de las otras. Los hechos que Rivera atribuye á Rosas no niega Mariño, sino que á su vez los desfi-

gura ó intenta explicarlos. Así, por ejemplo, donde aquel dice *patriotas* degollados, el redactor del *Clasificador* dice *bandoleros* fusilados; donde el primero afirma que fueron degollados catorce ciudadanos, Mariño, sin negar ni justificar la atrocidad de sus detalles, pretende que fueron *indios*, y no catorce sino *doce!* Pero siempre el hecho existe; fusilados ó degollados, la ejecución tuvo lugar, y conociendo, como conocemos, cual era el procedimiento favorito de Rosas, podríamos afirmar, á falta de otros datos confirmativos, que la operación se hizo empleando el lento pero seguro proceder de la cirujía *conservadora* de la época [1].

Algunos ejemplos bastarán para probar mi aserto. En las *Tablas de sangre* se consigna con la designación de *Matanzas en 1840* y *1842*, la siguiente lista de asesinatos en los meses de Octubre y Abril de esos años: los dos Aniga, Agüero, Aquino, Amarillo, Cladellas, Cruz, Cabral, Casas, Echenagucía, Ferreira, Dupuy, Gándara, Machado, Moreno, Eguillaz, Medina, Monfi, Mota, Pérez, Pardo y cien más. La *Gaceta* no niega los hechos, porque la audacia d' antiguo redactor del *Restaurador de las Ley*

---

(1) Véase SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argenti* tomo IV, página 61. (Félix Lajouane, editor, 1892).

no podría ir tan lejos, sino que se contenta con decir que la mayoría de los degollados, ¡ eran amigos del Gobierno! y que el Gobierno *debió contener esos desórdenes con firmeza incontrastable* [1]. Dice el *Nacional* que en la batalla del *Arroyo Grande*, entre los muchos que murieron se encontraban *doscientos degollados* después de hechos prisioneros. «¡ Miente!» exclama la *Gaceta; las víctimas de esa batalla fueron sacrificadas por la obstinación con que los salvajes unitarios* han perseguido una guerra atroz!» [2]. Afirma Rivera Indarte que se fusilaron ciento y tantos en tal ó cual parte, y responde el comandante Mariño, que no fuéron ciento y tantos sino *treinta y seis* los ejecutados, y no donde dicen los unitarios, sino en Salta!... ¡ Lo del «*peso y de los ocho reales*», en una forma menos graciosa que en lo común de los casos, pero siempre, eternamente cierto el evangelio popular! No fueron mil sino quinientos los ejecutados, ni se le cortaron las orejas, sino las narices; á los prisioneros no se les tuvo veinte días sin comer, sino diez y nueve y algunas ras. ¡ Vaya con las exageraciones de los uni-ios! ¡ Qué contraste con ese ferviente culto

(1) Véase Saldías, tomo IV, pág. 64, op. cit.

(2) Véase Saldías, tomo IV, pág. 65.

de la verdad *profesado por el antiguo discípulo del Colegio de Ciencias Morales* que no permitía que se dijera *narices* donde debía leerse *orejas*, ni alterar la geografía atribuyendo á Jujuy una degollación que tuvo lugar en Salta!

Así, pues, previa filtración y tranquilo decantamiento de todo el material de aluvión que trae en sus obras este fervoroso panfletista, debe aprovecharse lo que resta de verdad, que no es poco, como queda demostrado. La fuerza y el calor de la alta fiebre que lo arrojaba en sus nobles exageraciones, quedan en el filtro y deben quedar.

Uno de los libros que he leído con mayor placer, á pesar del extraordinario desaliño y *criollismo* de campamento que trasudan sus páginas, tipográficamente tan nutridas, son las «*Memorias*» del General Gregorio Araoz de La Madrid [1]. Difícilmente se hallará en la literatura argentina, si literatura puede llamarse á ese descosido haz de impresiones recogidas por el espíritu sensible de un soldadote bonachón, un libro, de estructura más infantil y que revele mejor la corteza de bondadoso gigante del ori ginal paladín, que conquistaba voluntades co

---

[1] *Memorias del General Gregorio Araoz de La Madrid.* Pu blicación oficial, 2 vols.—Buenos-Aires, 1895.

« la lanza partida del mio Cid » y la melancólica *viella* del trovador provenzal. Curioso ejemplar atávico del batallador antiguo. Parecía una figura desprendida de los grabados de Corneille Van Dallen, ó de uno de esos « petits-maitres » holandeses que han inmortalizado con su buril incisivo, la silueta alternativamente terrible y graciosa de los troveros andantes de otra época. El general La Madrid recoge y alinea sus recuerdos y sus párrafos como alineaba los soldados ; desarrolla su plan histórico al escribir el desgalichado libro, como desarrollaba la estrategia peculiar de sus batallas. Así pues, sus *Memorias*, descartando la parte de innovaciones sacrílegas introducidas por la amable crítica de su editor, es el libro que mejor revela la índole absolutamente desprovista de malicia de ese ingénuo é incansable peleador. Lo que él dice es, hasta cierto punto, lo cierto : lo ha visto y oído ; sus sentidos devuelven lealmente cuanto han recibido, sin interpolaciones inútiles, para lo cual no estaba preparado su cráneo, si no célebre por el talento noble y vene-
do por el número de gloriosas heridas que
cibiera en veinte y cinco años de luchar por
libertad.

La inocente franqueza con que vacía las

impresiones y recoge las críticas, á las veces amargas, de sus propios actos, la ruda franqueza con que se acusa de sus mismos actos políticos, constituye, sin duda alguna, una verdadera garantía de la sinceridad de sus afirmaciones. Posiblemente la memoria lo traiciona en algunas ocasiones y transpone fechas atribuyendo á una lo que pertenece á otras; pero eso no sucede siempre, pues, salvo contadas excepciones, el recuerdo es fiel y la memoria, que como acontece á menudo, absorbe el jugo de las otras facultades cuando predomina así, reproduce, hasta con donaire y abundantes sales epigramáticas, ciertos detalles de la vida política de provincia, en la cual ha sido actor tan importante. Eso sí, no le pidáis el comentario, siquiera sencillo, ó la crítica histórica, á la manera del campamento, del más pueril suceso, pues entonces lo veréis claudicar como un analfabeto. Es que el inolvidable vencedor de Tucumán atravesó los veinte años de la tiranía sin comprenderla, atribuyendo, como vais á verlo, á las *vidalitas* y *malambos* una trascendencia política que sólo pudo caber en su inocente fantasía. No penetró, ni sospechó siquiera, no ya la filosofía de las cosas, que eso hubiera sido exigir demasiado á su cerebro

glorioso, pero ni la filiación inmediata y superficial de los hechos con que el seso modesto de sus contemporáneos de aldea se satisfacían tan discretamente. ¡ Qué diferencia con el juicio y adelgazada penetración de aquel malicioso espíritu del general Paz, algunas de cuyas páginas, aunque escritas con una *punta* demasiado aguda, recuerdan, con las *quitas* consiguientes, la serena pero maligna prosa del autor de la *Hispania Vitrix*, hombre de ingenio agudo, de espíritu un tanto escéptico y mordaz, pero no de vulgares conocimientos ! Contrasta el desenfado juvenil y soldadesco de aquél, con la cautelosa solemnidad de éste, cuya grandeza rígida y angulosa nos trae á la mente la figura bastante áspera del *famoso* procurador de los indios, aquel juez controversista para quien Menéndez Pelayo ha tenido esta frase cruel y justiciera: «la caridad misma tomaba un dejo amargo al pasar por sus labios». Algo así era el general Paz, pero verídico y sincero cuando la inquina no le predisponía en contra de alguno, y la amarga y despreciativa benevolencia con que juzgaba al general La Madrid lo envenenaba las puntas con que defendía su espíritu contra las tentaciones de la piedad en

los asuntos de su arte. Sus «*Memorias Póstumas*» son de un valor inapreciable (1).

Pero aun así, cuán admirable era *ese niño grande de mi compadre*, como le llama á La Madrid don Juan Manuel Rosas; ese niño que en las batallas comía glotonamente puñados de alfeñiques; que le tenía miedo cerval á los truenos y á las *ánimas*, y que, sin embargo, en el combate y en el peligro era románticamente grande, por la belleza escultural de su acción y de sus actitudes, por las desnudeces imprevistas de su carácter pueril, de un valor sensitivo tan marcado.

¡Qué pasión tan llena de alegría por el peligro y el fragor de los combates! ¡Cómo amaba el torrente y el vértigo de aquella *carga* criolla tradicional, la epopeya bárbara del combate á arma blanca, el clamor, musical para su oído, que envolvía la atmósfera del campo de batalla, en el momento supremo de la derrota ó la victoria!

Cuéntanse de su carácter cosas encantadoras por su ingénua simplicidad. ¿De qué medios creéis que se valió para llevar la confianza al

---

(1) *Memorias Póstumas del general José María Paz.* Segunda edición. La Plata, imprenta «La Discusión». — (El ejemplar que yo poseo pertenecía al doctor V. F. López y está anotado por él).

espíritu inquieto del tirano, receloso de la sinceridad de ese federal de nuevo cuño, y cuya noble estructura iba protestando á gritos un *salvaje unitarismo* de raza? ¿De las proclamas retumbantes y ambiciosas que caracterizaban los tiempos; de algún acto público trascendental, ó de cualquiera de los tantos procedimientos políticos que tenía la hemenéutica federal para afianzar una promesa? Nada de eso, porque todo hubiera sido exótico en la naturaleza del inmortal goloso... De la suave vidalita, género musical y político cultivado por él con juveniles entusiasmos y al que atribuía sortilegios y captaciones de un orden sobrenatural. Era el caso de exclamar al leer esos párrafos de sus *Memorias*, la frase del malicioso presbítero de las *Confesiones de una abadesa del siglo* XV: «*leggette ma non vi scandalizate*». En efecto, leed: «Puesto ya en Arrecifes, casi á cuarenta leguas de Buenos-Aires, y notando el general desagrado que observaba en la gente de la campaña que me conocían, al verme vestido con las insignias de la federación, empecé á recelar que mis émulos pudieran levantar algún cuento ó chisme contra mí, en razón de que había una presunción de los exaltados ó mazorqueros por cuanto no habían conseguido jamás

que yo dijese en las reuniones ó fiestas federales: *¡ Mueran los salvajes unitarios !* y también de haberme hecho notar uno de los oficiales de las provincias que iba conmigo, que se habían fijado muchos en que yo no había asistido jamás en las listas del cuartel, á la ceremonia que se usaba y creo continúa, de *vivas* á la *Federación* y al *ilustre Restaurador*... Resolví componer en la marcha de Arrecifes á Portezuelas, punto inmediato, una *canción de vidalita* cuyo estribillo decía: *Perros unitarios nada han respetado, á inmundos franceses ellos se han aliado!* Esta composición que era exitando *el entusiasmo federal de los pueblos* la compuse en dicha marcha, y escribiéndola por la noche en la posta de Fontezuelas, se la mandé en una carta al señor Rosas para *que me sirviera de garantía,* ya para con él, que le agradaría mucho, como en efecto sucedió, ya también para los gobernadores de Córdoba y Santiago del Estero, que eran los que más desconfianza me inspiraban, y al efecto cuidé de hacerla cantar por la tropa en la marcha » [1]... No percibís el sabor de la naturaleza primitiva del villancico, el olor á campo húmedo de la alegre primavera, en esos párrafos que trasudan por

[1] *Memorias del general La Madrid,* tomo II, pág. 138.

todos los poros infancia y perfumes de adolescencia feliz? ¿No os sentís bajo el encanto de uno de aquellos cuentos de la primera edad, á solas con el terrible gigante «Silvano», que riñe con los niños de la aldea por un asunto de caramelos, y que sin embargo, asusta á la gente medrosa con los taconazos de sus botas? La imagen de Hércules ingénuo delante de la rueca, enhebrando una aguja, se nos viene á la memoria en presencia de ese bellísimo carácter que amamos todos los argentinos en el general don Gregorio Araoz de La Madrid.

Vengamos ahora á un escritor que ha despertado la atención de la crítica, por el notorio espíritu reaccionario que campea en su voluminoso libro. Uno de los defectos capitales de la trabajada obra del doctor Saldías [2], que es á quién me refiero, es la sinceridad con que toma todas las informaciones interesadas que abundan en ella. El doctor Saldías, á pesar de sus reconocidos méritos de laborioso investigador, no ha sabido desprenderse del peligro de lo que el doctor Zinny, con su acostumbrada moeración de vocabulario, llamaba el *medio dozmental* de la familia, es decir, todos aquellos

(²) A. Saldías, *Historia de la Confederación Argentina. — ›sas y su época*, 5 vols., 2ª. edición, 1892. Félix Lajouane, editor.

papeles que ésta elige en los archivos públicos y privados, desechando los que puedan perjudicar al personaje. Tomado entre los fuegos de la elocuencia filial, tan ardorosa como puede serlo en un temperamento apasionado de mujer y de hija, y las protestas apostólicas de un hijo político que había atribuído al patriotismo y al honor la defensa de su suegro, el doctor Saldías, que ante todo es un espíritu honrado y por lo tanto sugestionable, como que es un *sensitivo* en las cosas de la vida, se dejó seducir fácilmente por todo ese bagaje de demostraciones documentales, según el criterio poco seguro de sus más directos descendientes y confabulados. Hubo allí, verosímilmente, más que una seducción, una hipnotización casi *mesmeriana*, de la que no faltó ni el ambiente mágico preparado de las cartas inesperadas, de los documentos inéditos, y á él solo revelados. Es que un espíritu honrado es siempre un sujeto propicio para la zarandeada *sugestión;* la odiosa palabra, según Groumond, pero que expresa bien la infiltración de un espíritu por otro. Para escribir la historia de Rosas, no hay que ir con el propósito de hacer, ó reivindicación ó proceso, sin simplemente historia. El doctor Saldías, es sincero, sin duda; pero si hubiera podido libertarse

de los lazos amables que le tendió el entusiasmo de los interesados mentores, su concepto del sujeto, que no resulta de relieve en sus copiosos volúmenes, hubiera sido otro seguramente. Mi distinguido amigo ha bebido, sin sospecharlo, el tósigo preparado en la *salamanca* de Palermo, y circula ardiente en su noble sangre la diátesis... ¿cómo la llamaremos? *Rosafílica*, á falta de mejor vocablo. Está, pues, vacunado contra toda tentativa de convencimiento en sentido contrario. Podrá él decir que yo, á mi vez, lo estoy por la diátesis unitaria. Pero esto ya lo veremos á su tiempo.

La familia del general Rosas, por medio de una propaganda verbosa y constante, y de la documentación arreglada, como las cartas del nigromántico de Nacelli *para que resultara siempre más bello el negro*, logró apoderarse de ciertos espíritus, poniéndolos al servicio de una reivindicación ilusoria é imposible. El doctor Saldías, es caluroso y audaz, y su inteligencia, necesariamente, se dejó tentar por la trascendencia y las dificultades de una empresa histó-ı atrevida, pero fuera de las lógicas y natu-ᵕs tendencias de la crítica moderna, que ɘre anatomía y verdad, tal vez sinónimos ta en las manifestaciones del arte más ro-

mántico. Naturalmente, siempre que aquella anatomía no sea sencillamente brutal y descriptiva, sin el soplo maravilloso de vida que anima los esqueletos de Orcagna y las osamentas de Vadéz Leal. ¡Si uno fuera á escribir la historia únicamente con lo que dicen sus héroes ó sus familias, estaríamos lucidos! En ese camino y por lo que respecta á esa época, no habría degüello ó atentado de unitarios y federales que pudiera atribuírseles en buena ley; ¡el hombre de las proclamas lacrimosas, tan patrióticas, del año 1834, y de las inolvidables renuncias, tantas veces repetidas en el largo período de sus simulados quebrantamientos de salud, resultaría adorable y hasta ingénuo! ¿Cómo podríamos admitir, entonces, como testimonios irrecusables, tal cual los reciben algunos autores, y entre ellos el de la *Historia de la Confederación Argentina*, el de la señora Gregoria Rosas, y el de la familia de Terrero, para probar el valor de don Juan Manuel en el asalto de Buenos-Aires en 1820? ¿Cómo, sin los beneficios de un escrupuloso inventario, recibiríamos el testimonio del mismo acusado, llámes Lavalle ó Rosas, y que, en lo que respecto este último, el doctor Saldías, admite sin críti alguna, para mostrar su inocencia en multit

de hechos graves que corren garantidos ó por documentos conocidos ó por la notoriedad de testigos numerosos? ¿Cómo? ¿Acaso todos los esfuerzos de la civilización argentina para derrocar la tiranía, de Paz en Córdoba y Corrientes, de Lavalle en la República entera y de otros jefes y hombres civiles en las demás provincias, en el resto de la América, y aun en Europa mismo, son, como parece resultar de ciertos libros, trabajos del *Partido Unitario* con fines puramente teóricos de establecer un sistema de gobierno distinto del que *practicaba* Rosas? ¿Ó fué, en efecto, un propósito civilizador y humano del país entero, alrededor del que todos los hombres de *levita*, de cultura, siquiera elemental, se agrupaban para dar en tierra con el gobierno tan poco regular del «Restaurador de las Leyes»? Por este procedimiento, aquella lucha á muerte resultaría una simple disidencia de *forma*, de la que, á la larga, triunfaría Rosas, puesto que al fin el sedicente sistema federal vino á regirnos como supuesta sanción de sus previsiones y esfuerzos. De igual ıera, ¿no es verdad que fácilmente resultaı *represalias* los padecimientos y degolla.es que ensangrentaron hasta los altares? \un cuando su excelente obra, que como

se sabe consta de cinco volúmenes bien nutridos, es una inestimable fuente de datos y documentos, con todo, el libro carece de ese análisis y procedimiento psicológico de observación adelgazada y penetrante, que es el instrumento con que la ciencia moderna se insinúa en el corazón, buscando la solución de estos grandes problemas en que el factor-hombre interviene de manera tan decisiva. La íntima y prolija disección del *alma* (si se me permite este sacrilegio materialista) con las generalizaciones que fluyan, son, en estos casos, tan indispensables como la sintomatología y las intimidades menos confesables para el diagnóstico de una enfermedad. ¿Por qué tenía Rosas esos caprichos de histrión? ¿Por qué era inerte y helado su corazón? ¿De qué provenían esas particularidades fisiológicas que lo hacían tan original, y qué parte tuvieron en la personalidad de su gobierno? ¿Qué papel, en fin, y para no enumerarlos todos, desempeñó el medio, sobre todo el medio y el momento social, la raza y la familia, en el desarrollo y temperamento de la tiranía?... Pr blemas todos que el distinguido publicista I debido por lo menos tantear á la luz de copiosa documentación de los archivos

Rosas, que se le abrieron de *par en par*. Era un recurso fecundo para la embriología política de ese caso, ya que de estudiar engendros é informes productos se trata; y puesto que el de la personalidad íntima de don Juan Manuel, está tal vez dentro de los límites de esa teratología *creada* por Paul de Saint-Victor, cuyos viejos anales registran interesantes ejemplos.

Tan adentro del archivo del Restaurador hubo de meterse nuestro amigo, para rastrear las más originales comprobaciones y beber sus dudas sobre si Rosas fué en efecto un tirano, que, durante toda su peregrinación bibliográfica, no ha consultado otros papeles (salvo muy raras excepciones) que los que aquél le suministrara; tanto es así que la misma *Gaceta Mercantil* le sirve en demasiadas y repetidas ocasiones de testigo y de fuente comprobatoria de sus afirmaciones casi interesadas. Véase como ejemplos tomados al azar, las siguientes citas que son por cierto elocuentes. Llama *rivadaviano* á un simple decreto municipal pomísimo, ¡en que prohibía... el carnaval! (pá-a 125, tomo IV); para demostrar las atro-ıdes del ejército correntino, que mandaba ·eneral Madariaga en el Arroyo Grande,

cita la *Gaceta Mercantil* del 15 de julio de 1844, (pág. 129, tomo IV), y las cláusulas, «depresivas para los argentinos, del tratado de alianza hecho por malos compatriotas» con el Paraguay, en 1846, deben leerse en la *Gaceta Mercantil* del 26 de febrero de 1846 (pág. 131).

Frecuentemente, el doctor Saldías hace afirmaciones graves; y cuando uno, ávido y curioso acude á ver la fuente de donde toma el dato, se encuentra con esta nota, pueril si no se tratara de cosas tan sérias como la verdad histórica: «Véase la *Gaceta Mercantil* de tal ó cual fecha». Otras veces dice: «los hombres más graves y de mayor notoriedad (con esas ú otras palabras más ó menos), condenaron esa conducta antipatriótica», etc., etc. Naturalmente, el *hombre desea saber*, como decía el antiguo «Manual de filosofía», y va derecho á la nota, en donde, no sin sorpresa, lee esto ú otra cosa análoga: «Véase el discurso del doctor Felipe Arana ó del doctor Garrigós, en la *Legislatura de Buenos-Aires*, de tal fecha (véase págs. 145 y 150, tomo IV). Y algo más todavía. Para demostrar que no hubo en *India Muerta* los d
güellos que «malos espíritus» atribuyen al ej
cito federal, el doctor Saldías toma sus pruel
de la misma *Gaceta Mercantil* del 18 de dicie

bre de 1845 y del *Diario de Sesiones de la Junta de Buenos-Aires,* tomo 31, págs. 674 á 679 (pág. 157 del tomo IV); y por fin, una de las pruebas más concluyentes de que Rosas no tuvo parte en el asesinato del doctor Maza, es la declaración del doctor Felipe Arana! (pág. 98, tomo III) y la del mismo Rosas, en carta que el doctor Saldías cita en la pág. 99 del mismo tomo y que el general «escribió de Southampton», no dice en qué época... La *toma* de Montevideo por las fuerzas anglo-francesas, que contaban con el concurso «de malos argentinos», fué el acto más vandálico, etc. ¿Quién afirma esto?... la *Gaceta Mercantil* (página 204, tomo IV). Los hechos atribuídos á la *Mazorca,* ó son falsos ó son hijos del *furor popular,* que Rosas no podía contener, según declaraciones que se leyeron en las Cámaras, de los *Encargados de Negocios,* de Cerdeña, Bolivia, Portugal, etc., etc., que declararon no *tener conocimiento* de que existiera una «asociación famosa por la cantidad de hechos siniestros», etc., etc!!... Y en cuanto á la con-cta del *Restaurador de las Leyes* en aque-s emergencias, no interrogueis, según el ncionado historiador, el mundo conocido y la publicidad universal, porque era unita-

rio y necesariamente parcial, sino al *Grito del Amazonas*, al *O Publicador Minheiro*, al *Guaycurú de Bahia*, á la *Revista del Marañon*, etc., etc., que proclamaban por todas partes las grandes virtudes, la resistencia y el valor indomable del señor general Rosas (pág. 225, tomo IV).

No es así como se escribe la historia, seguramente. El doctor Saldías, ha debido emplear su notoria preparación, con un procedimiento más adecuado y con menos calor para una empresa reivindicatoria que está por encima de las fuerzas humanas, que no puede destruir los hechos consumados, y que, á todas luces, repugna á la indiscutible cultura de su espíritu honrado. Rosas, repito, no surge de ese libro voluminoso con el colorido y el relieve que sería de esperar de la abundante documentación y de las aptitudes apreciables del autor, cuyos talentos son notorios. Cuando leía sus páginas tan nutridas, veía el esfuerzo detrás de sus párrafos vastos y bien alineados pero buscaba en vano al Rosas de la crítica moderna, sin encontrarlo siquiera en bosquejo ¿Falta de talento en el autor? ¿Estrechez de visión política y psicológica? De ninguna manera. Simple contaminación del apasionamiento

inoculación involuntaria de un espíritu de venganza contra la justicia histórica, mezclado á la remota esperanza de una reivindicación imposible, para la que muchas inteligencias, como la del doctor Saldías, serán insuficientes. Los deudos de Rosas, están empeñados en empequeñecerle; de un grande y originalísimo tirano, quieren hacer un mediocre burgués que se horroriza del asesinato y de la sangre. Lo quieren robar al arte dramático, para entregarlo al pequeño *manual* de los pedagogos; substraerlo tal vez al buril que modeló el Nerón colosal de Van Utrecht, para abandonarlo bajo la pluma *curiosadora* del inocente maestro-escuela, ingénuo biógrafo de nuestros próceres modelos, ó de cualquier rumiante de biografías seráficas para niños. Forcejeais — se les podría decir — por meterlo al lado de Jorge Washington ó del amable don Valentín Alsina, cuando su lugar está donde verosímilmente lo colocaría la historia; al lado de Ricardo III, tal vez, con su grandeza trágica un poco desagradable, esperando un Shapeare americano que en la prosa varonil y ora del Canciller de *don Pedro*, ó en el so iracundo de Hugo, le haga repetir como castigo tardío aquel monólogo inmortal del

matador de Buckinghan: «Jamás mis ojos derramaron una lágrima de piedad, ni aun á la muerte de mi padre, en que todos los presentes tenían las mejillas mojadas *like trees bedath' the rain*».

Todos esos libros en que se le ha querido estudiar por semejante procedimiento de interpretación cariñosa, tienen ese defecto fundamental que Taine atribuye á cierto espíritu de bando, hablando de la literatura del siglo XVIII: incapaz, decía el maestro, de representar la naturaleza viva el individuo real, tal cual existe efectivamente en la vida y en la historia, es decir, como un rico tejido, como un conjunto definido, como un organismo completo de caracteres y de particularidades superpuestas y condensadas. Las generaciones que han venido después, con las pasiones ya más tranquilizadas por el tiempo y el estudio crítico de las cosas, hubiéramos deseado, para formar nuestro juicio, un Rosas más real y de bulto, con un poco más de sangre en las venas, con un átomo siquiera de la vida sorprendente que hace caminar y palpitar en cuadro á los *Síndicos* de Rembrandt, á l personajes de Barantes, á los jacobinos Taine, y que se siente discurrir en la forı

viril y sobria de aquellas largas tiradas de don Fernán Pérez de Guzmán, el gran prosista español del siglo XV. Algunos me recuerdan más bien á los «cronistas deleitables» y pintorescos de que habla Pereda, que, sin dejar de presentar ilustración y talento, carecían, sin embargo, del sentido profundo de la historia, detenidos por la pompa de la vida oficial y por el tumulto del detalle sin trascendencia.

Otros, apasionados de la prosa jugosa de los grandes maestros antiguos, no han querido, sin embargo, hacer como ellos, que sabían penetrar tan hondamente en el alma de sus héroes y de sus tiranos, cuyos senos escudriñaban y ponían de manifiesto con cierto modo de psicología instintiva, en que lo físico y lo moral estaban tan debidamente aquilatados y justapuestos [1]. Sin ir muy lejos á buscar un ejemplo donde apoyarnos, y para no salir del habla castellana, recordaremos al severo y sentencioso canciller Ayala, cuyos retratos directos son de tal poder y evidencia «que sus personajes nos persiguen como sombras fantásticas», quizá á él, tenido por malévolo detractor de

[1] Menéndez Pelayo, *Antología de los poetas castellanos*, to IV, XV.

don Pedro, debe este monarca la mayor parte del prestigio poético que rodea su nombre, «porque nada avasalla tanto el ánimo de quien lee en las páginas de un historiador, como la intensa realidad, la plenitud de la vida que de ella se desprende».

La época de las aclaraciones y de la luz, si no plena por lo menos suficiente para permitir al ojo que no es miope ver un poco claro ha comenzado ya, sin embargo, para este período histórico, y no sabemos todavía que ninguno de todos los misteriosos oficiantes de la *rosilatria,* discretamente velados tras un aparente anhelo de justicia histórica, haya lanzado las pruebas de que todo el proceso formado á Rosas, fuera la obra exclusiva y maligna del partido unitario. Las tentativas generosas de escritores extranjeros tan mal armados para la encrudecida lucha, fracasaron completamente á pesar de las habilidades que desplegaron distinguidos publicistas.

El doctor Manuel Bilbao publicó su *« Historia de Rosas »* (1) con tendencias visibles hacia una tentativa de tolerancia ; aunque sin la fran queza y viril audacia de otros. Escritor poc

(1) MANUEL BILBAO, *Historia de Rosas*, tomo I.

lucido, aunque laborioso, no dió á luz sino un tomo de su obra, en el cual, contra lo que se esperaba, tampoco agregó nada á lo ya conocido, ni nos dió vistas nuevas sobre el hombre y la época que pretendía haber estudiado, y que, por razones de parentesco y relaciones sociales estrechas, pudo haber conocido, á punto de suministrarnos datos y observaciones íntimas que pudieran ser verdaderas revelaciones. Bilbao, como algunos otros, nos han presentado un Rosas convencional, un déspota de *compendio* para las escuelas primarias, cortado por el patrón de los tiranos con que nuestras tías viejas nos atemorizaban en la infancia. Una transacción entre el patriarca de los federales y el *croque-mitaine* de los unitarios. Rosas mismo de quien recabó documentos y datos, desconfió de sus fuerzas y de la sinceridad de su propósito, porque en unas de sus cartas, que tengo en mi archivo, escrita á don José María Rojas, le decía: que «no era el Sr. Bilbao aparente para tan importante obra y sería un error grave confiarle *documentos importantes y secretos* [1],
e entregó al distinguido autor de la *Historia* la *Confederación Argentina*.

[1]) Carta original, número XIV, de mi archivo.

El señor Mariano Pelliza [1] es otro de los más modernos historiadores de esa época. De más consagración que los anteriores seguramente, tiene cierto garbo juvenil, cierto desparpajo literario para poner la mano en los más árduos problemas históricos, y resolverlos como por la tabla de multiplicar, sin un titubeo y sin que una leve duda asome á su pensamiento. Las largas y continuadas peregrinaciones en la historia patria le habían dado, por otra parte, aplomo pontifical de maestro; y cuando alguna contradicción insistente pretendía modificar sus fallos, la *palmeta* tomaba formas inquisitoriales y aquella palabra fluía acompasada y pluviosa sobre los oídos del arguyente contumaz. Pero, así y todo, el amable autor de *Monteagudo* [2] y de *El Coronel Dorrego* [3], ha escrito un libro que sale un poco del patrón consagrado, porque entre la solemne apostura de la tragedia antigua adoptada por otros autores, y la encantadora puerilidad de la fábula en prosa, ha optado por este último procedimiento, que es,

---

(1) M. Pelliza, *La Dictadura de Rosas*, 1894 (Félix Lajouar editor).

(2) M. Pelliza, *Monteagudo*. Su vida y sus escritos, 2 vo

(3) M. Pelliza, *Dorrego en la historia de los partidos unil rio y federal*, 1 volumen.

según René Doumic, *l'art de prêter aux idées sérieuses l'attrait de la frivolité.* Sin dejar de ser verídico, su libro tiene agilidad y cierta fluidez de novela corta, que lo hace casi revolucionario, comparado con sus obras anteriores, un poco apesadumbradas por la lenta digestión de ciertos *lingotes* de bronce estatuario con que las había nutrido imprudentemente, poco respetuoso de los sabios preceptos de la dietética literaria. No abunda seguramente en documentación, descripciones de gran pincel, ni visiones que revelen un telescopio de amplios oculares, porque el distinguido canciller, á pesar de su sensible retina diplomática, mira todavía las cosas, aunque no siempre, con el turbio catalejo con que don Pedro Cerviño ojeaba los asuntos de la gramática.

Aparte de otras cualidades, revela independencia de juicio y abundancia de sales y de colorido en la parte anedóctica, que es tan importante en su libro. Otro mérito ostenta y es el de no haber llevado, al escribirlo, ningún propósito, como Saldías y Bilbao, que han ··ado á los suyos todo trasunto de imparcia·l. Él se ha forjado un Rosas, producto de lecturas y de estudios de disección hechos manera de un estudiante pobre pero ambi-

cioso de saber, que trabaja con escalpelos ajenos y hasta un poco mellados: un Rosas bastante parecido al que nos da la tradición unitaria, lo que revelaría una cierta indigencia crítica. Porque no es ese el Rosas que resulta de la aplicación de la psicología; ni el método suyo el apropiado para llegar á un fin científico tan trascendental. Aunque un poco superficial y escasamente novedosa, es, á pesar de todo, una nueva y modesta tentativa que agregar, un esfuerzo más para el turbio sujeto; un libro escrito con buena fe y con el sincero deseo de llegar pronto á la verdad. Sobre todo, el señor Pelliza pudo hacer más y mejor en nuevas ediciones de su libro, si la muerte no lo hubiera sorprendido en plena labor científico-literaria. Era un hombre inteligente y asaz estudioso para no haber perfeccionado su obra histórica tan discreta y provechosa.

Sin haber consagrado trabajos especiales como los que dejamos mencionados, hay otros publicistas que se han ocupado de Rosas, ó por incidente ó porque para sus fines filosóficos hayan necesitado de la época como teatro ó claro-obscuro de sus cuadros. El primer de éstos que recuerdo es el doctor Vicen Fidel López, que le consagra todo el tomo

de su gran historia sobre la Revolución Argentina [1].

Hay algo en el doctor López que me recuerda á Thiers en el procedimiento de información. Éste había recogido de los mismos actores de la revolución muchos de los hechos que refiere con tanto color; en casa de Manuel y de M. Laffite, conoció á antiguos constituyentes, á montañeses escapados de la Convención, á algunos de los *quinientos* sobrevivientes; había oído las alocuciones pintorescas de los miembros del Cuerpo Legislativo, de los Tribunales, á los viejos generales de la República y hasta á los proveedores del ejército. El doctor López, siguiendo un procedimiento parecido, y que he tratado de imitar, ha interrogado incesantemente á casi todos los sobrevivientes de nuestra guerra de la Independencia y de la Libertad, que hayan sido ya actores, ya interesados ó curiosos espectadores de la tiranía de Rosas en Buenos-Aires, en Montevideo y en Chile. Su libro es casi la relación de un testigo ocular, en lo que se refiere á esos tiempos; y puede decirse, para definirlo,

---

(1) V. F. López, *Historia de la República Argentina*. Su ori-, su revolución y su desarrollo político hasta 1852. (Carlos avalle, editor, 10 vols. 1887.)

que es la viva sensación dejada en el espíritu de un político perseguido y de un artista por la figura emocional y dramática de aquel gran tirano. Nadie ha dado como él, mayor animación á su figura, porque cuando uno lo lee se se siente invadido por el terror de la matanza y resucita en la imaginación hasta la sensación de aquel silencio y de aquella angustia que circulaba en el alma inquieta de todos, así que don Juan Manuel hubo llegado á la suprema perfección de su sistema. Solo cuando el lector de nuestros días, movido por la emoción producida ha recorrido las páginas de tanto color en las que hay cuadros que parecen rozados por la inspiración que cinceló á *Macbeth* y á *Ricardo III,* sólo entonces digo, se sospecha lo que fué ese hombre tan singular; cómo vivieron en tan letal tranquilidad aquellas gentes bajo su férula sangrienta, y cuál pudo ser la extraña estructura de ese mecanismo político que se sostuvo veinte años, sin llenar el más elemental requisito de gobierno federal. Tan solo con él y Sarmiento hemos empezado á tener historia de *bulto,* cualquiera que sea su imparcialidad; historia de carne y hueso, cor diría un *visual;* porque nadie ha comprendi mejor que una cosa son los sucesos en

mismos y otra el arte de presentarlos en la vida con todo el interés de la animación y del drama que ejecutaron. La breve descripción que hace Carlyle del paso de los Andes por el ejército argentino, me da mejor la sensación de su grandeza y trascendencia que toda la muda documentación del copioso archivo nacional. Ver los tumultos y sus actores, «oir los estruendos de sus voces, sorprenderlos en lo terrible de sus conciliábulos, sentir el ruído de sus combates, asistir á los festejos de sus triunfos y temblar al derrumbe de sus cataclismos, como si todo ese bullicio estuviera removiéndose en cada una de las páginas que se escribe»; eso es lo que nos hacen experimentar esos dos grandes pintores de la tiranía, á diferencia de aquellos á quienes es aplicable la frase irónica y admirable del autor de los *Ensayos Políticos* y *Literarios: very valuable but a little tedious.*

Sarmiento [1], con dos nerviosos rasguños, con cuatro palabras gráficas y expresivas, pinta una situación, un personaje, una época ó juzga una obra; ese es el privilegio de los grandes ...stas. Aunque tiene á veces los desenfrenos

---

(1) SARMIENTO, *Civilización y Barbarie.* (Obras completas.)

de color del Ticiano, en cambio, á menudo, se sienten en sus páginas descriptivas las osadas y vigorosas maneras de ejecutar de la escuela española. Ha hecho para *Facundo,* el teatro y el escenario donde la figura prehistórica de aquel hombre de las *cavernas cuartenarias* había desenvuelto en los trece años de su trágica vida, toda su homería de sangre y de impulsión de bruto, confusamente inspirado por lecturas exóticas ó incompletas. Y allá, en el fondo, cual la silueta fugaz del padre de *Hamlet,* dibujado con vigorosos rasgos de Van Dick, y cual accidente necesario para su poema, el perfil lúgubremente cínico del gran tramoyista que movía y distribuía los papeles en el drama accidentado en que fué tan trágico sujeto.

López, aunque artista como Sarmiento, ha sido más curioso y más psicólogo, tal vez, porque se ha sentido tentado de aplicar á Rosas los procedimientos de análisis de la psicología muy en voga en nuestros tiempos, desentrañando de la masa obscura, una fisiología más racional, ya que hasta entonces no tenía ésta sino una faz iluminada por la tímida curi[illegible]-dad de los narradores de antaño. Sin d[illegible]a alguna que los adeptos del fecundo Herm[illegible]-

lla encontrarán incorrectos á todos ellos; pero no olvidéis que posiblemente es la admirable incorrección de Byrón, á que se refiere Macaulay con entusiasmo; es decir, la aceptación y práctica de las reglas que tienen su fundamento en la verdad y en los principios de la naturaleza humana; la incorrección de *Troilus and Cressida*, la más incorrecta de las piezas de Shakespeare, pero la más viva y animada pintura de los griegos de los tiempos de Patroclo. Sarmiento y López tratan de reproducir, no sólo los documentos, sino la impresión que han dejado en su espíritu, lo que ellos permiten adivinar entre las líneas, todo lo que la sospecha inteligente de un espíritu claro puede avanzar. A falta de la realidad literal documentada, como la quiere el eminente autor de la *Historia de San Martín,* el doctor López nos dirá cómo ha comprendido las cosas y los hombres á través de esos documentos. La adivinación del artista—como observa Scherer, hablando de Renan—suplirá en ciertas ocasiones la insuficiencia de la historia: si bien es
to que tratándose de sucesos casi contemáneos nuestros, la realidad está ahí no más. enas «acomodemos» el ojo para la «visión inta» tocamos aquellos hechos con la mano.

El doctor Ernesto Quesada [1] ha aportado también valiosas contribuciones á la historia de la época que vamos á estudiar. El distinguido publicista viene consagrándole su inteligencia é ilustración de mucho tiempo atrás en la REVISTA DEL CLUB MILITAR, (tomo I, n.° 3 y 4, *Historia de la guerra Civil)*, en la REVISTA NACIONAL, después; en nuestra prensa diaria, más tarde; en la QUINCENA, tomo XVII; *La decapitación de Acha,* tomo IV, serie 3.a; *La Madrid y Pacheco*, última campaña de Cuyo, tomo XXIV; *Lavalle y La Madrid* después de la batalla del Quebracho Herrado, tomo V; LA ÉPOCA DE ROSAS: *El Terrorismo de Rosas; Lavalle y Rosas; La Invasión á Buenos-Aires,* (estudio de la época de Rosas); *La Invasión de 1840; La Retirada de Lavalle,* y por último diversos estudios sueltos referentes á la misma época publicados en otras revistas como LA BIBLIOTECA, tomo III. El doctor Quesada publicó además en otras Revistas Argentinas una serie de artículos estudiando más ampliamente la guerra civil de 1840 y 1841 á fin de que pudieran ser rec ficadas ó aclaradas sus observaciones basad

(1) ERNESTO QUESADA, *La época de Rosas. Su verdedero car ter histórico.* (Arnoldo Moen, editor, 1898.)

todas en una abundante documentación inédita [1]. «Si pudiéramos hacer que esos documentos, dice el autor, hablaran solos y que nuestro papel de investigador se redujera á presentarlos metódicamente, para que, de por sí, llevaran la convicción al ánimo del lector, se habría llenado nuestra misión; y es en virtud de ella que omitimos comentarios, que renunciamos á sacar las consecuencias á que el texto de aquellos documentos, ya amarillentos, se prestó y que dejamos al que lee el placer de colaborar en el trabajo del que estudia». «Así se podrá rehacer esta página de nuestra historia adulterada hasta hoy ó deficientemente trazada. Son los actores mismos de la cruenta epopeya los que se levantan de ultratumba para presentarse ante el severo tribunal de la historia y prestar sus declaraciones en el proceso que está aún esperando el fallo definitivo».

El prejuicio de raza y el factor económico de que son apóstoles Labriola y Loria, han -lo también su colaboración para el moder- concepto de este sujeto. El doctor Lucas

[1] QUESADA. *La Época de Rosas*, advertencia del Editor.

Ayarragaray [1] funda toda la etiología del caudillismo en la intervención política de los negros y mulatos, de los indios y demás razas inferiores. Sin duda que alguna influencia han tenido, pero de ahí á que sea la única causa de la intromisión de Rosas en el poder, hay gran distancia. Habrán contribuído, es lógico, dentro de su limitada medida, pero sin ser exclusiva. Hay una coincidencia curiosa en completo antagonismo con la idea de aquel autor que nos obliga á meditar sobre su influjo. En la historia de la anarquía argentina resulta un predominio sujestivo del tipo rubio y blanco en sus principales caudillos y apóstoles. Rubio, casi rubio veneciano, era Rosas, de ojos celestes y tez blanquísima; Lavalle, su contendor, y también caudillo consular, rubio y blanco como aquél; Oribe, el jefe de las huestes federales en la expansión militar de la tiranía, de ojos claros y pelo castaño *tirando* á rubio; Pancho Ramírez, el caudillo por antonomasía, de blanca piel, ojos azules y de sangre pura española, de buena cepa. Y para que el desfile de rubios sea inacababl rubio irlandés era el desagradable Rivera I

(1) L. AYARRAGARAY, *La Anarquía Argentina y el Caudil mo.* (Félix Lajouane, editor, 1904.)

darte, el gran agitador de aquellas luctuosas épocas, y rubios y blancos muchos de los jefes de bandas y montoneras que, como el irlandés Campbell y el alemán Rauch y otros de pura raza sajona, trajeron su carga de leña y su piñón de pólvora al voraz incendio. En la dirección de las cosas poca ó ninguna parte principal tomaron los negros y los mulatos, como no fuera en esos puestos subalternos y serviles en que los empleó Rosas, no sin mantenerlos, así mismo, á distancias respetuosas é insalvables en que los detuvo su repugnancia aristocrática. En cuanto al factor económico, que yo estudio con la amplitud posible, el doctor Ingegnieros lo ha esbozado en una crítica al libro de Ayarragaray, y promete estudiarlo en monografía especial, seguramente con talento, aunque tal vez con poco caudal de erudición histórica, que no es ésta su especialidad [1].

Para que esta revista de las obras y documentos fuera completa, no podríamos olvidar una, destinada tal vez á ser la más importante todas, si circunstancias que escapan á nues- investigación no lo hubieran impedido. El

---

1) La España Moderna. *La evolución política argentina*, 12, Agosto 1906.

general Rosas aspiraba también á ser su propio historiador: «cuando tenga con que pagar la publicación, daré á luz una obra titulada: *Algunos rasgos de la vida del general Rosas*», decía en una carta que tengo en mi archivo, dirigida en 1866 á su íntimo amigo don José María Rojas y Patrón; el único amigo que le había quedado, según otra carta dirigida al famoso lord Palmerston [1]. No será por orden cronológico—agregaba—«pero cada tomo tendrá su correspondiente índice; al fin de la publicación de los tomos habrá por separado un libro conteniendo solamente el índice general, por orden cronológico de los documentos contenidos en el todo de la obra». Y como el señor Rojas fué durante toda su larga vida, y con una constancia que asombra, el más fiel y constante admirador de don Juan Manuel, su protector y censor literario [2] le pedía con insistencia le dijera: «cuando le pueda ir siendo posible leer lo que le pueda ir remitiendo». Y por supuesto con la franqueza que corresponde, «si el pensamiento le parece bien ó mal». Eran veleidades literarias de un género nuevo qu asaltaban su cerebro senil, como los poétic

(1) Carta número IV, correspondencia de Rosas, pág. 2.

(2) Carta número IV, correspondencia de Rosas, pág. 2.

sui-géneris de otro tiempo; *pendant* dignísimo de las *vidalitas políticas* con que el general La Madrid se proponía convencer á los pueblos de que era todo un federal de envergadura clásica. Habíase entusiasmado con su obra como un niño con su juguete, y cual otro Tucidides, dióse á creer que los pueblos de América y de Europa llegarían á preocuparse de su libro y de su persona, abundando en el comentario los críticos reivindicadores de su escuela. «¿Qué dirán, si se realiza esta obra sencilla mis santos calumniadores? ¿Qué los primeros hombres de América; qué los de Europa? etc., etc.»

Pero la expresada obra nunca vino, y de las pocas investigaciones que he practicado en el sentido de averiguarlo, resulta que no pasó de una tentativa superior á sus fuerzas. Parecían ser las últimas reverberaciones de una alma casi apagada, antes de caer definitivamente en la inconsciencia de la infancia senil, que aguijoneada por la angustia de una miseria pecuniaria y mental irreparables pretendía levantar todavía aquel brazo en otro tiempo formidable ·ara azotar las cabezas de *sus calumniadores,* a que no podía cortarlas con el serrucho de ıarras.

Todas estas cartas que constituyen la larga

correspondencia entre el señor don José María Rojas y el general Rosas, escritas desde Southampton, forman un grueso legajo, la mayor parte del que ha pasado á mis manos, reservándose numerosas piezas su legítimo poseedor. Podría titularse, si se publicaran, *Rosas por dentro* ó *Rosas íntimo*, porque, en efecto, el alma, libre de las fórmulas y atadijos oficiales, fuera ya del teatro en donde representaba su terrible papel, dejóse ver con toda la desnudez despreocupada y solemne con que se presenta un cadáver en la mesa de un anfiteatro. Además de estar urgido por necesidades de orden material y sobre las cuales la voluntad decaída por la edad no tiene gran imperio, el hombre escribía á su amigo más íntimo, *al único amigo*, á su *fiel inolvidable*, y todos los demás vocablos en que es fecunda la miseria de los grandes cuando estiran la mano en demanda de pan y luz. Hay cartas que son todo un proceso psicológico. Parecen escritas al pie de un confesionario por una conciencia que se siente agobiada por la acumulación de tanto *pecado* y necesita estimular la resistencia agotada. Intimidades reveladoras arrancadas, unas por el despecho de esperanzas defraudadas y otras vaciadas al oído del amigo intimísimo; confidente

y piadoso colector de los dolores en largas pláticas al través del océano. Son dos viejos actores de un drama silbado, aunque sangriento, que agotan los comentarios después de haber arrojado las máscaras y los trajes con que engañaron al mundo. Aunque ya se siente en don Juan Manuel que su cerebro claudica como si le faltara esa dureza de buena ley que se requiere para el libre funcionamiento de la inteligencia, todavía se ve, de cuando en cuando, en el triste crepúsculo, surgir súbita, como fuego fátuo, alguna que otra vigoría que recuerda la medula del atleta caído ó la garra potente del que nos gobernó sin hacer una sola mueca de asco durante veinte y cinco años largos.

CAPITULO II

DE DONDE PROCEDE EL TIRANO

SUMARIO. — La familia de Rosas. — Los Rosas españoles y americanos. — Los Ortiz de Rosas. — Su venida á Buenos-Aires. — Su carácter é influencia social. — Los López Osornio. — Su influencia en la formación del carácter de Rosas. — El tirano español. — El *encomendero* y el *hacendado*.- La vida de las ciudades y de las campiñas de Buenos-Aires.— La herencia y sus leyes. — Cuál es el concurso hereditario de las dos familias en la formación de la personalidad moral del tirano. — Los hermanos de Rosas y sus relaciones recíprocas. — La madre de Rosas. — Su carácter. — Su influencia. — Importancia de la herencia materna. — La educación maternal de la época. — Cómo se educaban los niños en el hogar y en la escuela primaria. — Don Clemente López Osornio y su sistema de educación. — La escuela del *Rincón de López.*

DON Juan Manuel de Rosas procedía de dos antiguas y distinguidas familias de Buenos-Aires: los Rosas ú Ortíz de Rosas y los López Osornio, que habían venido directamente España al Río de la Plata. Del antiguo expdiente informativo que se levantó en España, nediados del siglo XVIII, consta, de un modo

evidente, la nobleza no interrumpida de las casas de los hijo-dalgos de Ortíz de Rosas, la cual tuvo su origen en España á principios del reinado de don Pelayo: [1] «hijo-dalgos notorios é ilustres nobles y principales descendientes de casas infanzonas y solariegas sitas en dicho lugar de Rosas» según rezan las diligencias practicadas con motivo de haber solicitado cruzarse en la orden militar de Santiago un don Bartolomé Ortíz de Rosas, tío abuelo de don Juan Manuel. Los López Osornio no lo eran menos, aunque no tan conocidos en Buenos-Aires, sin duda por no haber ocupado en el Gobierno de esta parte de América los encumbrados empleos que aquellos otros, quienes fueron gobernadores, virreyes y capitanes generales en distintas épocas del antepenúltimo siglo.

Eran, pues, unos y otros, gente acomodada y de abolengo, cuyas casas solariegas aún conservan su larga solana, la recia portalada y la huerta de altos muros recuerdo de las épocas remotas de su infancia. Españoles de legítima estructura, con los defectos y las cualidades comunes de su tiempo y de su raza. Ejercieron el Gobierno modestamente, sin ruido ni disti

---

(1) Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, t. pág. 2.

ción, y sin que resultara entre todos, y eso que eran muchos, ninguno excepcional ó siquiera un poco más arriba de la modesta mediocridad común. Como toda la nobleza que no entroncaba con casas reales, tuvo la familia de Rosas hidalgos de aldea semejantes á don Quijote; caballeros pobres y buscones, muchos de ellos, por el estilo del que retrata Calderón en *El Alcalde de Zalamea;* labradores honrados de la estirpe del Pedro Crespo de la misma comedia; industriales, menestrales, mercaderes en muy poco número ó tenidos en menos, caballeros pobres, muchísimos [1]. Estructura, por lo demás y en lo que respecta á los Rosas, que no parecía prometer muchos tiranos apesar de la virtualidad que debía tener todo español de aquellos tiempos, y aún cuando abundaran los «galanes valientes, discretos y pundonorosos, fáciles en dar cuchilladas á ronda y en alborotar una calle por celos de una dama».

Sin embargo, el obscuro hidalgo ambicioso, al trasladarse á América, dejaba en el mar la poca mansedumbre recogida en el hogar do-
´stico y se hacía mandón brutal. Aquí, tal vez
s que en España, el español de calidad de-

[1] Véase Menéndez Pelayo, *Teatro de Calderón*, pág. 64.

mostraba, en el ejercicio de su poder, fuera cualquiera su amplitud, que el mandón es una peculiaridad de su raza. Como es sabido, en la España de aquellos tiempos, se nacía para las armas ó para la iglesia, y por disposiciones conocidas del carácter, frecuentemente se refundían en una sola las dos carreras, de donde resultaban tipos morales que sólo ella ha poseído. Por de contado, que la endecha sentimental, la nota tierna no perteneció al carácter de los hombres enviados á América, y que tan á flor de conciencia traían el cristianismo. Habían nacido para entonar en todo la estrofa varonil de la epopeya, y se les sentía hasta en la apostura cierto *gongorismo* de barbarie que mataba en sus fuentes toda veleidad de ternuras. Aquel género de sentimiento que parece ir envuelto en la misma sensación física, y que en algún modo la depura y realza, no pudo vibrar jamás en el bronce de sus fibras; lo está demostrando la misma sobriedad con que el español Jorge Manrique hiere la cuerda del sentimiento elegiaco en las coplas inolvidables veladas por aquella especie de pudor filosófico y señoril con q–– reprime sus lágrimas y anega su propio dolor

---

(1) Menéndez Pelayo, *Poetas líricos castellanos*, 6, CXX

En tan singular estructura, más de un país americano reconocerá muchos de sus hombres públicos con los mil rasgos demasiado conocidos que establecen vinculaciones hereditarias comunes. El procedimiento expeditivo y rápido para la alteración del orden; el puñal de misteriosas funciones con el cual Nuflo de Chaves mata al mensajero de La Gasca; el garrote y la degollación á que era tan inclinado Martínez de Irala, los encontramos á cada rato en la historia contemporánea de América. En esos españoles bravíos, el veneno como medio político y en proporciones torpes y brutales, pero sin ruido, constituye un procedimiento casi legal; «el bocado de ponzoña, tan disimulado, que le quita la existencia á don Diego de Centeno», queda incorporado á la vida política colonial por don Pedro de Segura, quien, según el padre Lozano, fué el que se lo administrara. Desde entonces, los cadáveres de los ejecutados á garrote y puñal solían quedar tendidos en las calles solitarias de las poblaciones sin despertar la repugnancia de nadie, alimentando á las aves ... apiña [1]. La justicia misma se resentía de ... manera tan áspera como imperiosa. El fa-

Lozaná, tomo II, pág. 371.—V. F. López, *Manual*, pág. 98,

moso don Pedro de La Gasca, Ministro de la Inquisición y hombre de Estado, resume en su psicología, tan singular, la escuela y los tiempos que luego constituyen tradición: después de haber sometido la rebelión del Perú, había ahorcado á Gonzalo Pizarro, á Francisco de Carvajal «y á veinte ó treinta caudillos de los más soberbios y atrevidos de aquella sedición». Para impresionar en el sentido de un cierto orden de cosas estable y regular al espíritu inquieto y audacísimo de Irala, había sido indispensable un don Pedro de La Gasca; á sus procedimientos sangrientos, era preciso oponerles la tranquila y terrible firmeza del inquisidor aquél, en cuyo espíritu la fría crueldad fué el indispensable instrumento de la justicia regular.

No hay que pensar, sin embargo, en que sólo las necesidades del momento y del medio social imponían el sistema, porque era el hábito sensitivo quien sugería al temperamento moral de la raza, semejante reacción. Hubo cierta *especificidad* en el alma colectiva, que parecía haber adquirido en el uso secular del proce miento, esa noción excesiva del castigo, t bien encuadrada dentro de su idiosincracia lítica. La aplicación americana de la *encomien*

es decir, el *encomendero,* tiene el sello de la imaginación española. Y he dicho en su aplicación americana, porque la legislación que creaba muchas de esas instituciones, y reglamentaba las relaciones con los indios, no era mala seguramente; lo que fué deplorable por su temibilidad y la cruel rapiña que lo estimulaba, fué el *encomendero,* creación de la impunidad y de la codicia, operando libremente su germinación dentro de la infinita y enloquecedora riqueza de América; tipo elaborado con un poco de inquisidor y otro poco de conquistador, y, apesar de todo, conservando cierto carácter vigoroso y *castizo* de los personajes del drama español del siglo XVII. En presencia de la necesidad que le dió origen, cualquiera otra raza hubiera creado otra institución, pero ella no pudo forjar sino este producto, hijo legítimo de sus entrañas, sencillamente porque la inteligencia confecciona sus creaciones con las imágenes sugeridas por las impresiones que se registran en sus habituales reservorios, durante las numerosas generaciones que las han acu[illegible]ado.

Los López Osornio, no fueron *encomende*[illegible] pero sí algunos de ellos estancieros. Y es[illegible]iero por entonces, era, como quien dice.

una *derivación* un poco más culta y tolerante del *encomendero*. Un poco nada más, porque con toda su relativa humanización posterior no perdió, al transmigrar, la dureza impresa al carácter por el ambiente en que se desenvolviera bajo esta segunda faz. Aunque después, tímidamente, la ley ensayará en él una acción superficialmente dulcificante, el corazón de pura piedra del *hacendado* de aquellos tiempos, no se dejará pulir las duras asperezas con que alejaban todo contacto de mano culta.

Eso sí, por la otra rama, todos los Rosas profesarán la devoción mística por la autoridad, el rey, ó su representante, en sus formas humanas de virrey ó de alcalde, ú otra cualquiera, el estandarte, el retrato ó el sello real. Si los López Osornio eran la personificación del espíritu de rebeldía, ellos conservarán con vivacidad ese concepto tan español y tan personal del gobierno, por lo que á menudo se les verá formar parte como simples comparsas en las abigarradas fiestas coloniales de ese género, organizarlas cuando manden, con especial interés, como que, de reflejo mucha parte les t[illegible]a en la distribución de tan ciego culto.

El paseo del retrato de Felipe III y de [illegible]-nando VII por las calles de la Serena y o[illegible]s

capitales de la América española, tendrá, en los Rosas, adherentes convencidos, en la misma forma rumbosa en que lo hacía el Regidor don Joaquín Pérez de Uriondo «y sus nobles y leales coquimbanos», con motivo de fiestas análogas en su pueblo [1]. Nunca concibieron la autoridad sino vinculada á una persona, como propiedad suya y como visible protección y colaboración de la divinidad. Así ocurrirá después en toda la América, desde el Cabo de Hornos hasta las desembocaduras del Amazona. Las crónicas están llenas de los milagros «con que la Divina Majestad prestigia los propósitos de don Domingo Ortiz de Rosas», que así era «su tutor en el bien cuando fundaba pueblos y establecimientos piadosos» como cuando ejecutaba indiadas enteras por el delito de su altivez. El espíritu, naturalmente dispuesto, recibía una verdadera sugestión de las formas, como en el hipnotizado se hace la *sugestión por las actitudes*.

De este comercio diario y casi mecánico con la Divinidad en las cosas del gobierno, nacía el ...cepto de una superioridad extra-humana de ... persona investida con las insignias reales y

---

(1) AMUNÁTEGUI, *Los Precursores de la Independencia*, etc., ...o I, pág. 112.

un extraño misticismo en que la religión estaba siempre presente en los actos públicos para explicarlos ó prestigiarlos: en las primeras generaciones sinceramente, tal vez, y por natural credulidad, pero en las que se suceden, sólo como instrumento de dominación ó de simulada superioridad divina. Un general español vacilaba ante el sacrilegio de atacar á los ingleses en la iglesia, y cuando el Virrey Cisneros recibió tan complacido la noticia de las atrocidades que por orden suya había cometido Goyeneche en la Paz, estaba comulgando después de haber oído misa en la capilla particular donde todos los días se la decían [1]. Hernando de Lerma oía devotamente la suya sin dejar de ser menos malo y malvado que Abrego, «una de esas fieras humanas estériles y espinosas también devoto». Este rasgo es, pues, de genuina raza española [2]. El mecanismo hereditario, no deja de funcionar automáticamente, pero con las «transmisiones» cortadas, quiero decir, sin la trascendencia que en la vida moral se atribuye á esos sen-

---

(1) V. F. López, *Historia de la República Argentina*, t. pág. 472.

(2) V. F. López, *Manual de Historia Argentina*, tomo pág. 204.

timientos, reducido á actitudes simuladoras, como dije antes, de un estado de alma hasta nuestros días actuantes, si bien disminuído por el uso y la presión de otro ambiente.

Martínez de Irala, ya aludido, es igualmente devoto que bravío; representa por eso uno de los tipos más castizos de su raza y de su tiempo. Es en América abuelo de muchos nietos, porque su estructura, al mismo tiempo vigorosa y malvada, se impone en la reproducción histórica con la persistencia que Nietzche atribuye al «hombre-ejemplo». Era tal «el estado del Paraguay, bajo el gobierno de Irala, dice el historiador Schmidel, que llegué á persuadirme de las desatadas furias infernales. Satanás parecía ejercer un imperio sobre aquella pobre gente». La táctica difiere apenas de la de los otros congéneres suyos; los rodeos para llegar al poder sin ser sentido, la malicia y el circunloquio, son los mismos hasta en las palabras: diríamos que hasta ha habido cierto cervilismo inconsciente en las copias posteriores, como si el actor que reproduce la es-
…a cincuenta ó más años después, aprendiera
…re el papel los gestos é incidentes de la te-
…ble comedia. Es la lógica de esa estructura
…ca imponiéndose al través de la historia.

Porque para que una idea pueda tener un valor reproductivo tan firme, es menester que sea algo más que el simple resultado de una coincidencia. Debe de estar asociada á muchos otros estados presentes ó pasados con los cuales constituye un todo orgánico, de manera que, al presentarse, evoque en el espíritu los otros estados psíquicos con los cuales forma un conjunto, es decir, que sea una condición general constante y no casual del individuo; una fatalidad y no una coincidencia.

Según las teorías corrientes, el individuo; no debe considerarse sólo como el producto de sus parientes inmediatos ó de sus antecesores próximos, sino como la resultante de su genealogía total: es el último resultado de una acumulación de caracteres adquiridos y transmitidos desde su tronco por cada uno de sus generadores. Cuando los caracteres son poco antogónicos, y es el caso en la herencia de las razas y de las familias seleccionadas, el producto tiende á expresar una especie de fusión de los tipos individuales sin dejar de ofrecer parecido de detalle con el uno y otro de los padres. Además de la estructu emocional de su raza que es innata, el homb posee también por herencia, cierta manera

sentir de sus antepasados inmediatos [1]. Los padres y los abuelos están encerrados en el individuo implícita ó explícitamente, y el desarrollo sigue la ruta trazada por la herencia con arreglo á determinadas condiciones de medio. Lo que á veces parece desviación de la regla habitual de transmisión, no es sino el resultado de combinaciones de la herencia transformada; hechos aparentemente nuevos y sin filiación, pero en realidad resultados previstos de la ejecución de esas leyes ineludibles.

La educación y el medio, así como los demás factores del ambiente físico y moral, toman la materia prima, no tan en bruto que no se sienta la influencia de la herencia, y trabajan sobre ella el mecanismo final, modelando cuanto recibe, pero sin alterar el fondo substancial del ser. La educación no crea, modela, porque no puede hacer un ente moral sin padres ni antecesores. Esas *creaciones* son simples combinaciones de calidades ó defectos heredados. Tal es la razón de esa lógica que á veces tanto nos sorprende y confunde.

Estas familias españolas de sangre y teuño, trasplantadas al medio americano, su-

---

(1) MAUSDLEY, *Fisiología del espíritu*, pág. 345.

fren así variaciones que, sin hacerles perder los caracteres elementales más firmes de la raza, permítenles, sin embargo, asimilar otros propios del medio especial en el cual actúan: los de aquella peculiar sociabilidad resultante del aislamiento sistemado en que la tuvo la Metrópoli Real y de otras condiciones suyas largas de enumerar.

Los Ortíz de Rosas y los López Osornio, tal vez por secretas inclinaciones del temperamento ó por otras razones que nos escapan, eligen las ciudades los primeros, y los entonces desolados y abiertos campos, los segundos, donde, respectivamente, van á fijar los rasgos dominantes de su carácter. Los Rosas viven en las ciudades; su entusiasmo y su apego es por ellas, por sus muros protectores, sus viejas calles y el amoroso calor de la sociedad, de la que son mimados; y eso lo mismo en Lima, que en Santiago, y Buenos-Aires. No gustan de la aventura arriesgada porque es incómoda para su lifantismo contemplativo; y una cierta sensualidad mansa y fácil los obliga á quedarse donde los ubica el destino de sus tendencias. De esta manera la gravitación de su amable presencia va dejando en la familia bonaerense una tradición de distinción y simpatía traducida

en el concepto público por facilidades para todo. Alcanza á todos sus miembros sin excepción, y les crea ese privilegio que hace de un apellido una sinonimia de calidades y constituyen un capital social poderoso.

Desde que el *beato* don Domingo Ortíz de Rosas [1] se incorporó á esta sociedad, creo que en mil setecientos cuarenta y dos, la familia suya no dejó de actuar en todas aquellas formas sociales con que le auxiliaba su notoria distinción y los hábitos insinuantes de cortesanía recibidos de sus abuelos. La carpeta y el cuartel no constituyeron jamás entretenimiento habitual de ninguno de ellos; el *estrado* y el salón, «los descollantes pimpollos entre las bellezas de la flor del coloniaje» como dice un cronista de nuestros días, fueron las naturales inclinaciones que los obligaron á colgar la espada y á formar largas familias» [2]. Por eso los Rosas pertenecieron á la sociedad de Buenos-Aires, como una amable necesidad de sus hogares; estaban vinculados á ellos íntimamente, como algo propio. Las señoras son «las mejores dul-

---

(1) *Memorie Storico-Genealogiche della Nobile famiglia Ortiz Rosas di Buenos Aires*. Racolte da Ferruccio Pasini, Membro lla Reale Accademia Heraldica Italiana, Pisa 1884.

(2) P. S. Obligado, *Tradiciones*, 3.ª Serie, pág. 70.

ceras, las más hábiles bordadoras», y en la guitarra y el clavicordio las predilectas de Picazarri, en cuyo modesto salón nuestros padres gozaron por primera vez los acordes emocionantes de la música de Gluck y de Mozart. Más tarde, algunos de ellos se hacen estancieros pero conservando, por lo menos la primera generación, la mansedumbre de carácter, perdida después al contacto de otra sangre más belicosa y efervescente.

Los López Osornio son su antítesis en todo. La austera y silenciosa quietud de la colonia, había penetrado más el espíritu, de suyo hosco, de aquellos hombres que parecían creados á la sombra de las enormes paredes y en los patios solitarios, donde el Oidor, su abuelo, guardaba su altanería [1]. Formados en los libres pero brutales trabajos del campo, forjaron su carácter bajo la dura ley de la lucha y del peligro, en las vicisitudes de aquella industria de aspectos tan siniestros; como que la ganadería de principios, y aún de casi todo el siglo XVIII y parte del XIX, era más que una verdadera apacentación y cuidado de animales, la cacería dramática de fieras y aún de hombres feroces. Bastaría recordar

(1) Véase *Memorie Storico-Genealogiche*, ya citada.

que al animal bravío y tan indomesticable como el mismo tigre, con quien casi hacían vida común, había que sujetarlo desjarretándolo de á caballo ó volteándolo á fuerzas de violentas *pechadas* hasta cansarlo; no sin haber dejado antes, cubriendo el suelo y los aperos, buena parte de sangre humana. El aspecto de todo era salvaje. Los perros cimarrones, multiplicados prodigiosamente por la incuria y el miedo amenazaban las poblaciones aisladas, vivían en cuevas subterráneas y agredían en jaurías numerosas á los transeuntes. Más feroces que los lobos y las hienas, fué preciso, repetidas veces, organizar expediciones militares para exterminarlos [1]. Más que una industria era un sport. «un juego lleno de peligros y de bárbaras emociones», «un simulacro en grande escala de las peripecias sangrientas de una batalla».

El estanciero de esos tiempos lo fué todo: contrabandista y guerrero principalmente. Después «de una buena maloca de cuerambres» iba á contrabandear, se imponía al empleado r el terror ó el sebo de la propina abunıte y luego regresaba como sediento de

[1] J. A. García, *La Ciudad Indiana.*

peligros y emociones á continuar aquellas violentas fiestas ecuestres: *cinchadas*, carreras, *corridas del pato*, grandes boleadas de avestruces y demás ejercicios de destreza y valor en las que más de uno quedaba aplastado por el costillar de la bestia fulminada. Reunía además en su mano todos los prestigios del gobierno político, de la justicia y hasta de la iglesia. Concentraba en tan múltiples funciones, la fuerza militar que representa la *Partida*, la de Juez de Paz, que distribuía la justicia y hasta casaba, puesto que el concubinato *legal*, diré así, era únicamente el consentido por él, y, en la amplitud de sus funciones religiosas, el *agua del socorro* que es un bautismo *in extremis*, no tenía prestigio si no era derramada por su mano. *Pater hominum Diorunque*, ejercía el *dominium* bárbaro mencionado por Fustel de Coulanges, sobre el conjunto de los bienes y de los sujetos. Todo estaba bajo su brazo de hierro: la tierra, la casa, el rodeo, los esclavos, y hasta los niños y las mujeres. Así era de desapacible la vida ordinaria en los campos de Buenos-Aires, apenas se atravesaban los suburbios, y ese fué el *medio* en donde los López Osornio pasaron

toda su vida desde su llegada al Río de la Plata [1].

De la combinación de estos dos tipos de sangre resulta uno indudablemente original: el de los Rosas de la generación de don Juan Manuel, en el que se dibujaban rasgos morales de una peculiaridad extraordinaria. Como es en la voluntad más que en la inteligencia donde aquellos se acentuan, es el López Osornio el que triunfa, dejando á los Rosas el físico para ejercer toda su influencia luminosa en la morfología de sus cuerpos, algunos de ellos de singular belleza. Don Juan Manuel es, físicamente «muy Rosas». Por dentro el López Osornio predomina con visible acentuación; la luz de que habla Estrada [2] era de aquellos; la sombra procedía de éstos. Se observa una notable persistencia en la transmisión de muchos caracteres físicos procedentes de los Rosas: la estatura esbelta de todos los varones de la familia, desde el Conde de Poblaciones, hasta el último de los descendientes actuales; la belleza de los rostros cuya placidez interrumpe

(1) Los López Osornio debieron arribar al Río de la Plata en ıño de 1680 á 1700, mientras que los Rosas recién vienen 1750.

(2) J. M. Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, ıferencias dadas en el Colegio Nacional, 1873.

la intervención fogosa de otra sangre; los ojos claros y trasparentes y, posteriormente, la acentuada virilidad de ciertos rasgos musculares, que en muchos casos suele corresponder á un vigor igual del carácter; el esqueleto recio del torax tan prominente y la osatura «megálica» de los miembros.

Mandar, ejercitarse en vencer dificultades, en sobreponerse á la humana voluntad, era en los López una idiosincracia de su ser moral. Don Clemente López Osornio [1], Comandante General de Campaña en 1765 y en Jefe de la Expedición que se envió á las misiones guaraníticas bajo el gobierno de Bucareli, tenía hasta en las puerilidades de su vida doméstica, rasgos acentuados de esta empeñosa terquedad ante las dificultades y el obstáculo, cualesquiera que ellos fueran. Cuentan las crónicas familiares, que uno de sus más comunes entretenimientos en las horas de reposo, consistía en enseñar á leer á los indiecitos cautivos y que elegía los más indómitos y rebeldes por el placer, según él, de «ponerles el freno al primer galope»; lo que en el lenguaje pintoresco de la comarca y de la época significaba vencer un

---

(1) Véase *Memorie Storico-Genealogiche*, ya citada.

insuperable dificultad. Don Gervasio Rosas, su sobrino-nieto, poseía, por atavismo, algo parecido. Según el general Mansilla, quien como pariente cercano había frecuentado sus intimidades, «era un gran domador de muchachos contumaces é incorregibles». En aquella estancia célebre situada sobre el Río Salado, casi al llegar á su embocadura, albergaba en sus soledades no pocos de estos «diablos desterrados» (1).

Todos los de la familia habían manifestado desde niños, y en las cosas más trascendentales de la vida, esta naturaleza dominadora y actuante, el raro placer de buscar dificultades para vencerlas, la necesidad del dominio sobre las cosas y sobre los hombres y, por qué no decirlo, sobre los animales; y no por procurarse extraviados placeres, llevados por impulsos de su sangre y de su temperamento. No pudiendo, como su hermano, dominar hombres y pueblos, porque carecía de sus dotes y era naturalmente torpe, el otro hijo de los López Osornio quería dominar las cosas inanimadas, piedras y las montañas. Y digo las monta-, porque, en efecto, llevado de un raro ca-

---

(1) MANSILLA, *Causeries. ¿Por qué?*

pricho que tuvo toda la acritud patológica de una *fobia,* llegó hasta pretender arrancar de su quicio la *piedra movediza* del Tandil, nada más que por las invencibles dificultades que la descabellada empresa ofrecía. Esas cosas constituían para su espíritu equívoco y omnipotente, una provocación. Don Gervasio, que parecía insaciable en el ejercicio de esa facultad ó impulsiva idiosincracia, martirizaba su propio cuerpo á falta de otra cosa: «dábale en verano por resistir al sol y en invierno por resistir al frío», y cuando las lluvias inundaban los campos haciendo peligroso el paso de los ríos y el acceso á las estancias, tomaba sus caballos y partía á las suyas: ora á la famosa *Loma de Góngora,* elevada meseta donde vivía, *arriba* de todas las vecinas heredades, ora al sombrío *Rincón de López* donde el espíritu rígido de don Clemente López Osornio parecía flotar todavía en la sombra de los *talas* seculares y de los montes de ombúes, plantados en línea tan recta como su sable y su mirada.

Recojo esta otra impresión que el dato ilustrativo de la crónica de familia me ha confi mado: don Juan Manuel, otro sobrino de do Clemente, odiaba á su hermano Gervasio, poı que sin duda le veía envergadura para ser riv

suyo. Era, sin embargo, el uno el polo opuesto del otro, hasta en el físico. Todo lo que tenía de bello é ideal la figura apolina y la fisonomía del primero, poseía de rústica y grotesca aspereza, la del segundo. Aquel era blanco rubio, de finísimo cabello y ojos clarísimos, limpio y esmerado en su persona como una dama meticulosa. Este, torpón y seriote, misántropo por temperamento, no por cálculo, como solía serlo el futuro Restaurador de las Leyes. Habia antagonismos físicos que parecían revelar los que en el alma alejaba al uno del otro casi con repulsión. Don Gervasio era obscuro, más que trigueño, de unos ojos poco claros é incisivos, de pelo negro é hirsuto, la piel tostada y áspera, la mano *suculenta* del domador, en quien el género de trabajo ha concentrado toda la vitalidad en el exclusivo órgano de labor. Era el más joven de los hermanos. Educado en la escuela de don Rufino Sánchez, se batía á palmetazo limpio, y á las veces á pugilato recíproco entre el maestro y el discípulo, «con apuestas» y sublevación del colegio entero, ɔitado por alumnos del mismo jaez. Su padre había colocado desde temprano al lado de n Braulio Costa, que fué su amigo y uno de comerciantes de más crédito y caudal de

esta plaza. A su vuelta del Paraguay donde lo llevaron especulaciones mercantiles pasó á regentear el establecimiento rural de don Braulio, el amado *Rincón de López* de sus antepasados, y que, con la cooperación de don Gregorio Gómez Vidal, pudo después recuperar [1].

Cuando los acontecimientos de octubre de 1833, y solicitado por los *Balcarcistas,* fué al Colorado como mediador para verse con su hermano, éste lo vió llegar con disgusto y, como siempre, despertándole sospechas. Recibiólo fríamente y hasta con aspereza, atreviéndose á decirle: *Gervasio, dejáte de andar en estas cosas de política porque vos no sabés ni cuidar un rodeo de vacas.* Volvióse á la ciudad irritado y metióse en su estancia para no salir hasta 1839, en que fué preso por la Revolución [2].

Don Gervasio vivía en ese tiempo retirado y agreste en su estancia del Rincón, y vaya este otro episodio como nueva característica moral de aquellos dos hermanos: cuando estalló la Revolución del Sud contra Rosas, permitió se dijese que era uno de sus promotore

(1) A. J. Carranza, La Revolución del Sud. *Revista Nac nal,* tomo II, pág. 212.

(2) Carranza, loc. cit., íd., íd.

tal vez por espíritu hostil al *Restaurador* y para mortificarle un poco en su amor propio. En ese tiempo la especie era demasiado insistente para no despertar sospechas en el espíritu de éste. Su fiel amigo, el coronel don Vicente González, se hizo eco de la versión y se la comunicó en un curioso documento cuyo original tengo á la vista: «el Juez de Paz de Ranchos», decía el famoso Carancho del Monte, «acaba de llegar á este punto y me dice que sabe por personas de verdad que el *entecado y espirituado* de don Gervasio Rosas, por la voz general que corre entre ellos, es el que manda esas divisiones, y me ha entregado esa cartita de uno que mandé á Chascomús á ver si era cierto; no respondo de la verdad de esto porque los más que van á tomar noticias antes de entrar al punto vuelven diciendo que es cierto» (1). Seguramente que á no haber vehemente sospecha de una rivalidad notoria y honda entre ambos hermanos, nadie hubiera sido bastante osado para afirmarlo así, y menos aún para ridiculizar á un miembro de la fami-, llamándole *entecado, espirituado* y otras rrabasadas en que era fecundo el Carancho.

---

(1) Carta del coronel don Vicente González al Exmo. señor ›ernador, Noviembre 4 de 1839. Original en mi archivo.

Todo esto acusaba visibles analogías de sentimiento entre Rosas y los enemigos de don Gervasio. El Restaurador en carta reservadísima que en diciembre 2 de 1839 escribe al coronel González, dícele: «que ya se hace cargo del origen y móviles de esta inaudita maldad sin ejemplo, que no debe ser otro que don Gervasio Rosas (ni le da el título de hermano) único responsable de un baldón, el más oprobioso para la causa sagrada de la América, etc., etc. [1].

Y aquí viene lo enorme y aún más característico. El famoso Mariño, en un «refresco» que diera al populacho y vecinos de su parroquia, celebrando la derrota de Chascomús, dijo cosas tremendas á ese respecto. El coronel don J. G. Salomón, agregó, levantando su copa y ya excitado por el licor, que: «los afeminados franceses, habían seducido con engaños y falsedades á los habitantes de Dolores y Monsalvo, encabezándolos el *fementido* don Gervasio, no Rosas señores» (aquí hizo una pausa y repitió) *«no Rosas porque nunca había tenido el honor de ser hermano del Ilustre Restaurad de las Leyes* y ESTABA AUTORIZADO para a

(1) Carta de Rosas al coronel don Vicente González, Dicie bre 4 de 1839. Original en mi poder.

gurarlo á los buenos federales que lo escuchaban, que ese traidor NO ERA HIJO del venerable patriota don León Ortíz de Rosas y Cuadra, cuyo reciente y sensible fallecimiento todos deploraban, SINO UN INJERTO ESPURIO de un obscuro portugués Aicardo, razón por la cual se había vendido cobardemente con los demás salvajes unitarios inmundos á la tiranía extranjera y al oro despreciable de los enemigos de la libertad de los americanos». La peroración terminó como siempre con los vivas usuales y el *¡muera una y mil veces el pérfido cabecilla Gervasio Cardo!* (porque además de ser hijo de Aicardo se suponía que había nacido en un cardal)... [1] Ya sabemos de donde podía venir la autorización. ¡Quién se hubiera atrevido en ese tiempo á decir semejantes enormidades, y públicamente, sin el consentimiento expreso suyo! A todo eso se agregaba la glosa de los miembros de la Sociedad Popular y de toda la sociedad bonaerense que temblaba ante tales horrores. Como dato psicológico, basta él sólo para pintar estos caracteres como ı un retrato lapidario.

---

(1) *Revista Nacional*, tomo II, pág. 216. *La Revolución de '39*, por A. J. CARRANZA. Relación del doctor Esteves Seguí mismo doctor Carranza.

En las mujeres de la familia se ve, con no menos viveza, esta tendencia de raza, aunque morijerada por el sexo y la exquisita educación que era en ellas otro rasgo distintivo. La tradición señala algunas que en pleno Terror se permitieron manifestar públicamente sus simpatías por los unitarios y calificar duramente los actos de la Dictadura. Pero entre todas, la madre de Rosas [1] fué el tipo de más color y acentuación; la más viva expresión de esa fuerza dominadora en sus formas femeniles y domésticas, ya que por su muerte no pudo serlo en otra más trascendente. No sólo manda, eso sería poco, sino que tiraniza, lógica con su abolengo de violencia y de caprichoso imperio. Doña Agustina representa al padre de *Las Partidas;* don León, su marido [2], ocupa el lugar secundario de la madre. Es un temperamento linfático y manso, una alma contemplativa que deja hacer á su mujer; un poco por natural inercia y otro por falta de nervios para resistirla. Poca lectura, mucho *truco,* mano á mano con sus predilectos, una que otra *versada* de circunstancias [3] y con

(1) Véase *Memorie Storico-Genealogiche*, ya citada.
(2) Véase *Memorie Storico-Genealogiche,* íd. íd.
(3) MANSILLA, *Causeries,* loc. cit., publicadas en *Sud Am rica, El Nacional* y *El Diario,* (luego recopiladas en 3 ó 4 vols

tante preocupación del moño de sus riquísimos zapatos de paño negro y del nudo de la corbata, ¡que doña Agustina, contra su costumbre, solía atar con mano amable!

La noción corriente del padre duro y obtuso concebido por la ley española, vendiendo á su hijo «porque haya de que comprar que coma», facilita la dictadura doméstica de doña Agustina [1]; voluntad caprichosa y robusta que vive imponiéndose, violando las leyes [2] é invirtiendo las costumbres. Á los hijos, ya entonces hombres de barba y pelo en pecho, y cuando las circunstancias lo imponen, los toma de la oreja y les obliga á obedecer; los azota si reinciden. Aunque valetudinaria, de cuerpo pequeño y paralítica por añadidura, aquella voluntad masculina se sobrepone á la exigüidad de su físico y obliga á la vasta y torpe corpulencia de algunos de sus hijos á bajar la cerviz y obedecer como si fueran niños medrosos. Es atrabiliaria é impulsiva, [3] y si bien de la mitad de su cuerpo había como digo, huído la vida arrebatada por una enfermedad cerebral, la ıano que aún vivía era bastante para esterio-

(1) Partida III, título XVII, Ley 7.

(2) Véase *Rosas* por MANSILLA. La anecdota del testamento

(3) MANSILLA, *Rosas. Estudios psicológicos*, pág. 25.

rizar su voluntad, contar el dinero que prestaba á un interés subido (1), azotar las negras y matar los caballos de su coche cuando injustamente los reclamaba el Estado. Aún después de muerta, su espíritu actúa para tiranizar siempre; su testamento, que era una monstruosidad legal, se cumple al pie de la letra; los desheredados, sin protestar siquiera en silencio, ordenan que así se haga: «que se cumpla la voluntad de Madre», exclama don Juan Manuel al leerlo, y se cumple, en efecto, hasta en sus más desastrosos resultados. Parece la depositaria de aquella tradición de respetuosa dureza que no carecía de encantos y que mantuvo en las familias eugénicas de la raza argentina, la rigidez de líneas del hogar colonial; aquella unidad tan ruda pero tan moral y, sobre todo, ese viejo y poético carácter sacramental que ha desaparecido de la ley sin dejar rastro alguno (2).

Todos los impulsos y extravagantes asperezas de la familia, en su incierto estado de sistematización, operan en este espíritu de mujer á manera de concentración fisiológica para presentarse en el momento supremo de la concepción con un vigor de herencia extraordinario

(1) MANSILLA, loc. cit.

(2) J. A. GARCÍA, *La Ciudad Indiana*, pág. 93.

como los rayos de luz difusa se reunen al atravesar el lente duplicando sus efectos diversos.

La mujer tiene esa especialidad biológica. Su ser, exquisitamente dotado, parece llamar al laboratorio de la gestación todas las fuerzas hereditarias dispersas. Por eso la herencia materna, especialmente en lo que se refiere al cerebro mental, es doblemente más terrible que la del hombre [1].

En nuestro caso, las pasiones de la madre, no han experimentado al transmitirse cambio substancial ó sujeción alguna; funcionan libremente sin la metodización y disciplina que vendrá después por adaptación, en el espíritu cauteloso de su hijo. Porque en él, aquel calor expansivo que el sexo contribuye á elevar, va á sufrir la acción refrigerante del temperamento linfático de los Rosas, tan frío y cauto; y las deflagraciones del carácter materno perderán al transmitirse, sino el volumen y la firmeza de su índole, sus vértigos, las exteriorizaciones ruidosas, las impremeditadas *fugas* de sus impulsos. Esa firme y decidida ıanera con que hacen las cosas estos carac-

[1] Véase DAGONET, *Traité de Maladies mentales;* SCHULE *ıladies mentales*, (edición francesa, 1885); BILLOT, *Maladies ɜntales*, 2 vols.

teres excesivos, parece que contribuyera á imprimir, más indeleblemente, su modo de ser moral á los gérmenes en vía de transmisión; lo que es verosímil, dadas las vinculaciones recíprocas y la estrecha relación sensitiva que existe entre esta mortal materia y el espíritu tan alado como es. La fe ardiente, un deseo violento y tenaz de que *así sea*, es una condición psíquica propicia para que en las histéricas, las vesicaciones de la carne, las señales de crucificación, las flagelaciones y los rastros sangrientos de la corona de espinas, aparezcan palpitantes y sugestivos. En este caso, los elementos materiales de la voluntad, como los misteriosos senos del óvulo en el otro, parece como si medrosos cedieran más dócilmente á la influencia vivaz de estas fuerzas afectivas, que resumen las energías de la familia y duplican su poder de transmisión. Gœthe sostenía que toda la genealogía de una familia se resume un día en uno de sus miembros, como todo un pueblo en uno ó muchos de sus grandes hombres; y agregaba que Luis XIV y Voltaire eran, respectivamente, el rey y el escritor francés por excelencia [1].

---

(1) Ribot, *La Herencia Psicológica*, edición española.

Rosas era en efecto el tipo sintético de su familia materna y de su raza, y aquella, de la familia española modificada por los elementos del medio americano, después de un par de siglos de residencia. La constancia con que persisten ciertos caracteres étnicos, apesar de la larga gravitación de otros elementos físicos y morales, demuestra cómo se mantienen en el carácter nacional los rasgos del antiguo español; como en el fondo del francés moderno los caracteres del galo que describen Estrabón y Diodoro. Y cuando se contempla el retrato de un Conquistador, créese descubrir en él, en las líneas más características de aquellas fisonomías duras y sugeridoras, un insistente reflejo de las caras tostadas é hipermegálicas de don Gervasio ó de algún otro adusto rostro de la familia. Estos mandones fracasados, aunque procedían, por ciertos dotes, de su madre, no alcanzaron en su evolución hasta donde llegó el primogénito que indudablemente tenía el privilegio de la fuerza hereditaria: la luz no colora uniformemente todos los átomos como los cerebros reciben por igual las influencias de estos vismos intermitentes [1].

) Le oí una noche al general Mitre atribuir á don Gervasio, ien había servido en su juventud, todos estos rasgos y

Doña Agustina amamántalo á sus propios pechos, cosa que no hizo con los demás, y parece que el íntimo y diario contacto contribuyera quizá á transmitirle, en toda su integridad, su ser moral. Hasta en los pueriles detalles de sus gustos insignificantes, ciertos caracteres de raza que no quieren perderse y de que ella es celosa depositaria, hacen del futuro Restaurador de las Leyes el genuino hijo de su madre. Además de otros rasgos ya indicados, aquel criollismo *rosín* notorio y de tanta trascendencia política en su momento, es genuinamente materno y de estructura española del más castizo cuño. Doña Agustina odia al extranjero por una secreta repulsión de raza, y hasta ciertas exterioridades del *confort* doméstico que de él proceden, hieren sus preocupaciones, como más tarde á don Juan Manuel, todo accidente que rompiera la monotonía humillante de su color predilecto. Por una circunstancia explicable, pero bien sugerente, uno de los gobernadores que se distingue por la violencia de ese sentimiento, es

muchos más que justifican la psicología que le señalo. « S energía era brutal y su aspereza casi selvática ; sin embarg agregaba, era un hombre en cuyo corazón no cabia la malda fría del hermano ».

don Domingo Ortíz de Rosas que gobernaba á Chile en 1750, y que, según Amunátegui, puso en ejecución con saña particular la Cédula Real que ordenaba expulsarlos de América [1]. Doña Agustina es *criollaza* como sus hermanos y su abuelo, venido al Río de la Plata mucho antes que los Rosas, y por consiguiente con mayor arraigo en el suelo y en la naturaleza argentina. El *gringo* es para ella una obsesión y ser *agringado* un estigma [2].

El salón aristocrático de misia Mariquita Mandeville, con su corte europea y *comidas complicadas* [3], le fueron siempre antipáticos por lo mismo que su influencia parecía tan radiante y trascendental en la sociedad bonaerense. Era que el amable y hospitalario hogar de Thompson conservaba ostentivo aquel marcado tinte francés que las imitaciones felices del Directorio y del Consulado le habían impreso. Era precisamente lo que pugnaba con su sencillez antigua. Su espíritu conquistador é imperioso no se avenía con las delicadezas y afrancesamientos de los comensales y tertu-

---

) J. L. Amunátegui, *Los precursores de la Independencia*, etc., t. 1, pág. 282.

) Mansilla, *Causeries*, tomo II.

) Mansilla, *Causeries*, loc. cit.

lianos de doña María. La moza criolla y sencillota de la sociedad donde doña Agustina primaba, veía, con alguna sorpresa, las inovaciones trascendentales y pretenciosas de la señora de Thompson, alrededor de la cual se iban agrupando los que sentían secreta y placentera satisfacción en recibir la influencia europeizante de su ambiente. El espíritu opaco de la colonia, hacía rancho aparte. Y fué precisamente, en aquel rumboso salón, de corte exótico para los tiempos, donde Juan Cruz Varela, el caluroso periodista unitario, niño aún, recitara sus primeros versos iracundos, sus loas á la patria, sus briosas interjecciones á la tiranía; y don Saturnino de la Rosa, otro enemigo del despotismo de los reyes y el más inocente y satisfecho de los hombres que han manejado consonantes, según don Vicente Fidel López, las ingénuas odas á la opresión, que con tanto entusiasmo oía el público especial de la tertulia. El galicismo fué allí corriente y la crítica agresiva, por lo irónica é intencionada, llegaba al alma de los que resistían valientemente con su inercia, las cultas innovaciones que el grupo directivo, ya amplio 1817, pretendía introducir. Francia y los fr ceses, con sus pretensiones civilizadoras, ex

sivas para el criollismo intolerante, comenzaron desde entonces á serles antipáticos, cavando hondo alejamiento entre ellos.

Conociendo estos datos de la fisiología de la madre, ya se supondrá cuál sería el medio familiar en que ella era reina y señora y que, como es lógico, no diferiría mucho del tono sensitivo general, duro y sin muchas ternuras que derramar en el corazón del niño. Bien se comprende, del mismo modo, que los sentimientos de piedad y de benevolencia, así para el hombre como para el animal y el negro mismo, no podían prosperar dentro de un medio tan hostil. El poco romanticismo y el mucho culto por el dinero, era lo que estimulaba las facultades adquisitivas predominantes en la organización moral. Sin embargo, la idea de mayor utilidad sugerida por el empleo útil del animal, cuya explotación constituía entonces la gran industria, atraía hacia él una conmiseración interesada que lo ponía por encima del negro esclavo, maltratado y pospuesto detrás del buey y del caballo. El criterio mer-
...l tenía, pues, que aplastar al Evangelio
...l peso de su voracidad utilitaria. El esclavo
...una bestia de servicios humildes, animal
...ior, sin cama, ni hora para comer ó para

dormir, ni estado civil siquiera. Y como todos ellos fueron *negros bozales*, ni una interjección violenta tuvieron para expresar el dolor. A la negra que acarrea el mate, sólo le es permitido «entrar á la sala caminando de rodillas» hasta el rincón donde se halla el ama, como en un olimpo y hecha un fetiche. Así se lo servían á doña Agustina, las suyas. Cuando el propietario se cansa de un esclavo, lo vende, lo cambia ó lo abandona á su propia suerte. La virtud se practica en los hogares en esa misma forma ruda y sin amabilidades; diríase que el sacrificio que ella impone les seca el espíritu, amortiguando el calor del sentimiento con tan rígida disciplina. El niño se criaba en íntimo contacto con ese negro, con los indios y con ese mulato vivaracho y apto para todo servicio, que era una rueda importante en el mecanismo doméstico. Son sus compañeros íntimos dentro de la casa, sus más asíduos sugeridores [1]. Esa promiscuidad diaria, tiene sin embargo en la imaginación del niño, así criado, otra influencia que las deletéreas morales. Va derramando en su alma impresionable, vagas ideas de iguald[a] disminuyendo la aristocrática repugnancia co

(1) JUAN A. GARCÍA, *La Ciudad Indiana*.

nial á las clases inferiores, acercándolos al negro y al mulato, compañeros, y tal vez amigos en los juegos juveniles, sus traviesos mentores en las primeras aventuras ensayadas fuera del hogar. Es escuela de vicios sin duda, pero también es germen de ideas democráticas, sobre todo en una época en que todavía el eco de las discusiones sobre si los negros y los indios eran hombres ó animales, vibraba en el oído de los padres de familia dictándoles su criterio moral extravagante [1]. En la escuela y en el hogar, á esos niños les dan de palos y latigazos, siguiendo las aún más bárbaras costumbres que quedaron del siglo pasado; «era un método de enseñanza, dice un historiador conocido, arreglado á la doctrina de que *la letra con sangre entra*, profesada y aplicada en los conventos de frailes, las más veces corrompidos, que humillaban así y envilecían á las pobres criaturas que tenían que pasar por ese despotismo romano antes de entrar á la vida civil [2]. Al niño — dice el *Semanario* — «se le

---

Rosas hizo madrina de uno de sus primeros hijos á una ..s negras esclavas llamada Gregoria. Véase *Archivo Nacio-* *Familia de Ortiz de Rosas.* (Datos del señor Arturo Scotto.)

V. F. López, *Historia de la República Argentina*, tomo IV, 361.

abate y castiga en la escuela, se le oprime en el seno mismo de la casa paterna [1].

La emancipación era tardía y difícil; la ley y la costumbre lo mantenían hasta más allá de la edad adulta, dentro de esa escuela de sujeción donde penetraba difícilmente la idea de libertad. Y en cuanto á sus bienes de fortuna, la administración era otra forma del despotismo usual. Al padre le correspondía los bienes adquiridos por el hijo con su peculio ó el de sus parientes, el usufructo de los adquiridos con la herencia materna ó por su comercio ó industria durante toda su vida, porque salvo casos especiales, la emancipación dependía de la voluntad del padre [2].

No hay que insistir mucho sobre el *modus operandi* de estas influencias porque todos lo conocemos.

Sólo diré, que entre el espíritu de cada niño y el de las personas en medio de las cuales vive, existe un intercambio permanente de ideas é impresiones, y solo por esta constante imitación de los otros, por esta incesante «*eyección* de sí mismo» como diría

---

(1) *Semanario de Agricultura*, J. A. García, *La Ciudad Indiana*.

(2) Partida III, Título XVII, Ley 17.

Marc-Baldwin, en el espíritu de los otros y de ellos en el suyo, que se opera el desarrollo mental del individuo. Este proceso es á la vez imitativo y de invención; de invención, cuando provocado por las imágenes sugeridas por los actos y las actitudes de los otros, por el espectáculo de las cosas que le despiertan ideas de cuya combinación resultan propósitos; de imitación, cuando simplemente reproduce. El carácter así formado es esencialmente social, pues está constituído en gran parte por la conciencia que tiene el niño de sus diversas actitudes con respecto á los seres diferentes del ambiente. De esa manera, las otras personas son parte integrante de su espíritu, á la vez por las representaciones que provocan, como por los sentimientos suscitados; por los movimientos de todo género que ejecuta á imitación de todos, por esa perfecta acción y reacción del espíritu de los otros sobre el nuestro y del nuestro sobre el de todos. Resulta así, que el factor esencial del desarrollo humano, no es únicamente la herencia biológica, cuyo papel parece, para algunos, relativamente secundario, sino tambien la *herencia social*. Si cada individuo puede marcar un adelanto sobre sus ascendientes, es porque tales

progresos adquiridos son registrados y fijados en tradiciones, en instituciones, en leyes y experiencias dentro del cuerpo social al que pertenece y en el seno del que se desenvuelve [1]. La ley de selección se ejerce sin duda alguna en el dominio social como en el biológico pero de distinta manera: la fórmula no es ya la supervivencia del más apto sino la supresión ó neutralización del menos adaptado [2].

Tal es, pues, el ambiente de la niñez de Rosas: el niño se hace hombre y algunas extravagancias lo señalan en su juventud como un espíritu anormal. ¿Anormalidad ó simple idiosincracia fisiológica? Circula, en efecto, desde remoto abolengo cierta tradición de rareza, más acentuada en una de las ramas de la familia. La clasificación popular es copiosa y uniforme para la sinonimia de sus variadas expresiones: todas ellas coinciden en fijar su índole aberrante. No sé si será que el gusto refinado del especialista exagera la verdadera sensación y clasifica así, la simple extravagancia normal; pero me parece verosímil q·

---

(1) *Le Développement mental chez l'enfant et dans la ra·* por J. Marc-Baldwin, 1899.

(2) Véase *Année Biologique*, 1899, pág. 760.

algún elemento sospechoso tome parte en la fisiología equívoca de tan curiosa organización mental, dando singular color á muchos de sus actos. Aun cuando uno quisiera independizarse de las seducciones ejercidas por las modernas teorías psiquiátricas sobre la investigación, no podría olvidarlas en este caso, sin cometer un grave error, si se tiene presente que, el sujeto de estudio es la personalidad moral de un hombre genial. Exageraciones á un lado y adoptando un procedimiento desprovisto de entusiasmos sistemáticos, al golpe se descubre con cuál trascendencia han actuado en su genealogía tales influjos. Por otra parte, no debemos olvidar que el discreto autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, ha necesitado de ellas para explicar cumplidamente la índole de los impulsos de Marat y la frialdad inquebrantable de Robespierre. Según él, debe adjudicársele la parte importante que tienen, si, como quiere el filósofo, el hombre es por naturaleza, loco, como el cuerpo enfermo, y si la salud del espíritu se encuen- a en el equilibrio en el que se mantenga la áquina física, contra las impulsiones pertur- adores circundantes.

Como dije ya, una verdadera inclinación á

la violencia, al ciego impulso, á la terca tenacidad, se ve figurar con marcada insistencia en esta familia, desde su junción con los López Osornio. Todos son fríos y duros en su trato; pero frialdad y dureza con ribetes de misantropía animada de sospechosas y equívocas pasiones. Los hermanos se malquieren y se huyen como se ha visto (1), sino con odio, con siniestra hosquedad; «buscan la penumbra, casi la soledad», leen libros extraños que otros no leerían (2), y apenas si tienen amistades que cultivan poco y de las que vivas sospechas los alejan. Cediendo á la fuerza del atavismo que gravitaba sobre los varones especialmente, eran según su cronista, «maniáticos y estrafalarios», los Rosas como los Aguirre y los Anchorena, que procedían de un tronco común (3). Débiles son sus centros moderadores, por lo que la onda emocional, revienta, diré así, en deflagraciones cuando apenas se inicia. El freno voluntario sobre sus propios impulsos, es ineficaz y la escasa educación no ha influído sobre la fisiología de cerebros tan pocos ponderados. Don Clemente

(1) Mansilla, *Rosas*, pág. 26.

(2) Mansilla, *Rosas*, pág. 27.

(3) Mansilla, loc. cit.

López Osornio, si no era un desequilibrado impulsivo, lo «pasaba raspando». Parecía el tipo del explosivo que procede por reacciones súbitas y puramente reflejas. Muere víctima de su terquedad, de muerte violenta, provocada por rasgos de esta índole. Sabe que invaden los indios y monta á caballo arrastrado por una especie de rabia morbosa, seguido «de los que puedan y quieran» y en las márgenes del Río Salado, es batido y preso por los invasores [1]. Cuando se creía salvado y en la otra orilla del río, advierte que su hijo lucha aún, se arroja nuevamente al río, se entrevera sable en mano con los combatientes y padre é hijo perecen á manos de los salvajes.

De los otros obtendremos la misma fisiología de violencias y deflagraciones: montan potros *en pelo,* porque el apero disminuye las emociones del peligro, y las feroces *pialadas* [2], prodúcenles graves traumatismos en la cabeza y los miembros, y tomando distancias, matan hombres y caballos á pechadas ó disparan por

---

(1) Véase *Memorie Storico Genealogiche*, pág. 9.

(2) La mayoría de estos datos los he tomado en la tradición de las familias, que como la mía, han estado vinculadas á las de López Osornio y Rosas.

la extensión de los campos, como poseídos, arrojando alaridos que semejan relinchos hasta que la fatiga interrumpe el vértigo que los arrastra [1]. Todo eso es patológico, indudablemente, ó cuando menos tiene oculto ese invisible grano de locura que da particular sabor vesánico á los actos de una persona legalmente normal. Es la herencia que se agita intermitentemente según los estímulos con que tropieza. En estos hereditarios, la enfermedad que dormita, parece que sacara la mano de cuando en cuando, para azotar el orgullo de la salud y volver de nuevo á su reposo después de haber dejado constancia de sus derechos á la sucesión. Hay otros entre los Rosas que realizan la obra paciente de cercar con *tapias* tres leguas de su campo y que para probar su resistencia la emprenden con la pared á pechadas [2], de cuyas resultas caballo y caballero salen estropeados ý maltrechos, pero orgullosos de tan viriles gauchadas.

---

(1) El señor don Juan I. Ezcurra, que era un espíritu curioso, conservaba detalles y anécdotas muy pintorescas recogidas en su familia: otros han contribuído también en este sentido al enriquecimiento de estos datos.

(2) MANSILLA, *Causerie*, tomo II, *El dedo de Rosas*. Este hecho era notorio en la Campaña del Sud de Buenos-Aires. No sé si las tres leguas fueron cercadas, pero eso corría como cierto en la información popular.

Todos son tipos morales *aberrantes*, que bajo la influencia de causas más ó menos similares, traducen sus impulsos por actos diferentes y en singular concordancia de progresión. En los unos, los instintos negativos evitan la reprobación de la opinión, gracias á una suerte de ocultación que disimula sus aberraciones y excesos; en los otros, que presentan mayor objetividad y que atentan más públicamente sus actos, son visibles y presentan mayor flanco tanto al análisis como al estigma [1]. Razones de medio y particulares circunstancias, fomentan, en unos más que en los otros, estos rasgos equívocos del carácter. Cuando la herencia tiene en unos de ellos mayor acentuación y fuerza porque llega hasta tocar los límites de la verdadera anomalía y radica sus efectos en un vicio del sentido moral, se produce nuestro caso. Al que le toca en suerte semejante patrimonio, se moverá más fácilmente dentro de la dura misión de violencia y transgresiones que le confíen las circunstancias, puesto que está libre ya de todos los reatos que impone el sen-
·· niento y las convenciones sociales. La volun-
d no encontrará dentro de la sensibilidad

(1) A. Corre, *Crime et Suicide, étiologie générale. Facteurs 'ividuels, sociologiques et cosmiques*. París, 1891.

moral nada que altere la imperturbable serenidad de su función; y la influencia del medio, si es propicio, còmpletará la obra de independencia.

En el estudio de este árbol genealógico nótanse al pronto singulares predominios: el suicidio, la extravagancia de carácter antisocial y el misticismo excesivo, en cierto modo arrevesado en sus diversas formas y como importantes factores hereditarios. En algunos casos este último reviste francos tintes patológicos. Si se intima el análisis se verá que todo procede de una misma cepa; la *impulsivilidad* que se divide según la circunstancia, el medio y la época: en el homicidio, de los más audaces, y más ignorantes de los escrúpulos convencionales; en el suicidio, que es el triste privilegio de los timoratos y desnaturalizados por la educación [1]; y en las mil expresiones de violencia que fijan ese común origen, dentro de las más opuestas manifestaciones del carácter. Existe algo como

---

(1) Corre es el que más vivamente sostiene la doctrina de estas transformaciones *(Crime et Suicide)*; Lacassagne, dice que el suicidio es el crimen modificado por el medio social (Congreso de Roma 1887); Morselli, que el uno es el antagonista del ot *(Il Suicidio)* y en el Congreso de Roma, 1877. Tarde *(Crim compte rendu)*, 166, y H. Joly *(Le Crime)*, rechazan las dos op niones sin pronunciarse francamente sobre la naturaleza de l relaciones observadas entre las dos clases de actos.

un equilibrio instable de las acciones moleculares que engendra y dirije las impulsivilidades ; el sacudimiento pone en marcha esas tendencias cuya orientación está virtual dentro del psiquismo de cada uno, según las disposiciones y circunstancias del momento [1].

La historia de esta familia presenta entre otras manifestaciones, suicidios extraños que colman la nota de lo dramático y hasta de lo extravagante, porque uno de ellos, por ejemplo, se quita la vida en una plaza pública en medio de la multitud [2]; otro se cuelga de una ventana que da á la calle; quién se quema los sesos en medio de una reunión de familia; y así, siguiendo el mismo padrón impuesto por una fatalidad, se verifican otros no menos románticos en que no falta nunca este sello de exotismo que revela el común abolengo: el impulso. Entre las operaciones psicomotoras que llevan al crimen ó al suicidio, las relaciones deben ser estrechas y hasta parecen confundirse en la locura, cualesquiera que sean sus manifestaciones leves ó graves [3], ó desembocan en incitaciones

———

) CORRE, *Crime et Suicide*, loc. cit.

) MANSILLA, *Causerie*, loc. cit.

) CASAUVICILH, *Du Suicide, de l'Aliénation mentale et du ne contre les personnes, comparés dans leurs rapports réciques*. París, 1840.

transformadas que substituyen un acto por otro. Parece que la característica de ciertos cerebros inaptos para someterse á las exigencias de la vida colectiva, ó no comprendiéndola sino en beneficio de sus propias especulaciones, reside en una anomalía de tendencias, alternativamente nocivas para sí ó para los otros, según las modalidades de la impulsividad [1]. Violencia é impulsión no sólo en el sentido de instantaneidad, de irreflexión y de ciego arranque, sino en el de resistencia, de durable vigor en la función de uno ó muchos actos que constituyen sistema y que es una verdadera transmutación del impulso; aquella tenacidad con que durante veinticinco años, Rosas repite una frase, un grito, una palabra, así el primer día como el último; y afectando todo el aspecto de las repeticiones automáticas de los «monomaniacos», no es otra cosa que una de sus transformaciones.

(1) Corre, *Crime et Suicide.*

CAPITULO III

CÓMO SE FORMA EL TIRANO

SUMARIO.—La acción del medio ambiente físico y político.—Su influencia en la niñez y juventud de Rosas.—El año 20.—El rigorismo político y judicial de la Revolución.—La ejecución de don Martín de Alzaga y sus cómplices.—Sublevación de los *Patricios*.—Muerte de sus cabecillas.—La justicia de Monteagudo y de Rivadavia.—Cómo se defiende la Revolución y qué costumbres penales establece.—La vida de campo.—Costumbres domésticas, políticas é industriales.—Cómo ejercitaban la voluntad.—La invasión de indios y otros dramas de la misma índole.—Las relaciones con los indios.—Asimilación moral del campesino y del indio.—La llanura y su fisiología.—Sus enseñanzas.—La propiedad y el hogar.—La tierra y su distribución.

Don Juan Manuel es el más pulido de todos los hermanos, el menos misántropo, el más objetivo si se quiere, aunque sin abandonar los restos de esa fóbia agreste de la forma mana que le confinó en Palermo por diez y no años, dejándose ver apenas de los íntios. En las necesidades de la lucha adquiere completo dominio de sí propio; según dije

ya, los Rosas le dan un poco de su temperamento linfático, pero nada más que lo suficiente para contener la *fuga* de los López Osornio y hacerle cauteloso y prudente, como fué después. El ruidoso *salto* se convierte en silencioso pero grueso volumen de agua, discurriendo con mansa apariencia, aunque sin haber perdido la fuerza viva que inunda y que destruye: la química cerebral, cuyos procedimientos en estas misteriosas operaciones no escapan, hace estas raras mezclas ó combinaciones de temperamentos mentales, fundiendo en una sola, almas tan distintas. Veamos ahora cual es en este proceso de formación el concurso del medio ambiente geográfico y social.

En estas organizaciones mentales, la imaginación tiene, como es lógico, sus peculiaridades y en la conservación del recuerdo sensitivo especialmente la memoria afectiva, la suya; de manera que la evolución de la personalidad se va haciendo en ellas según la dirección que el múltiple influjo de las circunstancias ambientes determine, aun cuando la tela se confeccione sobre el canevá que de antemano le ofrece la herencia. En un medio rico de impresiones fuertes, la sensibilidad de la juventud tiene un ancho campo para recibir, dentro de la propia

retentiva, todo género de imágenes que van al fondo común como elementos para la formación del carácter.

Existe una analogía sensible entre los efectos de lo que se ha llamado la «sugestión de la obra de arte» y la de los acontecimientos históricos. Tienen éstos un hipnotismo particular que determina cambios y estados del espíritu durables y permanentes. Un hecho dramático de cierta índole y trascendencia encierra para determinados espíritus, una sugestión análoga á la que ejercería sobre una alma mística, por ejemplo, la silenciosa contemplación de una inmensa catedral cristiana. El corazón vulgar, apenas si es impresionado por la sensación grosera de amplitud y el desmesurado tamaño de la fábrica, mientras que el aspecto de las vastas naves, de los gigantescos pilares, cuya cima se pierde en las sombras crecientes, pueblan la imaginación de aquél de multitud de ideas y sentimientos al parecer sugeridos por el misterioso silencio que las rodea. Lo mismo sucede con los hechos humanos para otros espíritus.

Niño aún y todavía su mente en formación, as había sido espectador, y á veces actor, mil acontecimientos dramáticos, que en la oria argentina fueron pan cotidiano de la

curiosidad popular durante varios lustros. Los hombres y las cosas tuvieron para él revelaciones de formas y procedimientos inesperados; la dócil mentalidad, rica en virtualidades y espectativas que esperaban su turno, dejóse naturalmente modelar en el sentido de sus instintos, por las fascinaciones de aquella especie de criminalidad gloriosa que en horas juveniles lo estimularon vivamente. Tenía catorce años [1], cuando conoció á don Martín de Álzaga, posiblemente un homónimo suyo fracasado por la fatalidad. Su muerte llena de trágicos detalles, produjo hasta en España, honda impresión. La implacabilidad adoptada por la justicia revolucionaria, el número y la clase de sus cómplices, su silencio soberbio y la nobilisima altivez demostrada en el patíbulo, dieron al suceso ese sabor amargo de trágica grandeza que produjo el pavor del país entero. La rígida figura de *don Martín*, flotó durante años enteros en la alucinación que persiguió á toda la sociedad, en cuyo seno tenía tan profundo arraigo. Y al lado suyo se veía la silueta del fraile taciturno, su cómplice principal, cuyo nombre contribuía á hacer todavía más sugestivo el deplorable su

(1) SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, tomo I pág. 18.

ceso: llamábase fray José de las Ánimas, presidía la *Orden de Bethlemistas* y se hallaba al servicio de los hospitales de sangre. Era este fraile, soldado y médico, de un fanatismo político, hosco y agresivo; de una fiereza torva é inclemente.

En los días que siguieron á la ejecución, la plaza de la Victoria ofrecía el melancólico espectáculo de una serie de cadáveres amarrados á la horca y entre los cuales se destacaba el del *Rico-home* que fué «á la vez de la trágica figura, el último representante encopetado que tuvieron en Buenos-Aires los tres siglos del régimen colonial»; un poco más allá el del implacable fraile; la capucha echada sobre los ojos, por debajo, larga barba entrecana y la boca firme, sin que el labio revelara el último gesto de la mortal angustia. Y así otros hechos del mismo color intenso.

Todo esto fué obra de aquel rigor incontrastable con que el formulismo jurídico y político de Rivadavia llevaba hasta la exageración estas cosas [1]. Para él, «entre la igualdad de la ley y la igualdad del castigo, no había transi-

---

[1] V. F. LÓPEZ, *Historia de la Revolución Argentina*, t. IV, pág. 162. ANTONIO PILLADO, *Golpe en vago*. ZINNY, *Historia de los gobernadores*. MITRE, *Historia de Belgrano*.

gencia». Ejecutados Álzaga, Valdepares, Telechea, fray José y veinte más en los primeros días, cayeron, por igual todos los demás que resultaron delincuentes del mismo crimen; «y fué así que durante cuarenta días hubo conspiradores colgados en las horcas de la plaza de la Victoria hasta el número de cuarenta y una víctima [1]. La impresión de terror no se borró jamás en el recuerdo de sociedad tan sencilla, y los padres de familia buscaron, como por favor, hijos del país con quienes casar sus hijas para servir de garantía á sus bienes y á su quietud personal [2]. Así también se procedió con los *Patricios* sublevados, sin que consideración de ningún género dulcificara el procedimiento del tremendo juez. Invocando la urgencia del castigo y de la represión «para afirmar la disciplina y el respeto debido á la autoridad, el Poder Ejecutivo formó *ante sí mismo* el proceso, y el 10 de diciembre pronunció sentencia mandando que fueran degradados, pasados por las armas en presencia de todas las tropas y puestos los cadáveres á la espectación pública, cuatro sargentos, tres cabos y cuatro soldados». Aquel «justicia febril» que exhornaba las imaginaci

(1) V. F. López, loc. cit.
(2) V. F. López, loc. cit.

nes con la pompa de tantos horrores, había tomado en plena conspiración al desgraciado Capitan Ubeda, y después de algunas horas lo fusilaba dentro de la cárcel. El día elegido daba á la ejecución un carácter extraño. La alegría del Domingo de Pascua hubo de ser bruscamente interrumpida por la presencia de un cadáver pendiente de la horca en plena Plaza Mayor. ¿No tiene ese espectáculo el amargo sabor de aquellas *diabluras* en que una alegría desagradable se mezclaba al trágico suceso que ellas provocaban? Las gentes que acudían de mañana á oir misa en la Catedral «lo tomaron por la festiva armazón de un *judas*», pero á los pocos instantes, la alegre promesa se transformaba bruscamente en una profunda impresión de horror y de espanto [1]. Las familias y mujeres echaron á correr azoradas «y bien puede comprenderse el favor con que la lúgubre novedad cundió de grupo en grupo y de casa en casa por toda la capital».

La justicia empezó á ser, desde entonces, más pródiga en sangre humana, y sus proce-imientos de extremado rigor, de violencia n ejemplo. En ese tiempo, el rigorismo ven-

[1] V. F. López, *Historia de la Revolución Argentina*, t. V, ᵃg. 246.

gativo de Monteagudo, maestro eximio para encubrir el encono arbitrario del mandón bajo el mando de la ley y de la necesidad, impresionaba fuertemente los espíritus, disfrazando con su palabra «breve, absoluta como la forma imperante de un dogma», las puntas más envenenadas de su delincuencia factuosa. Su voz inflada y petulante, pero llena de hermosos esplendores, sabía herir la imaginación juvenil, insinuarse en los oídos interesados con una unción diabólica y feliz, enseñando procedimientos propios para ejecutar sin venganzas. Aquel mulato maligno, dejó en la tradición parlamentaria y en la prensa, donde derramó sus pasiones, las bases de un maquiavelismo *sui géneris* para oprimir, llenando las formas, derramar la sangre copiosamente por el instrumento de la ley y apoderarse de la fortuna de sus enemigos con el Evangelio en la mano. Nos imaginamos, desde aquí, las secretas fascinaciones que tendría aquella alma torva, pero al mismo tiempo tan llena de calor y de extrañas luces, para la fogosa animalidad de los jóvenes en su momento de mayor plasticidad Hay ciertas naturalezas imperiosas á la ve que extravagantes á quienes tinta lo excesiv y á las cuales la práctica de ciertos raros pre

ceptos de una estética de lo feo, lleva á elegir, como más sabroso, lo deforme moral, oculto como el espíritu de Monteagudo, tras los detalles siniestros y duros «que partían de su rostro mismo, bellísimo y grave como el de un Dios Capitolino».

Para sentir estas cosas en toda su peligrosa trascendencia, es menester tener preparada la sensibilidad de abolengo, poseer cierta aptitud de percepción que facilite su íntima asimilación espiritual, suscitando aquella particular *tolerancia* que creó en el alma de Rosas una especie de *mitridatismo* moral contra el horror. Decía Wundt [1] que le era imposible representarse un acto prehensivo de los dedos sin sentir en sus extremidades una especie de hormigueo; evocar el recuerdo de un sabor sin experimentar una salivación abundante; finalmente, representarse un vasto panorama sin percibir el movimiento del ojo en la órbita; y si después de un vivo esfuerzo de atención, imaginaba una superficie roja y llevaba en seguida sus miradas sobre un papel blanco, dibujábase una mancha verdosa, lo que demuestra que se produce una verdadera modi-

(1) WUNDT, *Psychologie physiologique*, tomo II, pág. 31. — PAULHAN, *L'Intelligence*.

ficación de la retina así en el acto imaginativo, como en la percepción visual mismo. Cuando en aquel jóven espíritu, lleno de natural receptividad, la sensación revivicente trajera después el recuerdo de tales espectáculos, la imagen de las siniestras figuras que había visto en su niñez con la remota emoción de sus procedimientos terribles, ¿cuántas veces sentiría sus instintos pugnar por exteriorizarse en una análoga forma? Por medio de lo que la moderna psicología ha llamado *asociación de similaridad*, se produce el fenómeno de la revivicencia afectiva y se efectúa la regresión del presente hacia el pasado. Una sensación actual llama á una parecida más ó menos antigua, luego ésta llama por asociación de contigüidad, diversas sensaciones de la misma época con que habían formado cuerpo. Las tendencias afectivas innatas, son en parte debidas á los resultados acumulados y hereditariamente transmitidos en la memoria de los antepasados; esas tendencias son luego modificadas en cada individuo por su propia vida y su propia memoria, influída por el medio que determina el crecimiento intens de unas, mientras que tienden las otras á dis minuir ó desaparecer totalmente (1).

(1) *La mémoire affective*, Revue Philosophique, 1901.

La vida de campo, como se hacía entonces, la campaña misma por sus condiciones geográficas, el particular ambiente de sus costumbres, de sus espectáculos, de sus enseñanzas tan llenas de provechoso empirismo, traen también al gran laboratorio donde se forja esta personalidad, su concurso trascendente de fuerzas.

Metido en ella desde antes que el bozo le sombreara el semblante, podía decirse que era por mucho su hijo adoptivo [1]. Atento de continuo á todos los accidentes de su vida, diríamos, que sintiéndose amado así, en esa forma animal tan de su índole, el campo acabó por poseerlo en cuerpo y alma, entregándole, como á fiel y rendido amante, todos sus secretos íntimos, sus consejos más fructíferos. Cuentan que en la edad adulta, y cuando los asuntos públicos lo habían amarrado para siempre dentro del confinado ambiente urbano, sentía necesidad—como aquel mitológico personaje que había menester para refrescar sus fuerzas, de los contactos telúricos maternales—sentía necesidad, decía, del aire refrescante de las llanuras, de sus fluídos vigorosos. Tenía que

(1) Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, t. I.—[M]ansilla, *Causerie*.—Íd. *Rosas, Estudio psicológico*.—Pelliza, [Dic]*tadura de Rosas*, 1 vol.

respirar las brisas perfumadas por el olor al pasto de los anchos trebolares que en el sud de la provincia ocupan muchas leguas; gritar, desahogarse en la forma que lo hace el niño que retoza á la par del potrillo amigo; correr á caballo, atravesar vizcacheras á la carrera para desafiar los peligros de la mortal *rodada*, en las que con tan singular donaire, desplegaba su intrepidez [1]. Las dulces entonaciones de la agreste naturaleza lo henchían de vida. Él mismo, solía decir, que cuando verificaba tan saludables excursiones [2] parecíale que toda la animalería compañera de su infancia y juventud, se animaba al reconocerlo: que sus caballos relinchaban con acento de bienvenida y que el animal vacuno, reunido á su paso en *puntitas* diseminadas, lo miraba como miran ellos al forastero, con una curiosidad inteligente, pero esta vez llena de recuerdos [3].

Estos años de ires y venires, de malandanzas y venturas por la campiña entera, recorriendo al par de ella la ciudad, el ejército

---

(1) Carta del autor al señor J. I. Ezcurra, 1872.

(2) Carta del autor al señor Marcelino Martínez, 1871.

(3) Véase SALDÍAS, op. cit., tomo IV, pág. 400. Carta de d(Pedro Gimeno. Id, carta de don J. I. Ezcurra al autor. *Recuer(de la infancia de Rosas*, publicado en *El Nacional* de Bueno Aires, año de 1865, por **

y la sociedad, el cortijo y la venta, la pulpería y las trochas y caminos de toda la provincia, le dieron aquel conocimiento de la vida de que sacó después tanto provecho. La vida es una peregrinación, decía Cervantes; quien no camina, ¿qué sabe de ella? y quien no sabe de ella, por mucho talento que tenga, ¿podrá hacer ó hablar algo que nos interese? Mayordomo, capataz y hasta peón de estancia pulpero y pinche barrendero de tienda, comandante de campaña, *meneur* de gauchaje alborotado, al mismo tiempo que niño consentido por la sociedad aristocrática de la ciudad natal, había sido todo y conocido toda la vida humana en sus varias formas; la humanidad heróica en 1806; la humanidad trágica y feroz en 1829, la humanidad pueril y cortesana en los salones de doña Agustina y en las tertulias *unitarias* de 1819. Y para curiosearlo todo metióse en la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación y también en esa pequeña de que habla Cervantes, retirada, angosta humanidad que vive recogida en el rincón de su eblo y que no sale jamás de él, «pero que salir, como la carcoma en su vida, roe, baja, comunica á los de afuera sus apre-

hensiones, egoísmo y cicaterías» [1]. Metióse en el hampa gaucha hasta la cintura, huroneando el más obscuro escondrijo de la miseria humana con sus cohechos y granjerías. De esa manera, la juventud y la misma niñez, con ser inexperta y poco observadora, le habían servido de inmenso reservorio de experiencias inteligentes y bien catalogadas.

En la vida de campo la frugalidad que es la salud, era para él, por otra parte, una ley de la vida. Abundancia de carne de cuyos cuerpos grasos son los productos del calor animal, el gran motor de la vida humana. Si en la carne llevaban abundancia de potasa y magnesia, que no son tan útiles, en cambio introducían en las substancias vegetales de su predilección, otros elementos de vigor y estímulo: aquellas inolvidables *fuentadas de mazamorra* y de *locro*, de gran blancura y nutrición, que constituían en la mesa de todos, á fuer de buenos criollos, los platos favoritos, colmábanlos de resistencia para sus huesos, salud y linfas para su cuerpo y para el espíritu, un poco dormilón y perezoso de suyo, sin embargo. El hombre de campo era entonces fru-

(1) Navarro Ledesma, op. cit.

gal y poco vicioso; el alcoholismo es de moderna importación y mientras la industria sana de los *caldos* mendocinos y la de los alcoholes del Paraguay y Tucumán, monopolizaron el reducido comercio de la campaña, sus efectos permanecieron ignorados y la continencia campesina fué por mucho tiempo proverbial.

Se vivía en plena sencillez primitiva sin reatos sociales ó políticos: *á la buena de Dios que es grande*, como se decía entonces.

La tierra pertenecía á todos. Era empero imposible que la posesión fuera verdadera delante de la ley, allí, donde cada hombre podía obtener derecho nominal de llamarse dueño de cincuenta ó más leguas de campo, sin otro trabajo que denunciarlos, abonando ó nó á la Tesorería del Rey, veinte ó cincuenta pesos [1]. De modo que el gaucho no necesitaba de otro título para tener tierra ni para satisfacer sus necesidades; y en un estado semejante y con esas nociones, no le era fácil concebir la idea justa de propiedad, del derecho que tuvieran los demás hombres para privarlo de la pose- ·· del desierto en la forma indígena que la ticaba. Para matar el hambre, tenía los

V. F. López, *Historia de la Revolución Argentina*, t. III.

ganados alzados, propiedad de todos también [1]. Si necesitaba dinero, le ponían su marca y sin más trabajo que rodearlo, lo domesticaban á medias y lo vendían al contrabando del embarcadero más próximo ó al merodeador más generoso. Se emancipaba de sus padres «apenas comenzaba á sentir las primeras fuerzas de la juventud y vivía abundantemente de las volteadas de los animales que Dios creaba en el desierto». Cuando Rosas se formaba, esas eran las ideas elementales corrientes sobre la propiedad, la justicia y la organización social [2]. Eso era lo único que permitían la índole moral y el alcance intelectual de sus pobladores «sobre los cuales no pesaba la ley civil ni la regla política, pues aún cuando no habían dejado de ser miembros de una sociedad civilizada, vivían sin sujeción á las leyes positivas del conjunto» [3].

Si quería mujer, la tomaba al primer rancho de gaucho con familia que encontrara en su camino. La justicia ejercida por su propia mano

(1) V. F. López, *Historia de la Revolución Argentina*, t. III pág. 127.

(2) J. A. García, op. cit, pág. 52.

(3) Véase V. F. López, *Historia de la Revolución Argentin* tomo III, pág. 218.

á cuchillo limpio ó á bolazos, era el procedimiento corriente, y el campesino que así procedía, no se creía jamás un delincuente; más bien solía ser motivo de crédito y renombre el número de ejecuciones verificadas por este procedimiento expeditivo. Agua sana y cristalina para él y su caballo, se la traía el arroyo á la misma *bebida;* el pajonal escondía huevos en abundancia, aves que se entregaban fácilmente, leña en el camalote ó en la vizcachera, y en la laguna el junco blanco y el quebradizo duraznillo para armar el rancho en el breve tiempo de una puesta de sol. Tal era la economía doméstica de esos tiempos.

El goce tranquilo de la propiedad, la estabilidad del hogar, sus circunscripciones legales dentro de límites escriturados, no eran para la índole peculiar de aquella ave volandera, que sólo disputó con su sangre el derecho, para él vital, de volar libremente y de plegar sus alas donde el cansancio ó la voluntad lo quisieran. La noción de la tierra *en pedazos,* no cupo jamás en su cabeza.

El espíritu democrático, las aspiraciones al :queño mando, la tendencia particularista de ,dependencia y de propio manejo, que cons- tuían el núcleo de sus instintos políticos, no

se avenían con la forzosa sujeción y la inamovilidad impuesta por la posesión y el cultivo de la tierra.

Ser autoridad en alguna forma y amplitud, investir el mando que defiende y proteje, era una necesidad del instinto de conservación, en medio de aquella vida en que nada había seguro, ni la propiedad, ni la familia, ni el honor. El crédito del gran estanciero, cuando sabía adquirirlo, no procedía de sus dádivas de tierras y ganados que nunca hizo, sino de la extensión de sus fuerzas y poder protectivo y tutelar, de la menor distancia establecida por su carácter entre él y el pobrerío, sin perder por eso la majestuosa y real distancia consagrada por el respeto y la disciplina. El *culto del valor personal,* es una consecuencia de esa natural exaltación del instinto de la vida. Aquel que dé una sensación más acabada del vigor de su protección, que simbolice mejor la utilidad del poder y de la fuerza defensiva por la posesión de los bienes de fortuna, por calidades físicas y morales, será quien obtenga su adhesión. Ese sentimiento se despertará también en el propietario tranquilc que además de la vida, debía defender s trabajo y su fortuna, la estabilidad de su cc

mercio amenazado por las frecuentes invasiones, por la voracidad de los gobiernos revolucionarios y la diaria amenaza que la falta de organización social y política traía aparejada. La presencia del negro esclavo y del indio, con quienes se confunde en la promiscuidad del trabajo diario, no deprime al campesino, antes al contrario, provoca una reacción en sus sentimientos de superioridad que lo llevan á sentirse igual al patrón, cuyos privilegios son comunes ante esa ley que el *patriotismo nuevo*, ha filtrado hasta allí. El instrumento de la popular propaganda del fogón y de la leyenda, el verso pedestre y pegajoso de la *décima* y de la *hueya* [1] hacen las veces de la prensa y del libro en aquel despertamiento democrático universal.

En su inmensa extensión y monotonía, la campiña estaba llena de variados espectáculos. Inspiraban ideas y sentimientos de cierta índole y concurrían á formar el carácter dentro de líneas y particularidades que sólo ellos eran capaces de engendrar con su singular influen-. El individuo debía, pues, sentirse grande poderoso, aun en su misma pobreza, por la

(1) Véase *El Cancionero Popular*. Revista de Derecho y Le-s, tomo IV, pág. 52.

sola posesión de tan enorme espacio sin los agentes de intimidación depresivos del ánimo encerrados por la naturaleza del trópico y de la montaña. La llanura sin límites visibles sugiere al espíritu una idea desproporcionada de la magnitud de las cosas. La parte conocida entonces, tenía una extensión de cuarenta y dos mil leguas cuadradas y el número de ganados, era según Azara [1], enorme. Verídicos cronistas cuentan, que hubo siglo en el cual el número de vacas, caballos y yeguas diseminados por todas partes, llegó á ser tan considerable «que era necesario espantar las manadas de los caminos para poder transitar por ellos» [2]. En alguna época que no fija bien la crónica, la carne de seiscientas mil cabezas de ganado quedó perdida en el campo. Porque el robo se hacía, del mismo modo, en tal escala de grandeza, que los cueros robados atoraban los barcos de retorno con millares de piezas tan fácilmente adquiridas [3].

La extensión imponente y uniforme de sus

---

(1) AZARA, *Memoria Rural del Río de la Plata.*

(2) M. R. TRELLES, *Revista de la Biblioteca Pública de Buen. Aires.* FRAY PEDRO JOSÉ PARRA, *Diario y Derrotero de Viaj*

(3) SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, tomo pág. 24.

perspectivas, constituye un carácter general del vasto país argentino. La monótona inmensidad del llano, la extensión de sus ríos, la altura de sus montañas, los movimientos atmosféricos, con los vientos casi siempre huracanados que recorren violentamente la pampa indefensa, llevan á la imaginación ese sentimiento de la fuerza que respira todo él. Hasta la gallarda *cortadera* tan característica de la pampa, como tantos otros accidentes de su geografía, lo está proclamando. No por ser tan larga y aguda como la hoja de un florete, es menos dominadora y bravía con sus tres metros de altura, coronados por el elegante y popular penacho. No se reduce como las demás yerbas de la *formación* á locales determinados; es invasora y difusa su dominación. Donde hay un poco de humedad, allí va agresiva á clavar sus raíces insinuantes de buena fibra. Penetra en el monte, trepa la cordillera, se difunde en Entre-Ríos, y hasta en la desierta Patagonia sienta sus reales con el habitual vigor.

Y si buscais en la misma mitología pam-
na que puebla las imaginaciones de tantas
endas, vais á encontrar la misma nota domi-
nte de bravura en sus sencillas concepciones
nas de pueril grandiosidad. La ternura está

de allí ausente porque no tiene divinidades piadosas; la mujer no rola sino de bruja; el trabajo no tiene deidad protectora, y el amor está reducido á la fecundación. El diablo y la muerte, en todas sus brutales funciones, ocupan la mente y la llenan de similares impresiones.

Alternativamente acariciada por los vientos francos de las cimas andinas y de las aguas salobres del mar, en que se baña por el sudoeste, aquella naturaleza sin pastores ni arcadias, pero sincera y enverdecida por la constante frescura de ese ambiente, envuelve, diré así, el espíritu y el cuerpo en una sensación viva de salud y de fuerza que obliga á la acción é impone el movimiento. De esa cotidiana comunicación con la naturaleza agreste, en que todo es libre, nace la franca rebelión contra toda convención que pretenda enveredar al individuo dentro del carril de la mansa rutina. Se ha dicho que la llanura crea los grandes valores, los arrojos ciegos, la fe inextinguible. Lugar limpio y claro —se le ocurre á uno que pensaría don Quijote en su presencia,—es á propósito para u combate entre gigantes y caballeros. ¡Qu espaciosidad para una batalla entre ejércit de innumerables combatientes! ¡Cómo se reve

verían los hipógrifos clavando en el polvoriente terruño sus garras y, meneando las colas escamosas, cómo batirían sus alas ganchudas! Aquí no hay temor de acechanzas ni emboscadas como en terrenos quebrados ó en boscosos montes. Aquí el ingenio, la valentía del corazón y la fuerza del brazo triunfan sin otro artificio ¡Oh tierra de poemas, oh tierra de andantes caballeros! Y al cruzarla, surgen en la memoria, por obra de asociación, no ya los latinados adalides de los poemas clásicos, sino los duros barraganes del romancero cuya semilla dejó España en la fecunda tierra de América [1].

La contemplación simple de la llanura es, sin duda monótona, pero la vida, en medio de sus accidentes, está llena de emociones singulares. Su influencia no deriva de una pura sugestión visual prolongada, sino de la combinación de particulares incidentes en los que ella concurre con cierta pasiva espectación no desprovista de trascendencia. Es un vasto teatro en el que son actores, el viento, los animainnúmeros, el fuego, la indiada y la tor- ·nta, con su temperamento genuinamente

---

[1]) Navarro Ledezma, op. cit.

pampeano. Cada cual con su papel en dramas rápidos, en los cuales la imaginación ligeramente estimulada, podría hasta sentir algo así como diálogos entre ellos, juego de pasiones impulsivas, combinaciones dramáticas en las que se creería percibir la intención de un agente inteligente combinando las escenas y creando el drama en el cual hablan los actores con su lenguaje *sui géneris*. Así que terminan, diríamos que se alejan precipitadamente, como llamados por otro drama que va á tener lugar quinientas leguas más allá. Cuando han desaparecido, la escena queda muda de nuevo, la superficie desierta torna á su silencio, y apenas, si en las horas de la tarde, el viento encrespa ligeramente la superficie de la mansa laguna, que parece cobrar alma bajo su rápido paso y como serenado el ánimo una vez restablecido la calma.

En el espíritu de sus habitantes, todo tenía que tomar dimensiones fuera de la común apreciación: la desproporción estaba en el alma de las cosas. La jornada regular era de treinta leguas, los rodeos de quince á veinte mil cabe zas y el límite de la propiedad allí donde alcan zara la vista ó dejaran de pacer sus animales Las distancias perdían su valor ordinario: e

gaucho decía *allicito*, para fijar una extensión de muchas leguas; las carreras, que más que de rapidez eran de resistencia, prolongábanse de sol á sol, porque las *partidas* que las precedían, aquellas proverbiales partidas de los gauchos de antaño, duraban tres ó cuatro días. No parecían tener tampoco la noción común del tiempo; necesitaban un mes para hacer lo que otros hacen en un día, no por falta de vigor ó natural poltronería, sino porque en todo *cortan grande;* porque su idiosincracia es la desproporción, la grandeza en el sentido de latitud; yo diría más bien, de hipertrofia. Los hombres son grandes, altos, tal vez enjutos pero vigorosos. Don Juan Manuel, era en su tiempo, de un cuerpo excepcional, pero más por su belleza que por su talla. Todos la tenían bien espigada y poseían una musculatura recia, una grande hosatura, un pecho ancho y generoso. El hábito de mirar lejos, de llevar el cuerpo recto para dominar la distancia, los hacía garbosos y empinados; la columna vertebral no tenía vicios de conformación; obligada á una perpetua rigidez lanzaba sin estorbos hacia arriba llevando talla á las alturas. Por eso parecen, en todo, ›chos á imagen y semejanza de aquella madre mún tan pródiga de fuerzas é impulsos.

Tan singular naturaleza tuvo también impresiones grandiosas para la imaginación en los dramas á que me refería hace un momento; dramas cuyas emociones hacían condigno *pendant* con las que inspiraba Monteagudo y los procedimientos judiciales y políticos de la época, de los que él fué un instrumento dócil. Unos y otros poseyeron un terrorismo propio y peculiar. La nota trágica tuvo entonces su *moda* en el ambiente; fué el temperamento de la sociedad.

Basta recordar uno de los más terribles. En aquellos tiempos, una *invasión de indios* afectaba en efecto las dimensiones de una tragedia emocionante por lo cruenta y accidentada. El vasto escenario se llenaba de actores y comparsas en proporciones enormes. La noticia corría llevada ¡qué sé yo! por qué agente misterioso, de la naturaleza del viento; á tal punto era de rápida su difusión y de tal manera contagiosa y difundible la profunda emoción que en doscientas leguas á la redonda conmovía á todo el mundo. La imaginación popular exaltada por el terror, creía hasta en modificacio nes atmosféricas prodrómicas, que el sentid alucinado percibía distintamente. Y como algu nas veces la colosal cabalgata abarcaba en s

marcha muchas leguas de extensión lineal, inmensas nubes de polvo levantaban los cascos de los caballos, las patas del ganado que huía en direcciones caprichosas, dando al horizonte el terrible aspecto de esas colosales tormentas de tierra, que en los veranos muy secos, se alzan amenazadoras en la llanura sedienta. A esto se agregaba el concurso de colorido que prestan al cuadro ciertos pequeños incidentes del drama. Las precipitadas recogidas que los estancieros, con sus peonadas numerosas, iban haciendo al primer anuncio de invasión, alborotaban la campaña y llevaban el desorden á todas partes. Las haciendas y yeguadas, más bulliciosas que nadie; las tropillas y los grandes rebaños, confundidos en la precipitada fuga, con los niños y las mujeres á caballo hacían aún más trágica la escena. En un momento dado el número de animales llegaba á una cifra colosal y el ruído de los cascos de cincuenta ó cien mil de ellos, castigando el suelo en el vértigo de la salvación, levantaban un rumor inmenso y lleno del más profundo hoor. El que en la fuga se extraviaba dentro de infinita extensión, tenía por delante la pers:ctiva del hambre y del abandono, cuando no la muerte; porque el desierto sentido así,

nunca lo era más intensamente que en ese movimiento de su desolada latitud. Entonces venía la suprema prueba para la voluntad: pues quedaba sin más caballo que el montado, rodeado por todas partes de la muerte á manos de los indios, entre las llamas del incendio ó la asfixia del humo que lo envolvía. No podía irse más lejos en la sensación del horror que con la visión de aquel espectáculo complejo que sometía la sensibilidad moral á tan fuertes endurecimientos y flagelaciones. La voluntad fustigada así por tales influencias depresivas y vigorizantes alternativamente, que dimanan de la lucha y resistencia contra tantos agentes hostiles, tenía allí su gimnasia estimuladora; como el hierro y el granito brotaba chispas al golpe récio de la acción. El carácter se formaba, como si dijéramos, á martillazos, repujado sobre un molde de inflexible firmeza...

De repente, un extenso horizonte de humo y llamas hería la vista. Era que los indios incendiaban los campos. Los pajonales llenos de espadaña y duraznillo ardían como el papel; y como los pastos duros, crecidos en largas espigas estaban resecados por la falta de lluvia, el incendio tomaba muy pronto extensas proporciones, y, pocas horas después, leguas

enteras envueltas en densas nubes de humo y de fuego presentaban el más raro y siniestro espectáculo que podía ofrecerse á la imaginación. Cuando el *malón* terminaba y la indiada se había retirado, el inmenso mar ardiendo quedaba dueño del campo, que sólo era recorrido por las llamas, apuradas viajeras que, según el viento que soplaba y los accidentes del terreno, tomaban los raros aspectos de grupos humanos ó de fantásticas figuras, que apresuradamente buscaran seres ú objetos preciosos extraviados en la singular batalla.

Otras veces el incendio era un hecho voluntario, pero no menos impresionante, porque según la preocupación popular atajaba la invasión y desempeñaba una función de benéfico influjo en la fisiología de los prados. El fuego quemaba los pastos duros, las pajas y durazníllales abundantes cuyas cenizas aprovechadas por el terreno, modificaban las condiciones germinativas. Montes extensísimos de arbustos y de talas especialmente, que ocupaban muchas leguas en las riberas de los ríos, han desapa-cido por este extraño sistema de bonificación.

n las noches obscuras se percibía desde lar-s distancias el imponente y peculiar espectá-lo; los incendios se propagaban rápidamente,

imponiendo grandes movilizaciones de gente para limitarlos; y era singular observar, no ya á los hombres que acababan por habituarse, sino á los animales mismos, en ese momento domesticados por las fascinaciones del fuego y que, reunidos en grupos, pasaban largos ratos mirando con singular curiosidad el ardiente horizonte. Verificada por la indiada, la enorme colecta de animales de todo género, incendiados los campos y saqueadas las poblaciones, á cuyo efecto se dispersaban en grupos numerosos, venía la dramática retirada; los unos por recuperar su grande ó pequeña fortuna arrebatada, los otros por defenderla como botín legítimo; quién iba iracundo y desesperado tras la familia cautiva, quién tras la venganza ó arrebatado por el vértigo del miedo á precipitarse en el peligro mismo. Entretanto, el grito que partía de miles de bocas en aquellos coros extravagantes que forman los indios de lanza y las *chusmas* respectivas, al arrear el vacaje despavorido ó celebrar el triunfo, agregados á los demás incidentes de la escena, daban al cuadro aquel toque final del maestro, con el que, en un instante de inspiración le infunde de golpe toda la vida que le falt

Esta nota tan general de violencia y

vigor la tenían hasta los mismos fenómenos atmosféricos.

Las sequías solían prolongarse hasta un grado de verdadera desolación [1], y cuando venían las lluvias, el agua, en furiosas avenidas desbordaba de los arroyos, atoraba las lagunas y cubría de blanco manto enormes extensiones. Durante las *secas* grandes, una sensación de ruina y de horror cundía por todas partes, despertando los instintos bravíos del campesino y del indio, irritados por el hambre y la miseria en perspectiva. Y había que sujetarlos á fuerza de sobrehumanas energías. Colosales tormentas de tierra se levantaban tan imponentes que aún puede uno recoger en la tradición los rastros dejados en la memoria. Era el *pampero* que atravesaba airado la llanura en su viaje hacia los trópicos; cuando soplaba así, pareciale á uno que, irritado y sediento, escarbara la tierra levantando esos enormes torbellinos que lo arrasaban todo. El *pampero* toma también de la región su temperamento; es violento é impulsivo, dominador como toda la naturaleza que él vivifica con sus

[1]) Las de los años 1830 y 31 son un ejemplo entre otros :hos. Véase el *Mensaje de Rosas* á la Legislatura del año 1832. *:stro Oficial*, año 1832.

alientos leoninos. Cuando el gaucho, en medio del campo, lo siente arrebatado, dícese que se lo imagina como á un anciano robusto y varonil, la mano armada de grueso bastón que tiene del báculo y del caduceo, más para los perros cimarrones del camino que por la decrepitud de sus miembros. Andariego é impaciente, lleno de salud y nobleza; porque si bien á veces camina huracanado y delirante, también en otras trae lluvias y bendiciones, cuando precedido de un cendal de nubes, viene limpiando la pesada humedad. El calor, y la vaga sensación de asfixia difundida por el Noroeste y el Norte en toda la cuenca del Plata, se disipan á su contacto. La naturaleza fatigada por los efluvios eléctricos que aquellos vientos traen de las planicies ecuatoriales, reacciona enérgicamente y se reanima al sentir la voluptuosa violencia de aquel abrazo.

Nadie que surgiere de este *medio,* con ciertas predisposiciones concurrentes, podría limitar sus aspiraciones al gobierno manso y regular de las leyes, discurrir tranquilamente dentro del período de práctica como cualquier vecino debonario. El animal cede al empuje del instinto flagelado por ese ambiente rudo en donde no hay ni códigos, ni religión, ni moral, q

detenga la libre expansión de la naturaleza. La «planta hombre» crece necesariamente robusta como verdadero reservorio de todas las energías circundantes. Muéstrase la voluntad en su mayor plenitud é integridad, la personalidad humana en toda su actuante y dominadora amplitud, en pleno relieve. Se ha asimilado los mil recursos transmitidos por el medio y el alma los filtra y perfecciona con su acostumbrada virtud de aplicación. El espíritu está lleno de sus sensaciones é influencias, y el sentimiento templa las fibras dentro del diapasón impuesto por el ambiente físico y moral. La ciencia y el arte del *desierto*, empírica y animal, porque se funda en una ampliación perfeccionada de la *orientación*, es una facultad matriz de la vida inferior, y fué un instrumento poderoso y eficaz de dominio para el temperamento de Rosas de suyo agreste, hasta en sus derivaciones políticas y sociales. En todo ello encontró una enseñanza, de la que después surgieron provechosas aplicaciones y un sistema de gobierno (llamarémosle así) que ...ron las líneas de una estructura, excepcio-...mente argentina, de político, característico ... toda una época de nuestra historia. Más ... eso que por verdadero genio, pudo dispo-

ner de ciertos recursos inesperados enseñados por ella y con los que sorprende la habilidad tan conocida en sus resortes, del político togado, lleno de argucias comunes.

Estos hombres de las campañas argentinas han sido, por eso, todo un éxito en la gestión de sus despotismos de puro instinto. Por eso también no abandonan el calor de maternal regazo en donde no fueron vencidos jamás. El plano inclinado, sin relieves, es mudo y estéril para el que no sabe interrogarle, leer en los misteriosos caracteres en los cuales expresa su elocuencia. La frase vulgar de que la llanura es *un libro abierto,* por lo sugeridora, se nos viene á los puntos de la pluma de puro pintoresca y exacta.

La sola extensión desproporcionada con el resto del territorio, es ya, y de por sí, un principio perturbador de las nociones del espacio. La línea es allí franca é infinita, sin aditamentos ni composturas que la interrumpan; las perspectivas enormes y la visión de bulto, pierden su valor comparativo, de donde resulta que la noción de volúmen, desvirtuada por esa circunstancia, da al ojo inexperto multitud de sens ciones equivocadas que perturban el juicio. espíritu no posee las mismas gruesas amarı

que en la montaña, en donde todas las cosas están referidas á puntos materiales que cohiben la visión y limitan todo en una especie de triangulación natural. No tiene sombras ni penumbras; y las brumas, en singulares combinaciones con las distancias sin hitos, las nubes bajas, los animales y pequeños accidentes del terreno, que parecen simples puntitos negros animados por el torrente de luz y la maza de color, como adrede derramado en anchas zonas, crean de todas piezas, multitud de ilusiones que sería curioso estudiar: la manada que dispara, es un regimiento que carga; la tropilla que atraviesa la pequeña loma, la guerrilla que huye; y en la extraviada visión inexperta, la sencilla ranchería, con alguno que otro arbusto, viene á ser como el suburbio de algún pueblo fantástico ó el perfil difuso de cúpulas y campanarios de la ciudad inesperada.

El militar europeo, ó que se hubiere formado en la montaña, habituado á trechos bien circunscriptos y á los puntos de mira fijos, siente alterada la base elemental del cálculo v[illegible]al; suprimidos los accidentes del terreno, l[illegible] listancias se hacen incalculables, se alargan y [illegible]formán, porque el ojo pierde su equilibrio. S[illegible] explica así que caiga vencido Lavalle, el

primer capitán de caballería formado en los valles andinos; que Rauch, el eximio oficial alemán sea flanqueado y muerto por milicias inexpertas y por indiadas sin nociones de táctica; y por fin, que Cramer, formado al lado de Bonaparte, sea sorprendido y muerto también por los milicianos de Rosas y los gauchos del coronel Granada.

Si el lector moderno, hubiera observado en sus tragines y maniobras aquellas tropas famosas de *baguales* que frecuentemente llegaban á muchos miles [1], se daría cuenta de la eficacia con que esa *táctica* animal, aplicada en su primitiva sencillez á las cosas de la guerra y de la política, ha podido, algunas veces, burlar el talento y la ciencia militar. Como todas las cosas del ambiente, el caballo cimarrón fué, á ese respecto, un insinuante inspirador del gaucho estratega. El caballo pampa que se detiene á la orilla del tambladeral en que el inexperto caballero puede perder la vida, que reconoce al forastero, como el perro de las carretas distingue al amigo de su amo, que agrede al extranjero, ó repunta la tropilla y rastrea la *nidad* son los *profesores* de esa escuela peculiar.

---

(1) D. Granada, *Vocabulario Rio Platense*, razonado, pág .

Andaban esos baguales cimarrones de antaño, organizados en manadas numerosas con el brioso padrillo á la cabeza. Cuando divizaban las mansas caballadas ya domesticadas por el trabajo civilizado, las embestían con disimulado furor, y luego, pasando por entre sus filas, al galope tendido, «las llamaban y acariciaban con bajos relinchos de afecto, las alborotaban y confundidas y mezcladas, se las llevaban para siempre» (1). Atacaban en columnas cerradas, para constituir con el empuje de la masa una fuerza irresistible...; en el momento del contacto giraban rápidamente y entraban con asombrosa ligereza por uno de los flancos con ciego empuje, tan ciego, que el Padre de Parra, al verlos maniobrar, decía: «que se estrellaban contra las mismas carretas». Afirma Cabrer (2) que cuando algún ruído los sorprendía, «se dejaban venir en tropel en grandes proporciones, arrebatando como un gran torrente cuanto encontraban».

Otras cosas raras, con argucias mil, hacían tan extraños viajeros en sus cargas y maniobras; á punto que se hicieron tan temibles que una vez hubo de emplearse el *cuadro* como

(1) FRAY PEDRO JOSÉ DE PARRA, *Diario de Viaje*.
(2) Véase *Diccionario Razonado*, ya citado.

defensa y la artillería como medio de disolver enormes masas de quince y veinte mil en columnas compactas. *Puente de Márquez,* de tan considerable trascendencia política, es el triunfo de la táctica del bagual: «las nubes de gauchos —leo en una nota del doctor Alsina á *Civilización y Barbarie*—rodearon á los Húsares y á la caballada del ejército, los atacaron de todos lados, se mezclaron entre ellos y los arrebataron en un gran torbellino; inutilizados así los Húsares, fueron á replegarse á las quintas de San José de Flores, no tomando parte en la acción» [1]. Se peleó todo el día, «carga sobre carga en todas direcciones, se llevaban todo por delante», pero el enemigo volvía á juntarse bajo la voz del *padrillo;* amenazaban una carga formidable y se corrían por los flancos, llevándose los caballos y los rezagados que la fatigosa marcha abandonaba [2]. En el *Gamonal* cae Dorrego en parecidas circunstancias: el gaucho aplica su peculiar estrategia, y prevalido de que aquel hàbia dejado su infantería en San Nicolás para darse una tregua y reorganizarla, lleva

---

(1) VALENTÍN ALSINA, Notas al libro Civilización y Barb , *Revista de Derecho*, *Historia*, etc., 1901.

(2) Véase SALDÍAS, op. cit., tomo III. Id., id., LÓPEZ, *Hist* ı *de la República Argentina.*

astuta é insensiblemente su caballería á los campos de pastos malignos donde el Gobernador de Buenos-Aires es derrotado, nada más que por su falta absoluta de conocimientos para saber ojear ese libro cabalístico del desierto y la llanura [1]. Sea casualidad ú otra cosa, lo cierto es que la historia argentina encuentra que *Puente de Márquez, Gamonal* y el suceso de el *Tío,* tres de los hechos más trascendentales de la política contemporánea argentina, están resueltos por la feliz aplicación de esa *sencia* primitiva y animal que sugiere esta vida.

Cuando uno recuerda la manera como conocían tan singular geografía los hombres de campo de esos tiempos, en que no había alambrados ni poblaciones; con qué arte manejaban diestramente las grandes masas de ganados alzados; cómo los dispersaban ó dirigían á su antojo burlando sus empujes, se comprende fácilmente de cómo esa vida ha podido ofrecerles, entre otras cosas, los primeros rudimentos de su original estrategia; una escuela, si me fuera permitido llamarla así, llena de los empirismos iginales á cada momento aplicados en sus cidentadas correrías. Cortarle el paso á una

(1) Véase SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina,* ·10 I, pág. 62.

gruesa tropa bravía que huye, organizada por el terror como un ejército por la disciplina; dominar las grandes masas montaraces de yeguas y caballos, que iracundas se precipitan aguijoneadas por los ruídos de la tormenta ó el vocerío de la invasión; fijarles un itinerario por medio de hábiles maniobras con peonadas numerosas parecidas á ejércitos, es, seguramente, poseer una táctica propia llena de novedades, que, aplicada luego á la que dirige la voluntad humana, dará á menudo resultados inesperados. No por ser primitiva dejó de ser un éxito, si se tiene presente que en la lucha de los dos instintos, no intervenía el gran elemento perturbador de las armas de fuego; porque sólo se verificaba á pura combinación de movimientos: sagacidad contra sagacidad.

La memoria guardaba todo aquello, y, en el momento del peligro, su utilidad se imponía. Los sentidos irían recogiéndolos casi inconscientemente y tocando ese cerebro en plena plasticidad juvenil por tan múltiples sensaciones, que luego llegarían á las regiones del instinto superior á constituir una suma de e periencias de inapreciable valor. A su maner y dentro de su medio, iban formando el alr de esa ciencia tan rica en eficacias y recurso

Hasta la misma meteorología popular tan llena como es, de supersticiones, suministrábales un poderoso instrumento de orientación. Por ella sabían muchas cosas que hoy son vulgares; que las grandes lluvias de Mayo ponen á nado los ríos y ciegan los pasos; que hacen intransitables los *cañadones; aguachientos* é indigentes los pastos, que matan los caballos; que las nubes mansas que vagan á lo lejos cambiando de formas y con especiales colores, traen agua y granizo; y que la dirección de las crecientes, la ubicación de los *guadales,* y los barros pegajosos no permiten maniobrar la caballería, ni desplegar la infantería inutilizada por el pavimento movedizo y letal. Para conservar sus ganados, principal elemento de la guerra y de la riqueza, ese hombre poseía también su pequeña fisiología: cuál es el animal que persigue el tomillo y donde se le encuentra; porque el ciervo de nuestros campos busca la menta de las alturas, el helecho perfumado que recuerda al ambar [1]; cuáles son en fin, los pastos salitrosos, como el alfilerillo, tras yas sales el animal vacuno y el caballo cainarán leguas, sedientos y extraviados. Como

(1) HOLMBERG, *De Buenos Aires á la Cumbre.*

el mejor fitógrafo, conocían la variada distribución de las gramíneas que á cada instante cambian la fisonomía del conjunto haciendo más difícil su topografía, no solamente por la manera como se agrupan en los distintos campos y suelos diversos, sino también porque las especies son otras en comarcas relativamente próximas [1]. Así pues, antes que la ciencia verdadera penetrara en el seno de las soledades, para arrancarles sus secretos, ya los poseía en esa forma el campesino, con la luz de su sagacidad tan poderosa.

Instintos llenos de singulares experiencias, vigor de salud intacta y floreciente, capacidad y completa destreza en el movimiento natural de defensa, plenitud de la belleza física, discreción y reposo: eso era Rosas cuando entraba á actuar en la vida pública. Mental y físicamente parecía un esmerado dibujo de aquellos maestros de la línea que en el siglo XIII penetraron, con tanto genio, el secreto del desnudo humano en su *floreciente vida* animal.

(1) Segundo Censo Nacional, *Flora*, pág. 416.

CAPÍTULO IV

LA TENDENCIA DEL AMBIENTE PROVINCIANO

SUMARIO. — Cómo se organiza la ciudad española en América. — Su carácter egoísta y estrecho. — La vida intelectual de la ciudad. — Influencia del comercio. — La idea de *patria* y de *extranjero*. — Influencia del comercio en el desenvolvimiento de la idea de nacionalidad. — Porque nace y evoluciona más pronto y mejor en las provincias que en Buenos-Aires. — Razones geográficas y geológicas de su origen y persistencia. — El Río de la Plata y el *hidrotropismo provinciano*. — El núcleo nacional. — *El patriotismo de la nación y el patriotismo de la ciudad.* — Facundo Quiroga y el instinto de la nacionalidad. — La Universidad de Córdoba y la idea de la nacionalidad. — Su papel en la organización nacional. — Sus hombres. — Su acción en Buenos-Aires y el movimiento de ideas que aquí producen. — Don Valentín Gómez, Agüero, Lafinur, etc. — El *Partido Unitario* y la Universidad de Córdoba. — La *estructura unitaria* y la *estructura federal*. — Córdoba y Buenos-Aires.

En América, la ciudad española nace egoísta por excelencia, porque surge de una ne-
sidad militar. Propósitos únicamente defensi-
s son los que presiden á su formación y la
antienen hermética en los primeros tiempos
su vida. Su prosperidad radiante, así mismo

cauta y lenta, es muy posterior, porque conserva por largo tiempo, más carácter de fortaleza que de municipio. Su enorme egoísmo, es pues, una consecuencia de su función, y su fuerza está precisamente en la ausencia de expansibilidad que dispersaría la escasa vitalidad abriendo mayores flancos á la agresión. Mientras pueda, las antenas permanecerán encogidas, y á pocas cuadras de sus muros, el país será totalmente extranjero. Ese es el carácter propio de la ciudad hispano-americana primitiva y la organización resultante de la manera como procedían los conquistadores en tales casos, entregados así mismos, y sin que el gobierno español tuviera noticias de su existencia.

La conquista del país argentino se hizo por tres puntos diferentes, circunstancia que da origen á tres grupos distintos de población, quienes «se miran con despego por la índole de su carácter las particularidades del territorio y de una política de desconfianza, aisladora por sistema». Era tal el aislamiento, que hubo ciudad que jamás fué visitada, no ya por los virreyes sino ni por los gobernadores mismos obispos más inmediatos. La cédula de divisió de 1617 se funda precisamente en esta circun tancia: y en 1588 el Rey de España despachal

una [1] á los Presidentes y Oidores de su Audiencia Real residentes en la ciudad de la Plata, para obligarlos á visitar la provincia de Tucumán, porque «hásele informado no ha sido visitada después que se descubrió», es decir, en treinta y cuatro años [2]. Todo esto impidió la fusión de los pueblos, no existiendo una vida política expansiva por sus vínculos nacionales, prodújose, como resultante, «la concentración del sentimiento público sobre la vida local y sobre las instituciones que mejor respondían á ese sentimiento».

Los primeros escritores de la colonia, que hablaron de patria, lo hicieron como sinónimo de *ciudad*. A principios del siglo XVII, el padre Neyra empleaba la palabra en sus *Viajes*, sin relacionarla, por primera vez con el Rey; pero la concreta y la simboliza en aquella, porque era el concepto corriente que se amoldaba mejor con la condición geográfica y política del país [3]. La patria es entonces, la ciudad únicamente, pues en la vida aislada, las diversas agrupaciones sociales «no se compenetran jamás y en ese

(1) Cédula. División, 1617.

(2) F. RAMOS MEJÍA, *El Federalismo Argentino*, pág. 163. Félix Lajouane, editor, 1889.)

(3) J. A. GARCÍA, *La Ciudad Indiana*.

amor á la patria, entraban como elementos principales el odio á los extranjeros y la fe en su engrandecimiento». Fuera de sus muros, todos son extranjeros; lo es aquél que no tiene contacto material con el caserío, con sus dulces angosturas y sus pueriles regocijos y para Buenos-Aires, con las frescas brisas de su Río, que es en efecto de *plata;* tantas y tan grandes son las facilidades que le presta para la realización de la fortuna. Sólo ella lo aprovecha con prescindencia de las otras «cuyos mercaderes nada tenían que hacer por estos lados».

En una carta dirigida al Gobernador de Buenos-Aires, don Bruno Mauricio Zabala, en enero de 1717 por un vecino, don Francisco Bracamonte, sobre «malicioso retardo en el cumplimiento de un auto del Gobernador», se califica á Tucumán y Cuyo de *provincias extranjeras* [1]. Para Córdoba, Buenos-Aires y todo el Río de la Plata, eran países extranjeros, y la aduana seca establecida allí, donde las mercaderías del exterior introducidas por Buenos-Aires, debían pagar un derecho del 50 % sobre el valor que tuvieran en el Perú, y otra disposiciones por el estilo, ahondaban más est

(1) TRELLES, *Revista General del Archivo*, tomo II, pág. 26

sentimiento de repulsión que aislaba á unas de otras. Para Hernandarias de Saavedra, eran extranjeros los nuevos vecinos de otras provincias á quienes expulsaba, «para dar cumplimiento á la ley que prohibía su entrada sin permiso expreso de su Majestad». Tal era también el concepto de extranjeros para don Diego de Góndora, como para Fernández Campero. Esta manera de concebir el amor á la patria, engendrado por la necesidad y fomentado por una legislación ciega y fatal como sistema político, da lugar á una forma primitiva del patriotismo: al *patriotismo de la ciudad,* abolengo de todos los localismos. El peligro, que en el aislamiento exalta la imaginación, despierta la idolatría urbana y municipal que en algunos casos llega á la megalomanía; la visión deforme de supuestas ó reales grandezas, inspira luego sentimientos extraviados de vanidad y de suficiencia, que como en algunas ocasiones tiene fundamento, concurre á aislar las provincias cada vez más.

Pero todo centro de trabajo es, en su momento, irradiante y expansivo por instinto de propia conservación. Esas ciudades pobres y aisladas llegan á cierta pubertad comercial, en las que fuerzas internas las obligan á exteriorizarse, á suplir necesidades por medio de

compensaciones recíprocas; viene, en una palabra, el comercio que las obliga á desentumecer sus miembros y á buscar contactos salvadores.

Centros de población, casi menesterosos entonces y necesitados de todo, sin las grandes llanuras, donde en el prado natural los rebaños fecundos se reproducen sin trabajo, tenían que vivir de su propia labor, fomentar el comercio y cruzar la *travesía;* trepar la montaña para ir á golpear á la puerta de la ciudad vecina, que necesitada, á su vez, les habría las suyas para comprarle sus productos: los ponchos, los vinos, los sombreros y los toscos tejidos de las más industriosas. El provinciano de entonces, era por necesidad ambulante y viajero, emprendedor y exteriorizante, como había sido al principio vegetativo y perezoso. Las necesidades elementales de la vida fomentaron su industria ingénua, y ésta, ese ir y venir de todas las provincias, que precisaban penetrarse las unas á las otras, tocarse á cada instante, vinculadas y confundidas, como estaban, al fin, por elementales y comunes impulsos. Córdoba producía paños y lienzos de algodón, aguardiente, frutas y maderas y, como ciudad de tránsito más [illegible] recto para el Perú, recibía el contacto de c[illegible]i todas las demás ciudades. San Luis tenía [illegible]

ponchos y frazadas que compraban Salta, Tucumán, Mendoza, etc., las que enviaban, en cambio, otros tejidos y cueros curtidos, como las otras daban trigo, harina, maíz y un algodón de excelente calidad. Aquellos Cabildos mediterráneos, cuyas escasas rentas apenas bastaban para llenar una parte de las necesidades comunales, hacían, sin embargo, verdaderos sacrificios para entrar en comunicación mercantil con los de las otras ciudades.

El comercio de Cuyo se hacía con Chile, y sus relaciones eran tan frecuentes como lo permitían las nieves de los Andes; relaciones administrativas, sociales y religiosas que alejaban cada vez más del resto del país argentino á estas tres provincias: San Luis de la Punta, San Juan del Pico y Mendoza. Pero como las dificultades en las comunicaciones eran tan grandes, á punto que Cuyo no contribuía con sus contingentes de soldados para el sostenimiento de la guerra araucana [1], y en cambio el comercio crecía, las exigencias del tráfico imponían la urgencia de buscar un camino más amplio y más seguro de salida, y nuevos mercados para sus productos.

Barros Arana, *Historia General de Chile*, t. III, pág. 126.

La creación del Virreynato del Río de la Plata viene en auxilio de esas necesidades, obligando á esas provincias á substraerse definitivamente á sus relaciones con Chile. Desde entonces, quedan para siempre en la precisión de buscarse, como las otras, los medios de vida, de entrar con ellas en el comercio general nacionalizante, diré así, que iban ya todas esbozando. Sobre el hecho material de la creación del Virreynato, flota así esa circunstancia adhesiva del intercambio y de la vida económica, modificadora del carácter; es la que realmente incorpora Cuyo á la familia y al territorio argentinos. La nueva situación creada por la Cédula Real de 1776, da mayor caudal y fuerza á esa tendencia asociativa ha tiempo presente en las otras, pues se dibujaba en todos los actos de la existencia. Las necesidades las impelen y procuran acercarse; la estrecha unión constituye una verdadera liberación de la miseria. Del propio sentimiento de su inferioridad individual nace cierto peculiar é interesado altruismo. La *unión* era una tendencia incontrastable; más todavía: me parece ser un [illegible]s-tinto proveniente de las mismas fuentes d[illegible]a nutrición, el recurso de la necesidad, la su[illegible]-tión de los peligros comunes, la inspiració[illegible]e

su pobreza, por lo mismo que la tendencia mercantil, es la fuente de toda civilización y como que en la lucha por la vida, el cerebro así estimulado, crea más fácilmente las nociones y los medios de combate con que ha de suprimirla.

Hasta la misma naturaleza parecería conspirar para juntarlas, porque el vínculo resulta impuesto por la geografía misma. En la región Noroeste, los nueve cordones, casi paralelos, del conjunto arcaico, las une á casi todas ellas en un estrecho abrazo. Desde el grado 25, tal vez un poco más hacia Bolivia, hasta el grado 35, las gruesas nervasones de granito tienden sus redes. El cordón más occidental, que empieza en las inmediaciones del Nevado de San Francisco, forma en la Rioja la pequeña sierra de Umango y se divide en dos ramas correspondientes, una á la sierra del Pie de Palo y otra á la de la Huela, de Guayaguas y del Gigante. Los cordones más australes reunidos, á una parte de otro grueso brazo, forman el macizo que corre á asegurarles, diré así, á Córdoba c[illegible]o centro de impresiones, encrucijada sensiti[illegible], también en amplios contactos con Santa-F[illegible] Así pues, Salta, Jujuy, Catamarca, Tucumán I[illegible] Rioja al Norte de Mendoza, San Luis y

Córdoba, están allí metidos, constituyendo por la fuerza de la naturaleza, una unidad política y geográfica, que por medio de tan peculiar telegrafía orográfica, parecen comunicarse hasta las impresiones profundas procedentes del antro y que establecen tan visible comunidad. De allí nace aquella sensación de vigor recibida al estudiar la tendencia del sentimiento político en su esfuerzo hacia la unión, la fuerza sintética animando su actividad constructora.

La nacionalidad argentina, resulta así un hecho que tiene el fatalismo y la estabilidad de la causa física, de donde en parte procede. Sin abusar de la metáfora, puede decirse, con propiedad, que es un organismo con esqueleto de montañas, y en cuyas venas circula sangre caliente de volcanes. La geografía es aquí de una influencia visible. La que sobre la civilización argentina ha tenido la *ley de Baer*, es otra circunstancia físico-geográfica que da fuerza á mi manera de ver; ley en virtud de la que todos los ríos en el hemisferio Sud se desvían hacia la izquierda, y cuyo conocimiento correlaciona del mismo modo, dos hechos inconciliables al parecer: uno moral, físico el otro.

Indudablemente, la montaña es más vin-ladora que la llanura. La unidad geológic y

geográfica determina aquí la unidad política. Uno se siente en su seno más acompañado, porque el contacto no se interrumpe por la interposición de grandes espacios desolados y silenciosos; la naturaleza es bulliciosa y comunicativa y las dificultades animan la voluntad. Poblada de ruídos, que la acústica particular del valle transforma, y que, á las veces, parecen imitar voces humanas, diálogos extraños y hasta risas alegres, siéntese el viajero y el habitante más en contacto con el mundo; con la forma humana, misma, que el peñasco en sus mil caprichos de estructura suele simular. Los dos cerros cónicos de pórfiro, que á manera de esfinges se inclinan con curiosidad sobre los arrabales de Chuquisaca, producen la ilusión de dos gigantes encargados de alguna vigilancia misteriosa [1]. La hoya ancha y profunda de la quebrada, multiplicaba en los buenos tiempos de aislamiento, los ecos de la corneta del correo cuando todavía estaba á gran distancia, cundiendo por el valle y el villorio mil sensaciones de vida y alegría. A veces, sobre la ladera d monte, el ojo divisa uno ó dos pueblos que p ecen á la mano, y sin embargo, están á

René Moreno, *Ultimos dias Coloniales*, pág. 6.

larga distancia. Aún cuando la extensión sea mayor y los caminos más tortuosos y complicados, no despierta, con todo, ese sentimiento angustioso de la llanura en que la igualdad matadora del espectáculo produce la sensación de abandono y aislamiento. La montaña, de difícil acceso y de dominio más complicado, hace á los hombres duros y resistentes; la tenacidad es condición de su habitabilidad. Mucho más ingrata y esquiva que la planicie para dar sus frutos, requiere de la voluntad mayor temple, al mismo tiempo que impone la necesidad de mancomunar el esfuerzo, de buscar la vida de familia, la sociabilidad. Por esa condición de clima y de suelo, el tipo económico de la montaña, es de tendencia colectiva: la mina, el aprovechamiento de los cursos de agua, el comercio de arria por caminos escabrosos, al requerir la ayuda recíproca, impone la asociación de las unidades y no su difusión como en la llanura, donde un solo hombre cuida cinco mil ovejas con el solo concurso de su agudeza visual. Ese sentimiento de compañerismo se aumenta cuando las cosas que lo ro-dean le sugieren, de tan viva y variada man[illegible] la necesidad de la vida en común. Hasta tie[illegible] la solidaridad física que una geología igual [illegible]

impone, vinculándolos en el dolor y en el horror de sus profundas conmociones subterráneas.

No sólo hubo unidad del sentimiento político, sino de todo. La vida era allí igual en sus detalles principales, dando la impresión de una sola fisiología dominante. Desde Córdoba hasta Jujuy, tiene el mismo estilo la construcción señorial y el rancho del *huaso;* el corredor de gruesos pilares domina el sistema de defensa contra el sol y la lluvia. Un mismo arquitecto parece que hubiera distribuído las techumbres pajizas y pluviosas ó de encanutada teja obscura, con aristas blancas de cal, que el río y la tierra del camino les brindan generosamente. Con sus gradaciones conocidas, la *tonada* es la misma; es como un himno que santifica y proclama el vínculo nacional. El carácter reflexivo, desde Córdoba á Jujuy, sin deflagraciones, y constituyendo lo que llamamos los porteños la «calma provinciana», completa estos caracteres que fijan un tipo mental en todo el *núcleo nacional* constituído por las mencionadas siete provin-s del *Interior*. Llega después el momento en e la idea de la nacionalidad se precisa más, unque todavía un poco vaga, se resume en conjunto de doctrinas, de formas y prácti-

cas ya más claras, sin embargo. El trabajo largo y penoso ha ensamblado á todas aquellas provincias las unas con las otras, conciliando y fundiendo en un conjunto las tendencias antes inciertas, las aspiraciones obscuras que durante los períodos precedentes anunciaban la idea, y preparaban el terreno. Tal ha sido siempre, por otra parte, la suerte de las grandes ideas filosóficas y políticas, así la del cristianismo, como la del socialismo, antes de haber adquirido importancia de factores históricos de primer orden. Así también es como germina la idea *unitaria*.

Unidas de este modo, provincias y ciudades, por los medios morales y físicos mencionados, sus tendencias y aptitudes debían ser comunes, para juntarse en un solo impulso ó sentimiento colectivo traducido en el interesado altruismo vecinal de *do ut des*. El *patriotismo de la nación,* es así un hecho lógico y fatal; tiene un determinismo casi material y orgánico. Por encima de los localismos vegetativos del *patriotismo de la ciudad,* la naturaleza impone otro sentimiento que tiene, como base de función, el equitativo reparto de todos los b neficios conquistados por el esfuerzo colectiv Al principio sólo es una función protectiva, ı

impulso procedente del instinto de la propia conservación. En este período, el patriotismo, en toda su elevación moral, es á aquel instinto lo que el amor á las funciones sexuales: la idealización de una necesidad orgánica, de un imperativo animal. En su lenta ascensión de perfeccionamiento, crea formas de idealización y prestigios que dulcifican el ciego impulso, asegurándole mejor los resultados. Transformación superior de la vida elemental, como la irritabilidad, que es su base, lo es de la energía animadora del universo.

El egoísmo de Buenos-Aires se explica: tenía un amante generoso en el ancho Río que fecundaba sus senos y la llenaba de joyas. No necesitaba de las otras. Aquellas, huérfanas de ese amor tutelar, tuvieron que constituir su organismo por sus solas fuerzas, cuyo desarrollo se manifestó tan presuroso como desordenado. La edad adulta iníciase temprano con las naturales exigencias. Le falta el aparato motor todavía, las piernas para caminar lejos, para exteriorizar fuera del terruño el pensamiento y ofrecer el producto de su trabajo en cambio del de los otros. Siente la necesidad del agua, en una palabra, del Río de la Plata. En él están sus antenas, su oído y la visión suya para ex-

plorar el mundo y recibir por él, como por el sentido más cerebral, todas las sensaciones que las funciones de orientación y de equilibrio requieren.

Los pueblos aspiran al mar como las plantas á la luz; hay en ellos un género de *hidrotropismo* análogo al que poseen los vegetales para la luz. La distribución de los pueblos se hace siguiendo el régimen de los climas, y en proporción, según Reclus, de la verdura, que depende á su vez de la abundancia de las lluvias. Esto es de conocimiento elemental. El calor, las aguas surgentes y los ríos, entran como factores en la producción de la inteligencia y de la belleza. La antigua doctrina, según la que el hombre nació de la espuma del mar, calentada por un rayo de sol, encierra para Huxley una profunda intención filosófica. El *Río de la Plata* había tenido siempre un prestigio grande y misterioso para el *arribeño,* cuyo terruño escaso de agua, por lo menos en grandes caudales navegables permanentes, contribuía á revestir al gran estuario de prestigios y de ese sentimiento de abundancia y de riqu que asociaba á su imágen la vaga percepc informe de su porvenir comercial.

Por otra parte, conceptuaban y con raz

que ese *río* era propiedad de todas, porque está, en efecto formado por sedimentaciones grandes y chicas de casi todas las provincias. Cada localidad concurre con su contingente de vida á las gruesas corrientes alimentadoras. En el régimen dinámico de las masas líquidas, esas corrientes acuosas, venidas de grandes distancias bajo la forma de ríos, son el origen de fenómenos geológicos de una importancia social y política de suma trascendencia. Cada uno de ellos trae al hermoso estuario no sólo los ímpetus generosos de sus fuerzas vivas, que el mar, con su serena inercia corrige y atempera, sino el óbolo de vitalidad, la vida misma en cada una de esas partículas minerales que los ricos terrenos que atraviesa, vibrante y sonoro, les abandonan para el mantenimiento del gran Padre, especie del Sol flúido, reservorio líquido de la vida económica y de la cultura nacional. La roca, al verle pasar rozándole los piés le entrega su parte de areniscas y sus cantos rodados; el valle que atraviesa, sus vegetales rastreros, la tierra germinativa, lianas y matorrales, secretas delicias, en fin, de aquella luz, de uel calor que hace transparente la atmósfera, able y fecunda la vida, sentida eterna por ilusión en el suave vigor de sus facilidades.

Cuando se contempla el Delta del Plata, tan íntimamente insinuado en el corazón de la Provincia, uno piensa cómo hasta en la formación de ese pedazo rumboso de tierra tan genuinamente porteña, ha contribuído toda la Nación. Y se tendrá pronto la explicación recordando que las facultades sedimentarias de las corrientes del mar, han producido más ó menos, por el mismo procedimiento de sedimentación, el rápido crecimiento de bancos y continentes. Sobre la frontera común de la corriente fría que viene de las regiones boreales y de la rama ascendente del *Gulf-Stream,* originario de los países tropicales, se levanta un pedazo de tierra, obra de esa acumulación marina; los *iceberg* cargados de materiales rocallosos, se funden bajo la influencia de esos efluvios calientes y abandonan á la gravedad los materiales que transportan y que de año en año van así aumentando la masa del Banco de Terranova [1]. Contrariamente á lo consagrado, la moderna geografía física de la Argentina, considera como formando parte de la cuenca platense á todo el sistema de los ríos llamados mediterráneos, porque dichos curs

---

(1) STANISLAS MEUNIER, *La Géologie Générale*, pág. 127.

de agua desaparecen en el mismo límite oriental de la napa de agua subterránea con la cual están, según toda probabilidad, en comunicación por medio de las filtraciones. Debe, pues, considerarse dicha napa acuífera como perteneciente á la red hidrográfica del Plata [1]. Y Ameghino cree, que los ríos de San Luis sin desagües aparentes, son así mismo tributarios de la gran napa acuífera interior, siendo caracterizados los parajes en donde desaparecen de la superficie, por el encuentro de los pisos hermósicos y pampeanos. En este caso, la superficie de la hoya hidrográfica del Plata, vendría á aumentarse en las proporciones correspondientes [2].

Cerrados los mercados de Chile y del Virreynato del Perú, esas provincias, que llevaban allí los productos de sus industrias, miraron ávidamente hacia Buenos-Aires y su *Río*, cuya posesión, era pues, por derecho, de todas, como complemento indispensable del organismo creado por la Cédula de 1778.

Substraídas á la absorción poderosa del Po-

[1]) *Revista de la Universidad*. Abril de 1906, año III. DELAUD E. A. S. *Los Problemas Geográficos del Territorio Argen-*

[2]) AMEGHINO, op. cit., pág. 58.

tosí y á las influencias por las que habían sido tenazmente disputadas durante cerca de dos siglos y medio, cesaron de ser tributarias de todo poder extraño. Los escasos productos de la extensa provincia de Tucumán eran llevados allí en cambio de cuanto les era necesario en la vida diaria, porque suprimido el puerto de Buenos-Aires para el tráfico exterior, con el objeto de favorecer aquellos mercados y señalado como un lugar funesto al comercio español (el puerto fatal de Buenos-Aires como le llama el marqués de Castel Fuerte, Virrey de Lima) «no debían tener nada que hacer por estos lados los mercaderes del Interior, circunstancia que contribuía á acentuar más el aislamiento del Río de la Plata con las demás regiones del país [1]. La obsesión del gran río, fruta prohibida y de difícil acceso, pero de vital necesidad para todos, surge, pues, en lo más profundo del ser como consecuencia de la unión. Sin el camino del Río de la Plata, abierto y expedito, y producidos los hechos que proceden de la Cédula de 1778, la existencia es imposible, porque él es el gran distribuidor de vitalidad. Cerrado el mercado de Buenos-Ai

(1) RAMOS MEJÍA, *Federalismo Argentino*, pág. 132.

y el acceso al gran estuario, como de nuevo se verificará después, la necesidad de abrirse paso como quien busca el aire para huir de la asfixia, tenía que brotar violenta é imperiosa. Ya veremos como en 1820, cuando López, de Santa-Fe, iniciará una política de clausura, habrá de producirse en toda la república una coalición contra aquella *embolia* que perturbaba de tal manera la circulación.

Por esta reunión de instintos y tendencias múltiples, ese *patriotismo-nación,* resulta ser un sentimiento complejo universal y fecundo, un haz de fibras de bronce, un grupo de impulsos elementales, cada uno con el poder de su violencia nutritiva. Aquel poderoso *vouloir vivre*, forma pronto un estado permanente del alma argentina y su curiosa evolución desde el simple instinto hasta su final desenvolvimiento moral é intelectual, se desarrolla entre dos grandes crisis de crecimiento: la creación del Vireynato del Río de la Plata y el período caótico de 1820 á 1852. Sentimiento, impulso ó como dije antes, estado de alma complejo, ba por embargar toda la actividad de su ser, s tan vivo y vigoroso porque se encuentra ;iado, mejor dicho, porque procede del des- ›eño de funciones de conservación. Aparece

desde el primer instante en que se dibuja nuestro organismo político; en su aparición, es como el corazón en el organismo animal, palpitante y activo cuando todavía no es posible hallar el más pequeño rastro de fibras musculares, ó de elementos nerviosos; como si fuera la vida misma indiferente á la condición del indispensable instrumento, para manifestarse espontánea é independiente de toda forma material. Es pues, la nacionalidad un producto normal é inevitable de la historia, como fuerza productora de un orden político y social determinado que cumple su finalidad. El conflicto procede de la interposición de un agente perturbador de su fisiología y desenvolvimiento.

Dícese que toda nación, todo período de su civilización tiene su *idea,* su rasgo principal del que deriva todo lo demás; de manera que la filosofía, la religión, las artes y las costumbres, todas las partes del pensamiento y de la acción colectiva, puede ser deducidas de alguna calidad original y matriz, de la que todo parte y á la cual todo va. Allí donde Hegel pone una idea, Carlyle coloca un sentimiento exaltado para no incurrir en vaguedades, considera e. sentimiento en un héroe, porque tiene nece dad para hacerlo más sensible, de dar á

abstracciones un cuerpo y un alma que se le sienta actuar, en una palabra, tocarlo en un ser real.

Bajo la forma de instinto, de simple y obscuro impulso inconsciente, ese estado del alma argentina encuentra su materialización, su informe cuerpo, en un inspirado delicuente que lo expresa á su modo; que aún tiene obtusos los sentidos, como la animalidad de los períodos geológicos primitivos, y fría la sangre; que devora glotonamente su presa y la digiere con torpeza.

Me quiero referir á Facundo Quiroga. Todavía la vida psíquica es en él limitada, cuando se le compara con el ave y el mamífero que vendrán después y cuyas facultades servidas por órganos mejor adaptados verán más lejos y sentirán mejor [1]. Parecía haberse asimilado, como ninguno otro, el alma del populacho y la naturaleza argentina ambiente; ser como la expresión deforme del país en el momento caótico de la formación. Por eso me produce la sensación de algo brotado del suelo mismo; representa la expresión de la delincuencia argentina de su tiempo, de sus vicios,

---

Le Problème de la vie, pág. 137.

así como de sus virtudes *sui géneris* y de los vagos impulsos hacia confusos ideales, que el alma popular adivina con el olfato más que con la inteligencia.

Amamantado á los pechos de su tierra, todo lo practica como lo haría el bruto recién entrado dentro de la humana forma. No se me ocurre otra cosa para imaginármelo de bulto, que evocar algún rincón lujuriante y solemne del territorio magallánico, tan argentino como el resto, pero donde la naturaleza es más abrupta que el escenario que animó con sus acciones; tal era de genuina esa organización embriagada por su propia exhuberancia de vida. Una flora extraña, una fauna de impulsivos animales le siente uno adentro. Su barba adusta se parecía á las algas inmensas y lozanas que pasean por los canales de la Tierra del Fuego, enredando en sus raíces complicadas un mundo variado de extraña animalidad; sus ojos pardos obscuros, semejaban la luz de ciertos días rojizos de las regiones australes; y la voz, esa voz que no la olvidó jamás el oído humano que la oyó airada alg[illegible]a vez, era el trueno, como se siente allí, m[illegible]g-nificado por la inmensa concavidad acús[illegible]a del monte y del agua, que en el eco son [illegible]o

devuelve el menor ruído centuplicado. ¿No tenía Facundo Quiroga algunas veces, muchas veces, la desolación de esos paisajes aridísimos de la costa patagónica, las luces vivideras y de raros reflejos difundidas en aquellos parajes por el sol al atravesar la niebla y reflejarse sobre el cielo azulado de la montaña cubierta de eterna blancura?

En esas tierras hay derrumbes de piedras en torrentes, agua en enorme cantidad que no apaga la sed, magnolias y violetas desprovistas de perfume. El cipré posee, como en ninguna parte, excepcional ramaje, y los árboles rudos, con las raíces al aire, simulando piernas y brazos colosales en actitudes obscenas y como garras prendidas á la peña estéril, chupan alimentos invisibles pero de una nutricidad excesiva. El huracán es repentino como el impulso pasional del cíclope aquel; la ola brutal castiga con ímpetu la roca, y el mar sube más arriba de las costas marchando sobre ellas cual si quisiera devorar el continente...; el rayo que parte de golpe un monte, elevándose como la punta de un campanario á provocar en el reposo de la nube; todo tiene con su nota especial, la belleza soberana del silencio que le sigue, el silencio manso de la sole-

dad vespertina lleno de solemnes y sugeridoras melancolías. Todo eso, y algo más que tal vez me escapa; pero ni un reptil: la víbora que se arrastra entre la yerba para morder sin ser vista, el pequeño batracio bravío, la serpiente venenosa, parecían ausentes en tan particular naturaleza. Allí nada se arrastra, todo tiende á la altura como si las cosas buscaran ser heridas en la frente y en el pecho huyendo de la reptación tenebrosa que deprime. Uno mira el alma de Quiroga y cree ver reflejada en ella este cuadro de la naturaleza argentina, despoblada, agreste, sin que planta humana la hubiera hollado todavía.

Más adelante, cuando ese instinto se hace sentimiento en toda su amplitud superior y se intelectualiza del todo, figuras mejor confeccionadas aparecen, el plan se modifica porque la inteligencia comienza á difundir su lumbre, la semilla á dar su fruto; los cerebros se expanden y amplian sus visiones, las formas se fijan, y se aclaran los conceptos de las cosas, que eran obscuras y vagas en el cerebro, puro ganglio. En el principio, la sensibilidad es sin le-mente irritabilidad; el pensamiento inc rto resplandor; la voluntad una tendencia irı is-tible á la acción. Uno cree ciega á esa fu za,

y sin embargo es una voluntad, voluntad que se ignora, como nuestra voluntad motivada que es una fuerza que se conoce. Como dice el autor de la *Cité Moderne*, todo movimiento implica un principio interno de dirección, es decir, toda acción es el desarrollo de una tendencia, todo mecanismo es la máscara externa de una finalidad.

En la Universidad de Córdoba, tan justamente afamada, es donde esta fuerza inicial adquiere las primeras formas intelectuales de perfeccionamiento, y donde acaba de completar su ciclo evolutivo ese *patriotismo-nación ;* y se comprende porque era ese centro, esencialmente argentino, fundado por el primer obispo criollo, y por consiguiente con el alma llena de los jugos del país entero. Por su situación geográfica y comercial y por sus instituciones de educación, es, como dije antes, la encrucijada sensitiva y emocional de toda la república, menos de Buenos-Aires, «*país extranjero* por su desvinculación y natural egoísmo mercantil». El singular prestigio de su enseñanza que atrae á juventud de todo el país, especialmente de u clase social determinada, permítele dar al p samiento argentino de ese tiempo cierta u dad vigorosa á favor de la que puede atra-

vesar la historia sin desviarse un ápice de su orientación. El espíritu de sus discípulos, que años andando serán los directores de la inteligencia argentina y los pensadores de la nacionalidad, adquiere allí una suma de calidades comunes haciendo de ellos un tipo de alma curiosamente parecido é invariable; invariabilidad y parecido que se mantienen á través de las más grandes vicisitudes de la vida. Confundido entre mil, se le puede tomar entonces y decir: este mecanismo mental que piensa y siente así, no puede haber salido de otra parte sino del claustro cordobés. El calor de esas aulas, depositarias de una tradición mística de unión y solidaridad, quita al sentimiento sus dejos de localismo para infundirle el hálito de la idea directriz, para intelectualizar el instinto; luego despréndense de sus claustros multitud de apóstoles que, como mariposas de luz, van á otros puntos de la república llevando sobre sus alas el polvo de oro de esa fecundación. Es así como el pensamiento de la nacionalidad, sin cambiar de intensidad, hace su completa evolución; el lento cambio se op bajo sus bóvedas, del ganglio á la augu región ideal. Desde Quiroga, imágen del in tinto obscuro y ciego impulso, hasta esos ho

bres que son todo pensamiento, idealización final de la fuerza protectora y defensiva de la *Unión*, se pueden seguir los distintos períodos transformativos porque atraviesa. El primero, bloc de granito en el que se diseñan, aún inciertos y grotescos, los brazos y los pechos de un cíclope torpemente esculpido por el cincel novicio; éstos, con toda la vehemencia popular pero conservada dentro de una ánfora de factura helénica. La insistencia con que persiste en la vida política elemental ese pensamiento conjuntivo, acaba por crear una estructura, como la función su órgano : el *Unitario*. El fraile, el militar, el letrado ó el obrero, todos, dentro de su misión social, grande ó chica, van á usar del mismo procedimiento mental y á seguir esa orientación invariable que revela sus afinidades comunes de origen.

El itinerario de la civilización y de la nacionalidad argentinas, ha sido en mi concepto, erróneamente descripto. Su luminosa peregrinación no fué de Buenos-Aires á las Provin- ıs, como le agrada á uno creer, sino de las ovincias á Buenos-Aires. Cuando ésta aún tenía ni librerías donde comprar papel de rtas, míseros pueblecitos, como Nonogasta,

poseían bibliotecas en cuyos libros aún se veía, no ha mucho, la mano del misterioso lector que había dejado en notas casi borradas, el rastro palpitante de una cultura cuyas proporciones, en toda su patriótica trascendencia, nuestro orgullo metropolitano desconoce. Córdoba y Catamarca, la hoy mísera y sedienta Catamarca, han hecho en su oportunidad, tanto ó más por la libertad y cultura argentina que este hermosísimo paquidermo que hoy la difunde en otra forma y con menos sacrificio, por todo el haz de la América.

Cuando Pueyrredón fundó aquí el Colegio de Ciencias Morales, muchos fueron los alumnos porteños que abandonaron á Córdoba para ingresar en él, trayendo el espíritu y las tendencias de aquella institución secular. Uno de sus mejores representantes, y que más vivamente actuó sobre la juventud, fué el doctor don Valentín Gómez [1], mucho tiempo Rector de la Universidad de Buenos-Aires y *cordobensis colegiii quomdam scholasticus*, catedrático por largo tiempo en el Colegio de San Carlos. «El querido maestro lector», como llama el doctor don Juan María Gutiérrez, h

(1) Véase J. M. GUTIÉRREZ, *Enseñanza Superior en Buenos Aires*.

bía contribuído como pocos á formar el corazón y la inteligencia de toda la pléyade brillante salida de aquel colegio. Espíritu abierto y curioso al mismo tiempo, «quiso desde 1808 reforzar toda su instrucción y se entregó á las lecturas filosóficas y políticas de la escuela liberal francesa del siglo XVIII y, por sobre ella, de Bentham, el oráculo de su tiempo» [1].

Traía de Córdoba, como Agüero y los otros, su gallardo y valiente espíritu empapado en el nacionalismo provinciano y unitario, el cual para cierta clase social en Buenos-Aires, era herético y movía los celos del otro patriotismo. Con aquella destreza y supina *perfidia* del argumento, privilegio suyo, la prestancia de sus maneras, «oportunidad de sus pausas y la admirable seguridad para tomar posiciones en el debate», podía decirse que ella á la par de otras, era de las primeras audaces inteligencias que, salvando los muros aisladores de la gran ciudad, cumplía gallardamente con el apostolado de la vieja Universidad, dejando fecundada la semilla que el calor de la guerra ría florecer después con tanta exhuberancia. ›mez, como Agüero, Castro Barros, Frías y

[1] LÓPEZ, *Historia de la Revolución Argentina*, tomo IX, ;. 606.

muchos más, pertenecieron á una parte de la iglesia argentina que en las provincias y en Buenos-Aires habían pasado por la Universidad y los colegios de Córdoba, llegando, por su saber, á tener la gran importancia personal y política, cuyas virtudes de tradición no les permitió después, someterse dentro de los límites estrechos de la obediencia ciega impuesta por la tiranía, de tendencias disgregantes por otra parte, tan contrarias á las suyas [1]. Los miembros más conspícuos de aquel clero inolvidable «acabaron por abandonar los servicios sacerdotales hasta quedar sólo con el carácter de hombres públicos, ministros diplomáticos y oradores parlamentarios». Notables en todo sentido como personajes políticos y consagrados en su mayor parte á la defensa de ese organismo nacional soñado y próximos á realizarlo por la razón ó la fuerza.

La fórmula de la *organización á palos,* proclamada por uno de ellos, fué pues una exageración del patriotismo, exasperado por las resistencias del estrecho terruño. Esta absorción del alto clero universitario en el civism- político «fué causa á su vez de que los se

(1) V. F. López, *Historia de la Revolución Argentina*, t. I pág. 18.

vicios sacerdotales quedasen, sobre todo en Buenos-Aires, abandonados á la parte más baja y más vulgar de la clase que vestía el hábito; de modo que sin jerarquía y embullangada esta última en los movimientos populares, rompió su disciplina hasta quedar completamente relajadas las reglas de su enclaustramiento y de su vida común». Los dos tipos de clero se rechazaron después con violencia, como si antagonismos de raza ó de secta los separaran, y como los *iniciadores* eran teólogos de Córdoba, la oposición al provincialismo unitario, surgió, como siempre, agresivo y virulento en la gran *ciudad*. Impuesta la reforma por el licencioso estado de los conventos locales, fueron, en efecto, tales hombres, los «iniciadores sin temor de herir preocupaciones idolátricas de las gentes timoratas que miraban el convento como parte integrante de la casa de Dios». De esa manera, el *patriotismo de la ciudad*, venía á recibir en Buenos-Aires el refuerzo espiritual que le imprimían los caracteres de un fanatismo híbrido, propio de los tiempos, al englobar en un ›lo haz los odios políticos y religiosos, conci-ɹndo á la plebe porteña de suyo supersticiosa.

La educación de esos hombres, tan liberal ámplia, no fué atea, sin embargo, sino antes

al contrario deísta y respetuosa. Por medio de ella, despertaron constantemente en los espíritus que recibían su influjo, una visible tendencia al libre exámen en toda su generosa amplitud, un espíritu crítico atrevido y poco compatible con la devoción incondicional que necesitaban las tiranías localistas para sostenerse. Formados en el trato de la docta y sencilla antigüedad, bajo los cálidos estímulos del suelo, del hogar y del estudio [1] trajeron en la mente un molde y dentro de sus huecos amplios conformaron el espíritu dócil del porteño de cierta condición espiritual destinada á seguirlos en la cuesta de su peregrinación heroica. Por eso, su tipo se reproduce, aquí como allí, casi hasta las proporciones de una especie ó familia psicológica difundida después por todo el país. Diríase que á su formación, cada provincia, trajo un sentimiento, dando á su carácter el sabor nacional de su mentalidad moral. Ese *panteísmo sui géneris* que les hacía sentir la patria en todo territorio sin distinción, en la Plaza de la Victoria lo mismo que en el lejano pueblillo de Humahuaca, dábales aquella simpática y universal ubicuidad sensitiva, en virtud de la qu

(1) J. V. González, *Patria*, pág. 112.

todas las ciudades de la república lo reconocían hijo suyo. Todo el país fué para él uno solo. Su educación, hecha en diaria é íntima comunidad moral con cada una de las regiones del territorio por el conducto de sus hijos que afluían á la histórica Universidad, dióles más vivante la sensación del conjunto, el concepto uniforme de una sola substancia; y en los más sensibles á la generalización, la idea del gobierno unitario, que es necesariamente una fatalidad de su estructura, una consecuencia de su panteísmo patriótico. Como gravitaba sobre la mente de todos la tradición secular de la necesidad política, de que aquel claustro no era sino su agente de idealización, iban adelante con el ciego empecinamiento de una función refleja, llevando en el espíritu la audacia de aquellos *saltos de agua* que uno ve en sus montañas precipitarse al abismo para llegar más pronto á su fin. Crueles y largos sufrimientos experimentarán, «pero jamás descenderán de sí mismos», como si tuvieran en el alma la rigidez de la empinada cumbre á la que el cielo parece haber impuesto una actitud soberbia, concordante con la altura en que el monte baña la blanca cresta. Todos tienen el sentimiento trágico de su destino, hablan con

convicción y hasta con cierto despreciativo orgullo del sacrificio, pero jamás de la victoria [1]. El primer estratégico argentino sale de sus filas empapado en la lectura de Tácito y Salustio, y el poeta que hasta ahora ha sentido mejor la naturaleza de la patria, con la misma intensa sensación así la llanura cautiva de Buenos-Aires, como los jardines del Tucumán, está también entre ellos y forman en las filas de los discípulos de Valentín Gómez y de Agüero, que en 1838 dieron á luz los primeros elementos de la organización política que prevaleció para toda la nación en 1853. Su espíritu no concibe la patria sino como una substancia indivisible, porque la idea de la unión que procede de lo más hondo del ser, á fuerza de actuar, ha impuesto á todas las potencias de su alma una inclinación ineludible. La unidad es, pues, un modo de ser de su psicología; no es una profesión de doctrinas adquiridas, es el temperamento de su personalidad moral, la idiosincracia de su mentalidad. Por eso tiene la lógica de las cosas orgánicas y á la manera que el hígado segrega la bilis (permitidme el brutal *medicinismo)*, ella concibe la *unidad*. Es decir,

---

(1) N. Avellaneda, *Escritos*, pág. 120.

como un hecho de fatalidad funcional impuesto por un destino celular.

En presencia de esta estructura, la lógica política que observan en su acción, es de rigor. No se les verá, como á sus adversarios, proclamar la excelencia del régimen federal y practicar en el poder el unitario más violento; batirse por la renovación de los gobiernos y perpetuarse en el poder; proclamar la república y practicar el gobierno hereditario; luchar por la igualdad de los Estados de una Confederación y poner á uno de ellos, por la sangre y por el fuego, sobre todos los demás. Su inexorabilidad ideal irritará á los localismos prosperantes á costa de recíprocas concesiones, al respetado aislamiento. Van directamente á su objetivo nacional desprovistos de las supersticiones del terruño, cuyos contornos desaparecen dentro de la amplia visión del conjunto, sin articulaciones ni soluciones de continuidad, en una palabra, perciben la mole sin los «estratos» que ahonda y sublima *el amor á la ciudad* con grietas profundas y obscuras. Por eso no son rovincianos sino porteños, los *unitarios* que quitan más tarde su capital á su Provincia y ı río para entregarlos á la Nación, su Banco su Aduana, sacrificados á ese ideal de nación

única, con un solo ejército y una sola alma simbolizada en una sola bandera, en vez de veinte que había creado el *patriotismo* hermético de la *ciudad* (1).

La fórmula: *suprema que principium authoritas at Deo et non at populo suam originen habet,* que el gran consejero de Artigas, sostuviera entonces como tesis suya en las lides filosóficas de 1778 (2), prosperó, curiosa coincidencia,

(1) Como se sabe, la bandera de Rosas no era la *Nacional Argentina*, sancionada por la memorable Asamblea. Sus colores azul obscuro, casi negro, ostentaban en sus cuatro puntas un gorro frigio colorado. La bandera federal de Entre-Ríos no era tampoco la celeste y blanca histórica sino otra con franjas coloradas. El gobierno de Echagüe sancionó una ley en la que se dice que: «habiendo las provincias federales adoptado un pabellón particular, *la bandera azul y blanca no se usaría en lo sucesivo,* etc., etc.» (ZINNY, t. I, pág. 468, H. de los Gobernadores). La bandera adoptada por su Legislatura era «tricolor con tres fajas horizontales debiendo ser blanca la del centro, azul y colorada la de los lados». «Dice ZINNY que cada provincia federal tenía un pabellón distinto» (pág. 469). En 1815, las fuerzas federales de Santa-Fe llevaban una bandera azul y blanca atravesada por franjas coloradas (SALDÍAS, *Historia,* t. II, pág. 119). La que traían en 1820 las fuerzas de Ramírez y de López cuando invadieron á Buenos-Aires no era tampoco la bandera nacional, como no lo eran las que en las parroquias usaba en Buenos-Aires la Federación, estando *prohibida y perseguida por la Policía* la azul y blanca (Indice de Policía, tomo II). Y en cuanto al escudo no fué el Nacional de la Asamblea, sino uno de su invención, c puede verse en el Mensaje del Gobierno de Buenos-Aires á la cima Octava Legislatura, publicada por la *Imprenta del Esta*

(2) JUAN M. GUTIÉRREZ, *Enseñanza Superior.*

sino en el espíritu de los que ya desde entonces se diseñaban como los futuros apóstoles de los gobiernos personales y absolutos. Con honorables y escasas excepciones, todos estos son discípulos de la filosofía supersticiosa anterior al año 1819 en que el hermoso talento de don Crisóstomo Lafinur marcó, con su enseñanza sin sotana, el tránsito entre el escolasticismo rutinario y la filosofía moderna. Desde entonces, no por simple coincidencia, sino tal vez, por naturales afinidades de temperamento, los unos asimilan las influencias espirituales de la Universidad de Córdoba, los otros la enseñanza del padre Achega y sus congéneres, que condenaban la libre lectura, el teatro como entretenimiento inmoral, infiltrándoles el espíritu de los presbíteros coloniales, esclavos del Santo Oficio y creyentes sinceros en la eficacia de los hombres providenciales (1). Si se recorrieran los libros de matrículas, la nómina de los alumnos de los cursos superiores desde 1781 á 1829, algunas de las que menciona el autor de la *Noticia Histórica sobre la Ense-*

Fueron discípulos del padre Achega en el curso de 1814 á don Baldomero García, don Marcelo Gamboa, don Eduardo tte, don Felipe Elortondo y Palacios, don Felipe Arana. Del gio de Estudios Eclesiásticos, don Lorenzo Torres y don quio Torres.

ñanza Superior en Buenos-Aires, se vería cuán sugestiva elocuencia tienen, á este respecto, esas listas, aparentemente mudas; y cómo empiezan á dibujarse dos tendencias morales, dos estructuras; y cómo reflejan, unos el bondadoso fanatismo, el exajerado celo tranquilo con que el ingénuo y «venerable maestro, siempre amado, dirigiera su razón con tanto amor» en el sentido de la divinización de las funciones coercitivas y otros se explican en opuesto sentido. El maestro que en 1817 elevara amarga y difusa queja por las supuestas ofensas inferidas á la religión en un drama célebre, se reproduce en el discípulo de 1830, cuando afirma, en un decreto también célebre, que la existencia de un instituto superior de enseñanza era incompatible con las graves atenciones del gobierno y lo clausuraba sacrílegamente, *por no corresponder sus ventajas á las erogaciones causadas* [1]. Como dato histórico sugerente y que acentúa la orientación de una tendencia, cabría recordar que en esa institución, fundada por un magistrado porteño, repudiado por el *patriotismo-ciudad* «como entregado en cue

---

[1] Decreto de fecha 28 de septiembre de 1830. Véase *R tro Oficial*. Edición de la Imprenta del Estado, año 1831. T bién puede verse el capítulo: *Cómo funciona y se sostiene.*

y alma á los *arribeños»* [1], había más de cincuenta alumnos de las provincias entre ciento y tantos becados [2]. La benéfica influencia del *Colegio de Ciencias Morales* fundado por los unos, fué sorda y victoriosamente resistida por los otros; allí fué donde los primeros renovaron la intercomunión de ideales, nacida en la Universidad de Córdoba, y se uniformaron en ideas y sentimientos, retemplando de nuevo aquel vigor de lógica y de propósito que no contribuyó poco á salvar la civilización de la república durante la reacción de la ignorancia, contra las instituciones creadas en Buenos-Aires desde 1821 [3]. La prensa nos ha conservado, dice el doctor Gutiérrez, la impresión que causaba en el numeroso público que concurría á los exámenes anuales, las demostraciones erizadas de voces técnicas, acompañadas de figuras misteriosas trazadas garbosamente en la pizarra por jóvenes vestidos con las insignias subalternas de la carrera militar [4].

---

(1) López, *Historia de la Revolución Argentina*, t. V, pág. 445.

(2) Gutiérrez, *Enseñanza Superior*.

Gutiérrez, *Enseñanza Superior*.

) Entre estos jóvenes se encontraban don Martiniano Chi-
r, que figuró en los ejércitos contra Rosas; el Capitán de
llería don Antonio Saubidet, del sitio de Montevideo, el des-
General Reyes, etc., etc.

El espíritu audaz de Lafinur, que había innovado con escándalo de los unos, la enseñanza de la filosofía, dió á los otros, atrevimiento y audacia para las soluciones políticas y morales, infiltrándoles al mismo tiempo, un concepto elevado y amplio de lo que debía entenderse por una nación. Los nuevos aspectos con que presentaba sus doctrinas, y sus recientes aplicaciones causaron en aquellos, ruidosa oposición y dieron motivo á tanta censura, mientras despertaba en éstos con viveza el deseo de nuevos horizontes. Lafinur había querido formar al ciudadano de acción y pensamiento «porque sentía la necesidad de levantar diques al torrente de extravíos vislumbrado ya, de preparar obreros para la reconstrucción moral exigida por la colonia emancipada», y de atacar preocupaciones que retardaban la organización política como ellos la necesitaban. Este simpático espíritu traía á la cátedra, magnificado por el calor de su palabra, ese espíritu nacionalista que bebiera en la Universidad de Córdoba. Al hacer notar con tanta viveza la íntima relación que existe entre la felicidad dividual y la pública, parecía sentir que necesidad de la organización nacional, no e una simple aspiración platónica, sino una ne

sidad elemental de la vida «como el sueño, la luz y el aire». Su palabra trabajosa, sin método ni estilo habitualmente, solía adquirir luces y reflejos que su notoria extravagancia y aspecto físico desmañado, hacían para el alumno más sabrosa y singular. Siempre tronando contra los reyes y los tiranos y arrebatado por la ira, era la nota dominante de su elocuencia. Al tratar de los diversos modos de argumentación, y para mostrar qué cosa era una *palificación,* repetía con entusiasmo una frase célebre y muy corriente en boca de todos los declamadores de entonces: «son los reyes en el orden moral lo que los mónstruos en el orden natural, su historia es el martirologio de las naciones».

A su enseñanza liberal, y con dejos bastante sensibles al sensualismo de Condillac y de Destutt de Tracy, habría que agregar como complemento revolucionario, la del insigne doctor don Juan Manuel Fernández de Agüero, también alumno de la famosa Córdoba, en cuya Universidad había cursado teología [1]. Era un reaccionario violento y terrible para los deifi-

---

(1) Este sacerdote, natural de España, habíase educado también en el Colegio de San Carlos de Buenos-Aires. Titulábase: Licenciado en Sagrada Teología, Bachiller en Letras y Capellán de Real Armada.

cadores de las servidumbres políticas y religiosas; y es curioso que el cambio radical operado en sus ideas, haya coincidido con el viaje verificado en 1805 al interior, después del que según sus propias expresiones, «su razón dejó de ser esclava de sus ideas teológicas, así como del ominoso tribunal de la Inquisición». Operóse el cambio en Córdoba, donde la parte de su vida pasada en la Universidad, «estudiando en el silencio, los libros contemporáneos con un espíritu fuerte y reposado», lo convirtieron en el profesor iracundo que en 1822 reaccionaba con todo el vigor de la edad viril contra un pasado, del cual se arrepentía. Córdoba abrióle el alma, conmovida por una larga lucha al amor y á las ideas de los nuevos y generosos combatientes que le escuchaban en el aula [1]. Su palabra iba sacudiendo fuertemente el espíritu de las jóvenes legiones, habiendo atraído ya el entusiasmo de los discípulos cuando la cátedra fué suprimida y el aula clausurada. Se ve en éste y otros ejemplos citados, que la histórica *casa de Trejo*, si tal vez no brilló tanto por la amplitud de los conocimientos difundidos, en cambio influyó en la orientación de los espí-

(1) J. M. GUTIÉRREZ, *Noticias Históricas*, etc., etc.

ritus y en la creación de una estructura que hizo su época. Esa insubordinación á las influencias de los despotismos, que á manera de iluminación interna, los hacía, en cualquier parte, visibles á las persecuciones de la barbarie, fué adquirida en el viejo claustro y por algunos en el *Colegio de Ciencias Morales*. Podía decirse que en el país, aquél había practicado como ningún otro establecimiento, el precepto de Montaigne: *qu'il vaut mieux forger l'esprit que le meubler*.

El medio no era aquí propicio para la enseñanza de Agüero; la otra *estructura* que ya empezaba á dominar en Buenos-Aires y el seso colonial tan celoso de su quietud obtusa, calificó, según el doctor don Juan María Gutiérrez, de perjudicial á la causa pública, la enseñanza de su libérrimo espíritu, fundándose en razones que están consignadas, según él, en un largo escrito de aquella época (1).

Era un paso en el sentido de la lenta selección que principiaba á separar las blancas ovejas del resto del rebaño ya obscuro.

La mansa índole moral del doctor don Diego

---

1) *Impugnación á la respuesta dada al mensaje del gobierno 14 de septiembre último.* Publicado primeramente en el *Co- Político y Mercantil.*

Alcorta, cuyo temperamento intelectual tan poco aventurero, lo hacía visiblemente adecuado para la transición emoliente que imponía la circunstancia, lo llevó á ocupar la cátedra que había dejado vacía la brutal intolerancia.

Aunque sin violencia, y con una sencillez recomendable, el nuevo profesor de filosofía amoldaba á la capacidad poco cultivada y bien precaria de los jóvenes discípulos, sus lecciones de filosofía. El nivel mental bajaba visiblemente. Eran alumnos de cursos superiores y sin embargo, el índice intelectual no toleraba los elementos de una filosofía casi ingénua. Su falta de capacidad cerebral, obligaba al catedrático á traspasar á menudo el cuadro estricto de la filosofía didáctica, para iniciar á sus oyentes en otros conocimientos elementales [1], é ir de allí, por medio de un andamiage de penosa fábrica, hasta la comprensión de las más sencillas nociones. El doctor Gutiérrez nos ha transcripto en su obra tan conocida y justamente apreciada, párrafos ilustrativos de algunas de sus lecciones, en las que, si por ejemplo quería explicar el mecanismo de la atención, te que poner, tan sencillo asunto, en un su

(1) Gutiérrez, loc. cit.

ciente y comprensible estado de asimilación mental; en una palabra, hacer la psicología para los analfabetos [1].

Este largo proceso del pensamiento había ido fijando en la sociedad argentina, según la mayor ó menor receptividad de cada cerebro, las líneas de esos dos tipos morales que se dibujan en el país y se afirman paulatinamente desde mediados del siglo XVIII cuando se inicia nuestra evolución intelectual.

Ya, desde aquella remota edad, un cambio visible hasta en el idioma oficial parece demostrar la segmentación. Vagas aspiraciones pretendían, como se va viendo, por un lado romper la dura superficie, alejando el espiritu de ciertos hombres de las exclusivas preocupaciones del dinero y del comercio, en la forma brutal en que se practicaba. En una clase de individuos, la manera de pensar y sentir, parecía cambiar de rumbos. Las teorías liberales, sembradas aquí y allá por viajeros estudiosos, cundían en ellos con más facilidad que en otros, porque «acompañan con simpatía toda innovación que en ese sentido se hace en Buenos-Aires» [2]. Consolida-

(1) Véase Gutiérrez, loc. cit.

(2) Juan A. García, *La Ciudad Indiana*, pág. 285.

das las fortunas trabajosamente formadas durante el siglo XVII, el relativo bienestar material permitió á cierta parte, mejor dispuesta, de las nuevas generaciones, y un poco mejor educadas é instruídas, preocuparse de los problemas de interés social y sentir las nobles curiosidades de las ciencias [1]. Vertiz funda el Colegio de San Carlos, «conveniente á muchos fines públicos y en particular á la buena educación del ciudadano». El canónigo Maciel toma la dirección de la inteligencia juvenil como director y cancelario de ese colegio, y el espíritu liberal y benevolente del padre Neyra difunde por primera vez en el corazón de los jóvenes colonos dulces frases de generosa tolerancia, encomiando la moralidad y el espíritu religioso del pueblo inglés [2]. Desde entonces, y aunque vagamente todavía, ya comienzan á señalarse las dos tendencias que en el orden político y económico acabarán, con el correr del tiempo, por fijarse definitivamente en dos tipos de civilización. La que empapada en la lectura de los escasos libros extranjeros trae el sentimiento de la Eur-a y de su humanismo liberal en toda su c -

(1) JUAN A. GARCÍA, loc. cit.
(2) JUAN A. GARCÍA, *La Ciudad Indiana.*

lumbrante amplitud, y la otra con sus curiosas peculiaridades de quietismo tradicional y previsor, con el que resiste heroicamente el avance de la luz; los que sugieren á Cevallos la libertad de comercio, aplaudiéndolo, y los que la combaten sordamente como un atentado al monopolio y un progreso herético en la liturgia comercial de la España bárbara; los que miran con aprensión las tendencias innovadoras del Virrey Arredondo, cuando introduce nuevas máquinas disminuyendo el trabajo servil, al mejorar los primitivos procedimientos industriales, que abre puertos, construye faros y da viriles impulsos á las ciencias y á las artes todavía ingénuas, y los que estimulan con su palabra y su colaboración. Dos tendencias fijadas en dos estructuras; dos tipos de civilización, y dos ideales, el uno egoísta y aislador, generoso y amplio el otro: la Nación y la Provincia.

CAPÍTULO V

CÓMO SE FORMA EN BUENOS-AIRES EL AMBIENTE DE LA TIRANÍA

SUMARIO. — Desarrollo de Buenos-Aires. — Origen de la población. — Influencia de su hetereogeneidad sobre su mentalidad y sobre el desenvolvimiento de la idea de nacionalidad. — Su aislamiento del resto del país. — Su carácter moral. — Su comercio, sus riquezas y sus tendencias naturales. — Psicología del *vecino porteño*. — De dónde procede su tendencia política y cuáles son las necesidades de su espíritu. — La plebe porteña. — Su expansión. — Razón de ser de su predominio. — Cuál es el fundamento de su estabilidad. — La democracia de Buenos-Aires. — Fundamentos de la tiranía. — El conflicto de los dos patriotismos.

NUESTRA llanura parecería, en efecto, surgida de un *fiat* convulsivo que la desarticulara del resto del territorio argentino, sugiriéndole al porteño ese estado de aislamiento en que ha vivido, fomentando eternos a agonismos.

Al finalizar el período de deposición del p *npeano rojo* superior, discurriendo debajo d 'a tierra vegetal como un río de oro, por la

mayor parte de la llanura argentina, fuertes sacudimientos produjeron la gran hendidura que de Sud á Norte, partiendo de la provincia de Buenos-Aires penetra en todo el país. Las capas marinas terciarias de la formación entrerriana, se levantan de las profundidades del suelo hasta el nivel actual, sobre las márgenes del Paraná; y las aguas dulces, buscando salida hácia la encantadora región por donde hoy corren, se precipitan en la honda grieta para formar el bajo Paraná y su prolongación hacia el Norte, el Río Paraguay. El suelo continúa subiendo, y empieza un vasto proceso de denudación, durante el que, las aguas que fecundan la Pampa, cavan, en grandes hondonadas el lugar de su definitivo refugio, hasta que, poco á poco, las corrientes, interrumpiendo su precipitado curso, conviértense en lagunas y cañadones inmensos. Por la lenta sedimentación verdoso-amarillenta del *pampeano lacustre,* queda formada la llanura [1].

Hacia la mitad de este período, las tierras de la llanura bajan, y el océano avanza hasta más adentro de sus límites actuales, como pa afianzar su conquista, determinando espe

[1] Cf. la parte geológica del *Censo de Buenos-Aires*, 1 los trabajos de Geología de Ameghino, etc., etc.

depósitos de moluscos marinos, que hoy se encuentran á muchos metros de profundidad debajo de la arcilla roja. Vuelve luego á subir el nivel del suelo, y el océano lo abandona. En los primeros tiempos de la época presente, éste ocupa otra vez todo el estuario del Plata. Las corrientes de aguas estancadas, otra vez emprenden el curso interrumpido, cavando activamente sus cauces modernos á través de las antiguas formaciones lacustrinas; el vasto valle de Matanzas se rellena poco á poco de barro y arena; las aguas dulces vuelven á desalojar las saladas, ocupando de nuevo el ancho estuario y, mientras los sedimentos de ellas forman el Delta del Paraná, las olas del mar modelan paulatinamente la configuración superficial de la llanura [1]. Cuanto en las fuerzas cósmicas significa rapidez y elasticidad, movimiento ó comunicación por medio del agua y del aire, han sido sus agentes principales de construcción. La llanura es, por excelencia, neptuniana; todos los géneros de acarreos telúricos, desde la tranquila sedimentación lacustre hasta la eólica violenta, l tomado parte en su destino, determinando l iqueza de sus campos y el poder expansivo

---

AMEGHINO, loc. cit.

y civilizador de sus ríos, que, sin embargo, la han separado de las demás provincias y establecido, con las atracciones del océano, un sistema natural de independencia.

Esas tentativas de conquista por parte del mar, que á todo trance quería poseer la inmensa zona, cuya superficie ya había conseguido invadir, dieron al fin por resultado desvincular dicha tierra del dilatado país que buscaba por medio de ella su salida, ligándola á destinos futuros que habían de fijar para siempre su actividad política y comercial. El Río de la Plata se encarga de servir de instrumento al océano en esta lucha contra la montaña, asegurándole el dominio que buscaba obtener, para entregárselo á su vez á lejanas civilizaciones fecundadas por él.

La secular tendencia española al aislamiento, retarda, sin embargo, la consagración de este hecho natural, creando en la rica provincia una civilización peculiar, hija de casuales circunstancias más que de las condiciones geográficas descriptas, las cuales, por el contrario, impondrían necesariamente el molde común de las civilizaciones europeas venidas después. Euro no ya por medio del océano, sino por el inst mento de su cultura en otra forma expresada por el *imperativo* de la nacionalidad, que rep

senta necesidades de carácter orgánico, avanzará á la conquista de la codiciada región con el ímpetu de las aguas que en remotos periódicos geológicos hicieron su triunfal entrada en la desamparada llanura.

El aislamiento español era ilógico, con todo. El papel de Buenos-Aires tenía que ser civilizador y expansivo, y no estrecho. Los hombres pretendían disponer una cosa y la naturaleza otra. Aquellos pugnan sin embargo por mantenerlo, fundados en razones de un orden, aunque puramente humano, poderoso.

Creábase, pues, Buenos-Aires, durante el coloniaje, aislada del resto del país y atraída, más que á las provincias á otros intereses, ya que tan flojo ó por lo menos tan poco cultivado parecía ser el vínculo moral y comercial que la ligaba. Su egoísmo y aislamiento, hijos un poco de su situación geográfica y de los provechos que ella le brindaba á solas, atraíale cierta población de muy peculiares caracteres en los cuales el espíritu mercantil, con todas sus codicias, dominaba con imperio. Es notorio que una fuerte corriente emigratoria de mercaderes portugueses, en su casi totalidad judía, afluyó al l[...]ta manteniéndose por muchos años como un importante elemento poblador de Buenos-Aires.

Atraídos por las facilidades y la prosperidad comercial del mercado, perseguidos por la Inquisición de Lima y de Lisboa, venían aquí empujados por su instinto acaparador y codicioso, trayendo además de esa tolerancia proverbial de la raza para las persecuciones, la adaptabilidad á todo clima político, siempre que ese espíritu mercantil tuviera libre expansión. Desde los primeros días del establecimiento del Tribunal de la Inquisición en Lima, los portugueses fueron mirados, y con razón, como sospechosos en la fe, «y en consecuencia tratados con inusitado rigor» [1]. Esta prevención se hizo todavía más notable en los comienzos del siglo XVII. El inquisidor don Francisco Verdugo fué con ellos inexorable, «porque era gente que andaba de capa al hombro sin domicilio ni casa cierta» [2], y apenas recrudecían las persecuciones, emigraban hacia acá. La Inquisición de Lisboa había enviado al Brasil á uno de sus Ministros más terribles: «iba prendiendo muchos judíos y judaizantes desterrados de Portugal», «los cuales á su vez pasaban al mismo destino». Con este motivo, las autoridades quisitoriales de Buenos-Aires vivían en perpé

(1) MEDINA, *Inquisición en el Río de la Plata*, pág. 150.
(2) Carta de ORDOÑEZ Y VERDUGO, abril de 1603.

alarma, «hasta que el diablo rompió los suelos de esta mala gente y dió con alguna redada *que va poblando y casándose en este puerto y dos gobernaciones»* [1]. Esto decía don Francisco Trejo en carta á la Inquisición de Lima, agregando más tarde: «tenemos por cierto la venida de mucha gente huída, judíos de España y del Brasil, quienes entran y salen de este puerto, y como son portugueses se encubren los unos á los otros [2]. El rigor contra los judíos determina ante todo una diseminación de todos ellos en los puertos del Brasil; escapan en masa, como y á donde pueden. Y era apenas á mediados de abril de 1619 cuando ya habían entrado en el puerto de Buenos-Aires ocho navíos cargados de judíos, que, á fin de hacer el viaje y libertarse, «pagaban fuertes sumas á los castellanos para ser traídos entre los criados y pasajeros [3]. Para adquirir la calidad de vecinos y evitar mayores daños, «el párroco iba de noche á la cárcel donde muchos estaban presos, y apesar de las protestas del Comisario despo-

---

Carta de don Francisco Trejo, Buenos-Aires, diciembre 31 de J.

Carta del Licenciado Trejo á la Inquisición de Lima, al 619.

Medina, *Historia de la Inquisición en el Río de la Plata.*

sábalos con las hijas de la ciudad», quedando así, malgrado la consigna oficial, definitivamente radicados en ella. Y debió ser tal la urgencia de defenderse «de aquella peste», que el Comisario de Buenos-Aires proponía se recabasen del Rey órdenes para que «el Gobernador, en lo que se refería á los portugueses, dejase ejercer libremente su ministerio al Santo Oficio relativamente á las visitas de los navíos y á las entradas y salidas del puerto» (1). Se asilaban en los conventos, se apoderaban del comercio, se insinuaban en la campaña y se hacían esposos de las mejores mozas (2). En Lima, como en otras ciudades americanas, pero especialmente en este Río de la Plata tan codiciado, los tales mercaderes tenían acaparado el comercio. Poseían mucho dinero y lo untaban todo con él; «los corrillos de la plaza eran suyos y de tal suerte se habían señoreado del trato de la mercancía, que desde el brocato al sayal y desde el diamante al camino, todo corría por sus manos». Desde el más vil negro de Guinea hasta la perla más preciosa, dice Alcayaga, en

---

(1) Carta de Verdugo, de 20 de abril de 1620.

(2) Carta al Tribunal de Lima, abril de 1619. Véase M[illegible]IA, *Historia de la Inquisición en el Río de la Plata*, carta de [illegible]R-DUGO al Tribunal de Lisboa.

su carta de 15 de mayo de 1636, todo era suyo. Y agrega más adelante: «el castellano que no tenía por compañero al portugués, le hacían no tener suceso bueno». Por los años de 1636 «eran ya tantos los judíos portugueses que allí había, que el Fiscal de la Audiencia de Charcas, don Sebastián de Alarcón, no pudo menos de manifestar al mismo Soberano los grandes inconvenientes que resultaba de que aquí hubiese *tantos innumerables hebreos* que han entrado y de nuevo entran por mayor crecimiento por aquellas partes»[1]. Todos, ó casi todos, eran propietarios: «tienen casas de su vivienda y chacra poblada», según reza el *Censo y el Auto y Diligencia sobre el Registro y desarme de los portugueses de la jurisdicción de Buenos-Aires, 1643*. Todos, ó casi todos, están casados con criollas, hijas y nietas de conquistadores, «castellanas de nación», y poseen estancias con mucho ganado. El caudal de cada uno, no baja de dos mil cabezas de vacuno, quinientas ovejas y buenos campos, «y son fecundos como ninguna otra raza, pues casi todos alcanzan á cuatı y hasta siete hijos machos y hembras». S nbran, cuidan el ganado, toman la ciudad y

Carta de 1.º de marzo de 1636, Archivo de Indias.

la campaña, son hacendados y herreros, calafates, carpinteros y plateros. Los hay para quienes el Censo reza de esta manera: «tiene estancia fundada con mucho ganado mayor, chacra de labor en que siembra, doscientas ovejas y esclavos, todo lo cual y la fragua y herramientas de su oficio hace subir su caudal á cinco mil pesos» [1].

He aquí como se insinúa el alma hebrea dentro de la abigarrada heterogeneidad de aquella población, cosmopolita desde su origen, á lo que parece. En sus comienzos ya se siente el abolengo de tenacidad en el trabajo, que caracteriza su espíritu económico, lleno, como es notorio, de esa adaptativa tolerancia que dió estabilidad á la tiranía. Aquel enriquecimiento de la energía pasiva, tan propio de la raza en el orden político, ha contrastado siempre con sus energías y tranquilas audacias en el orden comercial.

Coincidiendo en la formación social de la ciudad, con este aporte aluvional tan considerable, venía una población española trayendo á la conjunción étnica los rasgos capitales d
alma *regionalista* exclusiva. Si se analizan

---

(1) *Revista del Archivo*, tomo III, pág. 158.

apellidos porteños y «principales» de los tiempos de entonces, se verá en efecto, que todos ó casi todos procedían de cepa hebreo-portuguesa [1] más ó menos modificada por el injerto de sangre aragonesa, navarra y vascongada; elementos españoles que llegaron á América, sobre todo los últimos, fuertemente «imbuídos en ese espíritu de independencia comunal y de particularismo intransigente, creado por ellos mismos, constituyendo una tradición ininterrumpida» [2]. Estos hombres tenían en su mentalidad el concepto de la constitución del estado que tiene todavía el pueblo catalán desde la época en que ejerció la hegemonía de la corona de Aragón, y que ha sido constante y completamente distinto del que tienen los pueblos

---

(1) «La población portuguesa de confesión israelita—dice el señor Trelles en la *Revista General de Buenos-Aires*, pág. 142, tomo II—apesar de todas las prohibiciones, se hallaba incorporada á la población española, á la indígena y á la africana, principales progenitores de la entidad argentina». Y agrega en otra parte: «de esas tres razas fundadoras de nuestra población, la que presenta vínculos de sangre más antiguos con la sociedad porteña es, sin duda alguna, la raza portuguesa», loc. cit., pág. 143.

(2) *El Federalismo Argentino*, pág. 167. Arana, Algañaraz, cía, Zabala, Iraola, Torres, Pereda, Insiarte, Gaete, Garrigós, urra, Beláustegui, Otálora, etc., etc. Pereyra, Ramos, Saenz ente (Sanz Valente), Acevedo, Cueto, Piñero, Vidal, Frarq, Gómez, Pintos, Pacheco, Pereda, Rocha, etc., etc.

centrales de la Península. Ese caluroso regionalismo tan vivo, lo traen, á Buenos-Aires y lo infiltran en sus costumbres; localismo esencialmente español, mejor dicho castellano de aquellos tiempos y que obstó á la unidad de la famosa monarquía de los Reyes Católicos. Por cuenta de Castilla exclusivamente, aunque con fondos prestados en Cataluña, se hace el descubrimiento y las primeras conquistas de América: para aquella exclusivamente, serán los productos de las minas y de la rica vegetación de las colonias, para ella, la explotación de su comercio; como las conquistas de Italia son para el Rey de Aragón y por cuenta exclusiva suya. Hasta en los símbolos—dice un escritor aragonés—desde el *tanto monta* y el yugo de los reyes católieos, hasta el escudo binario alternado de los Austrias, y á las dos banderas diferentes, á cuarteles blancos y rojos, con leones y castillos, una, y á fajas amarillas y rojas, otra, ese regionalismo dualista viene claramente diseñándose. Y regionalistas llegan á Buenos-Aires y regionalistas impenitentes mueren, dejando á sus hijos, entre sus mil nes, la contaminación hereditaria de su egoís localista y fastuoso que á su vez se op vivamente á la realización de otra unidad r

grande, más amplia y urgente: la de la nacionalidad.

La prosperidad del suelo, el comercio acrecentador de la fortuna, estimula, después, ese espíritu conservador receloso, del cual fluye naturalmente la sospecha de envidias peligrosas en los que no estén, como ellos, interesados en la vida de la ciudad que lucra con su aislamiento.

No teniendo que llevar sus productos á Portobello por el Alto Perú, ¿para qué necesitaban atravesar las otras provincias, comunicarse activamente con ellas? La plata, el oro y demás metales que producían diversas secciones del territorio, podían resistir el recargo de un tráfico tan absurdo, porque su volumen era relativamente pequeño y tenía un valor elevado; pero no sucedía así con el sebo, los cereales y los cueros producidos por el Río de la Plata. Su tamaño considerable no guardaba proporción con el precio, y entonces el costo de producción, económicamente hablando, era en Portobello excesivamente subido. Bue-
-Aires debía pues, buscar, como lo hizo,
s rumbos á su comercio, circunstancia que
alejarlo del mercado central alto-peruano,
esariamente lo alejaba del resto de las pro-

vincias [1]. Todavía más: por una Cédula Real se establecía la «aduana seca» en Córdoba, donde las mercaderías del exterior introducidas por el Río de la Plata debían pagar, al pasar por allí, un derecho de 50 % sobre el valor que tuvieran en el Perú [2]. Los géneros procedentes del lado de Buenos-Aires no podían introducirse á Chile, y por lo tanto á la provincia de Cuyo, y los que llevaban á Valparaiso por el Cabo de Hornos, no podían ser introducidos á las provincias del Río de la Plata. Los productos mismos «de la tierra de la provincia de Mendoza, como vinos y aguardientes, tampoco se introducían en Buenos-Aires, Santa-Fe y Tucumán sin pagar el impuesto tan oneroso, razón por la cual en 1703 la provincia de Cuyo pretendió separarse de Chile y pidió al Rey ser anexada á las del Río de la Plata» [3].

---

(1) RAMOS MEJÍA, *El Federalismo Argentino.*

(2) «Y porque se han entendido que contraviniendo á estas calidades llevan los géneros y mercaderías á la gobernación de Tucumán y al Perú en grave daño y perjuicio del comercio de Sevilla: juzgando que el remedio es dificultoso, ha parecido que respecto de ser la ciudad de Córdoba del Tucumán paso foi para ir al Perú, se ponga en ella una casa de aduana y para fin ordenamos y mandamos que así se haga», etc., etc.

(3) Real Cédula de 14 de enero de 1810. Véase «Reale: dulas», volumen II; *Biblioteca de Buenos-Aires.*

Todas estas dificultades y tan graves inconvenientes para el natural desarrollo de los vínculos nacionales por las relaciones mercantiles, contribuían, pues, al tradicional aislamiento y á despertar con más viveza la tendencia, mejor dicho el impulso, que arrastraba á las provincias hacia el Río de la Plata, primero como una necesidad de la vida y luego como una verdadera obsesión. Mendoza necesitaba de él para ampliar su mercado de caldos; Córdoba y Salta el de sus tejidos; Rioja el de sus metales; Tucumán y Santiago de su caña, sus ponchos, sus jergas y finísimos trabajos de *tientería*. Separados «política y administrativamente y con estas trabas y cortapisas, impuestas á una de las instituciones que estimula la actividad humana y contribuye á vincular las poblaciones, era natural que las provincias del Río de la Plata, de Tucumán y de Cuyo, vivieran divorciadas entre sí, acostumbrándose á mirarse como extranjeras».

A su frente, tenía Buenos-Aires el río inmenso. Al principio, ni una vela alteró jamás ' ι superficie monótona. Parecía este río la imaen de un gigante holgazán que echado boca rriba pasara las horas en calma esperando le ieran trabajo; y á sus espaldas el llano, mu-

chas veces más grande que el río y como él tan inaccesible y por entonces aislador.

La llanura brindaba la riqueza abundante. Ni cursos de agua indomables, ni calurosos y debilitantes climas, ni la exuberante flora que en el trópico abrumador cubre de selvas el suelo, y en las que las raíces y ramas enlazadas, los bejucos gigantescos, los desperdicios leñosos pudriéndose en la tierra, son barreras infranqueables para el esfuerzo expansivo de muchas generaciones [1]. Los rebaños se criaban solos, y de su exuberancia vital resultaban las dificultades de su domesticación. Aquellos colonos felices no conocían enfermedades que se los disminuyeran, ni parásitos que los enloquecieran, ni avechucho viviente que les robara la savia de sus crías, como sucedía en Corrientes y en el Paraguay con la implacable *garrapata*. Si necesitara imaginarme de bulto á esa hermosísima llanura, me la representaría bajo la forma de una muchachona sanguínea y musculosa, de rosadas ubres y de frente dorada como la miel, la boca húmeda de savia y el andar arrogante de la Diana movediza. Tierra en qu abundan los ganados en multiplicación mara

(1) Reclus, *Nueva Geografía*, « América », tomo III.

villosa: «la becerra estando mamando se empreña», decía el Licenciado Alonso de Ziraza á Carlos V, pintandola con la acostumbrada hipérbole española; «paren las vacas á dos comunmente é á tres muchas veces». Y agregaba, vislumbrando la agricultura del porvenir: «hase probado á sembrar trigo é dase muy bien é darse ha dos ó tres veces en el año, cogiéndose como en Francia ó en nuestra provincia de Guipuscoa con su foja é espiga». Lo que en las otras provincias imponía vinculaciones de necesidad, estaba ausente en la región porteña. La natural tendencia asociadora, que multiplica la fuerza individual, y que saca «fuerzas de flaqueza», no existía en su cerebro, por la sencilla razón de que no la necesitaba. La abundancia es por excelencia aisladora y egoísta.

Buenos-Aires no tuvo, sin embargo, como Chuquisaca y Lima, la culta y orgullosa aristocracia que formaba en ellas el núcleo social director, la corte ceremoniosa y controversista del Alto Perú, en la que hormigueaban los doctores, empeñaba el foro su definitiva batalla se contorneaban soberbios los togados de la udiencia [1]. La fortuna solía ser allí de má-

[1] René Moreno, *Ultimos Días Coloniales en el Alto Perú*,)6, pág. 117.

gica adquisición, como que á menudo era arrancada á la tierra en un solo golpe audaz de la piqueta y en los peligros y aventuras de la vida subterránea. En el último tercio de su existencia, los mineros de Lipes, Chichas, Chayanta y Potosí, se retiraban á las aristocráticas villas llevando sus riquezas colosales y, en medio de una vida de molicie, la dilapidaban generosamente. Paseos, francachelas, saraos y amorosos obsequios á magnates mitrados, era en lo que derrochaban sumas fabulosas, llevados de loca vanidad [1].

¡Qué diferencia con el honrado vecino de Buenos-Aires! Comerciante y activo contrabandista á sus horas, cuya parquedad en los gastos no tenía igual, hubo para él, en medio de las facilidades que la naturaleza le brindaba, épocas de franciscana pobreza en que escasearon hasta los tenedores para llevarse la comida á la boca y en que las sillas de baqueta crugían en sus mal asentados piés. ¿Pobreza ó avaricia?

Pobreza hubo á veces, pero la avaricia, constituye, bajo la envoltura de la sobrieda el rasgo predominante de su carácter merca

---

(1) Dalense, *Bosquejo Histórico de Bolivia*, 1851.

til, y por tanto parco y positivo; desde la fundación de la ciudad, el comercio fué en efecto, su única ocupación favorita. Hasta 1750, y aún más adelante, Buenos-Aires era almacén de negros aprisionados con duros hierros, para ser vendidos, previa la marcación correspondiente por los ávidos agentes que beneficiaban de su tráfico opulento. En 1730 había miles de negros «bozales» depositados en el Retiro. De ahí, que hácia 1790, Buenos-Aires se hallase convertido en *apeadero de polizones* [1], es decir, punto de arribo de cuantos emigraban furtivamente de la península en busca de felicidad por medio del intercambio fácil. Y á fe que pronto se hacían de fortuna; golpe de audacia aquí, tumbo más allá, adquirían rápidamente caudales considerables, creando familias largas y hasta hogares interesantes, muchos de los que figuran luego con el orgullo de viejos abolengos. Más adelante, en circunstancias difíciles para la plaza y para el gobierno, el espíritu mercantil de un abuelo hebreo tan cauto y tan voraz, hará como siempre su irrupción aprovechadora. Cuando en 1828 «la escuadra esté desprovista de medios suficientes para operar,

---

FREJEIRO, *Resumen Histórico*, Segundo Censo.

el ejército desnudo y el armamento en malísimo estado», el gobierno recurrirá á ellos para levantar un empréstito interno, pero sólo ocho capitalistas ofrecerán una exígua suma, por ciento veinte días y al 2 1/2 o/o mensual. Otra vez, y en iguales apuros, golpeará de nuevo en vano aquella gruesa puerta de urunday que todavía desafía la dureza del hierro y era guardadora de sus hogares; el más generoso sólo prestará cincuenta pesos mensuales por seis meses, es decir un total de trescientos pesos [1].

Su horfandad era grande en lo referente á poseer algo para levantar el espíritu hacia otros ideales más elevados que el contrabando ó el simple comercio de cueros y de negros. En ese tiempo y aun mucho después, Buenos-Aires aun cuando llevara en su seno el óvulo de su maravilloso porvenir, no tenía los prestigios de las Audiencias, como Charcas, de la Universidad, como Córdoba, el foro influyente ó el clero rico y prestigioso, dominadores de la América. Potosí, la antigua y espléndida villa de los mineros, ostentaba ya su Casa de M-neda y su Banco de Azogueros. Sus habitar s

(1) Véase *Registro Oficial*, Año 1828; V. F. LÓPEZ, *His* ı *de la Revolución Argentina*, tomo X, págs. 397 y 399.

tenían otra alcurnia, y otra índole social las clases directoras; todas ellas disfrutaban de la justa influencia de sus riquezas deslumbradoras é inesperadas, y su irradiación política iba hasta la Córte. Todo eso dábales otra fisonomía mental que las de simples comerciantes, «modestos moradores, mercaderes enriquecidos en la época colonial y rústicos estancieros» (1). La modesta ciudad, mejor dicho, el obscuro villorio, no fué aristocrático ni intelectual hasta que otros centros de cultura le infundieron su sávia. «Era una ciudad muy reducida con más pantanos que calles» y «sin otros monumentos que la Recoba, el Fuerte y el Cabildo», bien modestos y antiestéticos aún para la época; mal nivelada, peor empedrada, con aceras estrechas de ladrillo y que, á poco andar, ya se encontraba uno con los cercos de pita y muy pronto con la pampa (2).

Como fuentes de intelectualidad, baste decir que no abundaban las escuelas; que carecía de Universidad, bibliotecas y hasta de librerías donde comprar un pliego de papel de cartas.

) VICENTE G. QUESADA, *Virreynato del Río de la Plata*, 402.

) J. A. WILDE, *Buenos-Aires desde 70 años atrás;* íd., *Anales* *Biblioteca Nacional,* tomo I, pág. 212; QUESADA, loc. cit.

Apenas si contaba con algunos conventos de frailes donde los niños aprendían á leer [1], y como elemento de enseñanza más elevada, el Real Colegio de San Carlos; mientras Córdoba, «la orgullosa metrópoli literaria», Tucumán y Salta, eran pobladas y relativamente cultas, unas por su Universidad, por su obispado otras y todas como centros de intercambio para el comercio con Chile, Cuyo y el Norte. Con todo el orgullo de su río y las otras prerrogativas conocidas, arrastraba, pues, la modesta vida social é intelectual deparada por las circunstancias y que conservó hasta fines de la Revolución.

En este sentido, aparecía retardada en su evolución mental con respecto á algunas de las otras provincias, lo que daba lugar á la formación de un medio moral dentro del cual comienza su evolución la peculiar estructura de ese *vecino porteño*, que á través de la historia, y sin cambiar de substancia, ha llevado alternativamente, los nombres de «elemento conservador», «clases antiguas», «vecindario tranquilo», «burguesía», «alto comercio», «pelu-

---

(1) Según el informe del *Procurador General*, que publi libro del doctor Gutiérrez, concurrían en 1773, al Colegio de Carlos 331 alumnos, al convento de Santo Domingo 123, San Francisco 108, al de la Merced 83, al de Bethlemitas 8

cones», «federales pacíficos». Ese vecino atraviesa un siglo, un siglo entero, experimentando el traumatismo, diré así, de las ideas, de los sentimientos y vicisitudes de todo género, sin modificarse un ápice. Cuando en nuestros días, porque todavía existían no ha mucho ejemplares de tan genuina estirpe política, lo he visto actuar tímidamente ó deslizarse en la quietud de su misantropía nostálgica, me ha hecho el efecto de aquellos paquidermos que la curiosidad científica ha descubierto, conservados tales cuales eran, por miles de años, *al amor* de los fríos polares. Puede decirse que ha sido como una vestal de aquel cuño antiguo tan castizo, cuya respetuosa é ingénua admiración por el Rey y la *ciudad*, recibiera en el tenaz particularismo, que desde el claustro materno le transmitieran sus padres, tan empecinados en ese culto. Ajenos á toda abstracción, por elemental que fuera, necesitaron estos elementos de la sensación material del caserío para concebir *su* patria, del campanario y de su cruz, bajo cuyo amparo fuéles dulce entregar la inútil carga de sus hues[illegible] á la tierra sagrada que defendieron tan sin[illegible]amente. La noción del conjunto, la función [illegible] un organismo ideal é intangible, penetró con [illegible]ultad, ó no penetró jamás, dentro de ese

cerebro lento y de tan escasa receptividad. La ciudad les impidió ver la nación.

Más que por convicción, entran en la aventura de la Independencia arrastrados por el empuje de la pasión colectiva. Cierta previsión del instinto les impone una orientación de conveniencia, desde donde observan los sucesos sin entusiasmos comprometedores. La quietud ingénua, de que en esta parte de América se disfrutó siempre, les había afianzado su interesado respeto por el *amo viejo*, y cuando el incómodo bullicio de las armas libertadoras conmovió la mansa superficie y, sobre todo, cuando las contribuciones forzosas amenazaron al «áureo fetiche», tiernamente volvieron su mirada al antiguo régimen (1), tan poco ocasionado á

(1) «Por todas partes—escribe don Tomás Manuel de Anchorena--resonaba en boca de los patriotas: ¡Viva don Fernando VII! y esta aclamación duró hasta que se reunió la Asamblea». Carta de Anchorena á Rosas (Archivo del doctor SALDÍAS). «Entonces recién se vió un manifiesto de desviamiento de la sumisión á Fernando VII y sus legítimos sucesores porque las cosas de España habían llegado á tales estados de nulidad y habia ido en tal crecimiento el poder de Napoleón según nuestro modo de ver, que ya no había esperanza de que la casa de Borbón volviese á ocupar el trono español». Carta de Anchorena. V también SALDÍAS, *La Evolución Republicana*: «Porque educ todos bajo el sistema monárquico, los hombres de mayor opinaban que en estos países era imposible formar gobi estables y bien ordenados bajo puras formas democráticas

disturbios y tan desprovisto de preocupaciones políticas.

El ejercicio intensivo que necesitaba la actuación nueva, pronto los iba á agotar. El movimiento verificado en ese tren de violencia, les cortaba el aliento. Por eso la imaginación irónica del pueblo los representaba como un hombre obeso y poltrón obligado á un continuo ejercicio de volteo. Pero ellos, como si ejercieran una vengaza, triunfan con la resistencia siempre victoriosa de su temperamento, opuesto á toda modificación psicológica; y no descansarán hasta encontrar otra autoridad igual cuya intensidad de mando les restituya la quietud. Es, que entre otros rasgos de su carácter, el deseo de la subordinación y de la obediencia *útil* predomina visiblemente. El colono no se transforma en ciudadano; se defiende del ambiente sin seguir las naturales evoluciones experimentadas por el cerebro nacional, sin que la necesidad de nuevas formas de gobierno, de instituciones libres, fuera de las reclamadas por el movimiento activo de su comercio, les obligue á [illegible]rse en una «aventura política», según ellos la calificaban. Eran, ante todo, comerciantes, y el comercio se aviene poco con las locuras

juveniles y las imprevisiones impulsivas de la muchedumbre que venía empujándolos de atrás. Su espíritu mercantil, estimulado por la ausencia de vida intelectual, se les había ido *en vicio,* y cuando las exigencias del momento les obligó á actuar en la vida pública, se les vió entrar con cierta parquedad recelosa, revelando la fuerte gravitación de sus costumbres seculares y la ausencia ingénita de aptitudes para otra cosa que el menudo negocio, á los pechos del cual habían amamantado sus ideas.

Tanto en el Estatuto Provisional, como en los preliminares del Congreso de Tucumán, siéntese actuar vivamente la mentalidad que los animaba. Allí se encuentran frente á frente á las dos estructuras en que vino á quedar dividido el país, manteniéndose ésta más que la otra dentro de la lógica de su psicología castiza, desde el primer día de la actuación municipal hasta el fin de la crisis. Hasta el lenguaje, con aquel estilo particular de su prensa y de su literatura política, guarda en el *vecino* cierta unidad, que á través de la peculiar ramplonería se abre paso, acentua 'ɔ los rasgos de una verdadera personalidad: ı voz pública y el voto general», «defens(s del sosiego público», «caudillos de facció ,

«defraudadores de la confianza pública», «traidores vendidos al oro del extranjero», son frases y calificaciones precursoras que brotan á cada instante de los puntos de su pluma.

Con un ligero esfuerzo de acomodación mental, uno podría verle deslizarse en la documentación copiosa de la época donde las dos psicologías se presentan cada cual con su temperamento. La libertad, dice la una, «es la facultad perteneciente á cada provincia para obrar á su arbitrio siempre que no dañe los intereses de las otras»; «al dejar establecido en el Estatuto el pleno derecho de elegir gobernadores, no es como un acto de obsecuencia y de cordialidad, sino obedeciendo al fin con que el Cabildo abierto de 18 de Abril había repudiado al Congreso general, que debía reunirse en Tucumán»; «todo hombre debe respetar el culto público y la religión santa del Estado» (1). Y buscaba castigar la infracción de este precepto con la brutalidad española, característica del estrecho sentimiento en donde tomaba origen. En todos sus productos se ve como per-
'e y se desenvuelve ese concepto suyo de
no debe ser el gobierno según el criterio de

(1) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia de la Revolución Argentina*, V, pág. 283.

su patriotismo. Ese ensayo de constitución de 1818, encerraba todo el dispositivo de un férreo despotismo, hasta en aquellas restricciones y vigilancias ejercidas sobre los mismo secretarios del director: «un instrumento monstruosísimo al último grado», dice el doctor don Vicente Fidel López, y en donde la más rara confusión de ideas respecto á la organización política daba la nota culminante. Baste recordar hasta donde reaccionaba contra el carácter verdaderamente ministerial y gubernativo, demostrado por los ministros en el Directorio de Posadas y de Alvear, «confundiendo absurdamente la amovilidad de los ministerios parlamentarios al influjo de las mayorías, encerrado por el régimen inglés» (1).

La otra estructura parecía sentírsela en lo que el Estatuto tenía de avanzado y substancial en materia de principios políticos. Respecto á la ciudadanía, y aunque con alguna confusión, adelantaba por ejemplo, las bases del registro cívico y del valor substancial de Censo como fundamento de orden electoral (2). Sería bueno recordar para completar la sensación de c(traste, la circunstancia de ser uno de los

(1) López, obra citada, tomo V, pág. 283

(2) López, loc. cit., pág. 281.

dactores de aquella férrea constitución que López calificó tan justamente, el mismo que, ocupando más tarde un alto puesto en la enseñanza, mandó cerrar el aula y echar á la calle al catedrático de idiología cuyas lecciones habían sido calificadas por él « de impías y perjudiciales á la causa pública ». En la inolvidable Junta de Observación, y formando grupo con él, se veían al doctor don Felipe Arana, á don Miguel de Irigoyen, Juan José Anchorena, Fabián Gómez, Escalada, Anchoris, etc., etc.

El Censor, órgano suyo, buscaba con su asidua propaganda substraer á Buenos-Aires de las influencias nacionalistas del Congreso de Tucumán y sostenía: « que era necesario aceptar la pretensión de los pueblos á emanciparse de la tiranía de la Capital [1], de esa manera, Buenos-Aires podría también aprovechar *sola* de todas las ventajas de su situación y de sus recursos ».

En los preliminares del Congreso de Tucumán, aparecen de nuevo ambas estructuras, llevándose airadas la mano á la empuñadura de espada. La una, anteponiendo á todos los ereses de la nacionalidad: « recuperar como

---

1. Véase *El Censor* de 13 de enero de 1816.

provincias argentinas las del Alto Perú, y guarnecer á Mendoza con un número de tropas suficiente para poner esa frontera al abrigo de toda invasión, y aún trasmontar la Cordillera y libertar á Chile»; y sostener ardorosamente el Congreso Nacional que iba á instalarse y en el que ponía todas sus esperanzas como representante y único depositario de la unidad y de la suerte de la patria. La otra, defendiéndose de ese Congreso y proclamando la necesidad del «no consentir el restablecimiento de la capital en Buenos-Aires, ni que viniese á imperar con las mismas facultades reconcentradas con que las Asambleas anteriores habían agotado á Buenos-Aires de hombres y de recursos en servicio de las demás provincias». «Buenos-Aires, decía, no ha recogido sino ingratitud y odios en compensación de sus sacrificios y esfuerzos; reduzcámonos á nuestro propio orden provincial» [1].

Ese vecindario conservador y tranquilo, á

---

[1] Véase V. F. López, obra citada; Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, tomos III, IV y V, especialmente; *Memoria Póstuma* del general J. M. Paz, tomos II y III; Mit *Historia de Belgrano*. «Con relación á los provincianos prin pió Rosas por arrojarlos de Buenos-Aires á sus respectivas p vincias siendo yo uno de los que formaron aquel funesto corte (*Autobiografía* del doctor don Eusebio Agüero).

quien asusta el liberalismo audaz de los hombres de la Asamblea de 1813, y la petulancia impulsiva de su genuina hechura política, será siempre el rezagado del movimiento revolucionario, en el sentido amplio del concepto. Constituía, como dije, «las clases antiguas del municipio, especie de aristocracia colonial» [1] que entraba en la revolución con un profundo sentimiento de americanismo, es verdad, pero con el ánimo de mantenerla circunscripta y prudente bajo su influjo, sin apercibirse de los fines propios y nuevos que ella entrañaba. Cuando principió á sentir las agitaciones y el delirio de las reformas, y cuando todavía no hacía tres años de su explosión, el terror empezó á dominar su tímido espíritu estimulando el radicalismo misoideista y retardatario. Al calor de sus ideas irradiantes de reposo y de tranquilo conservatorismo, sus prosélitos, lentamente se trocaban aquí legión. Hasta ciertos hombres de libros, por no decir de letras, que habían dulcificado, en escasas lecturas, las asperezas de su espíritu aptero y burgués, adqui-iendo una modesta profesión liberal, se sen-an también ganados por ese sentimiento,

[1] López, *Historia de la Revolución Argentina*, tomo V, ig. 141.

afiliándose en secreto á sus repugnancias y aspiraciones, llamados por el conjuro del peligro y, sobre todo, de las afinidades psicológicas orgánicas. La impresión de indeterminados peligros se fué haciendo cada vez más penosa, y más vehemente el sentimiento de estabilidad que antes daba tan cumplida sensación de bienestar, echando de menos la disciplina perdida en la fatigosa aventura revolucionaria. Llega un momento en el que, esa aspiración constituye algo parecido á una enfermedad de su espíritu; á fuerza de haber vagado por tan largos años en una instabilidad dolorosa, buscan algo permanente, inamovible, cualquiera sea la forma en que se lo den. Una verdadera necesidad de subordinación y de obediencia les asalta el ánimo pues sienten con más energía que antes el valor sugestivo de una afirmación vigorosa para devolverles la calma.

Aquel *vouloir vivre* imperativo de Schopenhauer, los pone en el camino de aceptarlo todo; el concepto suyo del Estado es el atribuído al filósofo, según el cual, éste no sería más que una organización utilitaria, la obr maestra del egoísmo colectivo, y la *ciudad,* forma más perfecta del deseo humano c vivir, llevado á su máximun de concentració

En ese sentido, el orden de cosas, próximo á crearse en la provincia, es ajeno, sino rebelde, al concepto político que brega en todo el resto del país por imponerse.

Es que esta estructura va triunfando, favorecida por el *medio*, y como está constituída de una materia política ductil y amorfa, los sucesos y las necesidades le conferirán la dignidad de *partido* á los fines de un mejor manejo de la cosa pública y para mayor adaptabilidad al tono general de los acontecimientos. Y como, además, según la fórmula hegeliana, «lo que es real es racional», no le faltarán teólogos avezados que con su concurso, logren racionalizar la fuerza y divinizar sus funciones coercitivas. Poseen en el procedimiento de su raciocinio un *jacobinismo* de su invención. Según Taine, con dos ó tres ideas elementales, aquellos, como el nuestro, levantan el andamiaje de su sistema é imponen su molde á la naturaleza humana. Ninguna consideración los hará retroceder, pues todas sus avenidas están tapiadas y defendidas, y si por el conducto de s sentidos, «la experiencia les impone al- ına gravedad inoportuna, no subsistirá mucho ›mpo, puesto que la expulsarán cuán grande ‑ su evidencia». Su incapacidad es conside-

rable y les impide explicarse los fenómenos políticos de otra manera que por causas próximas y siguiendo un simbolismo material muy grosero aunque, con todo, ingénuo. Para ellos como para el hombre primitivo, todo hecho extraordinario y particularmente aquellos más hostiles y perturbadores de su sistema, será siempre producido por la intervención de personas determinadas. Eligiendo un hombre ó rechazando á otro, han resuelto el problema; la personificación es su sistema, el procedimiento mental que ofrece la vía de la menor resistencia. Así en las edades remotas el hombre sencillo atribuía el trueno, el relámpago ó los temblores de tierra, á entidades individuales materializadas bajo las formas de fieras ó de fetiches.

Se comprenderá mejor este lógico estado de alma, si se recuerda que entonces ó se era estanciero de tardo vuelo ó comerciante al menudeo (1). Los menos, casi el *rare nantes in*

(1) En las publicaciones de aquella época, que resumen la vida comercial especialmente, puede comprobarse este hecho. Los apellidos más conocidos de la sociedad, hoy mismo del jor abolengo, pertenecían á este comercio modesto; bas citar algunos para convencerse: Benguria, Uribelarrea (tien Juan A. Molina (comerciante); Angel Carranza (almacén al nudeo); Victorio Otasarri (ropería); Juan Crisol (tienda);

fulgite vastos, pertenecían á las profesiones liberales, ejercidas dentro de la más modesta y respetuosa rutina. Abundaban, sobre todo, los almacenes, las tiendas y las pulperías, muchas de éstas situadas en el centro mismo de la ciudad. A lo largo de las calles del Perú y Victoria, hasta la de Buen Orden, se hallaba el centro de los tenderos aristocráticos, cuyos nom-

riano Basabe (tienda); José de Nevares (tienda); Luis Acuña (almacén de zapatos); Antonio Almeida (almacén de bebidas); J. M. Escalada (tienda); J. A. Lagos (ferretería); Luis M. Posadas (quincallería); Simón Pereyra (tienda); Manuel Cárdenas (pulpería); J. M. Ruiz (tienda); Miguel de Riglos (comerciante); J. M. Terrero (comerciante); Ambrosio Lezica (comerciante); Nicolás Anchorena (comerciante); Juan J. Anchorena (comerciante); Martín Iraola (almacén de cal); Victorio J. Zúñiga (tienda); Celedonio Pereda (efectos navales); Juan Crisol (almacén de loza); Joaquín Belgrano (corralón de maderas). Entre los tenderos figuraban los siguientes nombres, bien conocidos entonces, como sus descendientes lo son hoy: Clemente Cueto, J. Belgrano, Pastor Frías, Máximo Lozano, Pedro Gache, Miguel Gutiérrez, Francisco Casal, Simón Mier, López Seco, Antonio Galup, José Calvo, y entre los almaceneros: Santiago Albarracín, Cipriano Quesada, Francisco Chas, Narciso Martínez, Manuel de Murrieta, Salvador Moreno, Antonio Pairó, Manuel J. Miguel Escuti, Juan Fernández, Alejandro Martínez, Pedro Otalora, Gervasio Costa, Francisco del Sar. Figuran también otros apellidos, que como los ya citados, representan en esta sociedad, tradición, honorabilidad y trabajo, todos ellos sin salir de estos mios humildes en los que labraron sus fortunas, al frente de aderías, barracas, tonelerías, pulperías, carpinterías, remaetc., etc. Véase entre otros el *Almanaque de Comercio de la lad de Buenos-Aires,* 1830, por J. J. Blondel, Imprenta Argen-, calle de las Piedras, n.º 31.

bres aún suenan á nuestro oído: Blayer, Madariaga, Oliver, Bosch, Mier, Quirno, López Seco, Maldonado, Cueto, Perisena, Nevares, Quintana, González, etc. Pasando la línea de Cerrito al Sud y Parque al Este, se desarrollaba el enjambre de pulperías distribuídas de á dos ó más en cada manzana; la gente principal no salía de allí. Y la juventud colmaba las aspiraciones de los padres ocupando las plazas codiciadas de dependientes «barrenderos» de almacén, en cuyas trastiendas se hacía, con tenebroso candor, la política trascendental que sostuvo la dictadura.

Por la misma índole de sus ocupaciones y negocios, eran casi todos, los mayores contribuyentes. Una buena parte de esos comerciantes (tenderos, almaceneros, pulperos, etc.), habíanse hecho propietarios de los edificios que ocupaban, y lo mismo pasaba con los industriales (herrerías, carpinterías, etc., etc.), según se ve en los *Registros de Contribución Directa* que pueden consultarse en el Archivo Nacional correspondientes á los años de 1829, 30 y 31. Épocas de terrenos baratos, de material á la mano, puesto que el corte de ladrillos lo hac los negros fácilmente y á bajo precio, la ec cación en tales condiciones tenía que ser

hecho usual. El carnicero, el carrero, el panadero y hasta el jornalero, podía decirse que vivían en su propia casa. Había barrios enteros de negros y mulatos, la propiedad, de cuyos *terrenitos* y *sitios*, tan equívoca como fuera, Rosas iba á respetar en cambio de su adhesión. Puede, pues, afirmarse este hecho, cuya trascendencia política fluye naturalmente: que la mayoría de los porteños, de cualquier condición que fuera, vivía entonces en sus propiedades. Esta frecuencia de un arraigo material al suelo, determina el fenómeno de una sedentaridad obligada, parte importante, sin duda alguna, en la homogeneidad y vigor de la tendencia dominante. No había verdadera población flotante. *Cada mochuelo tenía su estaca*, según la frase pintoresca con la cual el general Soler afirmaba el hecho, y muy pocos fueron los resueltos á abandonarla. La revolución ó la asonada no encontrará en la ciudad, ni local para reunirse, ni población donde reclutar su personal. El infeliz poseedor de una «casita» ó rancho en *sitio* propio, donde reposar las ·as de fatiga, la cuidaba como la *niña* de ; ojos, é ideas de estabilidad y de protección cían allí donde antes habían prosperado senıientos levantiscos de insubordinación.

El concepto común de los derechos políticos y de su reivindicación era por lo tanto peculiar y concordante con esta situación de espíritu [1]. «Si bien son muy apreciables—decía un Diputado en la Cámara de Buenos-Aires—los derechos políticos que por nuestras instituciones disfrutamos en sociedad, la experiencia me ha dicho, *que los hombres toleran se les cercene de cuando en cuando el goce de esos derechos... Pero el de la propiedad* es de una naturaleza tal, que eso, en ningún caso debe atentarse contra él; porque esos mismos hombres sufren, y transigen con el gobierno sobre los otros derechos, pero pierden el tino y llevan su irritación hasta el último grado cuando se les puede quitar lo suyo» [2]. «Des-

(1) «Si el orden y bienestar de la Provincia—le dijeron á Rosas al entregarle para siempre el gobierno—depende de la ejecución de las leyes patrias, que sea, señor, desempeñada por los que le profesan amor y que ligados á ella por vínculos y relaciones poderosas, *hallan su interés personal en la utilidad pública.* Fortaleced estos vínculos y haced sentir prácticamente que la fortuna pública, la seguridad de los derechos recíprocos de todos los habitantes, *la concurrencia de las propiedades y la defensa de la seguridad personal,* no será en lo sucesivo *sometida á la rapacidad de genios extraños y turbulentos...»* Contestación de la Cámara de Diputados al discurso de recepción Rosas, 1829, *Registro Oficial,* ley 7, n.° 1, septiembre 9.

(2) Discurso del Diputado García Zúñiga, Cámara de R. sesión del 1.° de agosto de 1828, *Registro Oficial.*

engañémosnos señores — agregaba otro — los intereses particulares pueden mucho en estos momentos, y si no es en esta Sala, puede haber en otras, banqueros para ganar la votación, es decir, que pongan la política al servicio de sus negocios» [1].

Un psicodómetro semejante permitiría averiguar la amplitud de las ideas tan poco complicadas de economía y de política, tan poco prósperas en tales cerebros; explicarnos con facilidad las torcidas é ilógicas aplicaciones de gobierno que hicieron, con tanta inocencia ó malicia, en el momento supremo en que vislumbraron un cambio de régimen. No se comprenderían de otro modo las raras tentativas, tan sinceras como exóticas, de gobierno hereditario y femenil con las cuales los *buenos vecinos* pretendieron perpetuar en la familia de Rosas un gobierno hereditario [2].

Cuando intentan elevarse un poco más, si es médico, no llega sino á la obscura y limitada medicina española virreynal del año 3o,

---

(1) Discurso del señor don Juan José de Anchorena, sesión d[illegible] de septiembre de 1830. Legislatura de Buenos-Aires.

SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*. Docum[illegible] oficial publicado en el Archivo Americano, 2.ª serie, n.º 17, p[illegible] 192. *Gaceta Mercantil* de 22 de octubre de 1849. Véase por m[illegible]s detalles el Capítulo siguiente.

atada al curanderismo solemne de los augures de aldea; y si abogado, alcanza apenas al curial henchido de procedimientos especiosos y torcidos, traicionado por los aires de la trastienda, cuyas luces escasas y supersticiosas constituían la fuente de informaciones de su criterio.

El profesional del año 3o, y cuando las *aves de ala* ya habían comenzado á emigrar por la aproximación de los «fríos polares», era en Buenos-Aires un tipo peculiarísimo y genuino. Sin carecer de luces á causa de sus limitadas funciones, en una sociedad en donde las complicaciones judiciales eran rarísimas y los pleitos escasos, no podía tener, y no tenía, en efecto, aquella flexibilidad y elástica aplicatividad que dan al cerebro, la asimilación de abundantes conocimientos y de nociones experimentales, obtenidas en el apremio de la vida, obligándolo á salir de sus virtualidades expectantes, para entrar de lleno en la «actualización» del talento. En cerebro tan moroso, la mente era un simple mecanismo de pocas ruedas, montado para una función modesta
nutrición y de defensa exclusivamente.
terca invariabilidad de su estructura ha
triunfado de la Universidad, y lo que en o

pudo ser *humus* fecundante de la inteligencia, en ellos fué cuerpo extraño, que la naturaleza *barbarizatriz* nativa arrojó fuera apenas sintió sus asperezas [1]. Como dice un crítico autorizado, algunos de ellos habían estudiado bien el latín, pero en vez de servirse de él como medio de pulir su espíritu con el trato de los clásicos, dejaron enmohecer ese precioso instrumento en la jerga teológica y pseudo-metafísica del padre Altieri y en las exposiciones pálidas y ramplonas de la Instituta de Sala, de Vinius y de Hinetius [2]. Eran agenos «á todas las curiosidades que extienden los horizontes del espíritu y dan elevación y amenidad á sus manifestaciones sociales», por lo que miraban con antipatía todo movimiento expansivo y moderno en la filosofía y en la sociabilidad del siglo. Dentro de tan imperfecto alambique no podía formarse jamás la esencia alada de la *patria grande*.

---

(1) «Las personas acaudaladas ocupaban á sus hijos en los estudios, solamente mientras se ponían en actitud de manejar sus bienes, y de consiguiente sólo procuraban adquirir los cono-
ιientos que les fueran útiles á este fin». *La Compañía de Jesús* *taurada en la República Argentina*, etc., etc., por el padre fael Perez, pág. 86.

(2) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia de la Revolución Argentina*, ιo V, pág. 381.

Para comprenderlos, hay pues, que calcular los hechos que saben, las ideas que han recibido, los intereses que los mueve, y no recordar más que esos hechos, no partir sino de esas ideas, no agitar más que esos intereses [1]. Debajo de su apacible serenidad, se agitaba un mundo tenebroso de intereses materiales cuya estabilidad era factor importante en las complicaciones del problema. Con más ó menos fundamento, al defender con tanto egoísmo *su provincia,* defendían lo que materialmente era suyo. No volarían como los otros, muy alto en los dominios de la teoría y de las especulaciones políticas, pero en lo referente á la defensa de sus medios de trabajo, fortuna y tradiciones, el instinto se levantaba ágil y hasta airoso á la región de las combinaciones terrenales, para duplicar las fuerzas defensivas. No se debe olvidar al insecto, cuando, sin el poder del pensamiento superior, verifica en sus obras de arte cosas sorprendentes y resuelve los arduos problemas presentados por la naturaleza. El escarabajo, en su nidificación, opera como si conociera á fondo las leyes de la evaporación y la geometría, el don de construir la esf

---

(1) Taine, *La Revolución*, tomo V, pág. 9.

como el del exágono que tiene la abeja en todos sus trabajos, haría pensar en la dirección de un pensamiento y de una voluntad elevados sin embargo de no haber allí sino las rudimentarias disposiciones de una inteligencia puramente larval [1].

De los dos ó tres millones aproximadamente de ganado vacuno poseído por la Provincia de Buenos-Aires en 1830, un sesenta por ciento les pertenecía; lo mismo pasaba con el ganado lanar y con el millón de yeguarizo doméstico, exclusivo poblador de la región civilizada [2]. La tierra, puede decirse, era también suya en su mayor extensión [3]. Sus estancias ocupaban

---

[1] *L'Année Biologique*, 1898, pág. 695.

[2] Datos del señor Gabriel Carrasco. Carta de noviembre 19 de 1901. En 1838, Sir W. Parish calculaba la existencia de ganado vacuno en la Provincia de Buenos-Aires en 3 ó 4.000.000, hacia el año 1862, y Martín de Moussy calculaba los ganados en la siguiente forma (tomo III, pág. 15):

Vacuno	3.500.000
Lanar	20.000.000
Caballar	13.000.000

[3] He aquí los nombres de los principales estancieros de entonces por los que se verá la confirmación de este aserto si se ne presente su notoria filiación política: Laureano Rufino, ipe Arana, Juan Fernández, Marcos A. Muñua, Pedro N. Al-ez, Terrero Hs. (Cerrillos), Nicolás Anchorena, J. Girado, -vasio Rosas (Lomas de Góngora), Martín de Alzaga (Laguna luancho), Roque Saenz Peña, Juan B. Peña, Ezcurra Arquibel,

zona que en 1826 constituía la extensión territorial realmente poblada. En esa fecha, según los datos más fidedignos, alcanzaba á 102.688 kilómetros cuadrados dentro de una línea que al Sud de Buenos-Aires y empezando en el actual Mar del Plata continuaba por el Tandil, Azul, Alvear, 25 de Mayo, Bragado, Junín, Rojas y Pergamino y un poco al Norte de San Nicolás de los Arroyos [1]. Fuera de ese límite empezaba la zona peligrosa donde los indios hacían sus frecuentes incursiones y en la cual era escasísima la población estable. El Norte de la Provincia y el Oeste les pertenecía principalmente, como su cuartel general, porque el terrible *núcleo de absorción* (Cerrillos) había desde allí comenzado á irradiar sus tentáculos.

Si se toman los nombres de los mayores contribuyentes en la campaña, se verá que en

---

Simón Pereyra, Julian del Molino Torres (Campos de la Guardia del Monte), Manuel Morillo, Luis Dorrego, Benjamin Zubiaurre, M. Guerrico, Calixto Bravo (ex empleados estos tres últimos en la estancia de Rosas), Francisco Pineiro, Prudencio Rosas, Pedro Jesús Udaquiola (Campos de Ranchos), Urquiola (Campos de la Guardia del Monte), Juan Crisóstomo Girado, Roque B driz, José M. Saavedra, Francisco Pereyra, etc., etc. Puede ve en el Archivo General de la Nación el legajo correspondien la Contribución Directa de la Provincia por los años 1829, 30 y

(1) Censo de Buenos-Aires, 1881, pág. 76.

ese tiempo poseían la mayor extensión de tierra casi cubierta de ganado, que cuando la exportación se interrumpía por la guerra ú otra circunstancia, entregaban al gobierno á precios convenientes y religiosamente abonados. La industria de los saladeros en su forma primitiva, y una de las principales, tal vez la más próspera, no sólo por su irradiación europea cuanto por sus relaciones con los mercados del Río de la Plata, era hija suya también y beneficiaba de una manera fundamental la riqueza de la Provincia. Las constantes invasiones de los caudillos provincianos y de sus turbas, no tenían otro objeto que matar con la carne jugosa y barata de la rica Provincia, su hambre voraz, obligándola algunas veces á abandonar sus quehaceres y levantar ejércitos costeados con su propio peculio [1]. ¡Cómo iría á ser la prosperidad de su terruño el día en que ellos consiguieran cavar un abismo como frontera! Ese era el marco de oro del *patriotismo-ciudad:* constituía la obsesión secular de sus «vecinos».

Estos intereses ligados á los de otras clases ›ciales, dieron á ese sentimiento un volumen, ue con el andar del tiempo y los naturales

(1) Véase SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, mo I, págs. 57 y 74.

mientos de la pasión, tomaron los caracteres conocidos de violencia.

Detrás de ese vecino, comerciante y estanciero, y antes de llegar á la llamada *plebe,* había otra clase intermedia, urbana y campesina al mismo tiempo, colaboradora eficaz, constituída por el criollo *chacarero,* genuino también y que como otros tipos de su especie, ha desaparecido para siempre.

Vivía en los alrededores de la amada ciudad ó á muy pocas cuadras del suburbio; orgulloso dentro de los grandes plantíos de *maíz de guinea,* generoso proveedor de la gran industria de las escobas con las cuales daba de comer á veinte mil negros. Cultivaba las *sandías* jugosas, las uvas de sus grandes viñedos, el trigo y el membrillo, que en ciertas épocas venía á las puertas de ese hogar sencillo, enteramente ocupado en la confección del dulce y la jalea tradicional. En grandes y caprichosos envases, confeccionados en la casa, salía de las manos de su industria sana y próspera. Algunos de los inolvidables caserones, llenos de perfumados recuerdos y melancólicamente perdid--
entre el humo de los *hornos de vascos* que h
los profanan, conservan todavía la señoril a
vez de la ruina romana. La pita garbosa ent

mezclada á la *cina-cina,* defendiéndose con sus reverdecimientos intermitentes y provocadores, están revelando, hasta en su robusta resistencia á las flagelaciones del tiempo, cómo era de celoso aquel tipo en la defensa de su heredad, y qué despreciativos conceptos le merecían ciertas profanidades europeas entre cuyos dorados deslumbramientos descubría su lejana ruina. En la *Chacarita de los Colegiales* y en sus pintorescos alrededores, estaba uno de los principales centros de estas *chacras* de tan gratos recuerdos para generaciones que aún no han desaparecido y que conservan en el sentido el perfume tan grato de los montes de duraznos, de los de la higuera de buena breva y de los inmensos parrales, cuya fruta no ha sido todavía reemplazada con ventaja. Casi todos esos chacareros eran propietarios ó simples arrendatarios. Estos últimos, aunque fueran de las suertes de chacras principales, «como la de cabezadas», pagaban anualmente diez pesos por cada cuadra cuadrada, que el Administrador de la Chacarita recogía conjuntamente con el ›ducto de los montes, dando cuenta á la Re- ptoría General al fin de cada semestre [1]. To-

[1]) Decreto de junio 30 de 1830, *Registro Oficial* del mismo

das estaban bien amojonadas y medidas en cumplimiento del Decreto de octubre de 1829; defendidas por cercos vivos y por manzas. jaurías á quienes la obscuridad de la noche, con sus ruídos misteriosos, ponía celosa la garganta y ágil el colmillo.

Este porteño utilitario y práctico, de cepa tan criolla, resistió heroicamente al cosmopolitismo voraz, que ha suprimido al payador de las leyendas, rompiendo las cuerdas de la guitarra para vestir al gaucho de jaquet y borrar hasta la remota posibilidad del idilio. Al arrebatar á la estancia vieja su poesía, y al tipo nacional de las ciudades su gentil hombría indolente, puebla el suburbio de fábricas y talleres y tiende sobre la llanura, tan bella como desierta, los mil hilos de acero que suprimen el tiempo y acortan el espacio.

Ese europeismo, sobre todo, era lo que tenían que reprocharle amargamente al *salvaje unitario, vendido al oro inmundo de los franceses* y aliado de la Europa. Era ésta precisamente su ínquina predominante, uno de los secretos resortes vitales de la devota adhesión polít á Rosas de toda la sociedad y especialmente todos estos tipos tan genuinos de primitiva sistencia. Sentían al extranjero, invasor y ag

sivo por naturaleza, dominando á su vegetativo espíritu de conservación [1]. La oveja merina introducida de años atrás por Rivadavia, se vendía mejor porque su lana cuidada de otra manera por el *gringo*, era codiciada y preferida. Sin embargo, nadie le habría hecho entrar por el aro del refinamiento, cambiar el viejo *estaqueadero* que deformaba los cueros, la contramarca y la abundancia del *yerro* que los arruinaba. Su criterio es tan estrecho como firme é

(1) El Diputado doctor don Eduardo Lahitte, después de acusar á los unitarios de haber sido aliados de los franceses, razón para no hacer jamás paz ni avenimiento con ellos, y de asegurar que los extranjeros han estado siempre del lado de los rebeldes, decía: «Y, ¿alguna vez, Señores, se presentaron al lado de los gobiernos á ofrecerles su cooperación para sostener el principio de la legalidad? No, jamás. Al contrario. Decididos é interesados por vernos siempre en guerra, siempre en campaña, siempre sobre las armas, para ser ellos los exclusivos dueños del comercio, de la industria y de las artes, han sembrado siempre la discordia.—¿Qué quieren los extranjeros?—¿Quieren el orden?—¿Quieren la paz?—¿Quieren la prosperidad del país?—No, señores.—Sí, un día llegará; no está distante.—Y entonces, nosotros, dueños del suelo que nos vió nacer, nos enseñorearemos sobre él: gozaremos ampliamente los derechos que nos da nuestra nacionalidad y la naturaleza, mientras los extranjeros sean en nuestro país lo que nosotros en el suyo, es decir, *miserables extranjeros*». Discurso del doctor D. E. Lahitte, ›utado y Magistrado y Ministro Plenipotenciario de Rosas en .ivia (Sesión de 12 de noviembre de 1844, n.° 5771 de la *Ga-a)*. «¿Qué nos importa que no nos venga nada de Europa?— no tenemos sillas de madera en que sentarnos, nos sentare-s «en cabezas de vaca» (Aplausos). Discurso del doctor don

invariable, hasta los límites de una idea fija, el sentimiento de resistencia. Y lo peor, es que este sentimiento se había hecho universal hasta constituir otro rasgo peculiar de semejante sociedad.

La introducción de extranjeros fué seguramente un delito de traición; su toma de posesión de la tierra un robo. El fomento de la inmigración, el puerto para el acceso fácil, la reglamentación del sistema de vida del campo,

---

Lorenzo Torres, Diputado y Magistrado de Rosas (Sesión de 12 de noviembre de 1843, n.° 5771 de la *Gaceta)*. El Diputado don Baldomero García, acusó á los unitarios de la «maldad refinada de la predilección que tienen por todo lo extranjero»; de que concibieran «*el imbécil designio de hacer de esta tierra una sociedad europea*»; «con extranjeros, dice, se asociaban sus hombres de Estado, de extranjeros se valían para todas sus empresas, extranjeros presidían á la educación de la juventud, los extranjeros eran todo, y ningún hijo del país valía ante la autoridad sino se le presentaba, imitando en sus vestidos, modales é idioma del más refinado parisiense» (Sesión de 12 de noviembre de 1843, n.° 5771 de la *Gaceta)*. «En los principios de una buena política la concurrencia de extranjeros es conveniente; pero por una inexplicable anomalía, entre nosotros es perjudicial. Nuestro deber, señores, es llamar á nuestros hijos, referirles la injusticia que se nos hace, el empeño que se tiene en mantenernos en esclavitud, y cuando veamos sus cabellos erizados y sus ojos encendidos, pongamos las armas en sus man y digámosles: ¡á los extranjeros!...» Discurso del doctor don I nuel Irigoyen, Diputado y Oficial Mayor del Ministerio de R(ciones Exteriores de Rosas (Sesión del 15 de diciembre de 18 n.° 11 del Archivo, pág. 295).

la implantación de escuelas agrícolas; etc., todo se traduce en odios despreciativos y violentos para los iniciadores. Para el espíritu retardatario del estanciero federal, pudo tal vez más que nada en la dirección de sus sentimientos, los primorosos caballos de raza, también introducidos por Rivadavia, aquel pesado carnero que transformaría la ruín *ovejita*, el brioso y fecundo Durham, terrible competidor del toro criollo, hasta entonces dominador sin rival del sumiso *rodeo*.

Mezclados con este sentimiento hostil contra el extranjero y el unitario, existen coincidencias y asociaciones sugestivas bastantes para autorizar la sospecha de algo más trascendental que un simple sentimiento torpe de repulsión inconsciente. Hay detrás de ello mucho de instinto de conservación: Aguirre, Rojas y Haedo, tres de los que en el gremio de hacendados trabajaron más por difundir las ideas reformadoras de Rivadavia en la ganadería, eran *unitarios* (1). Por su calidad de extranjeros, también lo eran los carneros merinos; y se pretendía entonces que fueron ellos los difundidores de la sarna cuando en Buenos-Aires llegó en 1845

Revista del Plata, entrega 1.ª y 4.ª de 1853.

á afectar proporciones de epidemia. Á los gritos de *«mueran los extranjeros sarnosos»*, el gauchaje dió cuenta de los rebaños existentes en las estancias, embargadas ó no, de *salvajes* y extranjeros [1]. El *francés* Ternaux, introductor de las cabras tibetanas en Francia, hizo mayor el odio enviando á Buenos-Aires en 1824, y por indicación de Rivadavia, cien ovejas finas de raza pura Leonesa, luego vendidas á otro unitario don Manuel Pinto, fundador de una cabaña que pasó después á manos de Hariat y Sheridan. En la estancia de Holney, en Monsalvo, respetaron las vidas de los insurrectos de la Revolución del Sud de 1839, pero degollaron los cuatro carneros merinos adquiridos por el establecimiento para reproductores. En Marihuincul, perteneciente á don Matías Ramos Mejía, destruyeron las tropillas de zaínas y alazanas cuyo tipo revelaba su parentesco con el padrillo perteneciente á Hariat, en Kakel. El coronel don Vicente González y el comandante don Antonio Ramírez, que procedían según ellos por orden de Rosas, destruían ayudados de otros agentes «las principales crías de padı sajones y majadas de carneros finos. Despu

---

(1) *Revista del Plata*, n.° 2, 1853.

con el pretexto de embargos, mataron igualmente los carneros padres que habían costado sumas ingentes á sus dueños» (1).

Todas estas cosas iban vinculando al *francés sarnoso,* al extranjero en general, con el unitario *vendido al oro* de aquellos. Agréguese á esto, la manera de pensar francesa, en literatura y un poco en política, de la juventud y de los principales próceres del partido, tan repugnante por eso al verdadero patriotismo urbano. El gaucho y el burgués, tenían pues, mucho que vengar, además de la sarna y de los vejámenes á la religión en formas las más depresivas hechas por Rivadavia, contaminado del *galicismo* español de Floridablanca. Francés era el lápiz que ridiculizaba á Rosas en el *Grito Argentino,* y se supone francesa también la mano anónima que trazaba en 1840 el perfil del Dictador en el panfleto perseguido por la policía y mandado recoger por el gobierno. El joven químico francés, don Antonio Cambacerés, traído de París por don Juan Larrea, crea la verdadera industria del saladero, pero, sup ne la alegría y los peligros de las «matanz », en las cuales la destreza de la peonada y

---

) RIVERA INDARTE, *Rosas y sus Opositores*, pág. 288.

las vicisitudes de la singular función, atraían al gauchaje aventurero; substituye el brazo del campesino por el «torno sencillo»; quita al lazo sus encantos, al criollo por medio de la máquina su importancia capital, por más que el silencio de la faena y la economía realizada hacen de esa industria, y con menos capital, un negocio multiplicador de las utilidades. La reputación de *brujería* comienza á circular cuando el *saladero del francés* compra las *patas* de los animales despreciadas por el criollo, y entre cuyas fibras el ojo del químico ha descubierto minas de oro en forma de *aceite* [1]. Enormes columnas de humo difunden por los alrededores las hediondeces de un trabajo que el vecino inocente ha de haber sentido azufrado y diabólico.

¡Ay de Rosas mismo si eludiendo los impulsos de aquella democracia exigente no hubiera ido contra los extranjeros de 1839 y 1846! Aún escaseaban en los campos y ciudades y fácilmente se podía luchar contra ellos. Pero ¡ay del criollo también, el día en que triunfaran con ellos los unitarios!

En el partido de San Nicolás de los Arr yos, centro activo del trabajo y del comerci

(1) Fué Cambacerés el primer fabricante é inventor de e artículo que en su tiempo constituyó una gran industria.

de ciento diez y siete comerciantes, sólo treinta y nueve eran extranjeros; de ciento ochenta y nueve estancieros, sólo cuatro eran extranjeros; de doscientos treinta y siete dependientes, sólo ocho lo eran; de cuatrocientos trece peones del pueblo, sólo doce. La misma estadística y con mucha más amplitud, podía aplicarse á otros centros comerciales de la campaña (1).

Como este sentimiento tan hostil procede de cepa colonial, razón por la cual se mantiene doblemente vigoroso, va en el espíritu del nativo socavando todo lo que de nacional pudo haber engendrado en su ánimo la guerra de la independencia con sus glorias y peligros comunes. Porque téngase presente, como ya lo he demostrado, que para el villano porteño, tan «gringo» era el europeo como el provinciano. Con todo, como ese activo chacarero y el gran estanciero fueron un tipo bondadoso y pasivo creyente, poca parte tomarán en los excesos de la dictadura. Su patriotismo, sin actuaciones violentas, se reducirá á la admiración tranquila, y, dentro de ciertos límites, á la tolerancia y complicidad respetuosa que en la vida ordinaria se exteriorizaban en mul-

---

(1) Véase *Registro Estadístico de la Provincia de Buenos-A*

titud de pequeñas ayudas, que juntas constituían sin embargo una verdadera fuerza de cooperación: el caballo de refresco para el chasque, la denuncia oportuna, el agua y el campo á la invernada del estado, la subscripción ó el entusiasmo popular, tales eran para él sus procedimientos más usuales de adhesión. Y detrás de todo ese elemento ponderado y ecuánime, dentro de su limitado horizonte, estaba la muchedumbre anónima, la «*democracia mugiente*» como diría Carlyle, con la inconsciencia impulsiva de sus fuerzas colectivas, removida por los corifeos populacheros.

El abigarrado «orillerismo» en ninguna parte era tan genuino como en Buenos-Aires. Por naturales antagonismos de posición había sido en otro tiempo enemigo de la gente decente, pero ahora constituía una misma masa con ella. Los mismos intereses, poco más ó menos, las mismas pasiones en determinados sentidos y una misma devoción los unía en el trascendental propósito. Ésta lo disimulaba con cierta discreción hija de su timidez, pero en aquella el patriotismo local, era violento é insolent «ni sabía ni le importaba un ápice si Busto López ó Quiroga eran federales, ni si el apo les venía de Artigas ó Ramírez, cuyos nomb

ni recordaban ni conocían; ellos *eran porteños y nada más,* y hacían completa abstracción de los demás [1]. Un poco por analogía de propósitos, otro por imposiciones del número, lo cierto es que el *centro* había sido dominado por el suburbio, quien llevaba la fuerza y actuaba en todo de manera más radical. Si en aquél quedaban aún veleidades y humos aristocráticos, seguramente tendrían que ceder, por lo menos aparentemente, al empuje democrático é igualitario impuesto por las circunstancias. El pobrerío belicoso, protegido y fomentado por Rosas, era, como se comprende, democrático, con todo el radicalismo de su pasión. Esta circunstancia hacía más grande el alejamiento y el odio á las provincias, á las que suponían, con muchos visos de razón, incubadoras de las ideas monárquicas y aristocráticas; pues apesar de cierto mercantilismo liberal y democrático, con el cual hubieron de contemporizar las cultas sociedades del interior, las altas gerarquías constituídas conservaban el prestigioso recuerdo mantenido en las provincias del Alto Perú, en donde la monarquía tuvo ambiente propicio para facilitar su abortada gestación.

López, loc. cit., tomo X, pág. 346.

La familia de noble abolengo y de grandes pergaminos, fué en el interior, tal vez más común que en Buenos-Aires [1]. Especialmente en las del centro, parecía difícil encontrar una que no procediera de la más pura nobleza española, ó no tuviera en sus antepasados un conquistador, virrey ú orgulloso mitrado mantenedor de la tradición de soberbia aristocrática, ambiente propicio para que en el Congreso de Tucumán encontrara calor la idea de una monarquía. En Buenos-Aires, para cuya plebe el odio contra Fernando VII «se aunaba intrínsecamente con la aversión á los demás monarcas y á la forma misma que tenía por base la humillante ficción de una familia condecorada por simple nacimiento con el poder soberano», la idea monárquica era odiada con tanta mayor razón cuanto que parecía tolerada por las provincias. El espíritu naturalmente irónico del «guarango» porteño, cuyo gobierno se acercaba, imperativo y tiránico, había llenado de «ridículo á la nobleza de cholos vestida á la europea». Le horrorizaba la idea de una aristocracia improvisada y *del mismo palo* de ellos. Más que en ninguna a parte del país, se había formado en la socie d

(1) Véase Capítulo IV: *Cómo se forma la tiranía.*

del interior, un lirismo de pura convención entre la causa actual de la Independencia y la causa antigua de la Conquista [1]; pero felizmente para la causa democrática, se disipaba alegremente en el libre contacto del aire de la llanura bonaerense, disolvente y aséptico cuando soplaba apamperado. Para los *manteos* que se habían agitado con tanto garbo en las ruidosas *marcolinas* y *sabatinas* del aristocrático claustro de Charcas, era de mal augurio, por cuanto anunciaba tormenta. La sociedad burguesa y mercantil de la metrópoli parecía más española y colonial que *incanizante* por el sentimiento y estructura, conservadora á su modo; su tendencia era, pues, en ese sentido concordante con las inclinaciones de la plebe contraria al Congreso de Tucumán, cuyas tentativas ingénuas de *opresión* y *diferencia de clases* aumentaba la lista de resentimientos para los porteños.

En la lejana provincia, especialmente en las industriales, estas diferencias de clases, aunque existían en el trato social más profundamente l vez, no parecían, con todo, tan pesadas ıra el pueblo obrero, sumiso por los hábitos

(1) LÓPEZ, ob. cit., pág. 543, tomo V.

creados en el trabajo sedentario y vegetativo de sus industrias manuales tan prósperas. Las necesidades apremiantes de la vida, habían de satisfacerse en la penosa labor diaria; el pan se amasaba con la faena cotidiana de sus manos hábiles y vigorosas; mientras que el plebeyo porteño, cuando el hambre lo apuraba, no tenía más que salir al campo, voltear una vaca alzada ó enlazar una oveja que era de todos. Vivía aquél sometido á la dura ley de la necesidad, haciendo del trabajo su única é ineludible preocupación; mientras éste, puede decirse, nadando en la abundancia, tenía su espíritu libre para dar cabida y rienda suelta á las ideas democráticas y á otras cosas que la ambición política de otros fomenta y la bondad del terreno facilita. Allí la relativa homogeneidad de raza, con su conocida docilidad, produce cierta uniformidad sensitiva, alejando antagonismos y luchas intestinas y facilitando la difusión colectiva sin choques ni razonamientos. La masa popular de Buenos-Aires, levantisca y despreocupada, ya era, por abolengo, hetereogénea y cosmopolita dentro la misma unidad relativa derivada del prop sito vital y del *medio* político. Cada una de l razas del componente social, algunas de ell

bien inferiores [1], traían su concurso de malignidad y de indiferencia á la solución del problema nacional. La intervención de su sangre enfurece al instinto y sugiere audacias de que los otros se sorprenderían. Lo mismo el judío portugués y traficante de esclavos, el negro y el mulato, despreciados y oprimidos en las provincias aristocráticas con las disposiciones sobre limpieza de sangre tan rígidamente practicadas [2], y la celosa investigación de la pater-

---

(1) Según El *Lazarillo de Ciegos Caminantes*, la población de Buenos-Aires y su ejido tenía en 1770 esta composición:

Españoles de ambos sexos (blancos).....	22.007
Esclavos negros y mulatos de ambos sexos	4.163
Libres » » y soldados.....	450
Clérigos..................................	77
Frailes..........	485
Monjas..................................	112
TOTAL DE POBLACIÓN........	27.294

Y según el Censo formado por el Cabildo siendo Virrey Vertiz, la composición de Buenos-Aires era, en 1778, la siguiente:

Españoles de ambos sexos (blancos).....	15.719
Indios » » »	544
Mestizos » » »	674
Mulatos » » »	3.153
Negros » » »	4.115
TOTAL DE POBLACIÓN........	24.205

(2) GARRO, *Historia de la Universidad de Córdoba*, pág. 159. rtenece al extinguido Cabildo de Córdoba y corresponde al o 1746, este documento que confirma lo que más arriba digo: *cta sobre el casamiento de Juan Bruno con Eugenia Mantilla.*

nidad [1] que el plebeyo anónimo cuyo doctorado «causaba suma extrañeza por ser ilegítimo ó de obscuro nacimiento» [2] y el socialmente incunable y desconocido [3], aunque laborioso,

---

(1) Garro, *Historia de la Universidad de Córdoba*, pág. 96.
(2) Garro, *Historia de la Universidad de Córdoba*, pág. 159.
(3) Garzón, Crónica de Córdoba.

En Córdoba, en los días de noviembre de mil setecientos cuarenta y seis años, los señores del Cabildo, Justicia y Regimiento de ella, se juntaron y congregaron en esta Sala capitular de su ayuntamiento para tratar y conferir las cosas del pró y útil de la República, como lo tienen de uso y costumbre á son de campaña tañida, y fueron: don Manuel de Esteban y León, alguacil del Santo Oficio por la Suprema, Teniente de Rey de esta ciudad y cabo subalterno de esta Provincia, los maestros de campo don Ignacio de Izasi, alcalde ordinario de primer voto, don Pedro de Argüello, alcalde ordinario de segundo voto, don Manuel Noble Canelos alcalde mayor provincial de la Santa Hermandad, don Marcos de Azcasubi, Regidor decano, don Juan Agustín de Echenique, Regidor depositario general propietario, que son los que se hallan presentes, y los demás ausentes en sus haciendas de campaña. Y en este estado, el señor alcalde de primer voto, propuso haciendo saber á la señoría del Cabildo, como con ocasión del casamiento de Juan Bruno, residente en esta ciudad, con la mulatilla Eugenia, hija de Lorenza, mulata, difunta, quien tuvo tres hijas, las cuales se hallan casadas, la una con el mulato barbero llamado por sobrenombre el Macho, la otra con otro mulatillo llamado Pedro José, esclavo de Santa Teresa, la Nobleza de esta ciudad le requirió así de hombres como de señoras para que se le mandase al dicho Bruno no saliese la dicha su mujer á la iglesia, ni á la calle manto ni vestuario de seda, ni alfombra, así en la iglesia c en la calle, por ser este vestuario divisa de la nobleza, y esta mulata criada en las esquinas de la plaza como su far

encontraron en Buenos-Aires puertas abiertas con amplitud, acceso fácil para todo, sin entorpecedoras investigaciones de cuna y limpieza de sangre. Con el nuevo orden de cosas que se establecía, la ansiada democracia iba á llegar á su febril acme: la plebe porteña ocuparía las alturas en medio del triunfante clamoreo

---

materna y hermanas, y que, de no hacer así, resultaría gran perjuicio al gobierno de la República y se originarían varios escándalos, pues pasaría la nobleza á hacer su demostración con la dicha mulata; y que así se considerase la materia con el más prudente acuerdo y determinación para el buen gobierno, paz y quietud de la República. Y habiendo oído y considerado el caso y materia con el acuerdo debido, unánimes y conformes determinaron, que para la paz, quietud y excusar muchas ofensas á Dios nuestro señor, se le mandase al dicho Juan Bruno, por ser mero advenedizo y casado con la dicha mulata, no salga su mujer á la iglesia ni á la calle con manto, ni vestuario de seda, ni alfombras, ni criadas por detrás, así á la iglesia como á las calles, por ser todo esto, sólo perteneciente á la nobleza y ser ella mulata conocida y criada en las esquinas de la plaza como su familia, con apercibimiento, etc.». «Hasta el año 1848 existieron testamentos, con esclavos y criadas legados y transmitidos por voluntad de artículo de muerte, sin que el acto violentase á los mismos que eran instrumentos. La tradición no había sido herida por la ley». «La familia de la nobleza colonial, dió en el interior del país, en las ciudades pobladas con anterioridad á Buenos-Aires, una cohesión social en las altas clases, que no tuvo ninguna ciudad del litoral, apesar de que cuando llegó el momento revolucionario Buenos-Aires, era ya la metrópoli del virreynato, con una sociedad tan rica y culta como aquellas, pero con un espíritu más democrático y con una clase popular». «De antemano, las sociedades del interior, en las regiones marcadas como desenvueltas bajo la

alrededor del símbolo carnal de sus aspiraciones. Pero, «no hay mal que por bien no venga»: después que el enorme mar bravío se retira á sus cauces naturales, deja en su largo recorrido de veinte y cinco años, el limo fecundo de una conquista que constituye en esta sociedad la única verdad verdadera: la igualdad ante el trabajo y las aptitudes.

Pero la obra no parece la realización de un ideal exclusivo de Rosas. Viene haciéndose

---

influencia del Alto y del Bajo Perú, tienen todavía los resabios de las aristocracias coloniales, y resisten de una manera franca y decisiva la igualdad democrática. El chisme tradicional y genealógico, no vale por lo que él comporta, — como buenos sedimentos en el carácter y virtudes en el hogar, — vale como pasaporte eficaz, para todas las manifestaciones de la vida social. La intelectualidad, si no brilla en un representante de antiguos hogares, es reciamente combatida y despreciada, y al hombre que tiene las brillantes dotes como única fortuna y es el primero de significación de su familia, no se le abre paso sino después de inauditos esfuerzos». *Páginas Históricas; El Interior* y *El Litoral; Prensa* del 9 de julio de 1901. «Que ninguna mulata negra samba ni india ni otra gente desta calidad, no puedan bestir género alguno de seda, ni oro, ni plata, ni puntos de ningun género interior ni exteriormente, ni traer perlas, diamantes, ni joyas, etc., etc. (*Acta del Cabildo de Córdoba,* tomo XIV, pág. 119, 1688). Puede verse también *Córdoba, Carta sobre la vida y las costumbres en el interior* por don José Manuel Eizaguirre, además de las obras ya citadas antes. «T es la idea de igualdad que de aquí viene que en la ciudad (Buenos-Aires ni el Virrey encuentra un lacayo blanco ó españ(y es preciso que se sirva de indios, negros ó pardos». Azar *Descripción del Paraguay.*

francamente, desde 1810. La forma excesiva de esta democracia turbulenta y egoísta, surge de la necesidad que tendría el dictador para sus fines de estabilidad; no constituye para él un fin sino un medio, un instrumento solamente. Su estructura moral, sus íntimos propósitos y hasta el concepto de su propia persona, están en una completa contradicción con semejante tendencia, repugnante á sus hábitos personalmente aristocráticos. Tiene del hombre una idea demasiada despreciativa para ser sinceramente demócrata. Y, sin embargo, es curioso: este político, que indudablemente presidió un movimiento de esta clase en las multitudes de Buenos-Aires, se cree distinto y superior á los demás hombres y tratará de fundar, como se sabe, un gobierno hereditario. Su obra, si existió, fué, pues, inconsciente y extraña á él. Lombroso diría que ese es precisamente el carácter de la obra del genio, tal como él lo entiende, es decir, obra de la epilepsia estallando sobre un fondo degenerativo [1]. Verifícala como el cataclismo geológico produce diamante en las entrañas de la tierra ó umula metales preciosos en el oculto yaci-

[1] Cf. *L'uomo di genio* y *Genio e Follia*.

miento. El volcán constituye, en efecto, un maravilloso órgano de circulación de materia y de fuerza, y aunque dentro de su ciega función no entra el propósito de beneficiar la tierra, las reacciones de sus focos se truecan en grandes flujos de potencia calorífica y eléctrica que se derraman en la atmósfera vivificando la naturaleza [1]. Hay en ese estallido de la plebe una verdadera revolución que, sin perder en sus líneas externas y en todo lo demás su carácter bárbaro y sangriento, aspira á realizar un estado de cosas que tiene por fundamento la más absoluta igualdad.

Cuando la revolución cambió el régimen económico de las Provincias, determinando el principio de su ruina industrial y mejorando el de Buenos-Aires, para ellas, ambos problemas, político y económico, se confundieron en uno solo, porque su solución estaba en Buenos-Aires, en donde predominaba otro tipo económico y social antagónico. La industria, terriblemente fustigada por la guerra de la Independencia primero, y la de la Tiranía después, y que abarca todo el país, suprime en la Provincias los medios de trabajo y el obrei

(1) MEUNIER, *Revue Rose*, agosto de 1902.

emigra ó perece en los ejércitos. Á medida que la guerra civil se extiende, el espíritu guerrero substituye al instinto económico, menos apto entonces para la preservación de la vida por el trabajo, improductivo á causa de la situación que atraviesan. El constante empleo de la mano como su único instrumento y fuerza motriz, les ha despertado confianza en la utilidad de su brazo, tan espontáneo en la explosión del empuje como diestro y seguro en el golpe; á falta del taller, la transición al campamento y á la maestranza, no puede ser brusca, y en su mano el fusil y el matillo van á confundirse. La substitución de los dos tipos mentales, el soldado y el obrero, por el *libertador*, que resulta de la junción de ambos, dan á éste una trascendencia nacional é histórica considerable por los intereses que representa y porque en las provincias cada soldado es un valor social. Por eso el momento crítico en el cual el obrero se hace soldado, es de gran trascendencia en este período histórico. En el odio de ambos partidos irán mezclados, como estimulantes de acritud, las necesidades de la vida á la par e la política, la igualdad económica para los, la libertad comercial igual para todos nbién. Ciertos contrastes mortificantes los

enardecen y confunden. Las pequeñas industrias de la sastrería y talabartería, que ocupan en la ciudad de Buenos-Aires barrios enteros; la armería y elaboración de alimentos; la curtiduría y salazón de carne, etc., etc., aseguran la vida fácil y hasta abundante del pobrerío metropolitano, que va, con su trabajo á armar y á calzar á todos los ejércitos que Rosas derramará sobre las Provincias. En estas condiciones, la guerra toma allí cierto aspecto de lucha social; el hambre y la miseria suyas, en presencia de la relativa prosperidad de Buenos-Aires, se injerta en la secular tendencia; exaltando y mezclándose al patriotismo, lo estimula con siniestros caracteres, como si más que un ideal fueran necesidades materiales las que las empujaran en tan larga y sostenida guerra.

Llega un momento en el que todas aquellas psicologías individuales se funden en una sola social. En Buenos-Aires, Rosas será la reducción á la unidad de una multitud de conciencias particulares, cuya actividad domina, coordina y multiplica. Una voluntad obscura, pero perseverante, venía constituyendo este pod porque la orientación de sus propósitos del prevalecer contra influencias nacionales pert badoras y para ellos menos eficaces. La volı

tad vigorosa y rectora que regimenta todas esas actividades, un momento dispersas, comienza á actuar; las uniforma y orienta hacia fines precisos, «haciendo prevalecer finalidades de conjunto sobre caprichos individuales poco resistentes á la acción de aquellos». El grave sacudimiento de 1820 determina como una exacerbación de las afinidades, y ambas estructuras operan un movimiento vivo de concentración respectiva. En Buenos-Aires, el *patriotismo-ciudad,* con sus derivaciones políticas, económicas, religiosas y sociales, se hace formidable por esa *puissance de volonté* que obliga tanto al individuo más fuerte como al más débil, á entrar en una asociación en donde el más fuerte manda. Todos convienen en limitar su libertad, porque en cambio aumentan su poder defensivo de la vida y de los intereses, determinando una regla que fija una utilidad. Un grupo social así constituído, «crea bajo la forma de costumbres, de moral, de religión y de leyes, actitudes de utilidad; crea valores y llama *malo* lo que para sus fines es peligroso y eno lo que le es útil». Bajo la amenaza de saparecer, obedece á este conjunto de ideas é pulsiones que son las fórmulas de su necelad.

Con ese concepto de la vida, pronto se forma un *medio*, para vivir dentro del cual, se necesitan condiciones *geniales* de adaptación, plasticidad suficiente para crear el órgano de la función de circunstancias; lo que me recordaría, por vía ilustrativa, los fundamentos de la teoría Lamarkiana, según la cual, la girafa había creado sus miembros y largo pescuezo urgida por las necesidades de la vida, constituyendo el más grande ejemplo de adaptación útil, aunque el más antiestético. Seguramente que no es bello ese mamífero deforme, pero es precisamente su deformidad lo que constituye la utilidad trascendental, según lo entienden las condiciones del ambiente. Ápolo, dios de la luz y de la belleza, mejor dicho, la belleza misma, hubiera perecido por inútil allí donde aquel extraño vertebrado triunfa con el genio de sus largas patas.

CAPÍTULO VI

CUALES SON SUS INSTRUMENTOS DE OPRESIÓN

SUMARIO. — Advenimiento de Rosas al Gobierno. — El año 1829. — Expectativa del vecindario conservador. — La persona de Rosas como fórmula de estabilidad. — Rosas es el más genuino porteño. — Cuales eran sus títulos para provocar el delirio de la plebe y de las *clases decentes*. — El concepto político de la plebe. — La democracia industrial. — Los peligros económicos que la amenazaban. — La plebe trabajadora. — Sus pequeñas industrias. — Sus gremios. — La tolerancia de Rosas y las prerrogativas que les brinda dan el secreto de su adhesión. — Los indios comerciantes. — Los negros y mulatos trabajadores. — Sus profesiones, industrias y comercio. — Los industriales de la calle de Buen-Orden. — Los gremios de talabarteros, herreros, plateros, etc. — El interesante tipo del *lomillero*. — Protección á las pequeñas industrias. — El *abastecedor*, el *matarife* y el *carnicero*. — Su organización. — Su valor social y político.

TRAÍA, pues, Rosas, todos los prestigios que se necesitan para imponerse: el prestigio de la tradición rural por su fortuna territorial y su condición de campesino eximio; el de la tradición militar por su actuación, un poco teatral, en las guerras civiles, y cierta intervención de *providencia* ó de fatalidad en los sucesos,

que había sabido adjudicarse hábilmente; el de la tradición social, por fin, por su cuna y las profundas vinculaciones de su familia patricia. Ningún hombre acumulaba como él tantas fuerzas juntas, de manera que, por la necesaria convergencia de todos estos afluentes, se formaba naturalmente el gran caudal de su despotismo futuro.

Llegaba en el momento en que la sensación del vigor y de la energía que evocaba el aspecto de su amplia figura, iba á imponerse como una necesidad de eficacia positiva. El desorden tocaba á sus últimos límites; la pasión política había quebrado las instituciones morales y de recaudo más respetables para aquel feliz y tranquilo vecindario de otros tiempos, profundamente alarmado ahora por el desborde. Insegura la fortuna, incierta la vida misma y hasta el reposo de las familias, mirábanlo como á la providencia reparadora á que su espíritu apocado aspiraba desde 1810. En esta circunstancia, no existían para este pueblo restricciones de ningún género, si alguna hubiera quedado después de tantas vicisitudes; daríanle todo en cambio de un poco de estabilidad. Su instinto de su- dinación, corría á echarse de bruces bajo s ruedas de su carro triunfal. Insultados y tratados con todas las formas del oprobio púb o

por los diarios, empezaban á sentir hasta el escozor del odio y el deseo maligno de la venganza. Entregada á la licencia y al escándalo, la prensa de ambos partidos, exponía en la picota los nombres más visibles de la sociedad. Todas las aplicaciones teóricas del gobierno habían fracasado para él; era, pues, llegado el momento de echar mano del gobierno de la vida para no atenerse sino á las circunstancias, abandonando los libros que tan malas cosas enseñaban.

Por un lógico atavismo político, que la desolación despertaba, ese *vecino porteño,* en su afán de buscar su piedra filosofal, retrocedía al gobierno personal del *Encomendero,* cuyas virtudes de permanencia y estabilidad eran indudables. Encontrada la persona, sólo había que buscar el medio de perpetuar los beneficios de su presencia, y su cerebro fatigado y opaco alcanzó á concebir aquel proyecto que con tan cómica solemnidad, los *buenos federales,* trataron de ejecutar en 1841. Como en el juego de los intereses políticos eran éstos tan desteñidos y escasos, cuando pretendían abandonar la natural reptación á que su estrechez ideal los condenaba, volaban como las aves de corral con cierto ruído simulador, pero dándose de cabezadas contra losobstáculos menos pronunciados.

La obsesión de su *conservatorismo* á ultranza había llegado á convencerlos de que la personalidad de Rosas era una condición indispensable de gobierno [1], identificado, á fuerza de sentirlo grande y fuerte, no con sistema alguno, sino con su persona, con su cuerpo, cuyas viriles y brutales virtudes protectoras ofrecían tanto contraste con la tímida inercia de todos ellos. Era menester que él, su sombra ó su sangre, siguiera actuando por vía indirecta, ejerciera su acción de presencia. Y reunidos los hombres espectables, antiguos congresales, ministros y cabildantes familiarizados con la cosa pública, generales, comerciantes, etc., etc., [2] que, «habiendo ellos mismos, la legislatura, las autoridades, venido estableciendo por una serie de

(1) «Nosotros no llamaríamos nuestra patria á lo material de nuestra población—decía el doctor Lorenzo Torres en la Legislatura—que se ocupare alguna vez por nuestros enemigos, ni por ningún poder extranjero que los auxilie, *sino al gran Rosas á la existencia de éste á cuyo lado, aunque sea en el desierto, tendremos nuestra patria*, y ni la libertad ni la independencia pueden perecer jamás. Bien conocen esta verdad todas las naciones» (Sesión del 12 de noviembre de 1842). Véase *Gaceta Mercantil*, n.° 5771.

(2) El doctor SALDÍAS, en su obra *Historia de la Confed ción Argentina*, menciona como adherentes entusiastas á original pensamiento, al señor José María Rojas y Patrór doctor don Felipe Arana, al doctor don Bernabé Escalada, á Miguel de Riglos, don Juan N. Dolz, don Felipe de Ezcurra,

antecedentes notorios el hecho singular y culminante de que Manuela de Rosas podía ejercitar legítimamente la representación de su padre así en los actos particulares como en los actos oficiales», pedían á Rosas que fuera ella, en caso de muerte, *la heredera suya en el gobierno* (1). No les preocupaba la forma ó el nombre de la institución; á lo que aspiraba el alma sencilla y pecoaria era á la eterna curatela de una mano

---

Juan Nepomuceno Terrero, don Nicolás Anchorena, don Eduardo Lahitte, doctor don Baldomero García, don Simón Pereyra y á muchos otros que sería largo mencionar y cuyos nombres pueden verse en las publicaciones de la época y en el excelente libro antes mencionado.

(1) Cf. la carta de la señora Manuela Rosas de Terrero, datada en Londres en 1884, al doctor Saldías y el *Diario de Sesiones de la Junta*, tomo 27, sesión 668. «En Manuela mi preciada hija, tienen Vds., una heroina. ¡Qué valor! Sí, el mismo de la madre. ¿Ni qué otra cosa podría esperarse de los hijos de una señora, esencia de la virtud y del saber, adornado de un valor sin ejemplo? ¿Y Juan? Está en el mismo caso; son los dos dignos hijos de mi amante Encarnación *y si yo falto por disposiciones de Dios, en ellos han de encontrar Vds. quienes puedan sucederme.*» (Carta de Rosas al coronel don Vicente González. Véase el *Bosquejo Histórico* de Carlos Tejedor. La carta tiene fecha de julio de 1839). En la nota á la Legislatura de fecha 2 de diciembre de 1840, dice el mismo Rosas: «y para mis hijos, que los reconozcan y traten sus conciudadanos como á hijos dignos e sus padres y de la *Confederación Argentina* y de la América» Registro Oficial, 1840). En carta al coronel González le dice: que ha dicho á sus oficiales y soldados la persona que debe reemplazarlo en caso de fallecimiento y que es su hija Manuela» íd., íd., 1839).

en cuyo hueco pudiera, si era necesario, confundirse el cetro, el puñal ó el látigo alternativamente [1].

Por otra parte, Rosas sería, como ellos, porteño celoso, puesto que, como ellos, había recogido sus impresiones y enseñanzas en el medio peculiar de su comercio y de sus tiendas, cuyas aceras barriera por mucho tiempo, á la par de los dependientes de la más encopetada estirpe [2]; regateado la bayeta, tramitado el pequeño negocio y criádose en el saludable temor de la familia antigua, dentro del seno de la Santa Madre Iglesia.

¡Si tendrían razón para pretender conocer á fondo á ese hijo de *Misia Agustina*, tan sometido á la respetuosa obediencia de sus padres! ¿Y para quién podía ser más grato que para

---

(1) «Un poder *excesivamente vigoroso*, que reuniendo en un punto toda la acción de la sociedad, reconcentre y se apropie la virtud de todos los poderes sociales...» «las exigencias imperiosas en que hallándose á la vez los pueblos y los hombres, tienen forzosamente que desviarlos de los arbitrios ordinarios á trueque de salvar los *primordiales* objetos de su interés: la *existencia y su conservación*» (*Rasgos de la vida pública de S. E. el señor Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, etc., etc. Transmitidos á la posteridad por decreto de la Honorable S de Representantes de la Provincia*. Buenos-Aires, Imprenta Estado, 1842).

(2) MANSILLA, *Rosas, Ensayo Psicológico*, Capítulo II; J ANTONIO WILDE, *Buenos-Aires desde 70 años atrás*, pág. 11.

ellos el sumiso ex-dependiente? Él, á quien se le había visto lavar platos y cruzar la calle confundido con los negros... ¿para quién más que para la plebe podía ser grato aquel mozo campechano, que llevaba la mal condimentada vianda de sus patrones sin orgullo y sin vanidades pueriles, y cuyos sentimientos de independencia y de mando fomentara con su contacto en el suburbio y en el matadero, descollando en las *cinchadas* y venciéndola en los ejercicios viriles de su destreza? Para unos y para otros era, pues, el más genuino exponente de sus intereses y aspiraciones.

Los que aún sobreviven y le vieron marchar detrás del féretro de Dorrego, el día crítico de su exaltación, conservarán todavía la sensación de incontrastable poder que su presencia despertara en la mente popular. Aparición imprevista, hondo enigma para algunos, se adelantaba, como ha dicho López, envuelto en las tinieblas polvorosas de un huracán, como una esfinge empujada por la fatalidad. Marchaba en medio de los ministros, «erguido en toda su tatura, con traje de capitán general, empuando el bastón de Gobernador como si fuera n cetro» y entregando á la idolatría del pueblo esbelta y magnífica talla. Bello y misterioso,

teatral, impávido para afectar en público la inmóvil y tiesa gravedad de un fetiche [1]. Se antoja la reproducción de Eliogábalo, «el de los suaves rizos», entrando en la ciudad señora entre el estrépito de los clamores victoriosos y el vuelo de las enseñas triunfales. Nadie diría que aquella estatua de siniestro gesto y de severo semblante era la misma que momentos después azotaba los locos por vía de diversión y escandalizaba las damas con mil *suertes* del más mórbido *exhibicionismo*. Porque precisamente, parte de su fuerza estuvo en reflejar el espíritu de la plebe de su época. Ese extraño histrionismo, que es una de sus peculiaridades psicológicas más notorias, era en efecto, una de las inclinaciones del alma popular contemporánea. En el temperamento travieso del populacho porteño de su tiempo, había esa mezcla del payaso y del delincuente que Rosas mezclaba en sus *gracias* con su acostumbrada virtud de asimilación. El gracejo brutal, la payasada soez, verificada sin alterar la rigidez del rostro, que más bien exagera el gesto trágico, fué siempre el plato predilecto de las bajas clases. Es rígida figura solemne y prendida, como u

---

(1) LÓPEZ, loc. cit., tomo X, pág. 506.

ídolo indio, era, sin embargo, un proteo de adaptabilidad, una esponja inteligente, si me es permitida la comparación, para absorber de su ambiente, sin esfuerzo alguno y hasta introduciendo modificaciones de perfeccionamiento por su parte, todo aquello que pudiera multiplicar la fuerza de sus aparatos de protección y de defensa. Ninguno le excedió en la unción cuando rezaba frente á un altar; y en el rítmico palmoteo con que, al parecer absorto, acompañaba el desfile de un Candombe, creíalo uno sintiendo con el alma ingénua del negro. En el alarido con que celebra el éxito de la gauchada agena; en la simulada emoción con que recibe una manifestación de los abastecedores, de la legislatura ó del clero, dando á cada uno una sensación tan viva de comunión moral, está revelando sus virtudes excepcionales de adaptación popular, su colosal poder sobre la clase media y la plebe especialmente, con cuya devoción incondicional pudo contar durante veinticinco años sin una sola interrupción. A cada uno de esos numerosos gremios, tomóle una fibra del alma y la incorporó á la suya; por eso el vasto mecanismo que manejara tan diestramente, no tuvo sino un corazón y un cerebro, un brazo y una sola flámula.

El pueblo, ayudado por su natural daltonismo político, juzgaba, como siempre, los hechos, más por el sentimiento que por la razón. No pudiendo pensar sino por imágenes y símbolos, no se dejaba impresionar por abstracciones confusas. Las cosas debían presentársele así, por algo de bulto y natural, «desprendidas de toda interpretación accesoria y condensadas, como en este caso, en algo que hiriera viva y misteriosamente la imaginación». Por su propio sentir, y por las torcidas informaciones que los interesados le transmitían, se iba ya acostumbrando á percibir confusamente todos aquellos sucesos que después de 1820 habían arrebatado á Buenos-Aires el rango de capital nacional y mortificado el orgullo de su glorioso municipio, «ocupado y *multado* como enemigo vencido y criminal». Natural era, pues, que aquella plebe, entrenada ya por las preocupaciones monárquicas y aristocráticas que le venían de *arriba,* reaccionara ahora más vigorosamente, en el sentido de un organismo provincial, tan estrecho como ámplio había sido el ideal nacionalista del partido opuesto. Todos los desafueros y atentados cor tra la propiedad y la estabilidad del orde provincial, perpetrados por éste, se refundía dentro de su espíritu en un solo sentimiento d

aversión y de odio contra todo partido que arrebatara á la provincia su rango é independencia, y que hubo de quitarle sus instituciones de crédito y de renta, su Banco y su Aduana, cuya índole y funcionamiento alcanzaban á concebir de un modo informe y confuso como era natural.

Las invasiones de los caudillos, percibíalas su imaginación sencillamente bajo la forma elemental del robo á mano armada. El propósito político quedaba desteñido ante el hecho brutal del saqueo, y la resistencia suya era, así considerada, nada más que como un accidente de la propia defensa. Los escándalos del Salto, las obscuridades del «Negocio Pacífico», las frecuentes arreadas de vacas, verificadas por Ramírez y López, habían colmado la medida y despertado, vigoroso, absorbente é inhibitorio de toda otra operación mental, el ciego instinto de la reacción vital. Como se ha visto, el tizne de «plebeyo y de guarango» con que la sediciente aristocracia los había bautizado desde sus primeras colisiones con el partido directorial de Alvear y Pueyrredón, tomaba con esta franca y lecidida incorporación de la plebe en la gestión le los negocios públicos, un tinte subido de rovocación, que hacía insalvable el abismo bierto entre ambas estructuras.

Los sucesos diéronle como aliado todo ese sedimento de hombres que, por preocupaciones personales concurrentes con las del populacho, por « resabios de educación y de carácter ó por incidentes de la vida social, iba quedándose fuera; masa atrasada é incoherente dentro de las formas francamente desenvueltas y atrevidas en que el partido neo-directorial había emprendido la reforma completa del orden político y del estado social de la Provincia de Buenos-Aires. Ellos eran los que en las fiestas populares se codeaban, en las mayores intimidades, con la plebe, hacían de corifeos ó se ponían delante en los discursos y manifestaciones puramente verbales (porque eran tímidos) del entusiasmo metropolitano. De esa manera, dicha masa, al principio informe, fué poco á poco haciéndose homogénea y compacta hasta adquirir una verdadera personalidad, que Rosas, acabó de forjar vigorosamente.

Era lógica la persistencia de este *patriotismo de la ciudad*, y entre estas clases, él conquistaba cada día mayor vigor é intolerancia. Su eficacia tornólo después incontrastabl para sus fines de opresión. Un patriotismo qu poseía, como núcleo motor, un odio, el odic al extranjero, y un amor, el amor á *su país*

entendiendo por tal la *ciudad* y su campaña, y en cuya virtud se le veía hacer frecuentemente distingos curiosos entre el *hijo del país*, es decir, él y el cordobés ó el salteño, los cuales, según ese concepto, no pertenecían á la misma tierra (1). Como sentimiento, no era en el fondo más que una transformación, mejor dicho, una desvirtuación del patriotismo antiguo de la buena estirpe, entonces resumido en el odio al intruso español y á las naciones europeas colaboradoras eficaces de la corona de España en sus gestiones contra América.

---

(1) En las famosas *clasificaciones* y *filiaciones* de «unitarios» y «buenos federales» así como de desertores, que aún se conservan en el Archivo General de la Nación (*Correspondencia de Rosas con las autoridades de campaña*), encuentro algunas que hacen esas divisiones caprichosas pero que dan vivamente el sentimiento de la época. Se dice en ellas, *hijo del país*, cuando se quiere indicar al nacido en Buenos-Aires. En algunas se lee por ejemplo: «ambos hijos del país y Fulano y Zutano de la Provincia de Salta». El señor Argüelles, de la Secretaría de don Antonino Reyes desde 1848, me decía, que entre los empleados que la formaban había «tantos españoles cuantos provincianos y que los demás eran todos *hijos del país*». En el *Censo de población de San Nicolás de los Arroyos*, se clasifican los habitantes así: Porteños 6335; Provincianos 1945 (*Registro Estadístico de la Provincia de Buenos-Aires de 1855*). En el *Cuadro demostra-* [illegible]*, los enfermos entrados y salidos* en 1850 se distribuyen del [illegible]smo modo: Porteños 53; Provincianos 26 (*Registro Estadís-*[illegible], etc., etc., pág. 84). En los *Datos Estadísticos del Partido* [illegible] *Dolores*, los habitantes se dividen de manera análoga: Porte- [illegible] 4126; Argentinos 700 (*Registro Estadístico* citado, pág. 25).

Las guerras civiles pervirtieron más su sentido y el concepto del patriotismo se achicó aún más hasta que un tipo psicológico lo personifica y hace de él la función de su cariño y de los fines de la vida, encerrándolo dentro de los muros de la ciudad predilecta. Con arreglo á las caprichosas modificaciones de la geografía política y de los odios que sus vicisitudes provocan, la condición de extranjero se va luego convirtiendo para este pueblo en un estigma, exaltándolo cada vez más, hasta llegar á 1829, en que se le siente hidrópico de iras y supersticiones, hondamente ofendido por las reformas con que lo flagela el gobierno «extranjerista» de Rivadavia, cuyo desprestigio en la plebe, no tuvo igual en toda la historia de América.

Animadas por las furias de tan voraz egoísmo, todas las clases medias y los gremios de las industrias manuales amenazadas, se ponen iracundas, en movimiento. Además de las razones morales de otro orden que las mueve, hay en el fondo del recipiente algo substancial y permanente que les da vida y color de sangre. Viven en la obsesión de q[illegible] Buenos-Aires es el objeto de la envidia univ[illegible] sal, y que, detrás de todo propósito polít[illegible] asoma el deseo de poseer su riqueza, de a[illegible]

batarle *al pobre* sus medios de trabajo y de matar sus modestas industrias; y así se aprestan á la lucha, vivamente animados por ese odio. Para tal patriotismo había en lontananza dos peligros económicos: el peligro europeo, con su comercio y sus industrias activas, y el peligro provinciano, con sus ideas de conquista, su imperativo de nacionalidad y de constitución; nuevo caballo de Troya, que traía en su vientre la capitalización de Buenos-Aires, las Aduanas nacionales, los Bancos y Correos nacionales, etc.

Dejando á un lado exageraciones había en este modo de considerar las cosas mucho de verdad. La visión, deformada como estaba por la megalomanía urbana, tenía sus ribetes de clarovidencia. El provinciano de Corrientes, centro manufacturero por excelencia de las cinchas y jergas con que abastecía á todo el desmembrado Virreynato, y que el porteño también construía primorosamente pero á muy elevado precio, levantábase como un enemigo suyo; de la misma manera que el mendocino con sus caldos, el santiagueño con sus estribos y otros a-tículos baratísimos, el salteño con la legión c *maestros,* y hasta la bella tucumana con sus *l ones* de lana, también de bajo precio [1].

Véase el último *Censo Nacional*, págs. 624 y 625.

En tiempos en que los productos europeos no llegaban todavía en la forma copiosa de ahora, ni mucho menos, tenían que buscarse aquí mismo (y en efecto se los proporcionaba el pueblo), los medios elementales de vivir y aunque por la dispersión del esfuerzo y el reducido fin personal del trabajo, no podía decirse que propiamente existiera una verdadera industria del país, en la ciudad, todo el mundo pobre, tenía algún grosero arte manual de no muy limitada producción, que le aseguraba el pan y todavía le alcanzaba para satisfacer la demanda pública. Y con esto, ya se creían suficientes y despreciaban á Europa, que sentían glotona y dominadora.

Los indios mismos, domesticados por el trabajo, concurrían en ciertas épocas al *Hueco de las Salinas* y á otros mercados á negociar sus mantas y los variados artículos de su labor primitiva, que la competencia provinciana oprimía con los suyos y que la industria inglesa mató después, comiéndose á los dos. Por decreto de 12 de abril de 1832, Rosas reglamenta este comercio de los «indios amigos», prc[illegible] biendo establecer sin permiso «Corralones Indios», «con casa — dice el decreto — dor éstos concurran á celebrar cambios y se alo

sin previo permiso». Esto era, en buen castellano, una reglamentación de robo, su forma legal, diré así, pues es sabido que estos *buenos amigos* de la propiedad ajena usaban de ella en una escala considerable y sin que nadie se opusiera. Por otra parte, los titulados «Corralones de pampas» eran centro de escándalo, pues á su vez, los pulperos y mercachifles los saqueaban, arrebatándoles el producto de las ventas, en cambio de baratijas de vidrio, pañuelos y chalecos colorados, gorras viejas de señora, sombreros altos y, sobre todo, alcohol en abundancia orgiaca. Esta circunstancia atraía á esos barrios multitud de haraganes y bohemios, trocándolos en lugares de crimen; la ciudad se llenaba de indios, y el porcentaje de la delicuencia más bulliciosa y sangrienta aumentaba[1].

Vendían sus lazos y sus toscas maneas, boleadoras y *quillapies* hechos de cuero de zorro, liebre, gama, etc., y la muelle y abundante pluma de avestruz, que á precios viles distribuía el calor á los hogares, ya que en el crudo invierno, y por terror á los incendios, la es-

---

Véase *Registro Oficial*, año 1832. Decreto número 322.— Ed ..ión de la Imprenta del Estado. «Los llamados corralones de in... ..s constituían verdaderos mercados para la venta de produ... ..s del país».

tufa había sido desterrada como peligroso instrumento de lujo...

Las tropas de carros de White y de Bell en 1830, como las célebres de Lomes, de Almada y de don Lorenzo, algunos años antes, ocupaban legiones de aurigas criollos, que estaban incorporados á esta bulliciosa democracia y entre los cuales también había indios domesticados ó «urbanizados» por el comercio; interesante gremio, de donde en línea recta procede aquel *causeur* callejero y de *alta voz* tan genuino y chispeante producto de la calle bonaerense [1]. En los suburbios, llenos de boliches, fondines y tendejones de todo género, era donde el pequeño comercio tendía sus redes á la campaña, acarreadora y negociante al menudeo. En sus numerosas operaciones de venta é intercambio, el villano metropolitano y el campesino hacían su comunión de ideas y sentimientos, la verdadera impregnación recíproca de almas, que tanto concurrió á mantener entre ambos esa inalterable unidad mental, que sin correos ni otros medios de comunicación, hacía pensar y sentir del mismo moc y á la misma hora al habitante del Tandil y l

(1) Roberston, *Letters of South America.*

bolichero de la *Plaza de las Carretas*. El campesino, con su cabeza llena de las imágenes que la interesada hospitalidad del pulpero y el medio moral que frecuentaba le sugerían y caldeado con harta frecuencia por los licores, tan capitosos para su vírgen y grosero paladar, como por el contacto frecuente de la alegre zarabanda femenil, alejábase cautivado y hecha la *toilette* federal del corazón, que cierta predisposición natural de clase le facilitaba.

Como ellos, tenían los negros y mulatos, sus ocupaciones lucrativas, que también debían defender. La basta fabricación de escobas con cabos de palo de durazno, los braseros de barro, las tipas de cuero y junco en gran cantidad, los secadores de arcos de madera y los objetos de sastrería y zapatería, así como los oficios de cochero, mucamo, albañil ó changador, constituían su medio de vivir, que, aunque modesto, se ejercía por ellos como un verdadero monopolio [1].

Los negros elaboraban tortas fritas, cigarrillos, bizcochos, chicha, arroz con leche y otras n udencias parecidas. Vendían perdices, ga-

---

Véase J. A. Wilde, *Buenos-Aires hace setenta años;* Robe -on, op. cit.; V. F. López, *Historia de la República Argentina*, to - III.

llinas, palomas y mulitas bajo las arquerías de los *Altos de Escalada* y en la misma plaza de la Victoria, donde concurría también el chacarero á negociar sus verduras, naranjas, nueces, quesos y limas. El fantasma de la emigración, de cualquier lado que viniera, duplicaba su fervor por el sistema hermético de Rosas. El negro y el mulato, tipo genuino este último de aquella intrépida desvergüenza que lo ha hecho proverbial, se insinuaba, por el camino de otras profesiones más cultas, en el seno de las clases elevadas, como una verdadera proyección del tacto y del oído de la tiranía. Eran maestros de canto, de piano y de baile de las niñas de mejor nombre, y como sentían detrás de sí todo el poder de Rosas, que los había dignificado, confiriéndoles empleos de confianza y posiciones que no soñaron jamás, entraban en el hogar más encumbrado ostentando ese solemne cómico andar que parecía dispensar favores, erguida la cabeza con cierto abandono protector hacia el blanco á quien servían.

Demostraban notables aptitudes para música especialmente, y, de tiempo at estaban incorporados á título de profesion á todas las diversiones donde la alta socie

se reunía. De manera que cuando vino Rosas, ya se hallaban vivamente preparados para la aplicación de sus buenas disposiciones como instrumento de opresión. Multitud de mulatillos, admirablemente dispuestos para la cultura social, afiliáronse entre los instrumentistas y coristas de la ópera, y provistos de las lecciones de los buenos maestros que había entonces, llegaron á una verdadera distinción. Muchos ancianos, dice el doctor don Vicente Fidel López, conservan aún el recuerdo de Remigio Rivarola, de Tiburcio Silvarrio, de Pérez, de Terrada, de Roque Rivero y otros [1]. José Viera, el bajo profundo y *característico*, como entonces le decían, entraba como talento necesario en todas las combinaciones del elenco lírico. Ese «don Basilio» de las noches del *Barbero,* ó «don Magnífico», en las de la *Ceneréntola*, fué para nuestros padres el tipo de la perfección cómica, sobre cuya serena y orgullosa «estampa caían los aplausos» y las carcajadas sahumadas con el cariño de sus conciudadanos [2].

El negro, de su parte, era uno de los ins-

---

(1) LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, tomo IX, p. 247.

(2) LÓPEZ, op. cit., pág. 247.

trumentos eficaces para conocer lo que llamaríamos hoy el estado de alma de la población porque sin tomar parte en los hechos de sangre, conocía el hogar por el íntimo y diario contacto en que vivía con las familias. Constituía un verdadero receptor de todas las grandes y pequeñas emociones del vecindario: por el órgano del *pastelero,* que espiaba las puertas, sentado distraidamente en el cordón de la acera; por el *vendedor de escobas* que entraba hasta las cocinas en las casas; por el *tío hormiguero,* por el *aceitunero,* el *blanqueador,* el *changador* y, sobre todo, por el ama de leche, que podía hasta sorprender, durante el reposo de la noche, el pensamiento más secreto, traicionado por la emoción que se traduce en la palabra accionada y febril de la pesadilla. Parecía, pues, un verdadero proceso de «confesión inconsciente» el que sufría aquella sociedad por medio de estos hilos menudos y sutiles. El dictador no iba á perder por un solo momento su contacto con la conciencia familiar [1].

A lo largo de la calle del Buen Ord(
cuya actual fisonomía, aunque desteñida, c(

---

(1) TRELLES, *Revista del pasado argentino.*

serva vagos recuerdos de su interesante pasado, habitaba entre el bullicio de su alegre bienestar y el martilleo de la industria, aquel peculiarísimo industrial criollo que, por el crecido número de sus oficiales y el dinero que representaba, fué una verdadera fuerza en el mecanismo social de la ciudad [1]. Su perdida silueta, aún podría, tal vez, estudiarse en algunos celosos herederos, refugiados en los rincones menos populosos de la calle, y modes-

(1) He aquí la lista de los más conocidos industriales entre los gremios mencionados en este capítulo: PLATEROS: Parodi Juan Cruz, Antonio José Moreira, José María Troncoso, Antonio Fernández, amigo de Cuitiño y notable artista, Miguel Granado, José de los Santos, Esteban Davantes, Carlos Neira, Cándido Silva, Manuel Fernández, José Oriani, Gabriel Esteban, Eduardo Fabre, José Macías, Cosme González, Pedro Fernández, Levy y Mulborn, J. Amirabas, Francisco García, Pedro Martínez, Luis Ellauri, Dionisio Dorrego, Antonio Rodríguez, Mariano Martínez, Guillermo Pitans, Carlos Lanata, Cosme González, Henry y Halvey, José Antonil, etc., etc. LOMILLEROS: Antonio Carreras, Nicolás Abrego, Fernando Leiton, Manuel Villarruel, Santiago Estimave, José Tomás Bravo, Juan Kenedy, Manuel Amancio Tadín, Antonio Piñero, Pedro Silva, Nicolás Lorenzo, José Cirilo Gómez, Manuel Figueras, Manuel Barreiro, Laureano Vásquez, Pedro Alegre, Pedro Lloqueira, Luis Andrade, José Vela, Raimundo Pérez y otros muchos que sería largo enumerar. HERRE-r...: Pedro Espinosa, Eduardo Canívar, Nicolás Iñiguez, Pascual ...ó, Francisco Monteagudo, Daniel Makinlay, Francisco Mar-...z, Francisco Huet, Guillermo Nowell, Juan Barter, Pedro ...re, Vicente Salas, Marcos Chandeiro, Luis Burgos, Ramón ...ardo, Luis Chacón, etc., etc. Véase *Archivo Nacional*, *Regis-...de Contribución Directa*, años 1830, 1831 y 1833.

tamente limitados al servicio del viejo estanciero recalcitrante en sus antiguos y denodados caprichos artísticos. Oculto en la penumbra del boliche de escaso haber, todavía encontraríamos alguno, como si el ánima en pena del brioso abolengo industrial viniera allí á reclamar, con su protesta de ultratumba, los restos de la antigua influencia.

La calle, en toda su ámplia extensión, era un verdadero emporio, bien característico porque cada puerta representaba una colmena de laboriosos obreros, todos criollos sin excepción, muchos emigrados de las provincias, dedicados afanosamente al trabajo de curtiduría, á la confección de correajes, monturas, lazos y riendas que absorbían capitales enormes para la época y que derramaban en toda la provincia el producto sincero de sus manos. La guerra y el trabajo constituían la ocupación de su vida, porque todo lo que al soldado se refería, excepción hecha de las armas, era el producto de su continuado esfuerzo, especialmente del gremio parlachín de *lomilleros*. La organización de los ejércitos dará á sus taller como después se observará, una poderosa tensión, derramando en ellos, á manos llen el dinero y el bienestar con las consiguier

despreocupaciones de la vida material. La guerra contra el *salvaje unitario*, llevada afortunadamente tan lejos de sus hogares, constituía la fuente de donde surgió tan fácil riqueza. En pago, los gremios favorecidos, un poco por agradecimiento y otro porque lo sentían apóstol de su propia causa, le darán á Rosas su colaboración de sangre y de calor. Los brazos de mayor acción eran los suyos y, cuando los necesitaba, no había entre ellos desertores ni rezagados.

El cuero repujado constituía la principal materia de esta industria. En el dibujo de la relumbrante carona y en la *pollera* del lomillo, ponían especialmente á contribución su ingenio, multiplicando las interpretaciones decorativas con que hacían propaganda á la par que ganaban su dinero. La maleabilidad y dulzura de la suela, que curtían primorosamente, permitíales dar algunas veces á sus manufacturas aquellas aplicaciones artísticas cuyos restos aún se ven en los señoriales dormitorios de la casa representados por la baqueta *esmaltada* del antiguo desvencijado catre. Nos cuentan su historia, ıa que otra encuadernación de libro viejo, ıyas cuerdas de junturas y abotonados cerros resisten flexibles á la acción del tiempo;

algún respaldo de silla con las armas de la patria vigorosamente estampadas; cañas de botas especiales; *culeros,* sobrepuestos y tiradores, en los que el arte federal se daba maña para combinar, con cierto primor mujeril, que daba sabor exótico á aquellas almas leoninas, las rustiqueces del tiento indócil y las brillantes y fáciles combinaciones de la *mostacilla*. No poseían seguramente el sándalo oloroso y antiséptico del Asia y de la Australia tropical, que hacía el cuero imputrecible y resistente á la humedad; pero cuando uno toma hoy en las manos algunas de las modestas obras del lomillero antiguo, que el desván polvoroso del viejo hogar campesino aún conserva, trasciende al través del perfume de vigor que deja escapar el pedazo centenario del cuero, el alma de una raza cuya resistencia pudo desafiar los desencadenados furores de todo el país.

Como se verá más adelante [1], buenas sumas de papel moneda entraban á las gabetas suyas, porque sus productos proveían á todos los regimientos de milicias y al ejército de línea. Una sola casa, la de don Gabino Muñoa, entregó menos de un año dos mil y tantas caronas

---

(1) Véase Capítulo XII: *La expansión militar de la tira-*

buena suela, igual número de lomillos de cuero blanco y muchos cientos de *taleros* con alma de urunday, con el que el soldado de caballería armaba su mano para dar el primer galope al potro bellaco de los Montes Grandes, en medio de la gritería y los aplausos de los reclutas. Por el número de soldados, milicianos y de línea, mantenidos por Rosas sobre las armas y entre los que, como se sabe, predominaba la caballería, se puede calcular, por otra parte, la actividad provechosa de las lomillerías y en general del comercio que los proveía. Adelantaremos este dato: calcúlase que en 1840 y 41 tenía sobre las armas, en la sola provincia de su mando, muy cerca de diez y seis mil hombres [1], un efectivo de guerra superior en mucho al que sostiene hoy día el país entero. Sólo en Santos Lugares había cinco mil aproximadamente; Pacheco tenía dos mil; Lagos y González dos mil quinientos; don Prudencio Rosas en el Sud, tres mil, y la ciudad encerraba alrededor de cuatro mil. El consumo de estas tropas era tanto más abundante cuanto que Rosas ...aba á estas milicias generosamente, de ma...a de hacerles lo más llevadero posible el

---

[1]) SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, t. III, 196.

servicio que les exigía. Su aprovisionamiento determinaba, pues, un verdadero movimiento de actividad en toda la menuda industria y en el comercio federal, beneficiado por tan fructífero estado de guerra. En 1831 había en la ciudad de Buenos-Aires, que era como se sabe pequeña, noventa y cuatro casas donde se trabajaba el cuero, ochenta y tres talleres de carpintería, cuarenta y siete fraguas que marchacaban el hierro día y noche y cuarenta y dos platerías que daban trabajo á una legión de hábiles orfebreros bonaerenses [1].

Por la peculiaridad de su obra y los rasgos psicológicos locales, descollaba entre esos gremios el del platero porteño, cuyo arte tan genuinamente suburbial no tiene representante hoy día, por más que la maravillosa plasticidad artística, un poco deforme, del joyero italiano de las *afueras,* haya querido imitarlo con sus remedos híbridos. ¿Cómo comparar el plateado rebenque de antigua estirpe con el tosco producto actual en el que báculo y manubrio confunden sus formas? Sus labores vigorosas y de una intención artística original, aunque llena d infantiles tropiezos, reflejaban el sentimien

---

(1) Véase *Almanaque Argentino* de Blondel, 1831.

exuberante de la vida que los rodeaba. Derramaban generosamente y con una honradez de *ley* ejemplar, la plata y el oro: la blanca orfebrería salía de sus manos con groseros ciclópeos, como huyendo del feo tizne de avaros que en presencia de pobrezas metálicas sospechosas brotaba inmediatamente de los labios del gaucho gastador y receloso. ¡Cuánta ingenuidad y emoción exteriorizaban las líneas incorrectas de los dibujos en que estallaba el entusiasmo por el Restaurador! La torpe obsesión de su cariño, había inventado un simbolismo variadísimo, dentro del que, el ingenio del artífice se desplegaba en cabalísticos letreros: y así aves raras, retratos y avestruces despavoridos gravitaban sobre el *chapeao* y sobre los flancos del inolvidable mate de plata, cuya indumentaria ofrece el Museo Histórico á las delicias de los críticos del arte indígena.

A fines de 1837 se había generalizado todavía más este oficio lucrativo, por el que de tiempo atrás sentía tanta predilección el criollo de cierta clase. En esa época, la plata em-
[illegible]ó á abundar, porque, acentuada la *emigra-*
[illegible]*n,* las familias que debían abandonar el
[illegible]s ó aquellos cuyos miembros comprometi-
[illegible] ó simplemente sospechados, tenían que

salir, comenzaron á vender, casi á vil precio, todos los objetos de plata y oro que conservaban por herencia ó por lógica acumulación. Tales bujerías de uso y adorno tan comunes, llegaban, en otra época, de Lipes y Chuquisaca, principalmente, en forma de regalos ó buscando un mercado de muy fácil salida. Fuentes, bandejas, palmatorias, espaviladeros monumentales, mates, y porrones para exquisitos dulces, aves de filigrana de plata y oro, muy pronto pasaron del *toilette* y del comedor del rico unitario á las manos voraces del platero en forma de chafalonía. El negocio se hizo lucrativo, y las alhajas de plata se generalizaron en una forma que abrió por la demanda las puertas al fraude. Cuando la falsificación europea, en condiciones necesariamente más seductoras, comenzó á hacer verdadera competencia al trabajo criollo, vino la reglamentación en su ayuda, exigiendo ciertos requisitos que aquella no podía llenar, y la platería bonaerense tornó de nuevo á triunfar. Es que por otro lado y dada la época en que actuaba, la platería resumía todas las venta[illegible] del oficio más las del Monte de Piedad, [illegible] del prestamista y del usurero, los tres, pro[illegible]gidos por la alta tolerancia del Restaurad[illegible]

que veía con placer prosperar, á costa de los unitarios principalmente, á uno de los gremios más adictos á su persona. La reglamentación trajo cierto monopolio para determinadas personas del oficio, de quienes hasta se dijo si eran socios vergonzantes, en el reparto de la cosecha, de altos personajes políticos.

No era raro encontrar en los diarios avisos de remate en los cuales se vendían, á precios viles, vajillas de plata, alhajas y otros objetos de metales preciosos de procedencias equívocas. Se decía entonces que «la rica vajilla propiedad del *salvaje* Lucas González se trajo á la Casa de Gobierno para el servicio del Almirante Mackau» (1). Especialmente la casa de Arriola servía de discreto intermediario entre el necesitado emigrante y el platero, cuya intransigencia política lograba á veces calmar la esperanza de un suculento negocio. Lo mismo pasaba en el ajuste del precio, pero no así en la tolerancia del *feble* que establecía el decreto de 1837, la que, en la ley del oro, era de un gramo y en la de plata de dos (2). En estas ...mprobaciones verificadas por *ensayadores*

1) Véase *Gaceta Mercantil*, n.° 5220, año 1840.

2) Decreto del 17 de febrero 1837, *Registro Oficial*, pág. 118.

especialistas y amigos, era donde la usura hincaba su diente tras la legalizada ignorancia «de todos los elementos suficientes para hacer práctica una ley completa de ensayo», según el mismo decreto lo establecía. En realidad, eran poco comunes los conocimientos para distinguir y practicar con destreza el tanteo á fuego ó de copela; y el *ensayador* federal podía, como frecuentemente lo verificaba, dispensar sus favores estableciendo veinte y dos quilates donde sólo había veinte, y once dineros donde no se alcanzaban sino nueve, fijando así muy distintos valores á las cosas. Por otra parte, nadie podía abrir tienda ó taller de platería sin el alto permiso de Rosas, lo que hacía más estrecho el monopolio, debiendo además registrar su marca en la Policía [1].

El que emigraba, no podía llevar sus alhajas y se veía obligado ó á enterrarlas, lo que no era común, ó á venderlas á ese platero impla-

(1) En el *Estado de las entradas y salidas de la Caja de Depósito* por el mes de enero de 1841, se encuentran estas partidas: «remitidos como pertenecientes á salvajes unitarios por el Juez de Paz de la Villa de Luján don Francisco Aparicio: dos relojes de plata, un bastón puño de oro, un par de pistolas». Más a[...] lante esta otra: «por muebles y alhajas rematadas, tres mil [...] sos». En la existencia de febrero: «un alfiler grande de brill[...] tes, un dedal de oro, un par de estribos de plata, dos mone[...] de plata, cuatro puñales» (Véase *Registro Oficial* año de [...]

cable por los precios que él y el apuro impusieran. El orífice se levantaba á la altura de las circunstancias, prestando piadosamente el doble servicio de su discreción con respecto á las intenciones migratorias del vendedor y el de aceptar « la difícil misión » de tasar y ensayar unas alhajas que, por supuesto, no pensaba adquirir á causa de *la dureza de los tiempos* y algunas otras razones que obligaban á la víctima á disminuir sus justas esperanzas. En la fuga dejaba el emigrado hasta el último y mas pequeño objeto de metal precioso, porque según disponía el decreto de agosto 31 de 1837 (1), « toda cantidad ó alhaja de oro ó plata que se aprehendiese á menos distancia de cien varas del agua de cualquier costa ó río por donde pudiera extraerse », y por sólo esta circunstancia, « era considerada de contrabando, confiscada y aplicada *íntegramente á los denunciantes y aprehensores* ». Y cuentan las crónicas que más de

mes de enero). En el *Estado de las entradas* del mes de noviembre del mismo año, figura esta: « el martillero don José Julián Arriola, enteró líquido producto de varias especies que fueron de salvajes unitarios y existían en la Caja de Depósito la cantidad de 338 pesos » (*Registro Oficial*, año de 1841). Estas partidas se repiten frecuentemente y siempre con el mismo estribillo: *provenientes de salvajes unitarios*. Excusado es decir la abundante y fácil cosecha que haría diariamente el platero predilecto.

(1) *Registro Oficial*, 1837, pág. 293.

una vez ese mismo platero que no había querido comprarlas por un precio, las conquistaba en forma de *chafalonía* con sólo pagar generosamente al guarda-costa que por indicación suya sorprendía al confiado propietario en el momento de escapar con el precioso lastre.

Numerosas é incansables en su productivo labor, presentábanse también las herrerías; otro motivo de agrupación de voluntades y de recíproca sugestión. El bienestar y la abundancia de la guerra mantenía de igual manera á los fieles al *sistema.* Del alba al crepúsculo, no se oía sino el ruido del martillo batiendo el hierro y el aporrear de los cinceles sobre el fulgurante metal. El humo de las hornallas que inundaba el barrio con sus nubes andariegas, revelaba el número y la presencia de las fraguas, ardiendo exasperadas bajo el resoplido de sus fuelles obesos y fatigosos. Noche y día trabajaban, fabricando moharras y lanzas, tan bien templadas como sus almas, estribos, espuelas monumentales, rebenques de hierro, frenos, argollas, yuguillos y herraduras, que chispeantes saltaban de los yunques por docenas. Tal pas[illegible]a con las hojas de sable que crugientes corre[illegible]s debían sugetar, las lanzas, los frenos, los p[illegible]s y estrabones á la manera de los cascos [illegible]-

dos, las borgoñotas, grebas y quijotes, que hacían para el soldado español de otros tiempos Julián el Rey, Alonso de Sahagan y la caterva ilustre de aquellos espaderos cuyas rojas láminas templaban sus obreros en las aguas del Tajo aurífero, al ruido de la tradicional canción [1]. La visión marcial y el ensueño del lucro descontado, embargábanles las potencias. Bello cuadro del Vulcano indígena, que á tenerle delante hubiera reproducido con amor el pincel de algún Velázquez de la estirpe. Aquel tipo, con tanto acero en el corazón y rasgos tan acentuados en la fisonomía, fué fugaz apesar de la firmeza incisiva de sus caracteres; y apenas si sus rastros, ya vagos y difusos, se ven hoy en el tipo grave y reflexivo, casi elegante, de algún herrador del retirado pueblecito de campo.

Así como las circunstancias especiales porque atravesara España en los siglos medios, hicieron brotar allí un estilo genuinamente español y local, aquí también, dentro de su modesta estrechez de medio y de gusto, otras circunstancias determinaron un estilo derivado pasiones y de sentimientos de otro orden, cual resultaron intérpretes aquellos «pri-

---

Véase Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de* ...*tes Saavedra.*

mitivos» de la industria, sin reglas ni escuela alguna. Hubo una *toilette* rosina y una arquitectura rosina: todas las casas tendían á imitar la de Palermo; los miradores se parecían al famoso *Alto Redondo* de don Juan Manuel y por respetuosa imitación de sus inclinaciones arborícolas, todo el mundo amaba los ombúes, los álamos y el sauce llorón, base del modesto y agreste parque criollo tan de la admiración de Rosas. Esos hombres, caricaturando á los pintores antiguos de buena estirpe que hacían sus mejores cuadros con una reducidísima gama de colores, sacaban la belleza de su paisaje, que la tenía indudablemente y muy peculiar, combinando la monotonía de la llanura con la esbeltez un poco fría y rígida del álamo y del ombú. A la par que un espíritu de imitación devota, revelaban uniformidad de sensibilidad artística, si artística puede llamarse la rica alineación de árboles, sombríos y graves como el estado de ánimo general y el tono moral del ambiente. Pocas flores y perfumes: dejaban que la naturaleza y el olor de sus humus acres, de los pastos y trebolares, cuyas glándı s estimulaba la lluvia y el franco sol de s campos, les acariciara el olfato desarrollán-les el instinto útil de la orientación.

Tosco y primitivo como fué aquel arte, sin reales bellezas, revela, sin embargo, la intensa consagración y el valor venal de la obra producida, la prosperidad de esos oficios de indios mansos, hijos de la colonia, y que, si hubieran sido estimulados por la escuela de dibujo y los demás elementos de una modesta educación industrial que la época permitía ya, hubieran resistido la competencia de las industrias europeas que los mataron.

Los ágiles y tan experimentados dedos del *trenzador*, hacían prodigios de labor y rapidez. Habían fundado esa otra pequeña industria igualmente productiva del tejido de *tientos*, cuyas sutiles combinaciones constituían el lujo más caro del rico campesino, del compadrito y de toda la andante caballería de los suburbios y aun del centro, porque ningún porteño que montara á caballo, había de llevar otra cincha que la trenzada, otras riendas y cabezadas que las salidas de sus manos primorosas.

Estas y otras industrias, estaban favorecidas por disposiciones especiales del Gobierno, quien sta llegó á prohibir la entrada de ciertos arulos de cuya fabricación vivían. Todos los ›jetos de uso generalizado en el campo, arulos de alimentación popular como la galleta,

etc., etc., que fabricaban en abundancia, estaban recargados de fuertes derechos prohibitivos. El decreto de diciembre 18 de 1835 dictado por Rosas en uso de las facultades extraordinarias de que se hallaba investido, dispone en su artículo 2.º, que las pieles crudas ó sin manufacturar, podían entrar libres de derecho. De esa manera, la curtiduría exportadora de suelas ó el talabartero que las trabajaba, comprarían baratísimo el cuero y la suela. Del mismo modo se encontraba completamente prohibida la entrada de las cabezadas, caronas de lomillas, cinchas y cojinillos, sobrecinchas, maneas, maneadores, lazos, fiadores, bozalejos, rebenques, etc. (artículo 1.º), que venían de las provincias á hacerles competencia ventajosa, dada la superioridad del lazo, el estribo y la suela salteña. Por el art. 6.º se gravaba con un 35 °/₀ lo que la obra de mano del lomillero de la calle de las Artes podía producir barato y en abundancia haciendo un buen negocio: petacas de cuero, estribos, rebenques, aperos, etc. Toda clase de sebo en rama y derretido, el pabilo, la pluma de avestruz para los plumeros, y que eran materia prima de las industrias de los negr[os] entraban libres de derecho por el Capítul[o] *(De las Entradas Marítimas)*; mientras que

escoba de paja de fabricación extranjera estaba prohibida, para evitar la competencia é imponer la escoba, el plumero y la pestífera *vela de baño y de molde* del negro rosín. La herrería no era menos favorecida en el Capítulo II *(De los efectos prohibidos)*, pues los herrajes para las puertas y ventanas, «las almas de fierro para bolas de campo y las boleadoras hechas», las argollas de hierro y bronce, los azadores, discos para calderas, baldes, espuelas, etc., no podían entrar por expresa prohibición del decreto, lo mismo que los arcos de hierro, las cerraduras, los baldes de lata, que construía en buen número el hojalatero de la calle de Mendocinos, las rejas para ventana, las de arado «modelo del país», los eslabones y en suma todo lo que la herrería y hojalatería, el lomillero, el negro y el chacarero porteño producían.

Este último estaba también seguro de que las puertas de Buenos-Aires se cerrarían del mismo modo para el maíz y la manteca santafecina, que para los mates, el zapallo y la fruta correntina y paraguaya, el trigo y las harinas tranjeras, cuando el valor «de aquél no llere á 5o $ por fanega, pero que en pasando 5o el gobierno concedería permiso para el e lo pidiera» (Artículo 3.º).

Según versiones autorizadas [1], el mismo Rosas era un activo comerciante en trigos y harinas, y mientras él tenía un grano que introducir, no entraba en el puerto buque alguno que trajera estos artículos. Por medio de su corredor favorito, don Pablo Santillán, acaparaba todo el trigo de los chacareros y lo vendía á las tahonas, que elaboraban la harina bajo las condiciones impuestas por sus decretos sobre el peso y confección del pan y la galleta, en los cuales, como se sabe, y consta en ellos, escrupulizaba de un modo tan cuidadoso. Este renglón del comercio de exportación, era, en aquel tiempo, de una importancia capital. Sólo en el primer semestre de 1838, habían salido del puerto de Buenos-Aires, 165 barricas de harina (Paraguay, Uruguay y otros destinos), por valor de $ 8.910 y 15.975 @ por valor de $ 127.339 con 4 [2]. En 1839, la importación extranjera llegó á ser completamente nula; las *Salidas Marítimas* no registran una sola barrica y la exportación da solamente en el pri-

(1) El señor don Francisco Bravo, comerciante en harinas y trigos de aquella época y corredor de la casa de don Ant[illegible] Fernández Ramos, muy conocida en el comercio de Buenos-[illegible]res de 1845 y en el de hoy mismo.

(2) Estado de las entradas y salidas de los buques en el 1er [se]mestre de 1838, *Registro Oficial* de 1839.

mer trimestre 10.091 @ por valor de $ 233.731. Y así va creciendo con sus alternativas durante toda la Dictadura.

Bajo los rigores del bloqueo de 1838, el negocio era tan pingüe que continuó su desarrollo sin graves estorbos, entendidos como estaban los grandes comerciantes de la plaza con los comandantes de los buques de guerra bloqueadores, que sin perder la solemnidad de su bélico ministerio tomaban una modesta utilidad en el negocio. El decreto de Rosas de mayo 1.º de 1838 revela, á la par que cierta alarma previsora de escaseces futuras, la fuerza de la corriente de exportación de este artículo de primera necesidad que llegó á escasear en la mesa del pueblo, por lo que y «habiendo pasado el precio de $ 50 en el trigo» y «no pudiendo hacerse la introducción que para este caso permite la ley de aduana de 1835, á causa del injusto bloqueo que hoy sufre el país», quedaba prohibida «durante el bloqueo la exportación de trigos y harinas» (1).

Para vender sus productos, todas podían .lir libremente, huyendo del abarrotamiento e la abundancia. Por el artículo 6.º del de-

(1) Decreto de Rosas, n.º 1237, *Registro Oficial*, año de 1838, g. 51.

creto *(De la Salida Marítima)* eran libres de derechos la exportación de los granos, menestra, galletas, harina, las carnes saladas, la lana y cueros de carnero, las suelas y todos los artefactos y manufacturas del país. Los frutos y mercaderías que se extrajeran para las provincias exteriores, decía el Capítulo V, ARTÍCULO ÚNICO *(De la Salida Terrestre)*, serían libres de derecho con la obligación de sacar la guía correspondiente. La yerba mate y el tabaco del Paraguay, que no producíamos, pero que consumían en abundancia las clases pobres, podían entrar con sólo un 10 °/o sobre valores de plaza [1].

Todas las disposiciones reglamentarias del decreto de 13 de julio de 1822 y de mayo 31 sobre los saladeros, barracas, fábricas y petaquerías, etc., quedaron de hecho sin efecto en beneficio de todos estos adherentes fieles al sistema de la *Santa Federación*. Las fábricas de vela ó fundición de sebo, con todos sus malos olores y pudrideces, se instalaron de nuevo en el corazón de la ciudad; las fábricas de curtiembres, «los vendajes de pieles», tipas escobas sobrepasaron á su arbitrio la línea

---

(1) Decreto n.° 982, loc. cit.

la plaza Lorea que fijaba el decreto; las de jabón, los almacenes de cuero, las tahonas, etc., entraron triunfantes después de 1839 á tomar posesión de los locales más cómodos y baratos. Las pulperías, endemoniadas por su bullicio y su concurrencia equívoca, comenzaron á salpicar los barrios mejores, y la inspección de sus bebidas alteradas, al cual proveía la Policía «por medio de un médico y del inspector de farmacias», según el decreto de julio 7 de 1826 [1], fué suprimido como atentatorio á semejante industria, en grande escala fabricadora de la «gota federal», «el cordial del pobre» y otros brevajes con que se alegraba el ánimo de la plebe, infiltrándole entusiasmo.

Las patentes del decreto de 2 de diciembre de 1822, establecidas para los morenos que hacían «el giro por menor» de pieles, tipas y escobas, quedaron abolidas, como también se derogó el de 6 de agosto del mismo año declarando comprendido en el artículo 9.° del decreto de 31 de mayo esta industria, á la cual se le fijaba «un radio de diez cuadras de circunferencia de la Plaza de la Victoria para

[1] *Manual de Policía ó leyes y decretos que tienen relación m dicho Departamento.* Buenos-Aires, Imprenta Republicana, 30.

situar sus molestos talleres» [1]. Abrióles pues, Rosas la compuerta que detenía el abuso y desbordáronse libremente á cantar sus himnos en la orgía. Los decretos que las reglamentaban y las contenían dentro sus límites naturales, eran de origen unitario; los que las *libertaban* eran federales.

El *abastecedor*, lo mismo que el *carnicero* y el *matarife*, el *alcalde* y el *teniente*, no eran gremios simplemente; constituían también un tipo moral, que Rosas eligió teniendo presente un patrón psicológico dentro del cual debían caber todos. Eran, por excelencia, los tipos del *rosín* de acción, especie de perro de presa, manso en sus momentos, obediente, pero en disponibilidad para cualquier desaguisado por grande que fuera. Ladraban mucho, pero sabían también morder fuerte. Díganlo sino, los que templaron en el calor de ese fanatismo la hoja de sus cuchillas: en *Quebrachito, Tonelero* y *San Lorenzo,* con bríos más puros, se abalanzaron sobre la flota extranjera demostrándolo así. Mucho más fácil, que entre ellos, era encontrar un traidor en la «Sociedad Popular», de la cual, en (terminadas circunstancias formaban parte.

---

(1) Véase *Manual de Policía*, ya citado, y *Registro Ofic* edición de la Imprenta del Estado.

El abastecedor fué el representante de una clase social con arraigo y modesta fortuna adquirida en el comercio de la provisión de carne á la ciudad y á sus alrededores. Tipo interesante de afortunado caudillo, porque gozaba, como pocos gremios, de la privanza del Restaurador, confiado en su hombría y en la valerosa pujanza de las peonadas que le formaban cuadro. Su personalidad llenaba todo el suburbio del Sud y las chacras de los alrededores donde tenía sus pastoreos. Era el dueño y señor de la *playa*, y como entre otras prerrogativas tenía la de distribuir el derecho de *hachuras*, las pequeñas dádivas del cuero mal desollado, de la entrada á la plaza, con las que abría muchos corazones, gozaba de gran prestigio entre la plebe y entre los estancieros mismos, á quienes podía imponer la ley de su capricho en el precio de las reses y en la oportunidad proficua de la entrada. Por los reglamentos de Policía, debía de ser matriculado y tener carretas, puestos de carne establecidos y los útiles necesarios para sus operaciones [1]. De manera que era hombre capitalista, disponía de mucha gente y manejaba

(1) Reglamento de Corrales que deberá servir para los Corrales del Sud, Norte y Oeste. *Registro Oficial*, año 1834.

el cuchillo como el mejor. Según rezaban sus reglamentos, funcionaba el gremio con una verdadera organización democrática. El día en que el Juez respectivo lo citaba, se reunía en el punto designado y, presidido por él, nombraba de su seno tres individuos que formaban una especie de institución judicial interna, el Jurado, por el término de tres meses [1]. Éste debía recibir el producto de las multas impuestas por el Juez; entender las quejas y solicitudes de los patrones y los peones, é invertir el producto de las multas en la compostura de las calles inmediatas á los corrales y demás objetos de utilidad común. Según el art. 3.º de sus Ordenanzas, cuando el Juez conocía que un peón no tenía derecho para dejar á su patrón, le amonestaba y lo exhortaba á continuar; «y en el caso inesperado que por miras particulares se resistiera á ello», era despedido de la plaza «con privación del servicio dentro de los corrales del abasto público por el término de seis meses». Los peones estaban sujetos á dicha reglamentación por una multitud de multas y castigos de otro orden que el abastecedor, -gún el caso y las necesidades de su func

(1) Capítulo 6.º del *Reglamento*, Artículo 1.º

política, disminuía ó perdonaba, ya por propia resolución ó interponiendo su influencia con el Juez. No hay por que decir que el único que podía echar al diablo reglamento y costumbres, como en efecto lo hacía algunas veces, era don Juan Manuel.

El matadero fué otro de los conservatorios de la fe, el local más frecuentado de las reuniones plebeyas, y merece revivirse como sensación de la época. Más de cuatrocientas personas concurrían todas las mañanas al lodazal donde estaba enclavado. Los cuadros que allí se desarrollaban darían una idea de la clase de elementos de que se servía Rosas. En la hora breve de la faena matutina había de todo: la lucha con el toro bravío, la pendencia sangrienta cuerpo á cuerpo y al arma blanca, la jauría de perros hambrientos en montones, las bandadas de aves carnívoras y gritonas, los grupos gárrulos de negras andrajosas, y, por fin, el tumulto y el vocerío ensordecedor de la insolencia ensoberbecida por la protección incondicional de quien los necesitaba.

Situado en las quintas del Sud de la ciudad, e una gran playa en forma rectangular coloc a al extremo de dos calles, una de las cual se terminaba allí, prolongándose la otra

hacia el Este. La pequeña planicie, con declive al Sud, estaba cortada por un sanjón que había labrado la corriente de las aguas pluviales y en cuyos bordes laterales mostrábanse innumerables cuevas de ratones. El cauce profundo recogía, en tiempo de lluvias, toda la sangre, desperdicios y podredumbres que aquella cloaca al aire libre producía durante la diaria labor [1]. Sobre la playa bulliciosa, y en lugar más alto y visible, se alzaba tan chata y sucia como era, *la Casilla,* cueva y mangrullo desde donde un personaje de genuina estirpe popular, el Juez del Matadero, espiaba y pontificaba con su habitual y cómica solemnidad. Era el caudillo de los carniceros, pues entre ellos se elegía al más consular y federal. Con él se entendía directamente Rosas, siendo el que manejaba las voluntades de aquellos buenos lebreles y representaba, en el local, la persona del Restaurador y sus «Extraordinarias». Podía dispensar las multas, distribuir gracias, disimulando hasta las más graves transgresiones. Sobre su cabeza, y como aureola de su augusta investidura, brillaba el consagrado letrero, el *in hoc sig* *vinci* del terrible rito: *¡ Viva la Federac*

[1] Sigo á Echeverría, que ha descripto *El Matadero* tomo V de sus obras.

¡Viva el Restaurador y la Heroina! ¡Mueran los salvajes Unitarios!

Al rededor de cada *res* burbujea el abigarrado grupo de los matarifes; «cuchillo en mano, brazos y pechos desnudos, cabello largo y revuelto, con el rostro y la camisa llenos de sangre». Como un caballo de bronce de Lysipo, alzan garbosamente el rostro para aspirar con voluptuosidad el hedor embravecente de la sangre rutilante, cual las hojas de las cuchillas que cortan como un pelo el cuello grácil de cualquier unitario, mientras giran alrededor del animal descuartizado, comparsas de muchachos alegres, de negras y mulatas hachuradoras, trasunto de harpías, jaurías de enormes mastines que gruñen y olfatean, enjambres de gaviotas caranchos y chimangos revoloteando sobre las cabezas de otros grupos de ginetes, pialadores, enlazadores, curiosos y haraganes que forman legión dentro y fuera del recinto amigo. A cierta hora, todo el mundo se mueve, estimulado por el hambre y el trabajo fácil en aquellas asoleadas mañanas del Otoño; sobre el despejado horizonte de la movible playa, destácase, hirviente de fruición, la colmena humana, satisfechas generosamente las elementales necesidades de cada uno.

Nadie que concurriera allí, y siempre que fuera del pobrerío federal, dejaba de compartir el reparto, que más que eso parecía botín de asalto ó de conquista, tan abundante era. Cuando el animal ofrecía resistencia ó parecía de difícil y peligroso acceso, el espíritu se enardecía y el culto al valor embargaba el ánimo, apagando los instintos de conservación. Los carniceros formaban entonces el grotesco grupo de luchadores. Legiones de enlazadores, con el brazo desnudo y armados de su gran instrumento, se adelantaban á la puerta del corral teniendo detrás una cortina de curiosos llenos de emoción ante el espectáculo que iba á tener lugar. El animal, asegurado por el lazo, bramaba echando espuma, furibundo y agresivo. Herido y azuzado por las picanas agudas de los pilluelos, el furor del animal llegaba á su colmo; y al sentir el lazo flojo, arrancaba por fin, sublime de furor y, según ellos, «hecho un federal provocado por los unitarios», llevándose todo por delante. El concurso iba en aumento á medida que el peligro crecía, hasta que el escándalo y la gritería provocaban a disolución de los grupos y la terminación el cuadro.

Los gremios formaban regimientos de i-

cias y usaban del derecho, excepcional, por cierto, bajo un régimen como ese, de conservar en sus casas las armas y vituallas que les daba el Estado [1]. El servicio, con todo, era liviano y fácil. Según el decreto de julio 12 de 1847, en el que se refundieron todas las disposiciones anteriores, los ejercicios militares debían verificarse por la mañana en los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, y por la tarde «en los demás ocho meses del año» [2]. A la salida del sol, la batería *Libertad* disparaba un cañonazo y luego las campanas de todas las iglesias repicaban por dos minutos. Era la señal para que los obreros de todos los talleres, los dependientes de las casas de comercio y los jóvenes empleados se lanzaran á la calle fusil en mano, á prestar su tributo de ejercicio doctrinal. Porque Rosas manejaba su pueblo por este procedimiento maquinal de señales. Para comenzar y terminar el carnaval, la señal era un cañonazo; la matanza en los corrales principiaba y terminaba por otro. Otras órdenes se transmitían por igual procedimiento; y nadie le era dado andar por las calles des-

---

Esta costumbre databa de mucho tiempo atrás. Creo que ve lesde 1807.

Véase *Registro Oficial*, año 1847, pág. 12.

pués del cañonazo que ordenaba reemplazar el servicio de policía por el del *sereno*, cuya función insuficiente y musical cesaba también por otro cañonazo. Las casas de comercio cerrábanse; cesaba todo trabajo, y «chacras, saladeros, atahonas, fábricas y demás establecimientos, quedaban desiertos durante las tres horas reglamentarias». Mientras duraba la federal ocupación, estaba prohibido á todo hombre, nacional ó extranjero, transitar por las calles, excepto ciertos empleados, médicos y sacerdotes, que por el género de sus ocupaciones «debían de hacerlo por precisa necesidad». En la misma forma se verificaba en el campo, en donde las estancias suspendían sus faenas «dejando sólo el número de hombres muy preciso para su cuidado» (1). Con todo, este no era constante, porque apesar del decreto antes mencionado, pasaban meses sin que se llamara á las milicias á ejercicios doctrinales; y un *dolce far niente* continuado, libraba á la población de la ciudad y campaña hasta de este pequeño tributo de esfuerzo militar. El miliciano contaba siempre con la augusta benevolencia del Restaurador, porque como puede verse en los do-

(1) Véase *Registro Oficial*, de 1847. Decreto de julio 12

cumentos del Archivo Nacional, los mismos desertores eran castigados con suma lenidad [1].

Todos ellos y muchos más de otros gremios, constituían los leales cívicos, celosos defensores del sagrado recinto de la ciudad capital, de aquella Buenos-Aires «que los parásitos del país de adentro» querían arrebatar. La seguridad de la ciudad reposaba sobre la fuerza de *sus cívicos.* Eran—dice un ilustre historiador argentino—el Municipio en armas. Como de Buenos-Aires «había desaparecido cuanto era de un carácter ó de un interés nacional, nadie se preocupaba de otra cosa sino era de lo que afectaba inmediatamente la vida interna y la suerte especial de la ciudad, materialmente limitada á su recinto». Antiguamente, el cívico porteño, era propietario en el suburbio, enteramente libre é independiente de patrones: tenía caballo, hogar y medios propios de subsistencia en los barrios embrionarios de la ciudad. Pero como vivía á sus anchas entre los abiertos eriales, tenía una cultura intermedia y deficiente: era soberbio rque estaba poseído de su individualidad, edispuesto á los alborotos, unido por espí-

(1) Correspondencia militar de Rosas, *Archivo Nacional,* 9, 1840, etc.

ritu de cuerpo con su medio social y poco simpático á las clases dirigentes, cuyas casas ocupaban las calles del urbano centro [1]. Amaron á Rosas porque como ellos, odiaba y conspiraba contra los «hábiles», «los ricos», «los gringos» y «los abogados». En ese tiempo todo el comercio del menudeo y de consumo, las tiendas y los almacenes, estaban como se ha visto, sostenidos y servidos por hijos del país. Como milicia, formaban el *Primer tercio Cívico*, «que aunque de escaso influjo militar, por defectos de la clase misma de que se componía, compensaban ese defecto por el vigoroso tono que su adhesión daba á los partidos». El *Segundo tercio* estaba compuesto por la juventud de la clase media, menestrales, jornaleros, carreros, etc., ó gentes sin oficio, de familias modestas ó propietarios en los suburbios [2]. Su misma clase y las excitaciones de la revolución les habían dado sus predilecciones políticas tan apasionadas, vinculándolos entre sí con un espíritu admirable de cuerpo. González, Salomón, Cuitiño, Troncoso, Moreira y algunos otros cuyos nombres escapan á mi memoria y que c

---

(1) López, *Historia de la República Argentina*, tomo , pág. 16.

(2) López, op. cit., pág. 333.

pués sirvieron á Rosas con tanta lealtad, salieron de sus filas, en donde figuraron como cabos y sargentos. La gente de color, negros y mulatos, que por singulares circunstancias, como dice López, conservaban en la burguesía más afinidades que con las clases plebeyas, formaban la *Tercera brigada*. Habían nacido «de los esclavos que servían á las familias y conservaban relación de cariño para los amos en cuyo respeto se criaron y con los hijos de la casa con quien hicieron vida común en la infancia. Otra razón bastante poderosa: «los orilleros, aunque plebe, se tenían por gente de sangre pura y menospreciaban al mulato y al negro, quienes á la vez se consideraban poco ligados al compadrito».

Estas hondas rivalidades de clases, que Rosas sabrá mantener hábilmente, y el entusiasmo que por él tenían las tres, le garantían la tranquilidad que su asociación había alterado con tanta trascendencia en épocas no lejanas. Pero, poco á poco, y á medida que fué acentuándose la tiranía, tan interesante institución fué desti-
ndose hasta perder el vigoroso carácter mili-
de antes. Con todo, los *regimientos de*
ta Coloma y Patricios de Buenos-Aires
ban compuestos de ese elemento, pero más

entrenados por el ejercicio y clase de personal elegido entre los gremios. Nunca pelearon con mayor entusiasmo y denuedo, que cuando defendieron como «buenos porteños», según la *Gaceta Mercantil*, el suelo *de la patria* en los combates ya mencionados. Sus ojos vieron por primera vez posiblemente, deslizarse sobre las aguas del Paraná, cincuenta ó sesenta barcos cargados de artículos para el comercio y consumo de Corrientes y Santa-Fe, muchísimos de los cuales, venidos de Europa, reemplazarían con ventaja los fabricados por ellos, cuando entraran triunfantes en Buenos-Aires por la Aduana y el contrabando. El secreto instinto de la vida, les avivaba la conciencia del obscuro porvenir. Las balas de las escuadras enemigas picaban en las calles del Buen Orden y en los barrios de la Concepción, conmoviendo las entrañas de aquellas industrias que el implacable espíritu de Rivadavia había ya puesto en peligro abriendo tan ampliamente las puertas de la República al comercio y al ingenio de todos los hombres de la tierra. Como en todas las cosas, el interés pers[illegible] confundía aquí sus aguas con las grandes [illegible]rrientes de entusiasmo que inspiraba Rosa[illegible]

Esta intervención armada de la Europ[illegible]

vilizadora, metida así en los ríos y obstando á la natural corriente del comercio local, ascendía con sus perjuicios mucho más arriba del gremio de abastecedores y carniceros, de los que acopiaban cueros y negociaban al menudeo frutos del país. El comercio había tomado un incremento relativamente considerable en la zona dominada por aquella, y como era natural, con completa exclusión de Buenos-Aires, aislada por la escuadra anglo-francesa. Los buques que podían pasar, iban á Corrientes, agregados á muchos otros reclutados por el interés, y fletados por cuenta del comercio de Montevideo y «aún del gobierno de la plaza y de los Ministros Interventores», que necesitaban costear sus presupuestos exhaustos; y protegidos por las armas combinadas, bajaban el Paraná á hacer su comercio, comprar cueros y demás frutos. Hubo expedición, la que fué batida en San Lorenzo por esas mismas milicias de Buenos-Aires [1], que llevó hasta noventa y cinco barcos mercantes, causando el citado contraste, gran quebranto l comercio de Montevideo que se proponía

(1) *Patricios de Buenos-Aires*, al mando del Mayor Virto, *egimiento Santa Coloma*, *Batallón San Nicolás*, etc.; SALDÍAS, *istoria de la Confederación Argentina*, tomo IV, pág. 278.

pingües resultados, dada la escasez que allí se sentía de artículos de Corrientes y del Paraguay [1].

El bloqueo perturbaba profundamente al comercio de frutos del país en Buenos-Aires. Las *plazas* se llenaban de carretas repletas, y los barraqueros y acopiadores, cruzados de brazos, miraban indiferentes las pilas de cueros y los montones de lana, mientras el gobierno de Montevideo verificaba grandes embarques de haciendas, lo mismo que Corrientes y Entre-Ríos, para cambiarlos por armamentos y artículos de primera necesidad que abarataban la vida y daban pábulo al comercio. Rosas se vió posiblemente forzado á abrir negociaciones de paz con Francia é Inglaterra, ya que, habiendo según él, «salvado el honor con la resistencia», podía de igual modo salvar el peculio amenazado de su gran provincia.

La exaltación del patriotismo metropolitano y de la plebe, tenían, pues, como siempre ha sucedido, ese doble origen ganglionar y sensitivo. Por otra parte, poseían de abolengo, profundamente arraigada, la idea española de qu el comercio extranjero era sinónimo de delit

(1) Saldías, op. cit., tomo IV, págs. 277 y 281.

y delito grave contra la patria y el soberano. Así se nos ha hecho comprender en América á todas las clases durante siglos, creando un hábito al pensamiento y exaltando el sentimiento ciego, dentro de esa preocupación, que hizo de la clase baja un órgano para la función de odio tan poco útil. Como no se nos enseñó á defendernos con otras armas que éstas, la interesante industria y el comercio tan genuinamente criollos de estos gremios, en vez de transformarse, sucumbieron con la *estrùctura,* que ciega también, las habían tomado como instrumento.

Entre todos ellos, felices sin embargo á su modo, el papel moneda se distribuía abundantemente; el precio de su trabajo lo fijaba la urgencia y la escasez, y era retribuído con generosidad, llenando un doble fin de política y de comercio. La materia prima la tenían á la mano en lo que á lás industrias del cuero se refería; el abundante cuerambre de las estancias *unitarias* se vendía á precios viles, y como había de tener algún vicio para despreciarla aún más, el negocio se presentaba siempre pingüe y cratívo. La obra de mano, que en realidad verdad sólo se encarecía excepcionalmente, a lo único que podía perturbar tan serena archa. Ignorábase, por otra parte, el recurso

de la huelga. apesar de existir patrones, salarios y obreros numerosos. El precio del jornal, no era alto, porque las necesidades primordiales urgían poco: la carne y el maíz, que constituían dentro de su restringida variedad culinaria, la comida del hijo del país, abundaba en los mercados, y con los veinte humildes centavos de hoy, se hacía la cocina patriarcal de aquellos tiempos y de aquellas clases, sobrias y contenidas, que de alcohol, sólo conocían algunas de sus propiedades: la alegría de sus primeras estimulaciones fisiológicas. ¡Con qué serena previsión pues, no manejaría Rosas las emisiones de papel moneda de que fué siempre el más rumboso enamorado! ¡Qué perversa utilidad no tendría para su política doméstica esta libertad sin fiscalización que con la sola presión de su mano, manaba plata y distribuía flúidos de vida y de entusiasmo en los gremios más numerosos por el instrumento de la proveeduría y de la guerra!

CAPITULO VII

CÓMO SE ORGANIZA Y FUNCIONA LA PLEBE ROSINA

SUMARIO. — Qué era la Federación para la plebe. — Concepto místico que tenían de ella.—Los desfiles de los negros en las calles.—Sus procesiones y saturnales.—Sus barrios y costumbres.—Las fiestas populares y sus desbordes.—El *Carnaval de Rosas.*—La plebe campesina.—Sus procedimientos comerciales.—Monopolio de todos los pequeños negocios. —La proveeduría de los indios amigos.—Las corridas de avestruces.—La caza de nutrias.—La recogida de yeguas ajenas.—Descenso del nivel moral é intelectual.—El Juez, el Alcalde y el Comisario, única aspiración del villano.—Desprecio por la tierra.—Ilusorias distribuciones de tierra. —Absorciones del latifundio.

Se explica así el concepto peculiar que tuvieron de la *Federación.* Su adoración fervorosa parecía una forma de misticismo. La *Federación* no fué para ellos un partido, una idea política de gobierno, fué más bien un sentimiento religioso: una especie de Providencia ra la plebe, un Dios manso y terrenal, un os *muy gaucho* como decía el populacho de ; campañas para expresar lo que es espontá- o, fácilmente servicial, alegre y amigo. Pare-

cía conjuro para los peligros: en vez del *Dios me ayude* se invocaba la intervención de la *Santa;* cuando se llamaba á la puerta, en lugar del *Ave María Purísima* consabido, se decía, *Vivid Federación,* como los serenos en su ronda nocturna y de acuerdo con los reglamentos de policía; y de adentro contestaba el terror ó el fanatismo siempre alerta: *eternamente.* Era bendición ó buen augurio para el evocante, como la divisa *porte-bonheur* y amuleto. Los soldados del ejército, habían substituído la *Santa Cruz* por la *Santa Federación* y exclamaban al persignarse: *«por la señal de la Santa Federación»,* etc., etc. [1]. De manera que toda ley impositiva era unitaria, como la multa y el cobro compulsivo, maleficio del mismo origen. En la mala suerte y la desgracia, la preocupación percibía una especie de abandono por parte de la Santa, y redoblaba en sus altares las adhesiones propiciatorias. Según el concepto místico que tenían de su ayuda, podían decir: *castigo de la Federación,* como en otros casos el lenguaje popular dice: *castigo de Dios.* Mientras durara

---

(1) El señor general don Donato Álvarez, antiguo sarge del famoso regimiento del coronel Granada, conserva en su der una *circular* impresa distribuída en el ejército y en la Rosas ordenaba esa substitución.

la incondicional adhesión á sus ritos, la ley no haría sino sonreir y la cornucopia de Amaltea preñada de granjerías, continuaría estallando en las marchantas copiosas que coronaban todo triunfo militar.

En ánimo tan satisfecho, la salud física debía ser buena, como en efecto así lo proclamaban los libros de entrada del antiguo «Hospital General de Hombres», en la lengua balbuceante de las estadísticas y el tecnicismo propio de la nosografía de los tiempos.

Se divertían en la misma forma desbordante con que admiraban, con la misma temibilidad con que odiaban y agredían. Su entretenimiento favorito era el Carnaval. La licencia y la impunidad usadas durante esos tres mortales días, se hacían sentir sobre las clases cultas con crueldad y permitía ejercer todas sus pequeñas venganzas: entrar en las casas hasta los dormitorios, manosear las mujeres, cortar los faldones de las levitas y castigar la soberbia de las señoras y *cajetillas*.

Como Rosas había reemplazado la antigua p cesión cívica de la fiesta patria por el abig rado cortejo de negros que iban á aclamarlo, i ndaban en esos días la ciudad multitud de c parsas que, al son de pintarrajeados y lar-

gos tambores, cruzaban las calles tocando monótonamente, no diré una música, sino un ruido del más desastroso efecto, que resonaba melancólicamente en los oídos y en el corazón de los espectadores. Los rítmicos gruñidos de esos músicos en delirio, dejaban una impresión dolorosa en el espíritu, porque aun cuando el negro, como ya he dicho, no era sanguinario ni cruel, la extraña mascarada sugería el presentimiento de lo que serían aquellas pobres bestias una vez enceladas por la acción de su *chicha* favorita ó por el sebo apetitoso del saqueo, consentido y protegido por la alta tutela del Restaurador. Sudorosos y fatigados por larga peregrinación, marchaban sin embargo con cierto desembarazo vertiginoso, imprimiendo al cuerpo movimientos de una lascivia solemne y grotesca. Las negras, muchas de ellas jóvenes y esbeltas, luciendo las desnudeces de sus carnes bien nutridas, revelaban en sus formas abundantes y en sus rostros alegres, un ánimo satisfecho y despreocupado. «Las gráciles Venus exponían con indolencia las mamas rotundas como a expresión de su poder fecundante: pare n grandes racimos de uva negra y de ágata i- triado de oro, y sus bocas golosas de ve -

miadoras untadas de hez», prorrumpían en gritos de triunfo. La alegría del festín futuro, entrevista en las alucinaciones de la embriaguez, sube á los corazones en forma de sordo murmullo, de himnos monótonos que semeja largos rumores de huracán, y las espesas nubes de polvo que levanta el tropel, parecen dibujar las divinidades de aquel amor silvestre que de pie, sobre invisibles zócalos, saludaban su himeneo con la Federación. En ese despliegue palpitante de vida, derramada así en la alegría de las horas luminosas para ellos, parecían expresar, en la desvergüenza de su temperamento, el sentimiento y la soberbia con que la tiranía se ejercería sobre las altas clases. Ambos sexos, iban vestidos pintorescamente con abundancia de trapos rojos, combinados con el negro relumbrante de sus brazos y el de sus hombros movedizos. El viento de los himnos lúgubres, como dice el viejo Esquilo, parecía conmover el obscuro turbión infatigable, que sólo articulaba palabra humana cuando lanzaba á grito herido el *¡Viva el Res-ta ador! ¡Mueran los salvajes asquerosos in-m dos unitarios!* Orgullosos de las predilec-ci es dictatoriales, seguían detrás, cerrando el rtejo, los negros viejos, augures del Tam-

bor, afectando un cómico reposo de ánimo, flamante el traje, reluciente el rostro por la excepcional higiene del día, la cabeza erguida de una gravedad estatuaria, apesar de la gravitación rumbosa de una herencia de sombreros altos, «fraques» y chalecos del amo federal dadivoso [1].

Había entonces en Buenos-Aires más de veinte mil negros [2], distribuídos en innumerables sociedades, cada una con su nombre bárbaro, sus hábitos y reyes según los usos y jerarquías que probablemente traían desde sus tierras africanas. Alrededor de la ciudad formaron un conjunto de colonias libres, y los domingos y días de fiesta ejecutaban sus bailes salvajes, hombres y mujeres á la ronda, cantando sus refranes en sus propias lenguas y al compás de tamboriles y bombos grotescos [3]. La salvaje algazara que se levantaba de

---

(1) Véase J. A. Wilde, *Buenos-Aires 70 años atrás*. Buenos-Aires, Imprenta y librería de Mayo, 1881.

(2) Véase J. A. Wilde, *Buenos-Aires 70 años atrás*; Robertson, *Letters on America*; López, *Manual de Historia Argentina*, tomo II; *Registro de Policía*, donde se encuentra la lista bien abundante por cierto de todas las sociedades que tenía [illegible] entonces.

(3) Algunos de los nombres de aquellas originales so[illegible] la-des se conservan aún en los *Archivos de Policía* de donde [illegible] no los siguientes: «Nación Munonque», «Nación Tauca», «N[illegible] ón

aquel extraño concurso atronando al aire, la oíamos — dice un testigo á quien copiamos — como un rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una aterradora invasión de tribus africanas enloquecidas por el olor de la sangre. Faltábame agregar una *hachure* sugerente á este pequeño grabado al agua fuerte: desde que subió Rosas al gobierno, se hizo concurrente discreto de los *candombes* y asistía religiosamente á algunas de sus fiestas. Con aquella forzada modestia que en él era habitual, aceptaba los nombramientos y pomposos honores que le discernían. Él les daba el concurso de su presencia y el de su hija, y ellos, el de su adhesión servil y de su sangre generosa, porque lo era en efecto, puesto que el *Cuarto Batallón* sólo, constaba de ochocientas plazas y fué uno de los favoritos de la Guardia.

El «Carnaval de Rosas» como se le ha lla-

Banguela», «Sociedad Hambuero», «Sociedad Conga», «Sociedad Cambunga», «Sociedad Lubole», «Sociedad Muncholo», «Sociedad Muchaque», «Sociedad Mayambí», «Sociedad Mondo o», «Sociedad Africana», «Nación Longo», «Nación Lugo », «Sociedad Alagungan», etc., etc. Véase *Archivo de Polici* tomo II. «Rosas y Manuelita eran Patrones, Reyes, Empera res y Presidentes de todas estas sociedades y concurrían á su fiestas». (WILDE, op. cit.).

mado después, era la institución popular por excelencia. El estado de cultura y la libertad usada por el pueblo bajo, están pintados allí con viva elocuencia. Llegó á tal punto el brutal desborde, que el mismo dictador se vió obligado á reglamentarlo en un decreto lleno de considerandos, en el cual, él mismo revelaba cierto respetuoso temor ante el empuje del indomable populacho [1]. Si alguna diversión, en los anales de la locura, ha superado á las Bacanales, ha sido aquella, sin duda alguna. Este extraño género de *sport* concentraba todo el fuego de las pasiones populares, y en ocasiones debió ser una especie de emuntorio que daba escape á todas las fuerzas reprimidas durante el curso del año por la disciplina y el trabajo. Era necesario ver aquella plebe usando del placer, para explicársela en la venganza y el motín.

Como actores de la infernal orgía, tomaba parte principal todo lo que el pueblo tenía de menos pacífico. De las orillas y de los pueblecitos inmediatos, la gente afluía á caballo ó en carreta y llenaba los fondines y pulperías ı

(1) Véase Mensaje á la Décima Cuarta Legislatura, p.. 8 del *Registro Oficial* de 1837. Y por decreto de febrero 24 de , fué abolido para siempre. *Registro Oficial* de 1844, pág. 7

un hacinamiento desagradable. Tres ó cuatro días duraba la preparación espiritual, durante los cuales se bebía en abundancia, se combinaban las agresiones y, en medio de la excitación de tanta locura, se organizaban los más extraños instrumentos de combate: carros adornados con abundancia de sauce y paraiso, grandes pipas para el agua, tristeles monumentales, vejigas llenas de aire en cuya confección el ingenio demoniaco del guarango y del orillero se complacía en agregar el detalle maligno. Era lo menos la pica-pica en el ramo de flores, el agua sucia en el tristel, la pólvora en el cigarro cuyo éxito llenaba el ambiente con el estruendo de la carcajada popular, una vez producida la grave lesión que se esperaba. Los candombes empezaban á fermentar con la alegría gritona y agitante de los negros en libertad. La pulpería y el burdel tomaban su lugar y trascendía hasta los barrios tranquilos del centro la más profunda alarma. Porque la fauna séptica se insinuaba en el alma de todos, despertando aquellos apetitos que el voluptuoso presenti-
ento del manoseo de las niñas y señoras,
vilizaba de un modo brutal. Podía decirse,
e la revoltosa animalidad, tenía en esa fiesta
no una segunda época del celo. Vaga impre-

sión de bestialidad comenzaba á circular en el ambiente. Las casas de familia percibían en la agitada alegría de la servidumbre las promesas que aquellos días de enajenación ofrecerían. Esa revolución saturnal del bajo instinto libre de todo reato, dejaba en el ánimo de la gente culta la sensación anticipada de todas las vejaciones que iba á sufrir, y sin embargo tenía que disimular tras de la plácida fisonomía que que en estos casos mandaba la liturgia oficial. Podríamos decir, como el himno homérico de las procesiones de Baco: que todas las energías de la savia, todas las obscenidades del celo universal, tomaban en ese día forma y aliento, figura y disfraz para agruparse alrededor de su ídolo, tipo soberano de la vida física.

Sonaba *el cañonazo* y estallaba el acceso. Los carros comenzaban á rodar por el mal empedrado, llevando enormes toneles llenos de agua, escaleras para el asalto, sandías, zapallos, huevos de pato y de avestruz llenos de agua infecta, vermellón ó harina para los balcones de los unitarios; y detrás ó á los lados, trepados ó á pié, una turba de pilluelos de todas edades y aspectos atronando el aire con silbidos, gritos y palmoteos salpicados del faltable *¡viva la federación, mueran los salva*

inmundos unitarios! Pelotones pintorescos de hombres á caballo, medio disfrazados y pintarrajeados, con ponchos y chalecos colorados, barbas postizas de crines y colas de caballo. Á tan desaforada peregrinación que iba á detenerse frente á la casa elegida para el festín ó para el ultraje, servíanle de orquesta, los tachos y calderas más sonoras, cornetas desafinadas, pitos, tambores, bombas, cencerros colosales, en montones, agitados nerviosamente y golpeados por la turba desenfrenada. Allí era recibida con palmoteos y gritos de entusiasmo. Las mujeres arremángabanse las polleras, el cabello iba á la espalda con caluroso garbo y empezaba el torneo. El agua corría á mares; abalanzábanse á los carros enardecidas por las flagelaciones del agua, y el bárbaro y obsceno entrevero se hacía general. Todo contribuía á estimular rabiosamente los más bajos deseos: los pechos rumbosos de las jóvenes, las caderas y los muslos proyectando sus formas sobre los sentidos á cada instante más voraces; porque el agua pegaba la ropa ligera al cuerpo desnudándolo con cierto descuido de insolente impudor. La carne mirada así, parecía palpitar con más luz bajo el fresco manto de agua. Caían al suelo rodando entre el barro de los

charcos, precipitábanse vereda abajo medio asfixiadas por aquel diluvio incesante ó en brazos de hombrones musculosos, embriagados por el olor de su cuerpo y de su aliento, iban á la tina a recibir el baño final que indicaba la capitulación.

¡Divinidad fúnebre la que en ocasiones presidió á esta fiesta, proyectando sombras de muerte sobre los triunfos brutales de la vida! Las bacantes solían transformarse en Manes y su rostro blanco y lívido mezclábase con frecuencia á los gestos alegres de las máscaras. Su voz atiplada, parecía en ocasiones balbucear sordamente, la lengua inarticulada de algún inquieto fantasma que buscara el reposo de la tumba [1]. Cuando el asalto era á la familia enemiga, la comedia tenía sabor más acre, porque el agua parecía sangrienta en los jarros y detrás del vejigazo iba la puñalada ó las *rebenqueaduras* famosas, con las cuales los unitarios larvados detrás de su mimetismo previsor, saldaban sus cuentas viejas con los federales. El muerto del carnaval en aquellas calles sin luz, y sin eco para los gritos de auxilio, se gaba en la cuenta de los naturales excesos

(1) PAUL DE SAINT-VICTOR, *Les Deux masques*, pág. 69, tc

pulares, fueran uno, dos ó cuatro como en el del año 1840. Era precisamente para esas familias sindicadas, que el *carnaval de Rosas* tenía aquella cola bestial que Pratinas cortó á la tragedia griega. Enharinaban de piés á cabeza las niñas, las arrojaban agua pestífera ó las volteaban de una pedrada; llenaban de vermellón los muebles, los tapices, las paredes, reservando para la negra sirvienta el huevo perfumado y el ramo de las mejores flores...

En la campaña no era menos fácil y llevadera la vida del pobrerío. El fogón tenía siempre un asiento que ofrecer al pobre; la *ramada* carne disponible; la manada, el *huacho* para la bota de potro y el bolsillo del patrón el *cobre* auxiliador para que no le faltare en el camino con que comprar los *vicios* más indispensables. En la ciudad no había puerta que no se abriera á fin de dar paso al *aparcero*, y buen hermano, que necesitaba del concurso del rico propietario en cuyo presupuesto no faltó jamás la partida de socorro. Bastaba la mediana corrección en el *saber pedir*, para ıe nadie negara al vagabundo y al ocioso lo ›co que necesitaba, y como siempre lo hacía ı nombre de la *Santa Federación* que evo-ba vivamente la imagen de Rosas y sus tor-

mentos, la humilde demanda era inmediatamente satisfecha sin trámites ni titubeos. Lo mismo allí que en la ciudad, nadie que no fuera incondicional adherente, podía establecer un negocio chico ó grande. Para ello el solicitante debía dirigirse al Restaurador, quién, después de una averiguación minuciosa, daba el permiso «con calidad precisa de que la casa no podría ser administrada ni servida por persona ni personas *«salvajes unitarias,* debiendo antes acreditar el suplicante *ser federal de notoriedad y con servicios positivos á la Santa causa de la federación»* (1). En toda la vasta extensión de la Provincia, el comercio de ese tipo gozaba del extraño monopolio que ponía

(1) Nota del primer Edecán del señor Gobernador al Comandante del Fuerte Argentino don José Luis Palavecino autorizándole para conceder al señor don Estanislao Aragüe permiso para establecer negocios en Bahía Blanca, *Archivo Nacional*, Correspondencia Militar de Rosas, 1841. Una comunicación igual firmada por Rosas existe original en mi archivo haciendo concesión análoga para otro comerciante, el señor don Manuel Casal y Gaete, y en el *Archivo Nacional* podrán encontrarse otras análogas. Con fines parecidos, Rosas envía circulares á los Jueces de Paz para que le manden las *clasificaciones* de las personas que tengan casas de comercio á fin de saber si son ó no buenos federales. *Circular á los Jueces de Paz*, firmada po señor doctor don Agustín Garrigós y en nombre del Exmo. se Gobernador de la Provincia *Nuestro Ilustre Restaurador de Leyes Brigadier General don Juan Manuel de Rosas*, diciem 10 de 1835. Una de estas circulares la conservo en mi poder

en sus manos este procedimiento *sui géneris*. El negocio de tienda y ropería, el buhonero y el boliche de ambulantes ladrones, no eran menos prósperos; y ya he dicho al principio, que la tienda fué entonces el principal negocio del comerciante urbano, en cuyos talleres se confeccionaban, para proveer las tropas, grandes cantidades de chaquetas, ponchos, gorras, chiripáes, camisas, calzoncillos, etc., etc. Y como lo sentían con plata al Estado, ayer como hoy, se cobraba con precios de «doble fondo»; y los artículos salían de alguna fábrica conocida en un solo carro y llegaba á la Tesorería en diez. Rosas sabía cerrar los ojos, cuando le convenía ser tolerante y munificiente. El suministro á las tribus de indios amigos constituía otra fuente de prosperidad para el comercio rural. Las tribus diseminadas en muchísimos puntos de la Provincia y en activo movimiento de vigilancia, eran voraces y pedigüeñas, y como el «hermano Juan Manuel» no les negaba nada, ese movimiento de provisión presentábase relativamente grande y provechoso [1].

Siempre fué una vena de fortuna la proveeuría de los *indios amigos* que entonces pasa-

---

(1) Véase Presupuesto presentado á la Legislatura de 1830.

ban de diez mil. Así hicieron gran fortuna miserables pulperos que jamás habían soñado otra cosa que el modesto bienestar proporcionado por el *cuerito* robado y la *cerdeada* furtiva. La tribu amiga constituía el mejor mercado para toda el *hampa* campesina. Aguardiente, tabaco, galleta, fariña, barajas, maíz, enviado todo en cargueros, eran los artículos consumidos, hasta con despilfarro, para tenerlos contentos, dada la misión de vigilancia desempeñada. Por lo que tragaban los de una sola de las divisiones, se podrá calcular el consumo general de las tribus, en uno de los capítulos principales de la despensa militar. Según nota del Coronel Granada, Comandante en Jefe de la División Sud, mil seiscientos y tantos indios, con sus *chusmas* respectivas, comían en cuarenta y cinco días *mil trescientas setenta y tres* yeguas á razón de sesenta bocas por yegua [1]. Sólo los indios del Fuerte Federación habían consumido en un mes, según el balance de Tesorería de marzo 15 de 1851 por valor de dos mil trescientos veinte y cuatro pesos [2]. Luego seguía

(1) Nota del Comandante de la División del Sud al s coronel Edecán de S. E., enero 1.° de 1840, *Archivo Naci* (Correspondencia de Rosas con las autoridades de campaña)

(2) *Gaceta Mercantil* de marzo 17 de 1851.

la lista interminable de nombres de caciques cuyas tribus eran así provistas: las del cacique Camillán, las de Praiquen, Guichal, las de Nicacio Macedo, las del Capitanejo Cristóbal Naumil, Martín Colical, Cuentrel, Quinteros, etc., etc. La lista sería interminable de continuar nombrándolas á todas.

El capítulo de los regalos, que era tan rumboso y constituía para el indio una elemental necesidad, era otro de los más codiciados por el lomillero y el orfebre bonaerense. Los aperos y *chapeaos* con que frecuentemente obsequiaba Rosas á los caciques y capitanejos, permitíales abundar en deslumbrantes y costosos arabescos de oro y plata, cargándole la mano al espesor de las barras del bozal y cabezadas especialmente. En ellas, las «espuelas nazarenas», los colosales estribos, las copas del freno con oro hasta en las bulliciosas coscojas tenía el ambiciosa artífice ancho campo para cubrir con *superavit* el presupuesto de todo un año [1]. Y téngase presente que la entrada de

[1] En el presupuesto de gastos presentado á la Legislatur
p el año 1830, figuran las siguientes partidas: Para vesti
r scientos indios, cuatro mil quinientos pesos; vestuario para
2 aciques, 4.000 $; íd. para 40 capitanejos, 6.000 $; por vestua-
r para 4.000 indios, 200.000 $; para vestir 60 caciques, 12.000 $
p íd. 120 capitanejos, 18.000 $; regalo á 4.000 indios, 80.000 $

estas platerías andantes en el seno de una tribu, despertaba la natural voracidad de las otras jerarquías, obligando á «Juan Manuel» á dar quehacer con frecuencia á sus ingeniosos aurífices. De tal manera tenía asegurada la colaboración de este elemento feroz que agregaba su brazo al de la plebe.

Todo lo que ofrecía de precario y doloroso para el *salvaje unitario*, la vida de la ciudad y campaña, tenía de fácil y amable para el afiliado á la *Santa*. Dentro de las necesarias restricciones impuestas por la situación general, el comercio y las modestas industrias tomaban una amplitud y facilidades que hacían, no ya tolerable, sino necesario cualquier sistema político para mantenerlas. Una vez eleminados los unitarios incorregibles, de fortuna ó de pensa-

---

íd. chinitas, 40.000 $; caciques 60, 24.000 $; 120 capitanejos, 24.000 $; dos tercios de yerba para cada capitanejo, 670.000 $; tabaco, 420 rollos, 378.000 $; azúcar para cada capitanejo, 16.000 $; maíz, 4.000 fanegas, 20.000 $; sal, 50 fanegas, 1.200 $; yeguas para 70 caciques, 36.000 $; ovejas para 60 caciques, 36.000 $; ovejas para 120 capitanejos, 36.000 $; aguardiente para cada cacique, 23.400 $; íd. para 120 capitanejos, 23.400 $; pasas en la misma proporción, 18.800 $; íd. vino, 21.600 $; para gastos diferen imprevistos, 50.000 $; para la manutención diaria de 3.000 p nas que viven por los Cerrillos, 108.000 $; conducciones y g de jornales y compras, 50.300 $. Véase *Rosas y sus Oposil* pág. 218.

miento, emigrados al extranjero (1) ó refugiados en las provincias, Buenos-Aires quedó tranquilo, y si hemos de creer lo afirmado por autores nada hostiles á Rosas y tal vez un poco optimistas sin embargo, «los campos verdeaban que era un gusto, la agricultura y la ganadería daban á los federales pingües rendimientos». El movimiento marítimo «había sido mayor que el de los años anteriores, pues hasta el 31 de diciembre de 1844, entraron en Buenos-Aires ocho mil individuos, el puerto tuvo un movimiento de 1.200 buques», y el comercio de harinas, trigos y maíz con los puertos del Paraguay especialmente, comenzó á hacerse ámplio y desenvuelto (2). «Un vasto comercio — leo en la carta de un federal — da al tesoro de la Provincia incalculables entradas, permitiéndole al Gobierno hermosear las calles de *nuestra querida patria*» (3). Como Rosas había sacado fuera de su Provincia los efectos de la guerra llevándola al resto del país, sus milicias hacían,

---

(1) Véase el Capítulo: *Como funciona y se sostiene la tiranía*, to II.

SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, t. IV, pá 17.

Carta de don Pedro Gimeno al coronel Lagos. En la *Gace Mercantil* del 4 de febrero de 1836, se halla el siguiente

como he demostrado, un servicio militar liviano y fácil, organizadas de manera que sólo en

---

estado de la Exportación en que se demuestra que la de cueros y lanas de carnero fué en:

AÑO	DOCENAS CUEROS	ARROBAS LANA
1829	2.036	44.466
1830	3.446	19.809
1831	7.235	64.157
1832	46.592	40.551
1833	25.843	89.204
1834	43.591	117.843
1835	97.963	129.487

En el número 5.°, *Registro Oficial,* Libro 16, continúa el semestre y la Exportación:

Cueros carnero, docenas... 37.085
Lana, arrobas............. 40.320

En el número 10 del mismo Libro 16, primer semestre de 1837:

Cueros carnero. docenas... 31.024
Lana, arrobas............. 127.857

Número 5.°, Libro 17, segundo semestre de 1838:

Cueros carnero, docenas... 25.164
Lana, arrobas............. 36.849

Número 3, Libro 18, primer semestre de 1838:

Cueros carnero, docenas... 57.825
Lana, arrobas 167.741

El siguiente es un estado de la Exportación lanar en los años que se expresa, y muy principalmente á los que siguieron al bloqueo francés:

AÑOS	ARROBAS LANA	CUEROS DOCENAS	SEBO Y GRASA ARROBAS
1839	57.062	16.804	407.302
1840	96.611	10.351	375.475
1841	959.067	211.694	1.222.086
842	516.798	102.424	511.735

casos extremos pudiera serles realmente molesto. La plebe podía libremente entregarse al ejercicio de su función coercitiva sin reato alguno. El terrible ejército de línea, de cuya estructura y organización hablaré después, ejercía lejos su misión formidable; y yo creo que hasta el mismo Rosas una vez hecho, diré así, á su imagen, tan colosal mecanismo de destrucción, tuvo miedo de su proximidad, porque aparte de los desastrosos efectos que su presencia tendría para la prosperidad de la Provincia, la sola gravitación política, la inactiva actuación defensiva de tan afilada cuchilla, tenía los ocultos peligros que su habitual ingenio adivinaba. La Provincia, sin ejércitos ni batallas que dieran color de sangre á sus campiñas ú olor de pólvora al perfumado ambiente de sus pastos, no tenía para la plebe federal y para el quieto y respetuoso rosín de la clase decente, sino promesas de bienestar á no haber actuado dentro y fuera, como elemento perturbador, el terrible fantasma *unitario* en perpétua conspiración contra el *sosiego público y la santa causa* *la federación.* El obediente burgués no ne itaba de las franquicias comunistas que el pu ɔ tenía á la mano, y aunque vivía tranqu y despreocupado de las cosas políticas en

donde no era parte sino decorativa, cierta discreta zozobra lo mantenía, sin embargo, vigilante y ansioso, porque dentro de la psicología de Rosas, lo inesperado, trágico ó cómico, era usual y venía algunas veces á alterar la augusta quietud de sus plácidos reposos de sobremesa. Eso era lo único que le impedía completar el ideal coronamiento de aquella Arcadia, un poco azufrada, en la que vivían.

Todo lo referente al dinero y á la propiedad federal era, de parte de Rosas, objeto de la más escrupulosa reglamentación y defensa [1]: no parecía interesarle más que la lozania de sus mieses y la seguridad de sus ahorros. Los decretos sobre regulaciones, peticiones y deudas, etc., tienen una extensión y son tan previsores, que su lectura se hace por demás sugestiva. Especialmente los referentes al bienestar físico de la plebe: la alimentación pública, el precio de la carne y del pan; el meticuloso procedimiento para instalar la pulpería [2], el estaqueo del cuero de manera que no se defraude al comprador ni se perjudique al comerciante; el precio de las haciendas, los pe y

(1) Véase el Capítulo: *Cuales son sus recursos finan s y administrativos*, tomo III.

(2) *Registro Oficial* de 1836, pág. 407 y año 1837.

las medidas, absorben con particularidad la atención del gobierno en graves acuerdos. El decreto de septiembre 22 de 1836, relativo al pan y á la carne, llena seis páginas de nutrida impresión; y sin embargo aquel en que cierra las escuelas suprimiendo el sueldo de los maestros, apenas si ocupa ocho líneas: se les decreta el hambre sencillamente, y *aquí paz* y *después gloria* (1). En el mensaje á la Décima Cuarta Legislatura la instrucción pública tiene dos flacos renglones (2), mientras llena tres ó cuatro páginas la queja de un vecino estafado que se querella contra la justicia: «por haber sido burlado por las artimañas de un acreedor en la ejecución de una hipoteca» «cuya virtud y fuerza eran eludidas á cada paso con subterfugios y evaciones aparentemente legales» (3).

Es el carácter moral del medio y de la época. El populacho exige que todo se baje á su nivel mental. Los hombres de toga y de letras, tienen adjudicadas funciones de panadero y abastecedor, bajo el pomposo titulo, muy del carácter de Rosas, de *Comisión reguladora del*

Véase el Capítulo: *Cómo funciona y se sostiene la tiranía*, ton II.

Registro Oficial, 1837, pág. 20.

Registro Oficial, págs. 16 y 17, año 1837.

sumum para el abasto de la carne [1], y en la confección de los pesos y medidas intervienen, con solemnidad pontifical los más altos Magistrados del Estado: el Ministro de Hacienda, el de Relaciones Exteriores y el de Guerra, quienes reunidos en una de las salas de la Casa de Gobierno deliberan gravemente sobre si «el marco de cedro que tenía en sus dos extremidades dos planchuelitas de cobre» podía honradamente determinar la longitud de la vara [2], hallando, tal vez con escándalo, que «del cotejo con un metro de acero que fué encargado á París» la vara excedía al patrón en un par de milímetros. Esa es la fórmula de su ideal ingénuo aunque sensual; por sobre todas las demás, les preocupan las necesidades primeras de la vida, que comprenden y evitan con soluciones que revelan tino genial. Han de leerse atentamente todos esos documentos, cuya reptación literaria y moral, habla tan alto, para sentir la manera como puede el ganglio ser en ocasiones, más eficaz que el cerebro mismo con todos sus orgullos celulares. La vida elemental ha puesto con t ı

(1) Decreto del Poder Ejecutivo de 1836. Véase *Regist* - *cial*, pág. 105.

(2) *Registro Oficial*, año de 1836, pág. 51.

franqueza su sello, que hasta tiene cierta belleza peculiar de estilo, de tal modo es diáfana la claridad con la cual pone de manifiesto é indica el remedio para alejar los peligros acechadores de sus fuentes de nutrición.

La plebe gozaba de otra manera más amplia su conquista; el guarango del *pueblito* y el buen gaucho, como su congénere urbano, cambiaban su adhesión y su entusiasmo en una forma más indiscreta y positiva. Habían decretado el uso de la fortuna social en la forma de un usufructo sin escrituras ni formalidades civiles de otro género. El uso de la propiedad se regía por principios patriarcales de un género singular, como todo lo referente á aquella rara organización social. Se posesionaban de un campo, de una casa en el pueblecito ó en la ciudad, de un bien de cualquier otro género y después de haberlo usado, lo abandonaban é iban como el ave migratoria á posar su vuelo á otra parte con la misma gratitud, y en algunos, hasta con cierto desparpajo candoroso que revelaba la más completa i onsciencia de su criminal despojo. Era al que el pobre, ó aquel que no tenía me-s suficientes para instalar su familia en la ., pidiera á Rosas una casa de *salvaje uni-*

tario, como quien dice de difunto, que entonces eran bienes mostrencos, y se instalaba en ella. Según parece una solicitud bastaba para obtenerla, como se ve en el caso del *Sargento Mayor* encargado del Celo en el Departamento del Norte, al pie de cuya solicitud puso Rosas la resolución de siempre: «pase al Juez de Paz de San Nicolás para que le proporcione el alojamiento á la familia mencionada *en una de las casas embargadas á los salvajes unitarios* (1).

Igual procedimiento en otras parecidas pretensiones; en la ciudad y en el campo, se aplicaba el mismo género de beneficencia. Una persona, empleado ó no, pero federal y pobre, paga un alquiler que á juicio suyo es demasiado alto y como vive en casa de *unitario* pues son las más acomodadas, se dirige al Restaurador, pidiendo, que «con una simple orden al pie de la solicitud» se lo haga disminuir «porque no es justo para un federal que tiene el honor de defender á S. E. y no posee una fortuna, se le obligue al pago de tan alto alquiler en la casa de un salv unitario». Rosas de su puño y letra escribe

(1) Manuscrito en el Archivo Nacional. Correspondencia litar de Rosas. Nota de octubre 31 de 1841.

pie «pase al jefe interino de Policía para que no se le exija alquiler al suplicante por la casa mencionada y si alguna suma debe por los alquileres queda exonerado de su abono» (1): *dulcissima rerum possessio communis*. Don Avelino Reguera, vecino de Monsalvo, exige al Juez de Paz le facilite cuatro de las ocho carretas poseídas por la estancia de los Ramos Mejía «salvajes unitarios que se hallan emigrados, etc.»: el Juez ordena le sean facilitadas gratuitamente, se entiende, «con cargo de devolverlas tal cual se hallaren al recibo de ellas». Vuelven en efecto las carretas con sus bueyes y correajes y vuelven en perfecto estado, bien sebadas y engrasadas las coyundas y los pértigos, pues el viejo y bondadoso, porque lo era, del señor don Avelino, cuidaba la parte que como federal le correspondía en la abundante fortuna de esos hacendados (2).

En una forma ó en otra, y con cierta constancia previsora, el dinero afluye á sus manos para cubrir las necesidades más premiosas. Una noción particular de la propiedad y de

) Manuscrito en mi archivo, copia legalizada del *Archivo olicía*, abril 25 de 1848.

) Manuscrito en mi archivo. Carta del señor don Apoli- Bellido, al autor. Dolores, marzo de 1870.

la vida, sugiere procedimientos que para los más, no son sino el uso de derechos perfectamente adquiridos; en muchos casos no hay inconsciencia sino convicción de la justicia que los guía. Estoy persuadido de que el caso de las carretas como muchos otros de la misma índole, entran en esa categoría. Dádiva, regalo ó simple participación en el comiso, el Restaurador tenía siempre un medio para mantener alegre y fiel á su gente.

Como en todos sus actos, Rosas era en las dádivas públicas de medallas y de honores, sobre todo para el plebeyo, ampuloso y un poco teatral. Los decretos y leyes distribuyendo premios, fueron más efectistas que reales [1]. Aunque en ciertos momentos mostrábase generoso para regalar, su gran recurso psicológico en las cosas que no podía hacer efectivas, fué siempre la sugestión la que obró

---

(1) No se distribuyeron jamás los honores y premios que acordó: á los vencedores del Quebracho (28 de noviembre 1840) consistente en medallas de oro con brillantes; las tierras y la medalla de oro al General Pacheco; la medalla de oro á los jefes y de plata á los oficiales; la espada guarnecida de oro al General Pacheco por su triunfo del 18 de enero de 1841; las med cintas y demás honores en algunos otros combates en triunfaron los ejércitos de Rosas en sus campañas de las vincias. Véase Zinny, *Historia de los Gobernadores de las vincias Argentinas*, tomo I, págs. 188 y 189.

en grande escala; la imagen más que la realidad, mejor dicho la actitud. De la tierra distribuída en leyes de rumboso y federal estilo, muy poca ó ninguna llegó á las manos del pobre soldado beneficiado, por defectos de la ley ó lo que es más seguro, por el proverbial desgano del criollo en todo lo que al trabajo de ella se refiere.

En cuanto á la plebe, más que mercantil y propietaria, su democracia *sui géneris* fué sobre todo, de tendencia niveladora. Lo que odiaba eran las diferencias en el ejercicio de los derechos políticos, entendiendo por esto no la realización de una forma regular de gobierno, federal ó unitaria, para él inconcebible, sino el simple acceso al gobierno en sus formas elementales y fáciles: quería disponer de la pequeña opresión que da predominio individual, usar de la fuerza grande ó chica que trae aparejada la efímera posición administrativa. Más que todo, *quería ser gobierno,* como dijera el poeta que ha traducido en esa frase, célebre ya, tan confusos sueños de dominio. Hoy ›mo, la aspiración embriagadora del *gua-ıgo,* es el mando en cualquier forma y ex-·sión por modesto que sea. Un meritorio de ınisaría, cuando puede oprimir á tres pobres

vigilantes, y con ellos á los vecinos, no se cambiaría por el más afortunado capitalista ó terrateniente. De ahí provenían sus aptitudes para oprimir de que aprovechó Rosas.

Tanto en la campaña como en la parroquia, los cargos de Juez de Paz, Comandante del Partido con media docena de sables y una carabina á su disposición, Alcalde, Municipal ó Comisario, conservaron, sobre todo los dos primeros, la tradición de un enorme prestigio, y durante la tiranía, y aun mucho tiempo después, fueron los árbitros de la vida y de la fortuna de todo el vecindario. La plebe no aspiró á la fortuna, pues como se sabe ni siquiera aprovechó las dolorosas oportunidades ofrecidas por la tiranía con tanta frecuencia; apenas si en ciertos momentos de sus grandes desbordes, fué ratera, porque el robo mismo, en las formas ordinarias y cuando pudo verificarlo no fué la expresión más usual de su delincuencia. Menos todavía aspiró á la posesión de la tierra que si alguna vez obtuvo por la generosidad de la ley, no pobló jamás, ni *ubicó,* siquiera en el papel, contentándose, para ser lógica con psicología, con cambiarlas por el puñado reales que la glotonería del gran propieta le ofreciera. Por toda la extensión de la P

vincia y frecuentemente, se congregaba en los centros poblados, y en la ciudad más á menudo, para adorar á Rosas, para defenderlo ó confirmarlo en el mando absoluto, pero jamás para pedir tierras que poblar, ya que pudo hacerlo ampliamente cuando la Dictadura disponía de ellas, cubiertas de prados y ganados y hasta con el surco abierto y fecundado por la obligada prestación servil del *unitario* despojado. No existe en los anales de su historia una sola tentativa de colonización ni siquiera por parte del mismo hacendado cuando tenía la ley en la mano. Ni aun en presencia del brazo barato del indio, que ejemplos próximos lo presentaban como un elemento dócil y resistente para el trabajo, sintió la remota tentación de realizarla. Los beneficios de la ley de julio de 1840 muy poco la benefició. Ella parecía preveer lo que había de producirse, dada la índole de la plebe porteña. El artículo sexto del decreto reglamentario, se apresuraba á establecer la forma en la cual los sargentos, cabos y soldados agraciados habían de enajenar su tierra cilitándoles el procedimiento. Muchos la veneron al precio que en la subasta ilusoria que nía lugar en la Contaduría General, establea el *tiburón* federal y muchos, la mayoría tal

vez, según consta en documentos públicos, ni reclamaron no ya la ubicación, pero ni siquiera el boleto que acreditara la propiedad [1].

La forma que revelaba sus tendencias económicas si así pudiera llamársele á aquella alegre satisfacción de las primeras necesidades, era la muy peculiar suya, en que el trabajo y la consecución del lucro iban mezclados á la aventura y la emoción de sus peligros, que había de tenerlos en grande escala; porque de lo contrario no satisfaría las exigencias de su temperamento. El concepto de la vida en tales expresiones de *trabajo divertido*, es el que ha dado á la plebe genuinamente criolla de la campaña, la característica de valerosa holgazanería con la cual desafía el tiempo y mira, cuchillo en mano, al porvenir más dudoso. Ese odio mordaz al extranjero industrioso y aburrido [2], es el resultado de dos haraganerías; la del indio que se insinúa en su sangre; y la suya, española y quijanesca. Se le podrá llevar como se le llevó, á realizar las más grandes heroicidades, á la

---

(1) *Registro Oficial*, año 1840, Ley de julio 15. «Los qu sean terrenos de enfiteusis podrán comprar las acciones agraciados hasta el entero de la superficie enfitéutica». L noviembre 9 de 1839.

(2) Corría en Buenos-Aires desde 1807 y á raíz de las

consumación de los más bellos esfuerzos físicos y morales, pero su graciosa ironía llegará al colmo cuando le invitéis á *cambiar la lanza por el arado*, que exige menos y da mucho más. Es que en realidad les faltó siempre el aguijón de las grandes necesidades elementales: la Provincia era una surgente jaugénica de todo lo que podían precisar. El cerebro, en el reposo de esa inacción satisfactoria, permaneció en el pleno infantilismo político sentido hasta en la ingenuidad de primitivo con que limita sus aspiraciones.

Más que en cualquier otra parte, realiza ese ideal, en los extraños *sports* á que se entrega; en las grandes boleadas organizadas por alegres y numerosos ejércitos para ir detrás de millares de avestruces de rica pluma, que luego venden

---

siones inglesas este verso que hasta 1850 fué tan popular en todas las clases de la sociedad:

> Desde que en esta ciudad
> Se ha dado entrada á extranjeros
> Se han perdido las costumbres
> La religión y el sosiego.

Véase la Revista *Estudios*; El Criollismo, por ERNESTO QUES , pág. 289; y el popular JACINTO CHANO decía:

> Arrancarnos lo que es nuestro
> Y hasta el chiripá limpiarnos

álogo patriótico, etc., etc. Véase obras de AZCASUBI. Ese e l sentimiento metropolitano en los tiempos de entonces.

á precios viles, porque ignoran su valor; á las matanzas de nutria en todo el territorio de la Provincia y en las cuales se acopiaban en grande escala, los famosos *cueros de cuenta.* Grandes y bulliciosas bandas de gauchos se apoderaban de las lagunas porque pertenecían á todos, si eran de unitarios, y entre la halgazara de los cazadores y los aullidos de los perros, vivían semanas enteras entregados al singular ejercicio como ningún otro, fuente de alegrías y de lucro. Por decreto de diciembre 27 de 1840 tuvo el gobierno que limitarlas al sud de la línea que corría por la sierra del Volcán, Tandil, Pueyocatel, Tapalquen y Lagunas Blancas, permitiéndolas también «en las islas de los Paranaces de la Provincia y campos de ellas al sud del Salado donde sus propietarios ó enfiteutas no tuvieran reparo en consentirlas» [1]. Los atrevidos *sportmen* iban buscando, más que el valor del cuero que era grande, las emociones de la matanza, y tanto en un caso como en el otro, fueron grandes los perjuicios que el artículo sufría sacrificado por el amor de la aventura.

Quien no haya cazado nutrias en el bs

(1) Decreto 1417, *Registro Oficial,* año 1840, pág. 211.

curo socabón de la laguna, con perros avezados y á la luz de una plena luna de verano, no sabe todas las emociones que encierra esa cacería.

Las yeguas cimarronas ó consideradas tales á los efectos de la caza, constituían otra fuente productiva de alegría y de lucro. La destreza de los grandes boleadores, la supina agilidad del aéreo centáuro, así como otros detalles de la carrera sobre el lomo de baguales indomables, presentábase como un cuadro de soberbia belleza criolla en el cual, con sólo ser actor, quedaba satisfecha la vana aspiración del gaucho. Y en tal escala se hacían, tan grandes y fáciles faenas para obtener el cuero y la grasa de potro, dos artículos que constituían uno de los fuertes capítulos de exportación, que como en el caso de los cueros de nutria, fué preciso reglamentar por los perjuicios experimentados por las haciendas de los grandes federales [1].

Sacaban del potro la grasa, el cuero y la cerda en abundancia porque las *cerdeadas* en que se hacían enormes acopios del valioso [illegible] eran frecuentes y sin riesgos; las astas

---

(1) Véase *Registro Oficial*, año de 1834, decreto *volviendo* [illegible] *la matanza de yeguas*, octubre 14 de 1834.

del animal vacuno, el cuero de los venados y las garras resultantes de cierta peculiar *toilette* practicada á la piel y que sólo en unos cuantos meses del año 1839 produjeron 3.434 arrobas. Para comprender la importancia que en el comercio de frutos tenían tales excursiones, por otra parte no poco devastadoras, habría que refrescar la memoria con la lectura de las cifras del *Registro Oficial* de aquel tiempo, en su modesto y aburrido alineamiento. Dicen ellas, que sólo los cueros de nutrias, en el primer semestre de 1838, en número de 71.000, produjeron un total de 855.387 pesos, que la cerda arrojó un valor, en moneda corriente, de 840.253 pesos, sin incluir otros productos como los cueros de venado cuya rapidez prodigiosa sólo los hacía accesibles á los certeros tiros de las boleadoras [1].

El resultado material les importaba poco. Verificadas las *corridas* iban con sus productos á las ciudades de Dolores, centro político y comercial del Sud, al Tandil, Azul ó San Nicolás de los Arroyos que lo eran de sus respectivas regiones; ó los vendían á los pulperos más cercanos. Estos, tal vez más que e

(1) *Registro Oficial*, año de 1839.

comercio de los centros de población, eran los verdaderos mercados acaparadores; el pulpero cambiaba la pluma, el cuero de potro y de nutria, etc., etc., tan sólo por los *vicios* y los otros artículos de primera necesidad; y como él á su vez era á menudo un habilitado del gran propietario, ó simple dependiente, en definitiva venía á entregar al celoso vecino metropolitano, hacendado inmóvil en la ciudad, el producto de sus placeres y trabajos. De manera que todas esas boleadas, cacerías, etc., que Rosas tenía buen cuidado de reglamentar, sin quitarle á la plebe sus alegrías y conservando á la función su fecunda productividad, eran simples ruedas de un mecanismo complejo, en el cual aquella representaba una misión comercial y política de importancia. A falta de otros medios más adecuados, los cazadores desempeñaban el papel de la viabilidad en la vida moderna, para juntar y llevar hasta ellos los grandes productos que de otro modo habrían quedado abandonados en las enormes extensiones de la pampa. El espíritu mercantil, tan sagaz y previsor del hacendado federal tomaba siempre su parte del león en el reparto de estos beneficios.

El sangriento patriarca no quería con todo,

que sus subordinados pudieran proporcionarse otro placer ú otro dolor, que el distribuído por él sin trabajo; de esa manera, la disciplina los mantenía quietos y felices porque iba hasta reglamentar el pensamiento y la sensibilidad, la panadería y el confesonario. Todo y todos habían de caer bajo la mirada del ojo vigilante cuya retina no parecía accesible al cansancio: el fabricante de jabón como el de fardos y de «marquetas de sebo», el fabricante de chocolate y el zapatero [1]; sólo él podía así insinuarse hasta la entraña más insubordinada é intolerante de la feligresía federal. Y cuidado que habían de verse otros dramas y sainetes que los que la inocencia de la *Comisión de Comedias,* nombrada por decreto de 27 de diciembre de 1840 [2] indicara, con aquella estética y buen gusto que la hacía prorrumpir en exclamaciones de entusiasmo ante las piruetas de *Borreguito* y los versos de las musas parroquiales. Los negros, mejor dicho, *sus* negros, cuya suerte preocupó siempre su atención, habían de ser colocados en casas de familias federales, exclusivamente, porque el veneno unitario, insinuándose se

(1) Decreto de diciembre de 1840, *Registro Oficial,* 1ª página 198.

(2) *Registro Oficial,* 1840, pág. 207, n.º 1444.

grueso y sencillo corazón, podía serles de consecuencias fatales para la correcta sumisión canina. No sólo establecía la prohibición, sino que ponía á su lado el juramento oficial, por el cual, el Defensor de Pobres y Libertos, prometía «ante Dios y la Patria» cuidar muy escrupulosamente, de que ninguno de ellos *pudiera permanecer bajo la educación y servicio de ningún salvaje unitario,* sino al de federales de *notoriedad* fieles á la federación [1]. Y hasta el sistema electoral llegó á ser cómodo y patriarcal. El ideal suyo fué la menor suma de excitaciones malsanas, dada la sencillez de los hábitos cívicos á que los había acostumbrado. Los cerebros, ajenos á todas las violencias saludables de la vida política, vivirían así tranquilos y sin veleidades libertarias. «El gobernador—decía Rosas en el Mensaje de 1837—deseando alejar de entre nosotros, *esas teorías engañosas* inventadas por la hipocresía y dejar establecida una garantía legal permanente para la autoridad ha dirigido por toda la extensión de la Provincia á muchos vecinos y magistrados respetables, listas conteniendo los nombres de aquellos ciudadanos que en su concepto mere-

---

Véase *Registro Oficial*, Año de 1840, pág. 48. Decreto de 1.° de abril de 1840.

cían representar los derechos de su patria con el objeto de propender á su elección *si tal era su voluntad»* [1].

He aquí pues, revelada con toda la elocuencia de su desnudez y franqueza, la manera como Rosas organizaba las Legislaturas que le votaron después leyes de impuestos, honores, confiscaciones, regalos y fiscalizaba todos sus actos políticos y administrativos.

¡Qué lujo en las disposiciones para que nadie hiciera nada que demandara algún trabajo ó preocupación, y la vida se deslizara dentro del carril de tan suave y feliz automatismo! Y para que nada faltara en ese sistema de despreocupación pública, el ojo del colosal preboste hasta vigilaba que la hora del Cabildo ajustara sus agujas á la disciplina general y no marcara otra hora, ni minuto más ni minuto menos, que la que indicara su reloj particular [2]. En tan enormes desbordes de reglamen-

---

(1) Mensaje á la Décima Cuarta Legislatura, enero de 1837. *Registro Oficial*, pág. 31, *Carta circular del Coronel Corvalán*, Edecán de S. E., indicando los nombres de los ciudadanos que deben ser elegidos. M. S. en mi archivo.

(2) Comunicación á la Policía del Escribiente de S. E. ...n Pedro Regalao Rodríguez reglamentando en nombre del s...or Gobernador la hora del Cabildo, *Registro de Policía*, pág ...3, 1841, tomo II.

tación, sólo faltó aquel detalle feroz que la organización jesuítica de las Misiones puso en práctica en su triste afán de reglamentarlo todo: felizmente en Buenos-Aires la campana fatídica no sonaba á cierta hora propicia de la noche, ordenando lo único en que el ingénuo burgués, tan sometido, no hubiera aceptado la interposición de voluntades sacrílegas; él tan tierno y celoso amante de su ejemplar compañera, para quien no fué jamás, salvaje el unitario, ni esclavo el negro mismo en toda la obscura noche sepulcral de los veinte y cinco años.

ÍNDICE DEL TOMO I

CAPÍTULO II

DE DONDE PROCEDE EL TIRANO

CAPÍTULO III

CÓMO SE FORMA EL TIRANO

CAPÍTULO IV

LA TENDENCIA DEL AMBIENTE PROVINCIANO

CAPÍTULO V

CÓMO SE FORMA EN BUENOS-AIRES EL AMBIENTE DE LA TIRANÍA

CAPÍTULO VI

CUALES SON SUS INSTRUMENTOS DE OPRESIÓN

CAPÍTULO VII

CÓMO SE ORGANIZA Y FUNCIONA LA PLEBE ROSINA

